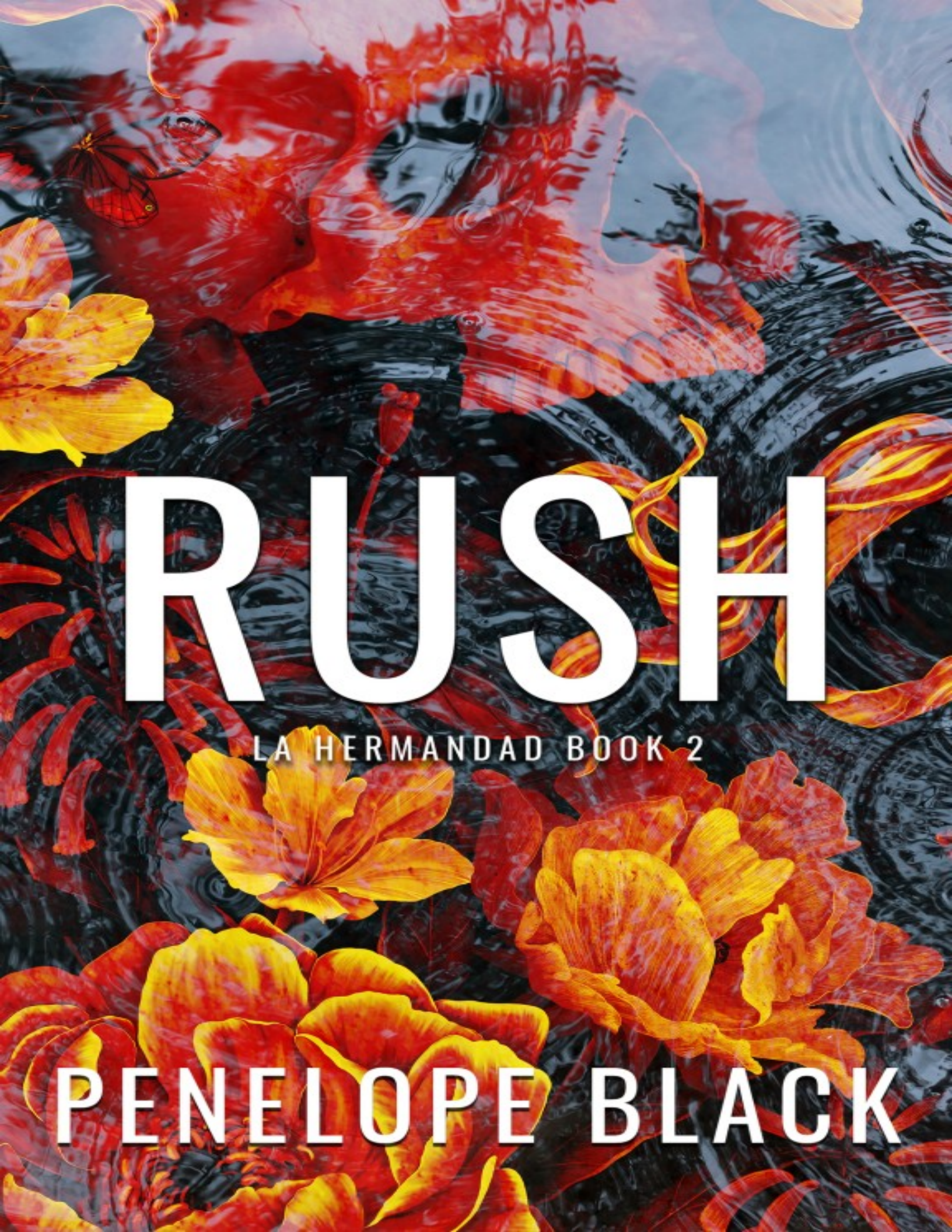




RUSH

LA HERMANDAD BOOK 2

PENELOPE BLACK

RUSH

DARK ROMANCE MAFIA EN
ESPAÑOL

LE HERMANDAD
LIBRO 2

PENELOPE BLACK

Copyright © 2026 by Penelope Black

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

*Para los que lo tienen todo en contra.
Estoy de vuestro lado.*

ÍNDICE

[Lista de reproducción](#)

1. [Alaina](#)
2. [Rush](#)
3. [Wolf](#)
4. [Alaina](#)
5. [Alaina](#)
6. [Rush](#)
7. [Alaina](#)
8. [Rush](#)
9. [Rush](#)
10. [Alaina](#)
11. [Alaina](#)
12. [Alaina](#)
13. [Alaina](#)
14. [Alaina](#)
15. [Rush](#)
16. [Alaina](#)
17. [Alaina](#)
18. [Alaina](#)
19. [Alaina](#)
20. [Alaina](#)
21. [Alaina](#)
22. [Alaina](#)
23. [Rush](#)
24. [Alaina](#)
25. [Alaina](#)
26. [Alaina](#)
27. [Alaina](#)
28. [Alaina](#)
29. [Alaina](#)
30. [Alaina](#)
31. [Wolf](#)

32. [Alaina](#)

33. [Rush](#)

[Una nota para los lectores](#)

34. [¿Listo para más?](#)

[Capítulo uno](#)

[Otras Obras de Penelope Black](#)

LISTA DE REPRODUCCIÓN

«In A Black Out» de Hamilton Leithauser + Rostam
 «Medicine» de Daughter
 «Smells Like Teen Spirit» de Nirvana
 «Misery Business» de Paramore
 «Sweetness» de Jimmy Eat World
«(Love Is Like A) Heatwave» de Martha Reeves & The Vandellas
 «Hateful» de The Clash
«There's No 'I' in Team» de Taking Back Sunday
 «bloody valentine» de Machine Gun Kelly
 «Dreams» de Fleetwood Mac
 «Hey» de Pixies
 «My Body Is a Cage» de Arcade Fire
 «Earned It» de The Weeknd
 «Out Of The Woods» de Taylor Swift
 «exile» de Taylor Swift + Bon Iver
 «Praying» de Kesha
 «Cornfield Chase» de Hans Zimmer

UNO

ALAINA

ME DESPIERTO DE GOLPE, jadeando.

La consciencia no llega poco a poco. Es como un chasquido de dedos. Un minuto estoy en el pasillo trasero de O'Malley's y, al siguiente, me despierto sobresaltada.

Tardo un momento en darme cuenta de que tengo calor, mucho calor. Mi primer pensamiento es que el aire acondicionado se ha estropeado otra vez. Miro a mi alrededor, esperando ver mi habitación de la residencia en Nueva York antes de recordar que me estaba quedando en Boston con la familia del nuevo prometido de mi madre. Todo está un poco confuso, pero esos detalles pierden importancia cuando giro la cabeza y veo el interior de una furgoneta. Me empiezan a hormiguar los dedos y se me queda la boca abierta por la impresión. Con el movimiento, un ataque de tos repentino me sacude el cuerpo.

Me duele todo. Un dolor agudo me atraviesa la cabeza, concentrándose en el nacimiento del pelo y la sien.

—¿Qué ha pasado? —Sé que he pronunciado las palabras en voz alta, pero no puedo oírlas. Un escalofrío de pánico me recorre la columna y cierro los ojos con fuerza.

Huele a hoguera, solo que menos a malvaviscos tostados y más a productos químicos penetrantes.

Con una mano, me impulso desde el suelo para incorporarme y con la otra me toco la oreja. Siento algo húmedo en los dedos: sangre. Todo está amortiguado, como si estuviera bajo el agua, y el olor a humo es cada vez más fuerte.

Frunzo el ceño y se me pone la piel de gallina en los brazos. No entiendo qué está pasando, pero intento reprimir el pánico que me sube por la garganta.

¿Dónde está Wolf?

¿Y Rush?

¿O Sully?

Un movimiento me llama la atención y veo llamas de un color naranja brillante a través del parabrisas delantero. Me atrapan con su balanceo hipnótico y pierdo unos segundos preciosos en su trampa mortal.

Dios mío. Salen del capó de la furgoneta.

La urgencia me inunda las venas y la adrenalina se activa, obligándome a moverme. Me incorporo a toda prisa para ponerme de pie y me golpeo la cabeza con el techo. El impacto me hace retroceder un paso, tropiezo con algo y caigo con fuerza al suelo. El coxis se lleva la peor parte del golpe y me escuecen los codos, pero eso es la menor de mis preocupaciones cuando veo con qué he tropezado.

O debería decir con *quién*.

Un tipo vestido todo de negro —incluyendo un pasamontañas negro subido parcialmente que deja ver una barba castaña— yace inmóvil a mi lado. Antes de que tenga tiempo de hacer nada, un tipo de ojos rojos se me echa encima. Viste de la misma forma que el hombre con el que acabo de tropezar y el miedo me atenaza el cuerpo.

No puedo oír lo que grita por encima del rugido que tengo en los oídos, pero mis instintos de lucha o huida se activan al recordarlo del pasillo trasero de O'Malley's.

Cuando se agacha para tomarle el pulso al tipo que está a mi lado, aprovecho mi oportunidad. Me revuelvo, me pongo en pie y corro hacia la puerta trasera. Doy dos pasos antes de que alguien me plaque por detrás.

Mi barbilla golpea el suelo de la sucia furgoneta y la boca se me llena de sangre. Veo chiribitas y sacudo la cabeza para que el pitido se detenga.

Él me retuerce los brazos a la espalda y yo me agito y doy patadas a todo lo que alcanzan mis pies. El sudor me resbala por la cara a medida que el aire dentro de la furgoneta se vuelve abrasador. Siento que algo me rodea las muñecas y siento que me desprendo de mi propio cuerpo.

He quedado reducida a mi instinto más básico como ser humano, y sé que no voy a terminar mis días en esta Tierra atrapada en una furgoneta en llamas.

Tardo un momento en procesar el sonido, pero me oigo gritar. Es el ruido más fuerte que jamás ha salido de mi boca, pero no puedo parar.

Parar significa que me rindo.

Parar significa que me resigno a este destino.

Parar significa que nunca volveré a ver esos tres pares de ojos intensos, impresionantes y cautivadores.

Así que no paro. No puedo. *No lo haré.*

Grito y araño y doy patadas a cualquier cosa que toco.

Me vuelvo una puta fiera.

—¡Me cago en la puta! ¿Quieres pasarme la maldita jeringuilla de una vez? Si palmamos aquí dentro, no nos pagan —grita la persona que forcejea conmigo, pero no le dedico ni un segundo a sus palabras. Necesito cada segundo que pueda conseguir.

Oigo que alguien responde, pero apenas distingo las palabras por encima de mis gritos y el pitido persistente.

Por el rabillo del ojo, veo una jeringuilla y redoblo mis esfuerzos.

—Recuerda que tú te lo has buscado —me sisea a la cara, salpicándome la mejilla de saliva. Coge la jeringuilla de la mano extendida y la clava con fuerza en mi cuello antes de lanzarla a un lado.

Apenas pasan diez segundos antes de que mis músculos me traicionen y dejen de funcionar. Cinco segundos después, lucho por mantener los ojos abiertos mientras ese demonio de ojos rojos se me acerca a la cara.

—Ya está lista. Vámonos antes de que nos alcancen. Si nos pillan, estamos muertos, y no pienso morir porque Smitty no sepa conducir, joder.

Oigo el crujido y el gemido del metal al abrirse y siento cómo sacan mi cuerpo de la furgoneta. Lo último que veo es el cielo oscuro mientras alguien me lleva desde la furgoneta en llamas hacia un coche que espera.

DOS

RUSH

—ALGÚN HIJO de puta ha venido a nuestra ciudad, a nuestro bar, se ha cagado en nuestra autoridad y se ha llevado a nuestra puta chica —las palabras salen en un torrente de rabia y explotan en el aire inmóvil de la cocina con la última palabra. Con el brazo extendido, lo barro por encima de la mesa y todo se precipita al suelo. Las tazas de café llenas de café a temperatura ambiente se hacen añicos y derraman el líquido por todas partes. Los papeles sueltos revolotean hasta el suelo, algunos cayendo en los charcos de café. La mandíbula se me contrae ante el desorden en el suelo, pero mi rabia no me deja tomarme el tiempo de recogerlo.

Con las palmas planas, me apoyo contra la mesa e inspiro por la nariz con la mirada fija en la veta de la madera que tengo delante.

Espero hasta estar seguro de que puedo hablar sin querer destruir todo lo que se cruce en mi camino. —No me importa a quién tengamos que sobornar o matar, la vamos a encontrar y la vamos a traer a casa —miro a mi hermano. Se le tensa la mandíbula, pero su cara sigue cuidadosamente impassible. Se pasa los dedos por el pelo rubio oscuro y me sostiene la mirada con esos ojos azules y fríos suyos.

—La encontraremos, hermano.

—Pronto, Sully. Ya lleva demasiado tiempo fuera. Y no me haré responsable de lo que les pase a quienes se pongan en mi camino.

—Aye, pronto. Me pondré en contacto con Wolf —hace una pausa un momento, su mirada escudriñadora, antes de darse la vuelta en redondo y salir de la casa en silencio por la puerta del patio.

Estoy seguro de que está catalogando cada pequeña fisura de mi fachada normalmente impecablemente controlada. El lapsus temporal de juicio que me ha llevado a tirar el contenido de la mesa es toda la prueba que necesita.

Pero no es tan infalible como se cree. Me recuerdo que solo lleva días sabiendo de Alaina, no semanas como Wolf. Y ni un año como yo.

Aunque eso no es del todo cierto, ¿verdad?

Él tuvo a Alaina y ni siquiera nos habló de ella. Pienso en cómo sabe y no le culpo. Si la hubiera encontrado hace años —antes de nuestro pacto—, no puedo decir que yo no hubiera hecho lo mismo. Algo tan dulce como ella es un tesoro en esta vida, y yo habría hecho cualquier cosa por preservarlo.

Aún lo haría.

Me pongo en pie y me paso una mano por el pelo castaño oscuro, buscando orden en medio del caos. Sigo con la mirada el avance de Sully mientras cruza el jardín trasero y gira a la derecha hacia la parte de atrás de la propiedad y la cochera.

La impaciencia hace que me plantee una visita a Wolf o a alguno de los otros tipos de confianza que tenemos en las habitaciones del sótano de la cochera. Quiero escuchar de primera mano quién coño ha planeado este ataque contra mi familia.

No ha sido un ataque aleatorio, de eso estoy seguro. O'Malley's ha estado protegido por la Hermandad desde antes de que yo naciera. La única verdadera pregunta es si iban a por mi chica específicamente o si se llevaron a la primera chica al azar.

Joder.

Una parte lejana de mí reconoce que, en algún momento, tendré que contarles a mis hermanos mi historia con Alaina, al menos parte de ella. No estoy tan seguro de que necesiten saber todavía que

llevo un año vigilándola. Podrían hacerse la idea equivocada si se lo cuento ahora, cuando los ánimos están encendidos y la lógica por los suelos.

La vibración del móvil capta de inmediato mi atención. Lo saco del bolsillo de un tirón y descuelgo antes siquiera de mirar quién llama. —Habla.

—Jefe. Necesito algo más con lo que trabajar. Es una aguja en un pajar y estoy perdiendo el tiempo buscando sin rumbo. He revisado todas nuestras cámaras sobre los sospechosos habituales y no veo nada fuera de lo común —dice Buzz, el otro especialista en tecnología de la Hermandad, con la voz cargada de exasperación.

—¿No el italiano? —sigo sin fiarme de Matteo. Esconde algo. Puede significar cualquier cosa, desde un pajarito guardado en algún sitio hasta la paranoia escalonada de siempre. Pero fiarme de mi instinto me ha salvado incontables veces en el pasado, así que seguiré reservándome el juicio sobre él hasta que me demuestre lo contrario.

Esta vida se construye sobre secretos y favores. Algunos hombres no saben manejar sus secretos, y lo único que puedes esperar es no verte arrastrado a su órbita cuando implosionen. Porque casi siempre lo hacen. Nunca acaba bien como en esas gilipolleces de pelis y series de la mafia de Hollywood: el malo no tiene un cambio de corazón de la noche a la mañana ni decide de repente darle la espalda a todo y a todo *el mundo* que conoce.

No, lo que pasa de verdad es que algún hijo de puta que ha visto demasiados episodios de *Los Soprano* se cree que puede manejarlo todo mejor. Demasiado chulo y rodeado de pelotas que le inflan el ego, se convence de que puede dirigirlo todo mejor que los que vinieron antes que él. Pero no son los pensamientos lo que mata al cabrón engreído. No, son los secretos. Verás, esos niñatos se vienen demasiado arriba y empiezan a charlar con todo el que se encuentran. Y ese es su error.

Todo el mundo tiene un precio, y la lealtad se gana, no se regala.

—¿No dijiste que Matteo estaba contigo cuando se llevaron a Alaina?

—Aye. Pero Matteo parece que está intentando hacer limpieza de primavera. Y todos sabemos cómo acaba siempre ese movimiento. No estoy tan seguro de que pueda lograrlo sin empezar una puta revolución. Por lo que sé, se han llevado a mi chica como incentivo preventivo para que yo acepte un trato —hago una pausa y siento la cruel torsión de mis labios al recordar cómo tratamos al último que intentó forzar mi mano—. ¿Te acuerdas de lo que le pasó a Scottie?

Buzz exhala, el ruido retumba en mi oído. —Aye, ¿quién podría olvidar al pequeño capullo que intentó dar un golpe? Sin faltar al respeto, jefe, pero no es que tengamos tiempo para ponernos nostálgicos.

Aprieto el teléfono en la palma, los dedos protestando por la tensión. Cuando no respondo de inmediato, Buzz se apresura a recular.

—Joder. No quería decir nada con eso. Es solo que... tengo mucho trabajo por hacer. Si me dejaras llamar a algunos...

—No —le interrumpo—. Nada de gente de fuera. Lo sabes. Y la próxima vez que cuestiones mis órdenes, no te va a gustar lo que pase —la advertencia da en el blanco previsto mientras Buzz masculilla sus disculpas, pero solo le presto media atención.

Sé que no pretende faltarme al respeto y, aunque confío en él hasta cierto punto, ahora mismo no me fío de nadie, salvo de mis hermanos. Y lo último que necesito es otra puta emboscada.

Estoy distraído mientras Buzz farfulla algo sobre las cámaras de tráfico alrededor de O'Malley's. La conversación que tuve con Matteo minutos antes de que se llevaran a Alaina se reproduce en bucle en mi cabeza. ¿Fue una trampa? ¿Era Matteo un señuelo o un *sacrificio*? Es posible que sus tíos se enteraran de las jugadas que está intentando hacer y se adelantarán.

Tan rápido como llega ese pensamiento, lo descarto. Si la mafia italiana quisiera sacar a Matteo de en medio, ya estaría muerto. No se pondrían a dar rodeos para llegar a él a través de mí; joder, somos conocidos, con suerte cordialidad pasajera.

Y si Matteo estaba de verdad allí para advertirnos, eso plantea la pregunta: ¿cómo lo sabía?

—Encuentra a Matteo Rossi —le corto—. Quiero ojos sobre él. Y quiero los nombres de sus fuentes —cuelgo antes de que responda.

Quien se la haya llevado se arrepentirá el resto de su vida, por corta que sea. Y descargaré un infierno como nadie ha visto jamás sobre todo el que se ponga en mi camino.

Si hago un movimiento antes de tener toda la información, podría costarnos algo que no estoy dispuesto a pagar: Alaina. Hay muchos precios que ya he pagado —como mi alma—, pero ella no será uno de ellos. Me niego a permitir que sea una baja en esta guerra.

Así que estoy parado por el momento, y prácticamente vibro con la necesidad de moverme. Y para alguien que habitualmente consigue toda la información que necesita y más, esta falta de información me está destrozando los putos nervios. Solo necesitamos un pequeño grano para encontrarla.

Puedo encontrar una aguja en un pajar, pero el único problema con ese plan es que lleva considerablemente más tiempo. Y el tiempo no está de nuestro lado.

—Joder —grito en la cocina vacía.

A Alaina me la han robado justo delante de las narices. O son los hijos de puta más chulos que hay por ahí fuera o son los más estúpidos. No me sorprendería que fueran ambas cosas.

Tengo otra jugada, pero dudo antes de hacer la llamada. Es un as certificado que guardo en la manga, pero allá donde van traen su propia dosis de caos.

Los King.

Somos amigos desde la infancia y, aunque no están en la Hermandad, los King son una fuerza en sí mismos. Cada vez que pienso en esa regla arcaica de la Hermandad de no admitir mujeres, me entran ganas de golpear a alguien. Cuando yo sea presidente del consejo de la Hermandad y no solo del consejo juvenil, eso es una de las cosas que voy a cambiar.

Joder, las hermanas King superan a algunos de mis chicos en más de un área.

Maeve, Fiona, Keira, Ava y Roisin King fueron entrenadas por el propio Hammer. Joseph King quería hijos y el universo le dio cinco

hijas, todas con un año de diferencia. Todavía recuerdo la primera vez que vinieron a la barbacoa familiar.

Una niña pequeña marcha directa hacia mí, el pelo hecho un desastre salvaje, y me tiende la mano para que se la estreche. —Hola. Soy Maeve King y estas son mis hermanas. Mi da siguió intentándolo a ver si le salía un niño, pero en vez de eso, Dios le dio a mis hermanitas —señala con el pulgar por encima del hombro a las cuatro niñas que están detrás de ella.

Inclino un poco la cabeza hacia un lado. —Estos son mis hermanos, Conor y James.

—Guay. ¿Queréis jugar a los espías? Mi da dice que se me da cada vez mejor y que algún día voy a ser la mejor jodida espía del mundo. Pero a mi ma no le gusta cuando dice esas palabras y amenaza con mandarlo a dormir al sofá si no cuida el lenguaje delante de nosotras —se encoge de hombros—. Nunca lo hace y ella nunca le manda. Dice que le gusta que da la mantenga calentita por la noche, sea lo que sea que signifique eso —hace una pausa y yo no digo nada. Me ha dado demasiada información de golpe y no tengo claro qué debería contestar. No me deja mucho tiempo para responder antes de decir—: Entonces, ¿vamos a jugar?

Miro a mis hermanos y los dos se encogen de hombros en respuesta. Estamos intentando perfeccionar nuestra comunicación no verbal. Estoy seguro de que algún día nos será útil.

—Claro —digo, con un encogimiento de hombros y un gesto de cabeza.

Con los años, veíamos a las hermanas King un par de veces al año, y luego menos a medida que crecimos y ellas empezaron con lo suyo. King intentó meter a sus chicas en la Hermandad, aunque él nunca fue miembro, pero el consejo seguía votando que no. Pese a que las cinco tenían habilidades imprescindibles. Serán mis primeras reclutas cuando ocupe ese sillón de presidente.

De vez en cuando, recibo una llamada de alguna de ellas cuando necesitan ayuda de parte de uno de los nuestros. Nunca hemos tenido que pedirles un favor.

Hasta ahora.

TRES

WOLF

LOS GOZNES CHIRRIÁN cuando el cuerpo del tipo sin cara se balancea con el último puñetazo. La cabeza se le sacude hacia un lado con un aire de finalidad que me hace rugir de frustración. Me giro y le pego una patada a la silla plegable de metal, que se estampa contra la pared.

—¡Joder!

La desesperación pesa sobre mis hombros. Me paso las manos por el pelo, sin duda manchándolo con la sangre de este capullo inútil. Era un matón de poca monta al que nuestros chicos pillaron en el puerto vendiendo carne. Todo el mundo sabe que no toleramos esa mierda—*todo el mundo*. Lo hemos tenido en hielo estos últimos días hasta que pudiéramos exprimirle más información.

Yo estaba conforme con dejar que nuestros chicos charlaran con él, porque pensaba pasar el fin de semana en la ciudad, pero entonces las circunstancias cambiaron—aún no soy capaz de decir que secuestraron a mi chica sin entrar en un arrebató de rabia negra. Me pareció mejor venir yo a tener esa charla con él.

De hecho, me he propuesto tener una charla personal con cada persona que tengamos aquí—y con todos los que los chicos pillen hasta que recupere a mi chica.

No me molesto en limpiarme las salpicaduras de sangre, pero cojo la toalla de mano y me la echo al hombro. Empujo la puerta metálica hacia el pasillo y asiento al tipo, Jimmy, que está apoyado contra la pared.

—¿Quién es el siguiente?

Jimmy inclina la cabeza hacia la habitación a su lado. —Este viene por cortesía de Rossi. Lo dejó fuera de la verja con un lazo y todo.

Alzo las cejas hasta la línea del pelo. —¿Sabes quién es?

—Dice que es alguien que se la jugó —dice Jimmy encogiéndose de hombros.

—Yo no me encargo de sacar su basura —gruño entre dientes.

—Eso le he dicho yo, jefe —me asegura Jimmy con un gesto de la cabeza. No hace falta que les diga a nuestros chicos que estoy a una palabra equivocada de romperme del todo.

—Será mejor que nos dé algo bueno.

Él asiente, pero no dice nada mientras abro la puerta de la sala contigua. Silbo por lo bajo al ver el espectáculo que tengo delante.

—Vaya. Supongo que alguien ya ha charlado contigo —le digo al tipo del centro de la habitación. No me sorprende que no responda enseguida. Parece que se ha pegado unas cuantas rondas en el ring.

Tiene los brazos estirados hacia arriba, bridas de plástico uniéndolos a un gancho que cuelga del techo. Lleva la cabeza baja y la sangre le gotea por la cara hasta el suelo. Con una camiseta sucia y hecha jirones y unos vaqueros, no le veo tatuajes ni señas visibles que me den pistas sobre quién coño es.

Algún pobre desgraciado, supongo.

Doy un paso hacia él y levanta la cabeza. Una sonrisa enloquecida le ocupa media cara mientras me enseña la boca ensangrentada. Parece un extra de alguna peli de terror.

—Ah, así que puedes oírme. Perfecto. Eso hace que esto sea más divertido, ¿verdad? —doy otro paso adelante y le dejo ver la bestia en mi mirada. Ahora mismo estoy atado a mi humanidad por un hilo, y basta un solo paso en falso para que todo el mundo esté jodido. Todos.

La última vez que cedí y dejé que mi bestia interior campase a sus anchas, el resultado parecía el escenario de una película de terror de serie B. En lo que a mí respecta, se lo merecían. Todo el mundo sabe lo que pasa cuando la Hermandad te pilla rompiendo una regla.

Inclino la cabeza mientras la idea de dejar salir a mi bestia a jugar va tomando forma en mi mente. Tiene su mérito.

Doy una palmada y vuelvo a centrarme. Lo taladro con la mirada vacía que perfeccioné hace años. Nunca falla a la hora de hacer que los hombres suelten sus secretos—hombres mucho más importantes que él.

—¿Dónde está mi chica?

Sé que o bien aún no le ha llegado el memo o bien está haciéndose el duro cuando su sonrisa se agranda un poco más.

—¿No quieres saber quién soy? —provoca con una sonrisilla chulesca.

—Nah. Me la suda quién seas. En dos pasos rápidos le suelto un directo de derechas en la nariz. El crujido satisfactorio llena el aire mientras un arco de sangre cruza la habitación. —¿Sabías que te puedes romper la nariz en varios sitios? Y que cada uno duele más que la fractura anterior? —hago una pausa y le dedico una sonrisa cruel—. Pero seguro que eso ya lo sabías. Lo preguntaré otra vez: ¿dónde está mi chica?

El tipo sin nombre que tengo delante jadea, esparciendo sangre que brota a borbotones de su nariz con cada exhalación. —Que te jodan.

Echo la cabeza hacia atrás y me río. Es un sonido áspero, y vuelvo a mirarlo para ver que por fin empieza a entender en la situación en la que está.

—Veo que no sabes quién *soy yo*. —me encojo de hombros con falsa indiferencia—. Algunos me llaman el vicepresidente del consejo juvenil de la Hermandad. Algunos me llaman el lobo. Cuando acabe sabrás perfectamente quién soy.

En sus ojos brilla un miedo real, y una pizca de satisfacción se me enrosca por dentro. A veces está bien que mi reputación me preceda. Sinceramente, muchos de los rumores que corren sobre mí

son una puta mentira, pero en situaciones como esta vienen de puta madre. Significa menos trabajo para mí.

Miro mis manos llenas de sangre—no toda es mía—, los nudillos reventados e hinchados. Si la vida de Red no estuviera en juego, quizá me tomaría un respiro y volvería a atacar desde otro ángulo. Pero algo primario dentro de mí me empuja a usar solo los puños para repartir juicio sobre estas pobres excusas de hombres.

Hoy soy el juez, el jurado y, en algunos casos, el verdugo.

Paso unas cuantas rondas más de preguntas, a ninguna de las cuales responde, antes de que se desmaye.

—¡Joder! —sacudo la mano y dejo escapar un suspiro cargado—. Si no hubiera llegado ya tan hecho polvo, podría haberle exprimido algo de información.

El chirrido de la puerta metálica a mi espalda me avisa de la presencia de uno de mis hermanos. Solo ellos se atreverían a interrumpirme. Me tomo un momento para recentrarme antes de girarme.

—¿Algo?

Le lanzo una mirada fulminante a mi hermano por siquiera hacer una pregunta tan estúpida. —¿De verdad crees que seguiría aquí plantado si hubiera sacado algo útil de alguno de ellos?

Sully me mira con el ceño fruncido y se cruza de brazos sobre el pecho. —Que te jodan, Wolf. No eres el único frustrado. Rush prácticamente no ha dicho ni una palabra salvo para los reportes.

Resoplo. —¿Seguimos fingiendo que Red no significa una mierda para ti?

Camino hacia el tipo colgado de la cuerda, unida a un sistema de poleas hecho a medida enganchado a las vigas del techo. Tengo a otros tres tipos sin cara en las otras habitaciones—y cinco más en nuestra segunda localización en la ciudad.

Excepto a este, Sully y yo nos ofrecimos voluntarios para arrastrar a todos los demás hasta aquí, porque pensamos que serían las pistas más prometedoras. De momento, no han dado resultado.

A Sully lo salva de tener que contestar el sonido de su móvil. Lo saca del bolsillo y mi mirada se fija en las motas de sangre seca de su antebrazo.

—Háblame.

Suelto al tipo de delante y se desploma en el suelo.

—¿Dónde? ¿Cuán seguro estás? —hace una pausa—. ¿Supervivientes? ¿Cadáveres? —vuelve a hacer una pausa, y noto cómo se me tensa cada músculo del cuerpo con la información que sea que está al otro lado del teléfono—. Sí. Vale, gracias. Buen trabajo.

Cuelga y me mira, con la expresión cuidadosamente neutral.

—¿Qué? —la palabra me sale más áspera de lo que quería, pero ya no voy a retirarla.

—Era Matteo. Uno de sus soldados ha visto una furgoneta del mismo modelo y marca que la de O'Malley. En llamas.

El corazón se me salta un latido antes de empezar a galopar. —¿Dónde?

—Más o menos a mitad de camino entre la ciudad y aquí, dos horas en dirección norte. Y antes de que preguntes, no había supervivientes en la escena, pero sí sacaron cuerpos de los restos. Por lo que parece, dos hombres.

Me limpio las manos en la toalla negra y me dirijo a la puerta a grandes zancadas. —Vamos.

Sully me detiene con una mano en el hombro. —Espera un minuto. Ella no está allí, tío. Y aún nos queda, como mínimo, tres horas de coche. Nos cunde más quedarnos aquí y hacer las preguntas adecuadas ahora que tenemos algo más de información con la que trabajar.

De un movimiento le aparto la mano del hombro, me giro y le doy un empujón que lo hace retroceder un paso. —Nuestra chica lleva desaparecida casi seis horas, ¿y me dices que *espere* después de que tengamos la primera pista creíble? ¿Se te ha ido la puta olla?

Noto la vena de la frente latiéndome al ritmo de mi rabia. Cada minuto que pasa sin ella es un tajo más en mi alma ya magullada.

Sully no aparta la mirada. —Sí. Eso es exactamente lo que te estoy diciendo. Llama a Diesel y que te haga un puto vídeo cuando llegue, si es lo que necesitas. Pero ella no está allí, y si queremos encontrarla, necesitamos que uno de estos hijos de puta hable. Y

necesito que me ayudes a hacerles *hablar de una puta vez*. — cuando termina de hablar, respira con fuerza.

Si estuviera con la cabeza más fría, sacaría a relucir que él también está a un paso de perder el control. Pero tal como estoy, atrapado en mi propio infierno, no tengo capacidad para nada más ahora mismo.

—Vale. Volveré a llamar a Diesel, pero tú se lo dices a Rush.

Él asiente una vez y yo doy un paso atrás. Los dos sacamos el móvil y le mando un mensaje a Diesel con lo que quiero.

Sigo a Sully fuera de la habitación. Jimmy espera al otro lado de la puerta. —Ponlo en hielo; ha decidido irse de la fiesta antes de tiempo y aún no ha terminado.

—En ello, jefe. —se despega de la pared y entra en la habitación que acabamos de dejar.

No le dedico ni una mirada mientras Sully y yo nos dirigimos a las dos habitaciones contiguas. Me detengo con la mano en el pomo y miro a mi hermano.

—Lo que haga falta, hermano.

Él asiente. —Lo que haga falta.

CUATRO

ALAINA

LO PRIMERO QUE noto es el ruido. O más bien, la ausencia de ruido. Me he acostumbrado tanto a los sonidos de la ciudad que de verdad nunca duerme que la falta de gritos, claxones y música a todo volumen me resulta chocante para los oídos.

Me cuesta horrores abrir los párpados; pesan como si fueran de plomo. Un gemido escapa de mis labios cuando abro los ojos e instantáneamente me arrepiento. La habitación da vueltas y tengo la lucidez justa para inclinarme antes de que el contenido de mi estómago salga disparado y salpique el suelo sucio.

—Efecto secundario del sedante.

Me sobresalto al oír esa voz desconocida y recorro con la mirada la habitación en penumbra hasta que lo veo, parcialmente oculto por las sombras, en la esquina junto al umbral de la puerta.

Toso un par de veces y escupo intentando limpiarme la boca, y cuando estoy segura de que no voy a volver a vomitar, me ayudo de la mano para incorporarme. Estoy sentada en un sofá con un gastado estampado floral azul y blanco, en una habitación con las paredes paneladas de madera del suelo al techo. Hay dos ventanas en la pared a mi izquierda con las cortinas, del mismo estampado que el sofá, echadas. No veo entrar ni un rayo de sol, así que solo puedo suponer que es plena noche.

El pavor se me instala en el vientre mientras miro al hombre en las sombras e intento poner en orden mis pensamientos a pesar del martilleo en mi cabeza.

Me aclaro la garganta un par de veces y hago una mueca por el escozor. — ¿Dónde estoy?

Da dos pasos hacia mí, saliendo de las sombras, pero no se acerca más. Lleva unos vaqueros oscuros y una camiseta negra; su ropa no revela nada. No tiene tatuajes visibles y lleva el pelo negro muy corto. Me observa un momento mientras mueve un palillo en la boca antes de sacar un teléfono móvil del bolsillo. Diviso la pistola en una funda de hombro cuando mueve el brazo para coger el teléfono, y una intensa oleada de pánico me recorre la espalda.

Lo reprimo, negándome a apagar el destello de esperanza que acabo de sentir. Desplazo discretamente mi peso de un lado a otro para notar el contorno de mi teléfono, que sé que guardé en el bolsillo cuando aún estaba en O'Malley's.

Bingo.

Nunca he estado más agradecida por mi amor por los vestidos con bolsillos que en este momento. Estoy tan distraída por mi victoria que me pierdo el principio de la conversación.

—Sí, jefe. Está despierta. Sí, lo tengo.

Cuelga antes de que pueda obtener más pistas de esa conversación unilateral. Si ver la tele me ha enseñado algo, es que necesito que siga hablando. A la mayoría de los malos les gusta alardear de lo que han hecho o de lo que planean hacer, y con suerte, meterá la pata y me dará algo que pueda usar. De alguna manera.

Niego con la cabeza, intentando calmar el intenso latido para poder concentrarme. Necesito un plan sobre cómo demonios voy a salir de aquí.

Sí, eso es exactamente lo que necesito.

Planear cómo demonios se supone que voy a escapar de un lugar en el que nunca he estado, rodeada de gente que no conozco, en una ubicación que jamás he visitado.

Con cada palabra, el pánico crece hasta que se hincha tanto que sé que pronto llegará a su punto álgido y me arrastrará con él. No

volveré a salir a flote. Y nunca saldré de aquí.

He visto suficientes películas de terror para saber que mi situación actual no pinta nada bien. Lo que sí sé es que me sacaron de O'Malley's, luego me desperté en una furgoneta, y después recuerdo vagamente haber visto destellos de una furgoneta ardiendo y que me llevaban a otro coche. Y ahora aquí. He podido cambiar de ubicación una docena de veces en todos esos momentos de pérdida de conocimiento que no recuerdo. Y con cada nueva ubicación, las probabilidades de rescate disminuyen.

Mucho. Ni siquiera estoy segura de si *hay* alguien buscándome. *Sabes que eso no es verdad*, susurra una vocecita en mi mente. Me trago el sabor ácido mientras pienso en ellos... ¿mis novios? No, eso no suena del todo bien. Sully ya no es mi novio. Y la palabra parece demasiado pequeña para abarcar lo que son... o lo que podrían haber sido.

Lo único que sé es que son *míos*.

Y vendrán a por mí. Lo sé.

Pero tengo que hacer todo lo posible para ayudar. Y tengo que salir de este lugar... de esta situación. Una vez que esté a salvo, entonces me abandonaré al miedo que se cierne sobre mis hombros y podré tomarme un respiro para examinar mis sentimientos por tres hombres muy diferentes.

Con mi nueva determinación, yergo los hombros y miro al tipo que tengo delante. — ¿Quién eres? — Mi voz es clara a pesar de la visión doble.

—Vaya, vaya. Vamos, Alaina. Me dijeron que eras lista, pero no estás haciendo las preguntas adecuadas —dice mientras se golpea la sien con el dedo índice—. No, no quién soy yo... ¿quién eres *tú*?

Me quedo petrificada al oír mi nombre. Vale, sabe quién soy. A ver, no es una gran sorpresa teniendo en cuenta que me han secuestrado... Dios mío, ¿en qué se ha convertido mi vida?

Pero un momento. Ha dicho ¿quién soy yo? ¿No lo sabe ya?

—Mira. Creo que ha habido un malentendido, yo no soy a quien buscas. Por qué...

Me interrumpe con la mano en alto en el gesto universal de *stop*. —Eres exactamente a quien buscamos. —Su voz es cortante,

impaciente.

Niego con la cabeza un par de veces. — ¿Qué quieres de mí?

—Ah, ahí está. Por desgracia, ya he dicho demasiado. El resto te lo dirá el jefe. Hasta entonces, disfruta de tu estancia en la cabaña. Es un trocito de cielo lejos de las bulliciosas multitudes de la ciudad. Hay un lago que bordea un lado de la propiedad... lo bastante grande como para no ver la otra orilla. De día, claro. Está en mitad del bosque en un terreno de dos hectáreas, así que nadie te oirá si gritas. Tenlo en cuenta mientras esperas. —Me anuncia mi destino con una sonrisa burlona pintada en la cara.

Entorno los ojos y hago lo posible por fusionar las dos imágenes que veo de él en una mientras intento encontrar algo para grabarlo en mi memoria. Sé que Wolf querrá todos los detalles en cuanto llegue.

El desconocido da media vuelta y sale de la habitación.

Oigo el clic de la cerradura y, aunque sé que es inútil, me levanto y cruzo la habitación para probar el pomo. No cede, y no hay pestillo en el pomo de este lado.

¿Qué clase de puerta se cierra así desde fuera? Me estremezco al pensar para qué usaría alguien una habitación casi vacía como esta.

Apoyo la frente en la puerta. —Piensa, Lainey, piensa —susurro.

Ladeo la cabeza y me doy la vuelta para comprobar los lugares obvios donde habría una cámara de seguridad —las esquinas y encima del riel de la cortina— y no encuentro nada.

Bien, esto es bueno.

Si no hay cámaras, puede que tenga una oportunidad de escabullirme.

Cruzo la habitación y abro con tiento la otra puerta. El alivio se instala momentáneamente en mis pulmones al ver un pequeño cuarto de baño. Apenas es lo bastante grande para darse la vuelta, pero tiene un retrete y un lavabo, y ahora mismo, con eso me basta.

Acciono el interruptor al entrar. La impresión me corta la respiración cuando me encuentro cara a cara con mi reflejo.

—Madre mía —susurro.

Mi pelo, antes suave y ondulado, parece la melena de un león, llena de tierra y suciedad. Una mancha negra me cruza la mejilla y

los moratones florecen en mi pómulos y bajo el ojo. El verde esmeralda vibrante de mi vestido de cumpleaños se mofa de mí con desgarros y enganchones por todo el corpiño. El dobladillo está roto sobre un muslo y la tira de tela de un hombro pende de un hilo. Sangre seca y encostrada bordea mi fosa nasal, pero eso no es lo que capta mi atención.

Me quedo mirando, hipnotizada por la visión de la sangre seca en la coronilla.

Aparte de un esguince de tobillo hace unos años, nunca me habían herido así. Nunca había sangrado de esta manera.

Me llevo lentamente la mano a la cabeza y palpo los bordes del corte. Un dolor agudo y punzante me recorre al explorarlo y hago una mueca.

—Muy bien, Lainey. Tú puedes —susurro mientras sostengo mi propia mirada en el espejo.

Asiento un par de veces y me fortalezco mentalmente. No sé qué está pasando ni dónde estoy, pero soy lista y tengo recursos y... y sé que Wolf me estará buscando. Solo tengo que aguantar.

Abro el grifo y sale un chorrito de agua marrón antes de quedarse seco.

Vale.

No pasa nada.

No necesito limpiar estos cortes.

Está bien. Estoy bien.

Miro el retrete y sopeso la conveniencia de usarlo cuando recuerdo el motivo por el que he entrado aquí en primer lugar: ¡mi teléfono!

Me maldigo por olvidar algo tan importante y perder el tiempo mientras lo saco de mi bolsillo delantero oculto.

—Mierda.

La pantalla está llena de grietas como una telaraña, pero puede que aún funcione. Deslizo el dedo para desbloquearlo y me siento tan aliviada de que funcione que casi me echo a llorar. Busco el contacto de Wolf, pulso el botón de llamada y me pego el teléfono a la oreja.

—Vamos, vamos, vamos —suplico con el corazón latiendo al mismo ritmo.

Al no oír señal, lo retiro para mirar la pantalla y se me cae el alma a los pies. Sin cobertura.

—Vale. No pasa nada. Buscaré cobertura —me susurro el plan a mí misma. Extiendo el brazo en el aire, sosteniendo el teléfono en diferentes esquinas del pequeño aseo con los ojos clavados en las barras de cobertura de la esquina superior. Mis costillas protestan por el movimiento, enviando una punzada de dolor a mi costado que me quita el aliento. Pero no tengo ni idea de cuánto tiempo estaré sola, así que me trago el gemido y sigo moviéndome.

Vuelvo a la habitación y me dirijo de inmediato a la ventana. Si no tengo cobertura, saltaré por la ventana y correré hasta que la encuentre. La comodidad familiar de mis Vans blancas me calma los nervios mientras muevo los dedos de los pies.

Nunca en mi vida he estado más agradecida por mi amor por las zapatillas. De hecho, a partir de ahora puede que hasta duerma con ellas.

Me detengo junto a la ventana y escucho si hay movimiento en la casa. Al no oír nada, vuelvo a mirar el teléfono —sigue sin cobertura— y descorro las cortinas de flores.

Parpadeando rápidamente, no alcanzo a comprender lo que veo. Una docena de clavos mantienen la ventana fijada de forma semipermanente al marco y me resulta casi imposible abrirla.

Vuelvo a guardarme el teléfono en el bolsillo y lo intento de todos modos.

Tras sesenta segundos y sin lograr ni un milímetro de diferencia, me rindo y recorro el perímetro de la habitación con el teléfono en alto.

Mis pasos son un poco más pesados mientras regreso al sofá. Me siento en el otro lado, guardo el teléfono y me aseguro de que el contorno no sea visible a través del vestido.

Una vez satisfecha con su ocultación, dejo caer las manos sobre el cojín e intento pensar en mis próximos pasos. Pero es difícil. Cada vez que intento pensar con intensidad, la cabeza me duele como si alguien me hubiera dado un martillazo.

Apoyo la cabeza en el respaldo del sofá y paso las manos por la tela áspera. Reprimo una mueca cuando mis dedos pasan por unas manchas endurecidas en el sofá.

Algo me pincha el dedo índice e inclino el cuerpo para ver un lápiz afilado encajado entre el cojín y el reposabrazos.

Vale, puedo usar esto.

Saco el lápiz y paso suavemente los dedos por los bordes del cojín, con la esperanza de encontrar algo más que pueda servirme. Un lápiz podría darme una pequeña ventaja, pero necesito algo más... algo más contundente.

Sin nada más en las manos, me escurro del sofá y me arrodillo en el suelo. Lo único que hay debajo del sofá son pelusas y un trozo de madera roto. Cuelga de un hilo hacia la parte trasera del sofá, y tardo un momento en darme cuenta de que es parte del armazón.

Camino de rodillas hacia un lado y me asomo debajo para ver mejor. Me pego al suelo, estiro el brazo bajo el sofá y agarro con los dedos el trozo de madera astillado. Me cuesta unos cuantos tirones, pero finalmente consigo arrancarlo y sacarlo, llevándome varias astillas de recuerdo en el proceso.

Es más o menos del tamaño de mi antebrazo, lo bastante grueso como para no poder rodearlo por completo con la mano, y tiene un borde dentado. Es mejor arma que un lápiz, aunque no por mucho. Me recuerda un poco a una versión tosca de una estaca.

Gracias, Crónicas Vampíricas, por esa imagen mental.

Ni siquiera estoy muy segura de qué demonios pienso hacer con ninguna de las dos cosas, pero me siento un poco mejor sabiendo que tengo *algo* para defenderme.

Me acomodo de nuevo en el sofá y meto el trozo de madera entre el cojín y el reposabrazos para ocultarlo lo más posible.

Luego, espero.

CINCO

ALAINA

ME APOYO en los pocos ejercicios de meditación que aprendí en una clase a la que Maddie me arrastró el semestre pasado y me esfuerzo por calmar mi respiración. Cuando los pensamientos sobre Maddie y Mary empiezan a acecharme, los reprimo —muy al fondo— donde no pueda verlos. Sé que si empiezo a pensar en ellas, no podré parar. Y necesito tener todos mis sentidos alerta.

Mi respiración se ralentiza mientras elijo un punto en la pared frente a mí para concentrarme. Mi teléfono me presiona la cadera por un lado, y la estaca me presiona la otra cadera; ambos me ofrecen un poco de consuelo.

Nunca me ha ido bien con lo desconocido; hay una razón por la que prefiero tener un plan.

Sentarse en el vacío de la posibilidad deja demasiado al azar. Y el azar, por su propia definición, es imprevisibilidad. Me gusta la idea de la espontaneidad más de lo que me gusta en realidad, a menos que sea en dosis pequeñas. Ir a tomar el brunch por un capricho es divertido para todo el mundo. Ser secuestrada sin entender por qué ni qué está pasando es el peor tipo de azar. Cambiar de ubicación varias veces a manos de hombres a los que no has visto nunca sin tener ni una sola clase de defensa personal a tus espaldas podría ser la última parada de mi viaje. Nunca he sido más consciente del

hecho de que soy una mujer indefensa de un metro sesenta y tres y dieciocho años de lo que lo soy ahora mismo.

Me hago una promesa a mí misma: si salgo de aquí, voy a arriesgarme, a ser espontánea y a reclamar a mis chicos. Esa palabra no suena del todo bien. Son hombres. *Mis* hombres.

Pero primero, tomaré clases de defensa personal... no, lo primero que voy a hacer si salgo viva de aquí es encontrar a mis hombres y darles un beso de campeonato. De hecho, puede que no deje de besarlos nunca.

Y voy a abrazar a mis primas y asegurarme de que se den cuenta de cuánto las quiero.

Pero la defensa personal queda en un cercano segundo lugar.

Los hechos son sencillos. No tengo ni idea de por qué estoy aquí ni de quién me ha llevado. Y tengo un lápiz y una estaca rudimentaria como única forma de defensa. Las probabilidades no pintan bien. Por suerte para mí, siempre voy con el más débil. No tenía ni idea de que un día *yo* sería la más débil en todos los sentidos de la palabra.

Unos pasos me sobresaltan de mi estado forzado de falsa calma y el corazón me empieza a latir con fuerza.

Observo el pomo de la puerta girar con el aliento contenido. Un hombre al que no he visto nunca entra arrastrando los pies en la habitación. Alto y delgado, con el pelo castaño; parece cualquiera y nadie a la vez.

Trago saliva por instinto y sigo sus movimientos con la mirada, manteniendo el cuerpo quieto. Una vez que entra, se gira para cerrar la puerta por fuera antes de cerrarla con firmeza con la palma de la mano.

La mirada inexpresiva de su rostro cuando se gira para mirarme me provoca un escalofrío de miedo por la espalda.

Dirige su mirada mortecina a la mía. —Eres mucho más guapa en persona.

Sus palabras, pronunciadas con tal falta de emoción, quedan suspendidas en el aire. La inquietud y la cautela me cubren los hombros como una manta.

—¿Te conozco? —Mis palabras suenan bajas en la habitación, que de repente se ha vuelto demasiado pequeña.

Da un paso hacia mí mientras su mirada me recorre, y veo un destello de algo demasiado rápido como para identificarlo. Lucho por reprimir el estremecimiento de repulsión que surge instintivamente.

—Soy Sean.

Me lamo los labios y hago una pausa antes de preguntar: —¿Dónde está el otro tipo que estuvo aquí antes?

—No tienes que preocuparte por él. Se ha ido. —Da otro paso lento hacia mí y me tenso—. Le he dicho que cuidaría bien de ti mientras no esté. —Da otro paso hacia mí y, de repente, está al alcance de mi mano—. Solo quiero hablar.

Una punzada de miedo me recorre el cuerpo, mi propia alma protesta por todo de forma tan profunda que mis manos empiezan a temblar.

—Cr-creo que deberíamos esperar hasta que él vuelva para hablar. ¿No te parece?

Sean alarga la mano para tocarme el pelo y me estremezco, apartando la cabeza hacia un lado.

—Ah, no seas tímida. No me da miedo un poco de desorden. Y parece que has hecho un buen desastre aquí. —Señala con la cabeza el vómito que se está secando junto a sus zapatos, y una sonrisa que estoy segura de que cree que es tranquilizadora curva sus labios. Pero hay demasiada manía pintada en la curva de su boca para ser algo menos que aterrador.

Sean se sienta a mi lado y un olor abrumador a gasolina y sudor me asalta la nariz. Lucho contra las ganas de vomitar.

—Y-ah-creo que debería hablar con tu jefe, ¿no crees? —Miro a Sean por el rabillo del ojo, todavía mirando hacia el frente.

Espera, Lainey, espera al momento adecuado, me insto a mí misma. Una gota de sudor se desliza por mi nuca, burlándose de mí con su rápido movimiento.

—Nah, no lo creo. No te van a gustar sus planes. —Me pone la mano en la pierna, justo por encima de la rodilla, y todo en mi interior se congela. Mis sentidos se centran en ese único movimiento—. Por eso he hecho mis propios planes para ti. Y sé que te va a

gustar lo que he planeado. Al fin y al cabo, llevo un tiempo siguiéndote.

El orgullo en su voz me asquea, pero no le respondo. Ni siquiera sé qué decir a eso.

—Te encontré hace meses, pero no se lo dije al Jefe hasta la semana pasada, cuando desapareciste. —Inclina la cabeza—. ¿Adónde fuiste, Alaina? Miré en todos nuestros sitios habituales. Incluso hablé con algunos de tus amigos, pero nadie te había visto. Estaba tan preocupado por ti.

La sinceridad de su voz me hace perder los estribos y pierdo un poco la calma. Se me escurre por los hombros y el miedo se desliza a mi alrededor como un gato doméstico.

Niego con la cabeza lentamente mientras mis dedos se cierran alrededor del lápiz escondido junto a mí y mis respiraciones salen entrecortadas. —Quiero irme a casa.

—No seas tonta. Tu nuevo hogar está conmigo. —Sean me aprieta la pierna y la bilis me sube por la garganta—. Solo tenemos que esperar a la señal y luego nos iremos a nuestro nuevo hogar. Juntos. Como debe ser. Y no te preocupes por el Jefe, tiene muchos enemigos, y solo hace falta un pajarito que susurre el secreto adecuado, ¡y puf! Ya no será una amenaza —dice con esa enorme sonrisa de gato de Cheshire.

La mención del *pajarito* me provoca una punzada de anhelo y arrepentimiento. *Rush*. Me duele el corazón por todos esos pequeños momentos del último año y por todos los que podríamos haber tenido juntos. Todo el tiempo que podría haber pasado con los tres.

Rush.

Wolf.

Sully.

Oh, Dios, *Sully*. La idea de no volver a conectar con él, de no arreglar las cosas nunca, me atraviesa el alma.

¿Es aquí donde termina mi historia? ¿En una cabaña sucia en el bosque en medio de ninguna parte? ¿Voy a acabar en el reverso de un cartón de leche como le pasó a Grace Adams en segundo curso? Un día estaba en la clase de la señorita Twist y de repente, se bajó

del autobús en su calle, pero nunca llegó a casa. Organizaron partidas de búsqueda durante semanas, pero nunca descubrieron ninguna pista. Y su foto escolar estuvo en el reverso de los cartones de leche durante meses. Pero nunca la encontraron.

Y tengo un pensamiento terrible... un pensamiento deprimente y desgarrador que lo reajusta todo.

Mi padre se ha ido.

Mi madre es como si se hubiera ido.

¿Quién me echaría de menos si yo también... me fuera?

Una lágrima me recorre la mejilla al pensarlo. Lógicamente, sé que me están buscando.

¿Pero durante cuánto tiempo?

¿Qué pasa si Sean me lleva a otro sitio, y el rastro se enturbia demasiado, y no pueden encontrarme? El pánico aumenta como una ola con cada posibilidad. ¿Cuánto tiempo seguirán buscándome antes de que mi foto se borre de los cartones de leche y mi cara se desvanezca de sus recuerdos?

Y quizá el pensamiento más aterrador de todos: ¿Y si no me rescatan nunca?

No. Simplemente no.

Este no puede ser el final de mi historia, de *nuestra historia*. Me niego a dejar que esta sea la última parada de mi viaje.

Sean vuelve a apretarme la pierna, sacándome de mis pensamientos en torbellino, y la acción pone mi respuesta de lucha o huida a toda marcha. Le aparto la mano y me alejo de él mientras intento salir del sofá.

Sean me agarra del bíceps y me atrae hacia atrás; mis hombros chocan contra los suyos mientras me arrastra hacia él. —Vamos, Alaina, no voy a hacerte daño. Nunca podría hacerte daño. Solo estoy matando el tiempo hasta que podamos irnos y empezar por fin nuestra vida juntos.

Me resisto a su agarre mientras me atrae contra él; mi costado choca contra su pecho. —No, Sean. No quiero esto. Por favor, déjame ir. No volverás a verme. ¡No se lo diré a nadie! —No estoy por encima de suplicar.

—¡Quieres dejar de moverte! —Sean me sacude un poco agarrándome del brazo—. ¿Y por qué demonios iba a hacer eso? Si te dejo ir, él te encontrará y entonces no nos volveremos a ver. No volverás a ver a *nadie* nunca más. —Hace una pausa—. No, es mejor así, ya lo verás.

Se me llenan los ojos de lágrimas mientras la impotencia me invade. No soy más grande ni más fuerte, y estoy en desventaja en este lugar desconocido. Todo lo que tengo es el elemento sorpresa. Y una feroz determinación por vivir.

Pero no estoy segura de que sea suficiente.

Lo único que sé con certeza es que tengo que intentarlo.

Dejo de moverme y me concentro en la sensación del lápiz en mi mano.

—Ya está. No es tan malo, ver... —El sonido de una explosión lo interrumpe, y afloja su agarre en mi brazo mientras gira la cabeza para mirar por la ventana—. Perfecto. Dos más y será la hora.

Reúno valor y aprovecho esta interrupción. Con su cabeza girada, levanto la mano, apretando fuerte y con los nudillos blancos, y clavo la punta del lápiz en su muslo con todas mis fuerzas.

Sean aúlla de dolor y me suelta el brazo al instante. Dejo el lápiz en su muslo y envuelvo mis manos alrededor de la estaca improvisada y astillada. En un solo movimiento, me levanto, giro y descargo la estaca contra el lateral de su cabeza. Pongo hasta la última onza de fuerza que tengo en ese golpe, con la adrenalina disparada por mis venas.

—¡Qué cojones, Alaina! —Sean gruñe las palabras mientras se lleva la mano a la cara y retira los dedos ensangrentados de donde le han tocado el nacimiento del pelo.

—Oh, joder. —Las palabras salen arrancadas de mi garganta al darme cuenta de que ese golpe no ha sido suficiente para incapacitarlo.

Me mira con incredulidad y, si tuviera tiempo, analizaría la razón por la que su mirada está cargada de traición.

Antes de que tenga tiempo de hacer nada más, tomo impulso y vuelvo a golpearle la cabeza con la estaca, esta vez justo por encima de la oreja.

Ruge mientras otra explosión estalla cerca. Como todavía no se desmaya, tomo impulso y le golpeo de nuevo. Pero la agarra en el último segundo, así que apenas le roza la mejilla.

Me arrebata la estaca de las manos y doy un paso atrás, con el pecho agitado.

Sean se levanta del sofá con intenciones asesinas en los ojos. Lanza la estaca a un lado mientras avanza hacia mí. —¿Por qué me has hecho eso, Alaina? ¡Te estoy *ayudando*! ¿Es que no lo ves? ¡Esto es para que podamos estar juntos!

Por cada paso que doy hacia atrás, él da uno hacia mí. Lanzo una mirada a la estaca en el suelo y al lápiz clavado en su muslo. Mis músculos se tensan mientras tomo una decisión rápida. En realidad, solo tengo una opción.

Me lanzo a por la estaca y, con un grito, Sean me placa contra el suelo. Mi barbilla choca contra el piso y la boca se me llena de sangre. En el momento en que siento su peso inmovilizándome contra el suelo, pierdo el control por completo.

Soy como un animal salvaje.

Pateando, arañando, gritando... todo lo que puedo hacer, lo hago.

Ignoro mis costillas que gritan de agonía y mi cabeza que late con más fuerza con cada respiración y todas las quemaduras y moratones que decoran mi cuerpo. Lo ignoro todo excepto mi único objetivo: sobrevivir.

—Cálmate, Alaina. —La rabia tiñe las palabras de Sean, contradiciendo su petición de que me calme.

Mis yemas rozan la estaca. Y si fuera el tipo de mujer que cree en los milagros, estaría dando las gracias a quienquiera que me esté cuidando.

Por la gracia de alguna intervención divina, hago rodar la estaca hacia mí lo suficiente para agarrarla en el mismo momento en que él se echa hacia atrás. Me revuelvo e intento darme la vuelta para salir de debajo de él cuando oigo el clic característico del seguro de una pistola.

Detengo mis movimientos, asomo la cabeza lentamente por encima del hombro y me encuentro cara a cara con un arma. Se

produce una tercera explosión, esta suena más cerca de nosotros, y una gota de un líquido húmedo se desliza por el lado de mi cara; no estoy segura de si es sudor o sangre.

—No quiero hacerte daño, Alaina. No entiendo por qué querrías hacérmelo tú a mí. —Sean acerca la pistola para dar unos golpecitos en el lado de su cara que he golpeado—. Ahora, no quiero dejarte inconsciente, pero tenemos que irnos. Así que me voy a levantar y tú vas a venir conmigo. ¿De acuerdo?

La seriedad de su voz me asusta más que la pistola que me apunta a la cara. Bueno, eso no es del todo cierto. Pero mirar el cañón de una pistola a treinta centímetros de mi cara es lo más cerca de un colapso mental que he estado nunca.

En ese momento ocurre algo inexplicable. Ráfagas de todos los momentos de lo que ha sido y lo que podría haber sido mi vida se superponen a la escena que tengo delante.

Todas las noches hasta tarde cantando y riendo con mis primas. Viajando por el mundo con ellas y mi tía.

Explorando lo que sé que habrían sido experiencias que me habrían cambiado la vida con Rush, Sully y Wolf.

La sonrisa amable de mi padre y la forma en que se le arrugaban los ojos en las comisuras cuando reía.

Y mi madre... Dios, la oportunidad de conectar con mi madre desfila ante mis ojos.

Pedazos de mi propia alma se fracturan y se desprenden, dejando atrás nada más que una fría determinación.

Ya no me siento yo misma.

Me siento como una versión despojada de la humanidad. La necesidad de sobrevivir me golpea con cada latido del corazón.

Mantengo el rostro cuidadosamente inexpresivo mientras asiento lentamente. Sean se pone en pie, pero no se aleja mucho mientras me apunta con el arma de forma relajada.

Usando mi agarre en la estaca, me impulso para levantarme del suelo, manteniendo la mirada baja. —¡Ay! —Las palabras suenan agudas y creíbles cuando dejo que mi brazo ceda, así que me desplomo de nuevo en el suelo.

—¿Ves? Ahora vas y te haces daño —dice Sean mientras se acerca más a mí. Deja la pistola en el suelo junto a mi cabeza y me agarra con una mano del bíceps y con la otra del hombro—. Está bien, déjame ayudarte.

Sean empieza a levantarme del suelo y, antes de subir demasiado, arrebató la pistola con una mano, me la acerco al pecho y giro el cuerpo bruscamente para enfrentarme a él. Sean me suelta y mi espalda choca contra el implacable suelo, pero no dejo que eso me detenga.

Levanto el arma y disparo.

Una vez.

Dos veces.

Tres veces.

Tardo un momento en darme cuenta de que estoy gritando, temblando y llorando. Me vuelven a zumbiar los oídos y las manos no me dejan de temblar. Sean retrocede un paso tambaleándose, sus movimientos parecen ir a cámara lenta mientras se lleva una mano al abdomen sangrante, con la incredulidad grabada en todo su rostro.

—Lo siento —lloro—. Lo siento, lo siento, lo siento. —Usando los pies, me empujo hacia atrás mientras él da más pasos vacilantes hacia mí.

Intenta alcanzarme con la sangre goteando de sus manos, con una traición que no entiendo marcada en su rostro. Sean cae de rodillas y el sonido restalla en el aire como un trueno. Cae hacia delante, aterrizando a medias sobre mí y agarrándose a mis piernas como a un clavo ardiendo, aunque yo no soy su salvación.

No soy su salvavidas.

Soy su parca.

Al cabo de un momento se queda quieto, pero la sensación de la sangre de su vida empapándose las piernas es suficiente para hacerme tener arcadas. Le empujo, pero desde este ángulo me cuesta más de unos cuantos intentos desenredar sus brazos de mis piernas y quitármelo de encima. Para cuando termino estoy sudando y temblando, pero ya no lloro.

Sorbo por la nariz y me la limpio con el antebrazo, uno de los pocos lugares que no están ensangrentados, magullados o sucios.

Y entonces oigo pasos en el pasillo. Con una frialdad para la que estoy segura de que voy a necesitar terapia, lo bloqueo todo y levanto la pistola hacia la puerta.

SEIS

RUSH

CON LA BURLONA melodía de «Reach Out I'll Be There» sonando en bucle en mi cabeza, sigo los pasos habituales de comprobar mis armas y mi chaleco de kevlar por tercera vez.

El aire está cargado de anticipación, con los sonidos del bosque como únicos compañeros. A ochocientos metros, al otro lado de estos árboles, se encuentran diez pequeñas cabañas. La dueña es una mujer llamada Nancy Lowell, pero hace poco las alquiló un grupo de hombres ensangrentados que llevaban exactamente a una chica inconsciente.

La mujer que los registró les dio las llaves y luego llamó a Diesel, vicepresidente de los Blue Knights. Resulta que Nancy es la tía de Diesel. Un golpe de suerte a nuestro favor. Nunca he estado más agradecido por tener un hermano tan sociable como el mío, que se ha pasado todos los viernes por la noche en la sede de los Blue Knights durante el último año y, como consecuencia, se ha hecho amigo de su vicepresidente.

Diesel nos hizo el favor y fue al lugar del incendio de la furgoneta. Observé cómo nos hacía una videollamada para mostrarnos los restos. Todavía se me revuelven las entrañas ante la imagen del armazón de la furgoneta, con el interior casi totalmente calcinado. Se me ha quedado grabada en el cerebro y no estoy

seguro de si alguna vez podré sacármela de ahí. No dejo de imaginar a Alaina allí: su cuerpo sin vida, apenas reconocible, tendido en el suelo.

No sabemos qué pasó exactamente, pero según la suposición de Diesel, el conductor perdió el control del vehículo y se estrelló contra un poste junto a la carretera.

Me sacudo los detalles de la mente y me concentro en la tarea que tenemos entre manos. Wolf y Sully se sitúan a mi lado mientras el resto de nuestro equipo se dispersa por el perímetro; todos estamos apostados a medio kilómetro de distancia. Ni de broma voy a dejar que esos asquerosos malnacidos se escapen de mis manos por haberse escondido en algún lugar del bosque.

—¿Uno? —Las palabras de Wolf suenan suaves en el aire calmado de la noche. Han pasado veintitrés horas y catorce minutos desde que se la llevaron del O'Malley's... desde que nos la quitaron a *nosotros*.

Tomamos la decisión de esperar como pronto hasta el anochecer para avanzar hacia las cabañas. Durante los meses de verano, no oscurece hasta cerca de las nueve de la noche y no podemos arriesgarnos a que nos vean. Si uno de esos capullos nos echa un vistazo mientras nos escabullimos por el bosque armados con suficientes pistolas y munición para aniquilar una ciudad, podrían entrar en pánico y hacer algo que yo no pueda arreglar.

Así que, durante las últimas tres horas, eso fue exactamente lo que hicimos. Esperamos.

Y, lenta y metódicamente, perdimos la cabeza. Wolf fue el primero en caer, luego Sully y, finalmente, yo. Sentía que me picaba la piel y la única forma de distraerme para no caer en una espiral de hipótesis era planificar.

He planeado todas las formas atroces en las que voy a torturar a quien sea que se haya llevado a mi pajarito, y voy a disfrutar de lo lindo haciéndolo.

—Sí. Invita a uno a casa por vacaciones. —*Lleva a uno a la cochera.* —Y que los chicos se lleven al resto a por donuts esta noche. —*Y que los chicos limpien y se deshagan de los cuerpos.*

Lo que empezó como una forma divertida de hablar en clave con mis hermanos cuando los amigos de mi padre estaban cerca se ha convertido en una herramienta valiosa entre nosotros tres. Suena a disparate para cualquiera que esté a una distancia mínima, pero ambos saben que acabo de dar la orden de traer a uno a casa para sacarle información y que el resto del equipo se encargará de limpiar nuestro desastre.

Y no os equivoquéis, vamos a montar un desastre muy grande esta noche.

Pienso redecorar estas cabañas en tonos carmesí.

—¿Listos para esto? Treinta segundos para empezar. —Sully mira su reloj. Sincronizamos nuestros relojes hace horas, durante el trayecto en coche. En una situación como esta, la sincronización lo es todo. Diez segundos no parecen mucho tiempo, pero es una eternidad cuando estás preparando una emboscada y un rescate.

Inhalo profundamente y saboreo la rabia en el fondo de la lengua. Es una combinación violenta la que formamos los tres. —Sí. Traigamos a nuestra chica a casa, hermanos.

—Y matemos a todo el que se interponga —dice Wolf, con una sonrisa feroz iluminando sus rasgos.

—A todos. Uno a uno —dice Sully mientras da un paso adelante. Empieza el espectáculo.

Avanzamos por el bosque a un ritmo constante pero cauteloso. Wolf salta sobre el tronco de un árbol caído y un recuerdo me golpea la cabeza con tal rapidez que gruño por el impacto.

El sudor me corre por el cuello y un mosquito me zumba en la oreja. Mis hermanos y yo caminamos por el terreno descuidado del polígono industrial de Brooklyn.

Buzz, nuestro experto en tecnología residente, dijo que el almacén que tenemos a treinta metros tiene lo nuestro. Teniendo en cuenta que le he estado dando mil vueltas en temas informáticos los últimos meses, no confío demasiado en las habilidades de Buzz.

—Más le vale a ese cabrón tener razón sobre esto —rezongo.

—Acéptalo, hermano, Buzz encontró lo nuestro antes que tú. —Wolf me lanza una mueca condescendiente.

Le hago un gesto con el dedo corazón a Wolf. —Ni de coña...

Las primeras notas de alguna canción rasgan el aire. Wolf gira y salta sobre un tronco podrido para aterrizar justo al lado de nuestro hermano, Sully.

—¿Pero qué coño haces, tío?! ¡Apaga esa mierda antes de que nos maten! —sisea Wolf y mira de izquierda a derecha.

—Mierda. Lo siento. —Sully mantiene pulsado el botón de encendido.

Algo cambia en el aire y mi corazón da un vuelco. El pavor se desliza por mis venas y mis dedos empiezan a hormiguesar. Dejo de caminar y Sully choca directamente conmigo soltando un gruñido.

—Algo no va bien.

Sully se frota la nariz mientras mira a la izquierda y luego a la derecha. —¿A qué te refieres?

—Me refiero a por qué hay tanto silencio. —Mi voz es tenue.

Wolf se pone al lado de Sully con un bufido. —Mira a tu alrededor, tío. Estamos merodeando por estos bosques de mierda a las ocho de un viernes.

—Exactamente. ¿Dónde coño está todo el ruido? No oigo ni a un puto grillo ni una rama moviéndose. —Miro por encima del hombro para lanzarle una mirada fulminante.

—Hala, claro, tío. Por supuesto que no queremos que nos oigan.

—Wolf abre mucho los ojos—. ¿Qué te pasa?

Sully gira lentamente sobre sí mismo. —Tiene razón, Wolf. Hay demasiado silencio.

Ladeo la cabeza. —¿Oís eso?

—Qué...

—¡Chitón! —Wolf da un paso adelante y yo ladeo la cabeza.

—Es ese... zumbido... —Ladeo la cabeza hacia un lado para escuchar.

—Parece un... ¿tictac? —Wolf me interrumpe.

—¿Por qué coño...

—¡Eso es un tictac! —grita Wolf, interrumpiendo a Sully.

Mi pulso truena y mi adrenalina se dispara.

—¡Tenemos que salir pitando de aquí! —grita Wolf, agarrándonos a Sully y a mí por los hombros e instándonos a correr.

Saco mi teléfono mientras salto sobre un árbol caído y llamo a mi padre. —¡Es una puta trampa! ¡Atrás! ¡Atrás, papá!

—¿Qué? ¿Dónde estás, muchacho? —grita mi padre por el teléfono. Los latidos de mi corazón rugen en mis oídos, ahogando cualquier cosa que esté diciendo. Corto la llamada y maniobro alrededor de unos metales rotos, mirando de reojo para asegurarme de que mis hermanos siguen conmigo.

Hoy no es el día en que morimos. Y que Dios ayude a las ratas que tendieron esta trampa. Van a suplicar la muerte para cuando hayamos acabado con ellas.

Estamos a medio camino de regreso antes de que el tictac se detenga.

Y entonces el mundo tal como lo conocíamos salta por los aires.

—¿Rush? ¿Qué pasa?

Las palabras de Sully me sacan del recuerdo y me doy cuenta de que está varios pasos por delante de mí. Sacudo la cabeza para librarme de las imágenes persistentes de mis hermanos volando por los aires con un edificio en llamas como telón de fondo. —Nada.

—Pues vamos, tío. Estamos perdiendo el tiempo. —Sully me mira con una ceja levantada y el ceño fruncido.

Troto para alcanzarlo a él y a Wolf, y reanudamos el paso. Llevamos diez minutos caminando, así que deberíamos ver la cabaña más alejada de la propiedad en cualquier momento.

Una explosión estalla en el aire nocturno y todos detenemos nuestros movimientos. Se me eriza el vello de los brazos mientras examino el bosque circundante. No siento que me estén observando, y he perfeccionado mis instintos precisamente por este tipo de situaciones.

—Allí —susurra Wolf mientras señala hacia delante y a la derecha. Sigo la dirección de su dedo y veo la esquina de una cabaña de una planta con otras dos justo al lado. Sin embargo, ninguna de ellas está ardiendo.

Seguimos el liderazgo de Wolf y todos nos dirigimos hacia las cabañas. Saco mi pistola y quito el seguro. Sin mediar palabra, los tres nos desplegamos hacia una cabaña cada uno. Me dirijo a la cabaña que tenemos justo delante, Sully se encarga de la de la

derecha y Wolf de la de la izquierda. No veo al resto de los tíos que hemos traído con nosotros, pero no me sorprendería. Hay una razón por la que los elegimos para esto.

Dando la espalda al exterior, avanzo poco a poco por la pared hasta llegar a la esquina de la parte delantera de la casa. Me asomo por la esquina y veo un pequeño porche. Tomo aire para centrarme antes de dar la vuelta a la esquina, todavía con la espalda pegada a la pared y la pistola levantada frente a mí.

Una segunda explosión tiñe el aire veraniego con un trueno y, esta vez, la veo: las llamas envuelven una de las cabañas a lo lejos. El miedo se desliza por mis venas y la urgencia me golpea las sienes.

Tres pasos rápidos y estoy junto a una ventana. Encojo los brazos sin soltar la pistola y ladeo la cabeza hacia la ventana para mirar dentro. Las cortinas están echadas salvo por una rendija, y veo el resplandor de una lámpara. Me sitúo al otro lado de la ventana en un movimiento rápido, subiendo los dos escalones hasta estar junto a la puerta principal. Agarro el pomo con una mano y me detengo para escuchar si hay movimiento dentro de la cabaña o por parte de Wolf o Sully. El crepitar de las cabañas ardiendo es lo suficientemente fuerte como para tapar los demás sonidos. Mis nervios bailan de urgencia, pero saltarme el protocolo no ayudará a nadie si acabo muerto. Una vez que me satisface el silencio, giro con cuidado el pomo y la puerta se abre sin hacer ruido.

Hago una pausa por si hay alguna reacción, y es entonces cuando lo oigo: sollozos.

Mis instintos rugen, ahogando cualquier pensamiento racional mientras abro la puerta de golpe. Golpea la pared con fuerza suficiente para abollarla, pero ni siquiera le dedico un segundo pensamiento a eso ni al sonido que ha provocado. Lanzo una mirada al salón y a la cocina de este estudio y corro por el corto pasillo hacia lo que supongo que son los dormitorios.

Gruñidos suaves y golpes llenan mis oídos, y mi mente sufre un cortocircuito.

No pienso. Actúo.

Levanto un pie calzado con bota y lo planto en el centro de la puerta barata y endeble. La puerta cede bajo la presión de mi bota,

pero no se abre. Saco el pie del agujero que he hecho y me inclino hacia él.

No importa lo que encuentre en esta habitación, no cambiaré lo que siento por mi pajarito. Pero no quiero esto para ella. No quiero que esta experiencia la transforme en algo que yo no pueda arreglar. Temo el impacto en su alma.

Arrasaría el mundo entero para evitarle un segundo de dolor.

Nada podría haberme preparado para la imagen que encuentro al asomarme por el agujero.

—Pajarito. —Su nombre sale de mis labios en un suspiro.

Me está apuntando con una pistola y, si no me sintiera aplastado por la necesidad de llegar hasta ella, la elogiaría. Sus ojos buscan los míos, pero están vacíos de Alaina. Su vestido de cumpleaños roto y sucio, el pelo pelirrojo enmarcando salvajemente su rostro, rastros de lágrimas por las mejillas, dejando surcos de rímel negro a su paso. Alguien ha roto a mi pajarito, y eso quiebra algo dentro de mí. Algo que no creía que fuera capaz de sentir.

Introduzco la mano por el agujero y agarro el pomo para desbloquearlo. Al no notar el mecanismo de cierre, bajo la vista. Se me tensa la mandíbula cuando veo que la cerradura está en la parte *exterior* de la puerta. ¿Qué clase de lugar enfermo cierra las puertas de los dormitorios solo desde fuera?

Quito el cerrojo y empujo la puerta, pero encuentro resistencia. Lanzo una mirada hacia Alaina y veo que no se ha movido ni un centímetro, pero sus ojos siguen mi movimiento.

Cuando vuelvo a empujar la puerta, observo que su mirada baja hacia el suelo y luego vuelve a subir hacia mí. Empujo una vez más desde la mitad inferior y finalmente se abre un poco. A partir de ahí, meto el pie y hago palanca para abrir la puerta y empujar lo que sea que la ha estado bloqueando.

Finalmente, la puerta está lo bastante abierta como para que pueda deslizarme dentro. No me sorprende ver un cadáver. Le dedico exactamente dos segundos, lo justo para notar que no lo conozco, que sus pantalones siguen abrochados y que está cubierto de sangre.

Fijo la mirada en la criatura que tengo delante. Agarra con fuerza una pistola desconocida... la pistola del muerto, si tuviera que adivinarlo. Reprimo a la bestia que llevo dentro, que se siente henchida de orgullo ante lo que parece un lápiz clavado en la pierna del tipo.

Ahora no es el momento de alabar a nuestro pajarito por sus habilidades apuñalando con lápices, razono.

Tiene salpicaduras de sangre por todo el cuerpo, algunas secas y otras todavía húmedas, frescas, y todo su cuerpo tiembla, pero aun así, permanece en silencio.

Me acerco a ella y se estremece. Esa acción es suficiente para atravesar otro pedazo de mi alma.

Si la hubiera protegido mejor, para empezar ni siquiera estaría en esta situación. Yo tengo la culpa.

Bueno, y el que sea ese hijo de puta que tengo detrás de mí, pero eso ya se verá en otro momento.

—Ven aquí, pajarito. Ya estás a salvo. Soy yo. —Le tiendo una mano.

Alaina ladea la cabeza hacia la izquierda, con nuevas lágrimas recorriéndole las mejillas. —¿Declan?

El alivio me inunda y se me relajan los hombros. —Estoy aquí, pajarito.

Un sollozo sacude su cuerpo y deja caer la pistola al suelo sin pensarlo. Tengo medio segundo para prepararme antes de que dé dos pasos y se lance a mis brazos. —¡Oh, Dios mío, Rush! —Sus brazos se envuelven alrededor de mi cuello y me aprietan—. No puedo creer que estés aquí.

La rodeo con mis brazos y la atraigo más hacia mí. —Claro que estoy aquí. —Me aparto y le retiro un poco de su pelo revuelto de la cara para poder mirar esos ojos suyos tan profundos—. Siempre te encontraré. —Parpadea y otra lágrima le recorre la mejilla.

—¿Lo prometes? —Su voz es queda, pero sus ojos gritan. Están brillantes e iluminados por algo más que lágrimas. El alivio, tal vez. O la gratitud.

—Sí. Te lo prometo. Iría hasta el fin del mundo por ti, Alaina.

Se pone de puntillas y presiona sus suaves labios contra los míos. Me hace falta cada gramo de autocontrol que poseo para no empujarla contra la pared y tomar lo que me ofrece sin saberlo. Le lamo la comisura de la boca, y el sabor de su sangre de alguna manera aumenta mi deseo.

Me aparto cuando oigo el leve sonido de unos pasos. Y aunque reconozco el andar de Wolf, no me arriesgo cuando se trata de ella. Saco mi pistola, pongo a Alaina detrás de mí y apunto hacia la entrada. La idea de ser un blanco fácil en medio de esta habitación no me gusta nada, pero me he quedado sin tiempo y sin opciones.

Wolf echa un vistazo a la habitación desde el pasillo y suelto un suspiro.

—Estamos aquí dentro, hermano.

Wolf entra en la habitación al mismo tiempo que Alaina sale de detrás de mí.

Me digo a mí mismo que es bueno que las líneas de la cara de Wolf se suavicen un poco cuando la ve. Que un peso se levanta visiblemente de sus hombros. Me da esperanzas de que no esté perdido, de que Conor siga acechando bajo la rabia y la violencia.

Es un equilibrio delicado que todos aprendimos a dominar demasiado pronto en esta vida. Nunca fue una cuestión de si nos uniríamos a las filas; la Hermandad está tejida en mi ADN desde hace generaciones. Y Sully y Wolf son mis verdaderos hermanos en todos los sentidos de la palabra. No hay nadie que camine sobre esta Tierra en quien confíe más para guardarme las espaldas.

Algún día, ese número aumentará en uno. Algún día cercano.

Observo cómo el objeto de mi afecto se lanza a los brazos de mi hermano. Algo tira dolorosamente de mi pecho cuando ella solloza contra él. Wolf la estrecha contra su cuerpo, prácticamente envolviéndola, y hunde la cabeza en esa masa salvaje de ondas en su cuello.

Le oigo murmurar algo demasiado bajo contra su cuello para que yo lo oiga, pero ella lo abraza con más fuerza. Después de un momento, se aparta de él y me mira por encima del hombro.

Miro sus ojos y, aunque sé que no está preparada para todo lo que tengo para darle, no puedo ocultar mi obsesión. No cuando

estoy luchando por mantener el control. El pensamiento de lo que podría haber pasado en este antro de mierda es suficiente para mandarme a la tumba antes de tiempo.

—¿Cuántos en tu cabaña? —le pregunto a mi hermano en un esfuerzo por dirigir mis pensamientos en otra dirección.

Me mira por encima del hombro de ella, pero no retrocede ni retira los brazos. —Dos. ¿Cuántos aquí?

—Solo este —digo con un gesto hacia el tipo que hay detrás de él.

Wolf mira el cuerpo y silba. —¿Qué ha pasado?

Señalo a Alaina con la cabeza y a Wolf se le suben las cejas hasta el nacimiento del pelo. —Podemos averiguarlo más tarde. Busquemos a Sully y a los demás.

—Sí. Llevemos a la Pelirroja a casa.

SIETE

ALAINA

CON SU MANO firmemente entrelazada con la mía, Wolf me guía fuera de la habitación y a través de la pequeña cabaña. Miro por encima del hombro no menos de tres veces hacia la figura tendida de Sean. En mi cuarto intento, Rush se sitúa justo detrás de mí y me bloquea la vista.

—No más, pajarillo —su voz es profunda mientras pronuncia las palabras con suavidad.

Siento su calor chocar contra mi espalda un segundo después, y algo en mi interior se sosiega. Miro a los ojos a Rush mientras deposito mi confianza en Wolf para que me guíe fuera de la cabaña a salvo. En cuanto cruzamos el umbral y salimos al aire estival, otra explosión ilumina el cielo y hace temblar la tierra bajo nuestros pies. Una bandada de pájaros alza el vuelo desde un árbol cercano, piando con desagrado.

—Rush —gruñe Wolf entre dientes.

—Quédate con ella. Yo lo encontraré —Rush roza con la mano la parte baja de mi espalda mientras nos rodea y se dirige hacia la cabaña más cercana a nuestra izquierda.

Rodeo el brazo de Wolf con mi mano libre y pego mi cuerpo al suyo. Una quinta explosión llega desde la derecha, esta vez la más fuerte de todas. Me estremezco pero no digo ni una palabra. No

estoy segura de ser capaz de hablar en este momento. Ni siquiera sé qué diría si pudiese.

—Me cago en la puta —maldice Wolf mientras saca su teléfono del bolsillo. Marca unos cuantos números y murmura—: Cógelo, cógelo. —Alguien debe de responder porque, un momento después, exhala—: Oh, joder, gracias a Dios. ¿Dónde estás? Según mis cuentas, van cinco explosiones... y solo hay diez cabañas. Nuestras probabilidades no son buenas. —Hace una pausa—. Tenemos lo que vinimos a buscar. —Wolf me aprieta la mano—. Si no has encontrado a nadie a estas alturas, sal de ahí de una puta vez. Hablaremos en nuestro próximo punto de encuentro.

Sin despedirse, Wolf finaliza la llamada y se guarda el teléfono. Se golpea la pierna con los dedos, con un ritmo rápido y frenético. Me lanza una mirada, un rápido escrutinio de mi rostro, y lo que sea que ve allí hace que una maldición escape de sus labios.

Me pregunto distraídamente si sus labios se sentirán diferentes contra los míos. Su mano entrelazada con la mía se siente igual... pero más. Es algo curioso, de verdad. Su mano se siente cálida y reconfortante envolviendo mi mano más pequeña, lo cual suena bien en teoría. Quiero decir, está bien. Pero yo no me siento bien. No me siento cálida ni reconfortada.

Me siento fría y en carne viva, como si todo lo que creía saber sobre el mundo hubiera sido arrancado como papel de seda, dejando a la vista el mundo real en toda su violenta y ardiente gloria. Las capas de humanidad que ingenuamente puse en cada persona que conocí se han pelado para revelar las bestias que todos llevamos dentro.

Es tan esclarecedor como desalentador darse cuenta de que, en el núcleo de nuestro ser, no somos mejores que animales luchando por la supervivencia.

Yo no soy la excepción. Los acontecimientos de esta noche me lo han enseñado.

Y ahora, mientras permanezco aquí con el telón descorrido, todo parece más nítido y ruidoso. Un minuto después, y todo se siente como si estuviera bajo el agua. Estoy luchando por conectar quién era antes de este día con quién soy ahora.

Porque no son la misma persona; he cambiado de forma irrevocable.

Y no sé qué hacer ni cómo actuar ahora. ¿Cómo se actúa después de haber luchado por la vida... y haber ganado?

Estoy perdida en mis reflexiones filosóficas cuando otra explosión ilumina el cielo. Por instinto, me giro hacia el ruido. Rush y Sully corren hacia nosotros, a contraluz por las llamas de color naranja brillante que consumen otra cabaña.

—¿Alguien más? —grita Wolf.

—No. El resto de nuestros chicos se ha retirado. Vámonos —grita Rush mientras acorta la distancia hacia nosotros.

Mi mirada salta de Rush a Sully, y mi corazón late con fuerza ante la expectativa. Me alivia verlos a ambos relativamente ilesos. Mi mirada encuentra la de Sully y no puedo apartarla. Sus labios se parten y murmura lo que suena como una maldición.

Llegan hasta nosotros y Sully se detiene frente a mí. No me doy cuenta de que estoy estirando el brazo hacia él hasta que da un paso más hacia mí y mi mano roza su hombro. Deslizo mi mano hacia arriba y la curvo sobre su hombro, usándolo como palanca para acercarlo a mí. Con una mano todavía aferrada a la de Wolf, me inclino hacia Sully. Mi cara sigue encajando perfectamente en el espacio entre su cuello y su hombro.

—James —un nudo en mi respiración interrumpe su nombre, y él me rodea con ambos brazos.

Su chaleco de kevlar se presiona contra mí, su funda de hombro y el arma se clavan en mi hombro. Pero no lo suelto. No creo que lo suelte nunca.

A ninguno de ellos.

Sully se aparta y me aparta un poco de pelo de la cara. Su mirada recorre mi rostro mientras me acuna las mejillas. Las lágrimas asoman a mis ojos cuando por fin... *por fin*... lo veo. Una pequeña grieta en su armadura me muestra al James que conocí hace años. El James del que me enamoré... el James del que estoy bastante segura de que *todavía* estoy enamorada.

Apoya su frente contra la mía, su aliento mentolado roza mis labios cuando exhala.

—Princesa —su apodo para mí suena como una plegaria torturada escapando de sus labios.

No puedo detener el instinto de mi cuerpo, levanto la barbilla y mis labios rozan los suyos. Es apenas un roce, pero es suficiente.

Sully se queda helado ante el contacto, cada músculo de su cuerpo se tensa. Su agarre en mi rostro se vuelve de piedra, pero no dejo de mirarlo a los ojos. Deseo desesperadamente aferrarme a cualquier fragmento de mi James antes de que vuelva a convertirse en esta versión más nueva de él... la que me desprecia.

Observo cómo ocurre la transición. En dos parpadeos de sus largas pestañas de color tinta, todo rastro del chico que conocí desaparece y, en su lugar, estoy mirando el alma de uno de los miembros de la Hermandad.

Siento el calor de Rush a mi espalda dos segundos antes de oírlo. —¿Puedes caminar sola, pajarillo? —Aunque su tono es bajo, siento la urgencia subyacente en sus palabras. Sin decir nada, asiento y siento su mano en la parte baja de mi espalda, animándome a moverme—. Es una caminata de media milla por el bosque.

—De acuerdo, Rush —murmuro.

—Atentos, hermanos. Todavía no tenemos una visión completa de la situación —ordena Rush mientras saca su pistola de la funda del hombro y escanea el bosque circundante.

Wolf y Sully siguen su ejemplo, sacando cada uno su arma, con los dedos esperando pacientemente. Los tres giran sus miradas a nuestro alrededor, pero yo no puedo apartar los ojos de ellos.

Mis tres caballeros blancos de brillante armadura.

No. Eso no es correcto.

Cargados con más armas de las que he visto nunca en una sola persona —por no hablar de tres—, no se conforman con vivir dentro de las restrictivas líneas que la sociedad ha trazado. Están preparados para saltar sobre esas líneas... por *mí*. No, no son mis caballeros blancos. Son mis reyes oscuros. Dioses por derecho propio... todos ellos.

Un estremecimiento desconocido zumba en mis venas ante el pensamiento.

Una cabaña cercana chisporrotea y estalla antes de que el enorme roble que hay junto a ella se incendie. Las hojas arden en segundos antes de que las ramas siseen y se ennegrezcan. Un segundo después, el árbol de al lado estalla en llamas y, aunque la tristeza me invade al pensar en este hermoso bosque ardiendo, el instinto de autopreservación se activa con fuerza.

—Oh, joder —maldice Wolf—. Tenemos que movernos o vamos a quedar atrapados aquí. ¡Ahora! —Gira sobre sus talones y empieza a correr de vuelta hacia la cabaña en la que yo estaba... la cabaña con un hombre muerto en una de las... —Cierro ese pensamiento y me concentro en poner un pie delante del otro.

Son diez pasos hasta que salimos del claro y volvemos al pequeño jardín delantero de la cabaña en la que estaba. Con Rush a mi espalda, Wolf a mi lado y Sully delante de mí, me siento más protegida que nunca. Pero nada detiene el miedo escalofriante que se desliza por mi columna vertebral cuando paso corriendo por delante de la ventana de la habitación en la que estaba.

Un escalofrío me recorre el cuerpo, empezando por la cabeza y bajando hasta los pies. Aprieto la mano de Wolf por reflejo, y él se gira para mirarme por encima del hombro.

—¿Estás bien, Roja? —Wolf me dedica una sola mirada antes de volver a mirar hacia adelante. Cuando no respondo, me aprieta la mano.

Lo miro para responder, pero antes de hacerlo, tropiezo y me caigo. Antes de que pueda tocar el suelo, los brazos de Rush me rodean la cintura. Me sostiene por un segundo, con su rostro en la parte posterior de mi cabello, antes de ponerme de pie.

—Estás bien, pajarillo —susurra Rush contra mi cuello.

Asiento con la cabeza un par de veces y obligo a mis piernas a moverse y a mi mente a vaciarse de todo excepto de mover las piernas una delante de otra.

Después de la tercera vez que tropiezo, Rush gruñe y vuelve a agarrarme por la cintura para detener mi caída. En un movimiento rápido, cambia su agarre para tener un brazo bajo mis rodillas y el otro rodeando mi espalda, de modo que me lleva en brazos.

—Oh —la palabra sale como un chillido mientras la sangre me sube a la cabeza. Rodeo su cuello con los brazos y le miro a la cara, pero él mira hacia delante.

Siento cómo se le hincha el pecho al inspirar y luego brama: —Seguid moviéndooos.

Seguimos el sendero apenas perceptible hasta que llegamos a otro claro. Es un pequeño aparcamiento de grava, y veo un todoterreno negro aparcado en medio, bajo la única farola.

Solo han pasado unos minutos, pero no puedo apartar los ojos de Rush. Su perfil parece como si debiera estar tallado en unas antiguas ruinas romanas.

Su mandíbula marcada y su nariz orgullosa. Al igual que sus hermanos, tiene un bulto a lo largo del puente —probablemente de una fractura anterior— que mis dedos mueren por recorrer. Hebras de caoba captan la luz en su pelo castaño oscuro, y deseo desesperadamente sentirlo contra mis dedos.

Wolf abre la puerta trasera del pasajero y se mete dentro, y Rush me coloca en el asiento trasero abierto junto a Wolf con más cuidado del que yo habría esperado en una situación tan urgente.

Mi cuerpo se siente líquido y maleable mientras él me maniobra en el asiento trasero, y aun así, no puedo apartar la mirada. Mientras me abrocha el cinturón de seguridad —algo a lo que normalmente protestaría si alguien lo hiciera por mí—, levanto una mano para rozar su mandíbula. Es áspera y suave, más que una sombra de barba pero no llega a serlo del todo. Sigo con un dedo la línea de su mandíbula, y él se queda quieto y clava su mirada en la mía.

—Es hora de irse, pajarillo —murmura.

Bajo la mano hasta el cuello de su camiseta negra, justo por encima de su chaleco, y enrolló mis dedos en la tela.

—No te vayas —le suplico. Siento que el pánico se despliega en mi vientre ante la idea de que me deje ahora.

Coloca una mano tatuada sobre la mía en su cuello, pero no la quita, solo la aprieta suavemente. —No voy a dejarte. Nunca.

La convicción de sus palabras envía ráfagas de alivio a través de mi torrente sanguíneo. Asiento varias veces, pero no estoy lista para

soltarlo. No estoy segura de que vaya a estarlo nunca.

Siento una mano en mi otro brazo, y una mirada por encima del hombro me muestra a Wolf mirándome, con el ceño fruncido.

Joder.

No puedo explicarlo exactamente, excepto que siento esta necesidad de tenerlo cerca —a todos ellos—. Late incesantemente bajo mi piel.

—Ven aquí, pequeña —murmura Wolf mientras inclina la cabeza hacia su lado del coche.

Me giro para buscar los ojos de Rush, viendo la sinceridad que brilla en ellos antes de asentir una vez y desenrollar mis dedos de su camiseta. Me tomo un momento para alisar la tela, y él retira su mano de la mía. Rush se inclina y me roza la mejilla con los labios, y se detiene en mis labios por un momento. Mis ojos se cierran sin pensar, y me siento balancearme hacia él.

Tan pronto como empieza, termina. Abro los ojos y parpadeo un par de veces para aclarar la vista. Rush cierra mi puerta y rodea la parte delantera del coche para ponerse en el asiento del conductor. Es entonces cuando me doy cuenta de que Sully está en el asiento del pasajero hablando por teléfono. Su voz es lo suficientemente baja y yo estoy lo suficientemente distraída como para no poder distinguir ninguna palabra.

Wolf se acerca a mí y me rodea los hombros con el brazo.

—Estás bien, Roja. Te tenemos —me asegura Wolf. Su voz alivia parte del dolor en carne viva de mi alma, y mis párpados pesan.

Lucho contra el sueño que intenta apoderarse de mí, pero después de que mi cabeza se incline y mis párpados se cierran un par de veces, pierdo esa batalla.

Probablemente sea la única batalla que no me importa perder esta noche. Sé que mis reyes oscuros me protegerán.

Apoyo la cabeza en el pecho de Wolf, y él deposita unos castos besos en mi coronilla, murmurando algo demasiado bajo para que yo lo oiga.

Rodeada por ellos, me permito descansar.

OCHO

RUSH

SULLY TERMINA la llamada y tira el móvil en el portavasos de la consola central. Suelta el aire, aunque la expresión de enfado no se le borra del todo de la cara. —Lo hará. Pero ha dicho que será por el doble de nuestra tarifa habitual.

—¿El doble? —Enarco una ceja y echo otra ojeada por el retrovisor para ver cómo está mi pajarito. Está acurrucada contra el pecho de Wolf con los ojos cerrados. Bien. Necesita descansar. Pequeñas ascuas de celos se arremolinan en mis entrañas; quiero ser yo quien la consuele ahora mismo. Era mi trabajo protegerla, y he fallado. Pero la encontré. Eso tiene que contar como algo, ¿no?

Apago esas ascuas con la verdad, lo suficiente como para que parpadeen y se extingan con un siseo. Sé que este es el plan. Solo tengo que ceñirme al plan.

Ahora que Wolf está de acuerdo, lo único que se interpone en mi camino es Sully. Miro a mi hermano y me fijo en su mandíbula apretada y su puño cerrado mientras mira por la ventanilla. La tensión recorre cada músculo de su cuerpo y tengo claro que, esté listo para admitirlo o no, la ama.

Lo cual es bueno.

Es bueno, me digo a mí mismo, aunque algunas partes de esto parezcan como si alguien me hubiera clavado un atizador al rojo vivo

en las tripas. Sabía que no iba a ser fácil al principio: compartir a una mujer así. Compartir a una mujer por una noche es una cosa, pero compartir a una mujer para el resto de nuestras vidas es algo completamente distinto. Somos tres gilipollas alfa y posesivos, y nos han entrenado para ser los mejores, así que sabía que no sería tan fácil como dejarla caer en nuestro universo y decir «portaos bien». Pero no me esperaba esto; nada de esto.

No anticipé la yuxtaposición que es Alaina.

Canta frente a un público cada semana, pero tardó un año en acercarse a mí.

No esperaba su risa ni la forma en que ama con fiereza a sus primos. No esperaba que encandilara a Wolf tan inocente y fácilmente, ni que fuera ella la que le rompió el corazón a Sully todos esos años atrás.

Tengo la sospecha de que va a sorprenderme a cada paso.

Suelto el aire por la nariz y cualquier resto de celos me abandona. Si no puedo ser yo quien le ofrezca consuelo ahora mismo, entonces me alegro de que sea uno de mis hermanos.

—Sí, el doble. Ha dicho el doble y un favor —dice Sully con un gruñido en la voz.

—Mmm, alguien se está volviendo avaricioso. ¿Y estamos seguros de que Doc no puede reunirse con nosotros? —pregunto con un suspiro, intentando que la adrenalina se estabilice.

—Sí. Está de vacaciones por la costa —dice Sully mientras tamborilea con el pie en el suelo—. El cabrón no se ha cogido vacaciones en diez años, ¿y va y elige esta semana de entre todas?

Siento cómo se me frunce el ceño mientras encajo esta pieza de información en el gran rompecabezas. —¿Le dio Da el visto bueno?

—Ni idea. Doc dice que sí, pero como la cobertura es irregular donde está Da, no puedo confirmarlo. —Sully aprieta la mandíbula y sé que está pensando lo mismo que todos nosotros: debería estar en casa para esto.

—Con lo que le pagamos, Doc debería acudir en cuanto lo llamamos. Me importa una mierda dónde esté —gruño. Usar a alguien nuevo es siempre una apuesta, y últimamente no me siento con mucha suerte, ni muy caritativo, pero no necesito decírselo a

Sully. Estoy seguro de que ya lo sabe—. ¿Qué opinas del tío? ¿Deberíamos cambiar nuestro punto de encuentro a un lugar más alejado del piso franco?

—Depende. ¿Cómo te sientes de confiado? —Sully hace una pausa—. ¿Lo suficiente para arriesgarla a ella? —Hace un gesto con la cabeza hacia el asiento trasero—. Porque no sabemos una puta mierda de él.

La miro de nuevo por el retrovisor. Parece un ángel caído: cubierta de tierra, arañazos y sangre. No hay forma de que se dé cuenta de su propia ferocidad. Todavía no. Pero lo hará, un día, pronto.

Ya le había hecho un voto silencioso a ella, a mis hermanos, a *mí mismo*, de que la convertiría en una de nosotros.

No se da cuenta de que lleva su fiereza como una suave chaqueta de cuero.

—Doc ha estado en nuestra nómina durante al menos veinte años. Si quisiera hundirnos, ha tenido muchas oportunidades de hacerlo antes. Y si responde por este tío...

—Sam —interrumpe Sully.

—Por Sam, si me hubieras preguntado la semana pasada, te habría dicho que claro. ¿Pero hoy? No, hoy no me siento muy confiado. Cámbialo a un lugar totalmente aleatorio y a un par de horas de distancia.

Sully se encoge de hombros; un movimiento forzado y rígido que parece más incómodo que despreocupado. —Claro. Cosa tuya, hermano. A mí no me importa demasiado de una forma u otra.

—Cierra la puta boca y déjate de gilipolleces, tío —espetea Wolf desde el asiento trasero.

Sully se tensa y gira la cabeza bruscamente para mirar a Wolf. —Que te jodan, tío. Esto no cambia una mierda entre nosotros. —Hace un gesto entre él y Alaina—. Vine por vosotros, porque somos hermanos.

—Sí, somos putos hermanos. Así que más te vale recordarlo la próxima vez que intentes esa gilipollez de nuevo, ¿entendido? —El tono de Wolf es duro, implacable.

No le falta razón. A pesar de las ruidosas protestas de Sully hacia nuestra pajarita, ha estado alterado desde su secuestro. Decido no mencionar el hecho de que tuvieron que separarlo no de uno sino de dos tíos en el sótano de la cochera hoy mismo.

—De acuerdo, Wolf —masculla Sully entre dientes. Suena mucho más a *que te jodan*, Wolf.

Miro a Wolf en el espejo. Aprieta la mandíbula y su mirada haría que hombres de menos valía se measen encima. Sully aguanta la mirada como solo un hermano podría. Es su mierda y tendrán que arreglarla ellos. Nadie dijo que esto sería fácil. Pero somos hermanos, y somos más que solo sangre.

Diez minutos silenciosos después, me aclaro la garganta. —Vale. Entonces vamos a usar a este tipo de reserva. Dile que se reúna con nosotros en... joder, ¿dónde estamos?

—Ni puta idea. Algún pueblo sin ayuntamiento. Encontraré un lugar donde podamos reunirnos a unas ochenta millas al oeste del piso franco —dice Sully mientras abre su móvil y saca la aplicación del GPS.

Asiento hacia Sully y luego cruzo la mirada rápidamente con Wolf en el espejo. —¿Cómo está nuestra chica?

Wolf suspira y pasa suavemente la mano por el pelo enmarañado y con costras de sangre de Alaina. —No lo sé, tío... es que... hay mucha sangre y...

Sully gira la cabeza bruscamente para mirar fijamente al asiento trasero en general. —¿Qué quieres decir con que hay mucha sangre?

—Quiero decir, gilipollas, que está cubierta de sangre, y no puedo decir si es suya o de ese hijo de puta de la cabaña —prácticamente gruñe Wolf a Sully.

—Vamos a tener que hablar de todo lo que pasó. Conocer su versión de los hechos —dice Sully, con las cejas fruncidas.

—¿Qué le ha pasado a tu «a mí no me importa»? —se burla Wolf.

Sully se gira en su asiento, con el rostro pintado por una mueca de enfado. —¿Me estás jodiendo...?

—Basta —digo con un suspiro—. Volviendo al tema. Estoy dispuesto a apostar que la mayor parte no es suya. Pero aun así

necesita que la revisen. Tiene algunas laceraciones serias, y estoy seguro de que tiene una conmoción cerebral.

—Nos reuniremos con Samuel en el Wolfpack Lodge —dice Sully mientras vuelve la vista al frente y se desplaza por su móvil—. Es el hotel más cercano donde podemos tener algo de privacidad y aun así tener varias estrategias de salida en caso de que las cosas se tuerzan. Otra vez.

—¿Alguna información sobre la gente que ha hecho esto? —pregunto mientras me incorporo a un tráfico más denso.

—No, todavía no. Nuestros chicos no vieron mucho antes de que empezaran las explosiones, así que incluso si había alguna prueba, ya se ha esfumado —dice Sully mientras teclea en su móvil—. He hecho el check-in. Así no tendremos que cargar con ella por el vestíbulo y arriesgarnos a que algún buen samaritano llame a la policía. —Se gira para mirarme—. ¿Has tenido noticias de tu contacto?

Niego con la cabeza. —Todavía no. Pero tendremos algo pronto. De eso, estoy seguro.

—¿Y estás seguro de que podemos confiar en él?

Últimamente hemos tenido más que nuestra cuota de gilipolleces. Si no tuviera a mis hermanos, no sé qué haría. A todos nos han inculcado una buena dosis de paranoia —es un mal necesario en nuestras vidas— pero desde que nuestros hermanos se chivaron hace dos años, ha estado en su punto más alto. Cada minuto que estamos despiertos.

Joder, incluso estoy dudando de mi propio padre estos días. Lo que me recuerda... —¿Ninguno de los dos ha tenido noticias de Da?

Sully me mira de reojo, con el rostro duro. —¿Qué quieres decir? Creía que estaba de camino a casa. ¿No te llamó cuando aterrizó como de costumbre?

Niego con la cabeza e intento controlar mis pensamientos arremolinados. —No estoy seguro de poder añadir otro puto estrés a este día... Espera. ¿Qué día es?

—Casi domingo. —La voz de Wolf es baja, pero después de una ojeada a mi pajarito, dudo que se despertara aunque gritáramos. Está completamente frita.

Suspiro y me paso una mano por la cara, sintiendo la barba de un par de días raspar contra mi piel. —Joder. No he dormido en más de veinticuatro horas. —Hago una pausa—. Pero no, no he hablado con Da. Y no he olvidado todo lo que pasó antes de lo de O'Malley. —Suspiro y miro la carretera interminable que se extiende ante mí. No hay mucho tráfico aquí, al menos no a estas horas de la noche—. Pero procedamos con cautela. Todavía no confío en él.

—¿Así que no vamos a un piso franco de la Hermandad? —No hay pregunta en su tono.

—Sí. Vamos a *nuestro* piso franco. Vamos a Golden Oak —confirmo. Nombramos nuestra propiedad Golden Oak como un guiño a la forma en que los robles de los alrededores se vuelven dorados en otoño.

La elección de ir al piso franco del que solo nosotros tres tenemos conocimiento es deliberada. No sé a qué juego está jugando mi padre, pero como no ha considerado oportuno incluir a ninguno de nosotros, me inclino a no incluirlo en nuestros planes. Mi decisión se ve reforzada por el hecho de que no se ha puesto en contacto en días. No sería inusual si estuviera en una reunión familiar normal, pero alguien irrumpió en Summer Knoll hace días. Y estamos en guerra.

No hay registro de esta propiedad que mis hermanos y yo tenemos en ninguna parte, ni un rastro de papel enterrado hace mucho ni nada electrónico oculto bajo una empresa fantasma. Hicimos mucho del trabajo nosotros mismos durante varios años, y lo que no pudimos hacer, lo contratamos y pagamos en efectivo.

Después de veinte minutos, miro de nuevo a Alaina. —¿Está dormida?

—Sí. —Se movió durante el viaje, así que ahora está tumbada en el regazo de Wolf y él le está pasando las yemas de los dedos por la piel expuesta de su clavícula.

Asiento y tamborileo con los dedos en el volante.

—¿Qué coño te pasa? Echa a un lado y conduciré yo.

Me aclaro la garganta para llamarles la atención. —Estoy bien para conducir. Y voy a llamar a los King. No sé a todo lo que nos enfrentamos, pero sé que sería inteligente tenerlos de nuestro lado.

Joder, solo con tener a Ro ayudándome sería razón suficiente. — Suspiro—. Buzz es bueno, pero es un solo hombre. Y mi otro contacto tiene una moral cuestionable en el mejor de los casos, y no estoy juzgando, pero eso significa que no puedo confiar plenamente en él. Y confío en los King.

Ninguno de los dos habla durante un segundo.

—Joder, deberíamos haber pensado en eso antes —reflexiona Wolf.

Sully levanta un hombro. —No le veo ningún problema.

Le lanzo a Sully mi móvil. —Llama a Maeve. —Estamos en un coche de alquiler, y planeamos cambiar de coche al menos otras dos veces antes de llegar a nuestro piso franco, así que no me molesté en emparejar mi móvil.

El sonido del teléfono sonando llena el interior mientras Sully pone la llamada en altavoz.

—Rush Fitzgerald, ¿a qué debo el placer? Ha pasado casi un año desde la última vez que hablamos. Estoy desolada. —La diversión colorea su voz.

—Maeve. —Con una sola palabra, ella escucha el cambio de tono. Es algo tangible, y es lo suficientemente inteligente como para reconocer que somos monstruos disfrazados de hombres.

—¿Qué necesitas? —pregunta, con la voz baja.

Y ahí está la razón por la que simplemente no se puede comprar la lealtad. Amigos desde hace casi quince años, y está feliz de saltar a ayudar si lo necesito sin pedir detalles.

—Los chicos también están aquí.

—Wolf, Sully. Ha pasado un tiempo —dice Maeve.

Ambos murmuran sus saludos.

—Necesitamos vuestra ayuda. —Estoy demasiado cansado y alterado para formalismos.

—He oído que perdiste algo. ¿Necesitas ayuda con eso?

—¿Cómo coño te has enterado de eso? ¡Han pasado veinticinco horas! —La incredulidad ligeramente explosiva de Sully queda suspendida en el aire.

Maeve se ríe. —Mi hermana pequeña se enteró poco después de que todo pasara en O'Malley's. Fue suficiente para que yo atara

cabos. Si hubiera sabido que todavía la estabais buscando, me habría dado prisa. Solo lo estaba investigando por diversión.

—La encontramos, así que no hace falta que mires en objetos perdidos —le digo mientras tomo el carril de salida para salir de la autopista.

—También oí que tuvisteis un pequeño problema de limpieza —dice Maeve.

—Sí. Eso es parte de ello. —Me rasco la barba de unos días, mis pensamientos divagan.

—Te escucho.

—Hay algunos jugadores desconocidos, y nos vendrían bien unos refuerzos. —Necesito tiempo para reevaluar el tablero de nuevo; demasiadas variables y demasiadas piezas—. Pronto. ¿Quizás en una o dos semanas?

—¿Y qué hay de Papá Pitufo?

Wolf suelta una risa ahogada y Sully sonríe con suficiencia. —Llamar al Carnicero *Papá Pitufo* era mono cuando tenías ocho años, pero no creo que obtengas la misma respuesta ahora.

La risa de Maeve se filtra por el aire. —Sí, sí. Ese viejo me adora. —Hace una pausa—. Solo hay un pequeño contratiempo del que tengo que ocuparme aquí, y luego iremos.

—¿Estás bien? —pregunta Sully mientras mira el teléfono.

—Nada que no pueda manejar, así que no te preocupes por tu bonita cara, Sully. Solo tengo que librarme del matrimonio concertado que mi padre aprobó esta mañana... el viejo cabrón.

Maeve da la noticia con un tono tan despreocupado que tardo un momento en darme cuenta de lo que realmente ha dicho. Antes de que pueda comentar, cuelga.

—¿Acaba de decir *matrimonio concertado*? —La incredulidad en el tono de Sully coincide con la mía.

Me froto la mandíbula mientras intento averiguar si este pequeño *contratiempo* de Maeve nos va a afectar.

—Al menos Da no nos hizo eso a nosotros —gruñe Wolf.

—Sí. Pero ese cabrón sigiloso aún no ha vuelto, así que vete tú a saber. Podría traernos a casa tres pajaritas irlandesas. —Sully esboza una mueca de desprecio.

—Lástima que ya tengamos nuestra propia pajarita irlandesa. —
Nadie dice nada durante un rato. Todos estamos contentos de permanecer en el silencio mientras la noche oscura y estrellada se traga el SUV de color oscuro.

NUEVE

RUSH

HORAS DESPUÉS, llegamos a un complejo turístico. Veo un parque acuático detrás del hotel, iluminado como si fuera de día, y observo a la multitud de gente que deambula por allí. Debe de ser un parque de veinticuatro horas. Sigo las instrucciones de Sully y aparco al otro lado del hotel —el punto más alejado del parque acuático—, y me detengo en una plaza justo delante de lo que creemos que es nuestra habitación.

En cada habitación hay una pequeña zona de balcón con una puerta corredera de cristal que da al aparcamiento, lo cual es perfecto. Cuantos menos ojos nos vigilen, mejor.

—Vaya sitio de reunión más lujoso. ¿Estamos seguros de esto? — La voz de Wolf es baja.

—Y concurrido.

—Era el único lugar mínimamente cercano a ochenta millas al oeste del refugio. ¿De verdad quieres que la examine un médico en una habitación de motel que sea una pesadilla de luces negras? — No paso por alto el deje de mordacidad en el tono de Sully.

Ninguno de los dos decimos nada.

—Muy bien, pues. Iré a por la llave. —Se baja del SUV y estira los brazos sobre la cabeza.

Me estiro hacia atrás para coger una sudadera negra con cremallera del asiento trasero y se la lanzo. —Toma.

Él asiente y se la pone, cubriendo eficazmente sus brazos totalmente tatuados. Tengo la sensación de que destacaríamos entre esta multitud familiar, y la idea es pasar desapercibidos, no dar a todo el mundo cien rasgos reconocibles. Si confiara en este médico, habría elegido otra ubicación y nos habría ahorrado esta mierda.

Miro por encima del hombro y veo que Alaina sigue profundamente dormida en el regazo de Wolf.

—¿Cómo está? —Le señalo con la cabeza.

Wolf no aparta la mirada de la chica que duerme en su regazo. Ha estado casi inconsciente las últimas horas, y se me contrae la garganta mientras la preocupación me recorre la espalda.

No me responde de inmediato. —No quiero que esto vuelva a tocarla nunca más. No así, hermano. Nunca así —murmura mientras le aparta un mechón de pelo de la frente—. Así que tenemos que votar.

Wolf me mira entonces, con la mirada llena de autodesprecio y algo más a lo que no estoy acostumbrado a ver en él: desesperación. Esa emoción silencia las palabras que intentan salir de mi boca.

Todo en mi interior se detiene mientras los pensamientos se arremolinan demasiado rápido para poder atraparlos.

—¿Estás sugiriendo que la entreguemos? —Hago una pausa mientras intento poner en palabras las emociones que luchan en mi interior. He experimentado muchas «primeras veces» en mi vida, pero nunca han sido puras, no como lo es ella. Miro por la ventana y niego con la cabeza—. No puedo hacer eso, Con. No *pienso* hacerlo.

Él suelta un bufido, sin duda irritado por el uso de su apodo de la infancia. —Eres un gilipollas egoísta, Dec —escupe, pero no hay verdadera rabia en sus palabras.

Me encojo de hombros, un movimiento que contrasta con el latido acelerado de mi corazón, porque ya sé que soy un gilipollas egoísta. Nunca he fingido no serlo.

Pero esto es diferente. No es tanto que la esté eligiendo, sino más bien que no voy a dejarla ir. Y puede que sea lo más egoísta

que haya hecho nunca. Pero, aun así, no puedo evitar querer quedármela.

Pero tengo un maldito plan, joder, y lo llevaré a cabo. Al final, será lo mejor para todos nosotros, ya lo verá.

Todos lo verán.

Nos quedamos callados un momento mientras esperamos a que Sully abra la puerta corredera de cristal de nuestra habitación; el suave sonido de la respiración profunda de Alaina es el único ruido en el coche.

—Creo que yo tampoco podría dejarla ir. —La voz de Wolf es baja, y sé que tiene más que ver con su lucha interna contra sus demonios que con miedo a despertarla—. Y no creas que me he olvidado de tu pajarillo enjaulado en la ciudad. No hay forma de que permita que trates a Pelirroja con esa falta de respeto. Así que, si vas en serio con tu propuestita de antes —mueve una mano en el aire—, con todo esto, entonces tendremos una charla pronto.

La rabia me pica la piel ante la acidez de su voz. Le doy un poco de margen por su incapacidad para atar cabos; han sido un par de días largos. Desvío la mirada hacia un grupo de adolescentes que caminan por la acera con las toallas en la mano. —¿Y Sully?

—Por favor —bufa él—. No engaña a nadie, excepto quizás a sí mismo... y a Pelirroja.

Una media sonrisa asoma a la comisura de mi boca, pero antes de que pueda responder, el hombre en cuestión aparece en el umbral de la habitación frente a nosotros.

—Ahí está. Vamos, yo la llevaré —le digo a mi hermano mientras apago el coche.

—Vete a la mierda. Ya la llevo yo. Tú preocúpate de sacar el resto de nuestras cosas de aquí —dice Wolf mientras mantiene la puerta abierta con el pie y la toma en sus brazos.

Miro a mi alrededor y recojo el puñado de cosas que tenemos. Salgo del coche y dejo las llaves en la consola central. Un amigo de un amigo vendrá a cambiarnos el coche en cuanto le dé luz verde. Se llevará este y lo entregará en un desguace local, y en su lugar habrá otro SUV oscuro.

Entro por la puerta de nuestra habitación y la cierro tras de mí, echando la cutre cortina. Wolf ha tumbado a Alaina en una de las dos camas dobles, y un vistazo a la colcha hace que se me tuerza el gesto de asco.

—¿Estamos seguros de que esto es higiénico? Ya sabes que nunca lavan las colchas, y nuestra chica tiene quién sabe cuántas heridas abiertas. —Cruzo los brazos para evitar toquetear el estúpido trozo de tela.

Sully da dos pasos hacia ella antes de detenerse. Puede que estemos en guerra con un enemigo desconocido, pero él también está en guerra consigo mismo.

Wolf se encoge de hombros. —Por ahora, es lo mejor que tenemos. Sully, ¿cuándo viene el nuevo médico?

Sully consulta su teléfono antes de guardárselo de nuevo en el bolsillo. —Diez minutos.

Diecisiete minutos después, llaman a la puerta que da al pasillo del hotel. Saco mi pistola de la funda del hombro, que no me he quitado en ningún momento, y me sitúo justo dentro del baño. Está ubicado a la izquierda de la puerta y sumido en sombras, así que quienquiera que esté a la puerta no me verá. Es el lugar perfecto —y el único— para tener ventaja.

Sully mira por la mirilla y Wolf se sitúa frente a nuestra chica, con la pistola colgando relajadamente de la mano.

Sully quita el seguro y abre la puerta, y un tipo con cara de comadreja entra en la habitación.

—Llegas tarde, doctor. —La voz de Sully es implacable.

Una gota de sudor le resbala por el lado de la cara y se pierde en el cuello de su camisa. —Sí, bueno, me pilló el tráfico —dice mientras se adentra en la habitación. Se detiene a mirar a Wolf antes de mirar más allá de él hacia Alaina—. ¿Qué le ha pasado?

Salgo de las sombras apuntándole con mi pistola. Camino hasta que el cañón de mi arma se presiona contra su espalda. —No veo que eso sea asunto suyo.

Él se queda inmóvil.

Ah, conque después de todo sí tiene instinto de conservación.

—Y no me gusta tener que esperar —le digo, hundiendo el arma lo justo contra su piel—. ¿Tiene alguna pregunta más?

—N-no. Me limitaré a tratar lo que pueda. Pero...

—¿Pero qué? —espeta Wolf.

—Bueno, es que no puedo saber si esta sangre es suya, y sin quitarle el vestido...

—Termina esa frase y será lo último que hagas en tu vida —le gruño al oído mientras quito el seguro.

El trago del doctor es audible. —Sí, sí, por supuesto. Me limitaré a buscar heridas abiertas.

Se pone a trabajar y Wolf se queda de pie sobre él, vigilando sus movimientos como un halcón. La tensión marca cada centímetro de su cuerpo, pero no está tan alterado como para cortarle la cabeza al médico antes de tiempo.

Retrocedo un poco y me pongo junto a Sully. —Tiene razón, de todas formas. Deberíamos haber traído ropa para ella.

—Sí. Ese vestido tiene mala pinta. He pasado por una tienda de regalos en el vestíbulo. Iré a ver qué puedo conseguir.

Levanto una ceja. —¿A medianoche? —Aparto la atención de Alaina el tiempo suficiente para ver a Sully encogerse de hombros.

—Me pondré... creativo si hace falta. Pero si su parque acuático sigue abierto, apuesto a que sus otros servicios también.

Asiento conforme. —Ten cuidado, hermano.

—Siempre —dice mientras sale por la puerta.

Vuelvo a centrarme en Alaina justo a tiempo para verla despertarse mientras el médico mete la mano en su maletín negro. Antes de que pueda siquiera gritar, Wolf ya le ha retorcido los brazos a la espalda.

—¡Solo iba a darle algo para el dolor! ¡Eso es todo, lo juro!

Camino hacia ellos y me detengo a su lado. Inclinando la cabeza, dejo que vea al monstruo que llevo dentro. La satisfacción me recorre cuando él se estremece.

—Para ser médico, es usted muy asustadizo. ¿Dónde dice que pasa consulta?

Wolf le da un tirón en los brazos y el doctor suelta un alarido. — En el centro médico St. Luke.

—Recuérdame que no vaya nunca allí —le digo a mi hermano, con una sonrisa burlona.

—¿Qué está pasando? —Alaina gime las palabras, captando nuestra atención—. ¿Wolf? ¿Rush?

Rodeo la cama hasta estar a su lado. Me inclino y le aparto un poco de pelo de la cara, recorriendo con la mirada su hermoso rostro. —Estamos aquí, nena. Te están examinando, ¿vale? —Mi voz es baja, destinada solo a sus oídos.

Ella me sostiene la mirada mientras asiente. —No os vais a ir, ¿verdad?

Oigo el deje de pánico en su voz y no puedo negarle este pequeño consuelo de mi reafirmación. No después de todo lo que ha pasado por nuestra culpa.

Niego con la cabeza lentamente. —No, no vamos a dejarte.

Ella exhala y veo cómo se le quita un peso de encima. Su mirada oscila entre mis ojos. —Me duele todo, Rush.

Le acaricio el pelo hacia atrás con la palma de la mano. —Lo sé, pajarillo, lo sé. Dime dónde, ¿vale? Y vamos a encargarnos de que estés bien.

Me yergo y retrocedo, pero antes de que pueda dar dos pasos, ella saca la mano y agarra la mía, entrelazando nuestros dedos.

Le asiento una vez antes de girarme para enfrentarme al médico, que sigue con los brazos inmovilizados a la espalda. No me sorprende encontrar a Wolf mirándome, pero me descoloca un poco su sonrisa de complicidad.

Estoy seguro de que el capullo engreído cree que solo porque he mostrado un poco de compasión y humanidad voy a ablandarme. Ni de coña. Cualquier pizca de ternura que pudiera haber tenido me fue extirpada a base de condicionamiento hace años.

Hasta ella.

Ella ha reavivado una parte de mí que creía haber perdido hace mucho tiempo. Por desgracia para ella, eso significa que ahora mismo tiene toda mi atención. Eso es mucho para cualquiera; la mayoría no puede soportarlo.

Tamborileo los dedos contra mi pierna mientras Alaina detalla cada lugar donde le duele, y mi presión arterial sube con cada corte,

herida o quemadura que señala. Me muero por *hacer* algo, pero ella no suelta mi mano en ningún momento, así que me quedo donde estoy.

Finalmente, después de demasiado tiempo, el buen doctor se quita los guantes de goma azules y los mete en su maletín. Saca un bote de pastillas naranja y quita la tapa blanca.

—Tome. Tome esto para el dolor. Son un poco más fuertes que el ibuprofeno normal, pero solo debería necesitarlas unos días —dice, inclinando el frasco y volcando un puñado de pastillas en las manos de Wolf.

—¿Qué clase de receta cutre es esta? —grita Wolf, cerrando los dedos sobre las pastillas.

El doctor palidece y le tiembla la mano, haciendo que las pastillas tintineen contra el frasco. —C-como le dije, llegaba tarde. Esto es todo lo que traía conmigo.

—¿Qué es? — Wolf pronuncia cada palabra con claridad, con las aletas de la nariz vibrando.

—Solo hidrocodona con paracetamol.

—¿Por qué cojones no has dicho simplemente Vicodin? —Wolf aprieta los labios, con la mirada fija en el buen doctor.

El doctor tartamudea mientras Sully vuelve a entrar en la habitación con un fardo de ropa bajo el brazo. Deja la ropa y se coloca al lado del médico.

—Hora de irse, doc. —Sully le apoya una mano en el hombro y lo encamina hacia la puerta del pasillo.

—Ah, de acuerdo. ¿Qué hay de mi pago?

Sully suelta una risita. —Ya ha sido transferido a su cuenta, la cantidad original. Y si nos jode, no olvide que sabemos dónde vive, Samuel Barnes, del 876 de White Tail Court.

El doctor —Samuel— tropieza al oír su nombre de pila.

—Ah, ¿de verdad creía que no sabíamos quién era, doctor? Vamos, sé que nuestra reputación nos precede, así que debería haberlo sabido. —La crueldad destila de mis palabras, una promesa mortal en cada una de ellas.

Samuel apura el paso mientras prácticamente sale a rastras de la habitación. Sully sale con él para asegurarse de que se marcha sin

montar un número. Wolf y yo ayudamos a Alaina a quitarse el vestido destrozado y a ponerse la camiseta con el logo del hotel y los leggings que Sully compró en la tienda de regalos.

Estar tanto tiempo aquí me pone nervioso. Me siento expuesto y fuera de control, y no me gusta ni un pelo.

—¿Rush?

El sonido de la voz somnolienta de Alaina me saca de mi espiral de paranoia. Me giro para mirarla. No he podido hacer nada con su pelo, pero le he pasado una toallita por la cara. He quitado la mayor parte de la sangre y las manchas de suciedad. No quería apretar demasiado; estaba tan cubierta de sangre, arañazos y tierra que era difícil distinguir qué era de ella y qué era de él.

Me entran ganas de resucitarlo solo para poder llevarlo al sótano de la casa de carruajes y matarlo yo mismo. Aunque, a juzgar por cómo mi hermano no se ha alejado más de dos pasos de ella, tendría que pelearme con él por la oportunidad.

Pero, como ya he dicho, no me importa compartir.

DIEZ

ALAINA

ME DESPIERTO LENTAMENTE con un gemido. Tengo la cabeza apoyada sobre algo duro y áspero, y me arde la garganta. Toso por instinto, y la dura superficie se mueve, sacudiéndome la cabeza. Se me escapa otro gemido, y este parece reverberar dentro de mi cráneo. Llevo una mano hacia el punto que me duele cuando unos dedos cálidos detienen mi avance.

—Abre los ojos, nena.

Conozco esa voz. Creo que la reconocería en cualquier parte. Siento los ojos como si los tuviera pegados y me cuesta más de un par de intentos abrirlos. Cuando por fin lo consigo, todo se ve borroso por los bordes.

—Vaya, ahí estás —murmura Wolf mientras me pasa la mano por el pelo, apartándomelo de la cara—. Toma, bebe un sorbo.

Giro la cabeza hacia un lado y veo una pajita que sobresale de una botella de agua junto a mi cara. Coloco los labios alrededor de la pajita y prácticamente me bebo la botella entera.

—Es la medicación. A todo el mundo le da sed.

Me aclaro la garganta y pregunto:

—¿Dónde estoy?

Los ojos de Wolf son cálidos cuando me mira.

—Ya estás a salvo, te lo prometo. Toma, estas —me entrega dos pastillas blancas—. Te llevamos a un lugar seguro.

Me trago las pastillas con otro sorbo de agua antes de asimilar sus palabras. El pánico brota dentro de mí, rápido y exigente. Me agarro a su camiseta mientras una náusea me recorre el cuerpo.

—No vais a dejarme, ¿verdad?

Me acaricia la cara con una mano, sin apartar la mirada de mí.

—Nunca. Nunca más.

—Vale, bien. Porque no quiero que me dejéis ahora... —Mis palabras se apagan mientras mis ojos se vuelven más y más pesados, hasta que, finalmente, dejo de molestarme en abrirlos.

EL SONIDO de la grava al crujir y los repetidos golpecitos de mi cabeza contra algo son suficientes para despertarme. En realidad no recuerdo haberme quedado dormida. Todo está un poco confuso, pero recuerdo estar en una habitación de hotel y que luego Rush me llevó en brazos hasta un coche.

Me retumba la cabeza y me duele el cuerpo. No sé cuánto tiempo llevo en esta misma posición, pero todo mi cuerpo protesta con solo pensar en moverme.

El pop punk suena por los altavoces, así que supongo que Sully también está aquí. A ese chico siempre le ha encantado el pop punk de los 2000. La comisura de mis labios se curva hacia arriba al recordar cómo solíamos compartir listas de reproducción.

Abro los ojos con esfuerzo y uso las manos para incorporarme a una posición medio sentada, gimiendo cuando siento un tirón en las costillas. Mi mente se acelera mientras miro a mi alrededor.

—Tranquila, nena. —Las palabras de Wolf vienen de arriba, y tardo un segundo en darme cuenta de que estaba tumbada con la cabeza en una almohada sobre su regazo.

—¿Wolf? —Mi voz contiene un hilo de pánico mientras me aparto el pelo enmarañado de los ojos y miro alrededor del oscuro coche.

—Sí. Estoy aquí mismo —dice Wolf mientras me aparta un mechón de pelo de la mejilla.

El alivio se extiende por mis miembros a medida que mi entorno empieza a tener más sentido. No me siento del todo yo misma, es como si hubiera dormido demasiado o no lo suficiente. Todo parece confuso, y me está costando mantenerme despierta incluso ahora. Miro a Wolf, pero el interior del todoterreno capta mi atención.

—¿Estamos... estamos en otro coche? —Mis palabras terminan en un bostezo que parece partirme la cara en dos.

—Sí. ¿Cómo te encuentras? —Las manos de Wolf se deslizan por mi espalda en largas y suaves caricias mientras intento orientarme.

¿Cómo *me* encuentro?

Como un moratón gigante. Un moratón gigante y confuso.

—Al menos todavía conserva el sentido del humor. —La voz irónica de Rush llega desde el asiento delantero, y me sobresalto un poco. No me había dado cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—Estás hablando ahora mismo, Red. —El tono divertido tiñe la voz de Wolf mientras su mano hace otra suave pasada por mi espalda.

Frunzo el ceño.

—Ah.

—Y qué elocuente —dice Rush con una risita.

—Hala. Hala, hala, hala —digo. Oír a Rush reírse parece algo monumental, como un arcoíris triple o que te regalen tu latte favorito—. Dios mío, un chai latte helado me apetecería *taaaanto* ahora mismo. —Me lamo los labios mientras pienso en beber mi bebida favorita. Estoy tan sedienta. Siento que podría beberme un lago entero y *seguir* teniendo sed.

—Red, mírame. —La voz de Wolf me saca de mi fantasía de tener un lago de chai latte en mi patio trasero, y abro los ojos.

Con un dedo en mi barbilla, ejerce una ligera presión y giro la cabeza para encontrarme con su mirada. Se me corta la respiración al mirarle a los ojos. Observo con fascinación cómo se oscurecen cuanto más tiempo me mira.

—Tus ojos de verdad que son del color del expreso —digo con un suspiro. Las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba y sus

hoyuelos me guiñan un ojo—. Hala —susurro—. Tus hoyuelos son letales —le digo a Wolf mientras me balanceo un poco más cerca.

—Bueno, al menos sabemos que los analgésicos han hecho efecto —dice Wolf con una sonrisa de superioridad, y Rush vuelve a reírse.

Algo en ese sonido se asienta en mí, se anida en mis huesos. Y podría ser porque estoy bajo los efectos de unos analgésicos potentes —recuerdo fragmentos de un médico curando las peores de mis heridas— o podría ser porque acabo de tener una experiencia cercana a la muerte. Pero anhelo más de esa sensación. No la sensación de pensar que iba a morir. La sensación de la voz de Wolf calando en mi piel y asentándose en mi propia alma.

Sully está tan callado en el asiento del copiloto que no me había dado cuenta de que seguía en el coche; al menos, no en mi estado actual.

El coche avanza dando botes en silencio durante unos minutos más. «In a Black Out» de Hamilton Leithauser suena por los altavoces. Canta sobre cómo todo desaparece en un apagón, y es como si me estuviera cantando directamente a mí. Mi vida ha cambiado para siempre. Y todo empezó con un apagón en O'Malley's.

Y ahora, ahora nada volverá a ser lo mismo.

Se me acaba de ocurrir que no tengo ni idea de dónde estamos. Y lo que es más extraño es que, a pesar de las últimas veinticuatro horas, no tengo miedo de ir a ningún sitio con ellos tres.

Nos detenemos frente a una pequeña caseta de vigilancia delante de una verja de hierro forjado. Casi espero que un guardia salga del pequeño edificio, pero todo está oscuro. Justo cuando abro la boca para preguntar dónde estamos, Sully abre la puerta y salta del todoterreno. No dice nada mientras rodea el capó del coche y se dirige hacia la caseta de vigilancia. Tras introducir un código en el teclado de la puerta, la abre. Treinta segundos después, la verja se desbloquea y se abre.

Para mi sorpresa, Sully no vuelve a subir al coche, sino que gira a la izquierda y corre a lo largo de la valla. Me incorporo rápidamente y aprieto y relajo el puño.

—¿Sully se va? —Mi voz se quiebra, presa del pánico. Siento la intensidad de la mirada de Wolf en el lado de mi cara, pero no lo miro. Vuelvo la cabeza para escudriñar los árboles tras los que desapareció Sully mientras Rush atraviesa lentamente la verja y se detiene.

—Solo está comprobando el perímetro. En cuanto nos dé el visto bueno, Rush nos llevará a la casa —dice Wolf.

No aparto los ojos de los árboles y arbustos que bordean la valla. Es entonces cuando me doy cuenta del alambre de espino que se enrosca en la parte superior de toda la línea de la valla. Estiro el cuello para buscar la valla de alambre de espino al otro lado.

¿Dónde estamos?

—En un lugar seguro. —El aliento mentolado de Wolf agita el pelo suelto de mi cuello, y giro la cabeza para mirarlo—. Estás hablando en voz alta, nena.

Detrás de la cabeza de Wolf, veo los árboles danzando y balanceándose, provocándome con una melodía que solo ellos pueden oír. Antes de que pueda abrir la puerta para unirme a ellos, el coche avanza. Rush sube el resto del irregular camino de grava, y mantengo un ojo en los árboles danzantes en la distancia. Juro que uno de ellos me sonríe con suficiencia, y un repentino impulso de encontrar a Sully se apodera de mí.

—Seguro que a esos árboles les encantaría pasar una noche con Sully. Están intentando atraerlo, pero no funcionará —murmuro. No se me escapa la ceja levantada y la sonrisita que Wolf le dirige a Rush por encima de mi cabeza, pero estoy demasiado preocupada para que me importe mucho.

—Es la Vicodina la que habla. Sully volverá enseguida. —Wolf me planta un beso en la coronilla.

Lo ignoro y me muerdo la uña, tramando una forma de distraer a los árboles. Aparcamos en un garaje anexo antes de que pueda planear realmente mi misión de rescate, y parpadeo en la repentina oscuridad.

—Vamos, Red. Te enseñaré el sitio —dice Wolf mientras sale del coche y me tiende la mano.

Sin dudarlo, deslizo mi mano en la suya. Un cálido hormigueo me sube por el brazo cuando envuelve mis dedos con los suyos, hermosamente tatuados. Echo un vistazo a sus ojos, esas infinitas ventanas oscuras a su alma, y me siento un poco más como Alicia cayendo por la madriguera del conejo.

Y al igual que Alicia, recibo la aventura con los brazos abiertos.

Dejo que Wolf me ayude a salir del coche y entrelazo nuestros dedos mientras sigo a Rush hacia la casa.

SOLO PRESTO la mitad de mi atención a la rápida visita por la casa. La otra mitad está hipnotizada por los sinuosos tatuajes de los tres. Parece que se mueven —que danzan— a un ritmo que no puedo oír. Me pregunto ociosamente si es el mismo ritmo al que bailaban los árboles fuera. Me siento como una serpiente encantada por el tatuaje de pulpo de Rush mientras se desliza por su brazo, se enrosca alrededor de su cuello y se sumerge bajo su cuello antes de asomarse para guiñarme un ojo.

Una pequeña parte de mí reconoce que esto no es normal: los árboles no sonríen con suficiencia, no bailan, y los tatuajes no se arremolinan ni guiñan un ojo. Estamos caminando por un pasillo, y considero por un momento si he tenido un colapso mental por todas las... *cosas* que han pasado antes. Pero si realmente estuviera sufriendo un colapso total, ¿sería consciente de ello? Maddie lo sabría...

—¡Dios mío! ¡¿Dónde están mis primas?! —Mis palabras resuenan en el espacio silencioso, y todos se detienen.

Rush se da la vuelta para mirarme.

—Están a salvo.

Un poco de claridad se filtra, suavizando un poco los bordes de mi niebla.

—Pero ¿dónde están? Dios mío... ¡estaban conmigo! ¿Dónde están?

Wolf atrae mi atención, apartándola de su hermano, al rodearme los hombros con su brazo. Dejo que Wolf me gire hacia él.

Los oscuros ojos de Wolf, inusualmente serios, se encuentran con los míos, y dice: —Están a salvo. Tenemos seguridad con ellas... y hombres vigilándolas. No las dejaría desprotegidas...

Sentí que la histeria me quemaba en el vientre. Este horrible ardor ácido se revuelve, y no tengo ni idea de cómo detenerlo.

—¿Qué quieres decir con seguridad? ¿Por qué hay hombres vigilándolas? ¿Tiene que ver con quien me... me... secuestró? —Con cada pregunta, cada frase, mi histeria crece y mi voz se vuelve más fuerte y aguda.

Visiones de hombres demoníacos de ojos rojos pululando a mi alrededor nublan mi vista, y una oleada caliente de miedo recorre mi cuerpo.

No le doy tiempo a nadie para que responda a mis preguntas.

—¡Necesito ir a casa! ¡Ahora! ¡Tengo que irme! ¡Ahora, Wolf!

Un sudor frío cubre mi cuerpo y siento las rodillas débiles.

—Shh, tranquila, nena —dice Wolf mientras levanta las manos para acunar mi cara. Se inclina tanto que nuestras narices apenas se tocan—. Estás a salvo aquí. No dejaremos que nadie vuelva a tocarte.

Me pasa los dedos por debajo de los ojos, y tardo un momento en darme cuenta de que estoy llorando. Las lágrimas llenan mis ojos mientras le agarro las muñecas, sujetándolo contra mí. Todo lo demás desaparece —el pasillo, la casa—, todo mientras me abro un poco más en canal para mostrarle el miedo que me devora las entrañas.

—Tengo miedo, Conor —susurro.

—Lo sé, nena, lo sé. —Me da pequeños y suaves besos a ambos lados de la boca.

Con cada roce de sus labios sobre los míos, me siento un poco menos histérica. Cada caricia me ancla un poco más.

El miedo me mantiene inmóvil en un océano inmenso y letal, y Wolf se ha convertido rápidamente en mi balsa salvavidas. No estoy segura de si debería alarmarme por lo rápido que ha sucedido o sentirme aliviada por no estar sola.

—Vamos a asearte, ¿vale? —susurra Wolf contra mi boca. Asiento con la cabeza, incapaz de soltarle las muñecas.

Como si pudiera leerme el pensamiento, asiento varias veces. Le suelto las muñecas y él me pasa las manos por el cuello y los hombros, sin romper nunca el contacto visual. Sus manos recorren mis costados para aterrizar en mi cintura, infundiéndome su calor. Me levanta en brazos y enrolló las piernas alrededor de su cintura.

Escondo la cara en su cuello, colocando los labios sobre la flor grabada en su piel. El sándalo invade mis sentidos, y siento como si mi alma respirara por primera vez en horas, o en días.

Wolf me lleva a través de un dormitorio y a un baño privado. No presto mucha atención a nada hasta que me baja sobre la encimera. A regañadientes, despego la cara y las manos de su cuello, donde estaba a salvo. Sus manos me aprisionan en la encimera, y se inclina hasta que no puedo ver nada más que a él.

—No sé qué hacer ahora. —La confesión sale de mis labios en un susurro, y siento que mis ojos se llenan de lágrimas de nuevo. Enrollo las manos alrededor del borde de la encimera y le suplico a Wolf con la mirada que me ayude. Estoy en territorio desconocido, y ahora siento que el océano vuelve a subir a mi alrededor.

Y no sé nadar, joder.

—Te vas a duchar, y yo voy a traerte algo de comer. Y luego vas a dormir. —Su mirada busca la mía, y asiento. Un músculo de su mandíbula se tensa al ver la lágrima que rueda lentamente por mi mejilla—. Solo esas tres cosas, ¿vale? Nada más.

Sorbo por la nariz y asiento.

—Ducha, comida y sueño.

Wolf me mira fijamente un momento más antes de darse la vuelta para abrir la ducha. Echo un rápido vistazo a mi alrededor, lo suficiente para darme cuenta de que estoy sentada en un amplio tocador de mármol blanco y gris con dos lavabos. Las paredes son de un azul tan claro que son casi blancas, y el espacio está decorado en suaves blancos y grises. Una ventana doble deja entrar la oscuridad de la madrugada. Tres fotos en blanco y negro de la playa cuelgan en la pared junto a mí, y la ducha es casi tan grande como la de Summer Knoll.

El sonido del agua golpeando el suelo de la ducha me saca de mi ensimismamiento con el espacioso cuarto de baño. Observo los músculos de la ancha espalda de Wolf flexionarse y moverse mientras manipula los ajustes de temperatura en un panel dentro de la ducha.

Una vez que está satisfecho con la temperatura, se gira para mirarme. Me pregunto qué ve cuando me mira. ¿Ve todos los pedazos irregulares, rotos y quemados de la chica que era la semana pasada?

Un sinfín de emociones juegan en su mirada, pero algunas de ellas desaparecen antes de que pueda nombrarlas. Suelto un aliento que no sabía que estaba conteniendo cuando no veo piedad en su mirada.

—Métete en la ducha, nena —dice Wolf mientras me tiende la mano para ayudarme a bajar de la encimera.

—Vale, Wolf —murmuro con los ojos fijos en los suyos. La extraña sensación de que alguien cuide de mí se cierne sobre mí como una nube, intentando corromper la gratitud que siento en algo mucho más siniestro.

Nunca he hecho esto antes: dejar que se vea mi vulnerabilidad. Ahora mismo, brilla como la luz de un faro. Aparte de mis primas, nunca he tenido a nadie que me muestre este tipo de cuidado antes.

Ya veo por qué la gente lo anhela. Y puedo verme volviéndome adicta a ello. Específicamente, por parte de tres hombres taciturnos.

—Vuelvo enseguida, ¿vale?

Asiento y me giro para verlo salir del baño. Aguzo el oído para escuchar sus pasos, pero no oigo nada por encima del agua que golpea el suelo de baldosas de la ducha.

ONCE

ALAINA

NO ME ENFRENTO al espejo mientras me quito la ropa. Recuerdo vagamente a Wolf ayudándome a salir de mi vestido de cumpleaños destrozado y a ponerme esta ropa: una camiseta azul brillante con el logo de un hotel que no reconozco y unas mallas grises demasiado grandes. A pesar de la ropa limpia y nueva, siento cada centímetro de mi cuerpo sucio. Contaminado. Y cuando desabrocho el sujetador, me doy cuenta de las manchas marrones oscuras en las copas. No puedo detener el escalofrío que me recorre de pies a cabeza al darme cuenta de que la sangre ha estado tocándome todo este tiempo...*su* sangre. Con un grito desesperado, me lo arranco de los brazos y lo lanzo al otro lado de la habitación. El pecho me sube y baja mientras miro la prenda ofensiva. Con manos temblorosas, bajo rápidamente mi ropa interior hecha trizas por las piernas y la pateo hacia el sujetador.

Imágenes de Sean mirándome con lascivia con la sangre resbalándole por un lado de la cara destellan ante mis ojos, y doy una bocanada de aire. Corro a la ducha, sin preocuparme de cerrar la puerta, y me planto bajo el rociador. El agua asalta mis sentidos, amortiguando los sonidos y cubriéndolo todo delante de mí con un velo acuoso. Contengo la respiración y cierro los ojos mientras echo

la cabeza hacia atrás para que el agua caiga directamente sobre mi cara, obligándome a olvidar.

Un sollozo asciende desde mis entrañas mientras las imágenes de mi tiempo en la cabaña se disparan una tras otra, demasiado rápidas como para revivirlas, pero lo bastante lentas como para que una sensación abrumadora de impotencia y desesperación pese sobre mí.

Cuando oigo el ruido que hizo el arma y veo los ojos de Sean mirarme con ánimo de venganza mientras su cuerpo pesado caía sobre el mío, ya no puedo contenerlo.

El sollozo estalla desde mi alma, y me lanzo hacia delante, resoplando bajo el chorro caliente. Me apoyo contra la pared de la ducha con una mano, jadeando en busca de aire y rezando por la salvación por lo que he hecho.

Y una vez empiezo, no puedo parar. Lloro por la chica que fui y por todo lo que he tenido que hacer para sobrevivir. Me muevo hasta pegar la espalda a la pared y me deslizo hacia abajo hasta quedar sentada en el frío suelo de baldosas. Recojo los pies y rodeo las rodillas con los brazos mientras miro fijamente la pared.

Tengo el alma hecha añicos, y no sé cómo contener la hemorragia.

RUSH

OIGO a Wolf moviéndose por la cocina, probablemente preparando algo para que Alaina coma. Aprovecho la oportunidad para coger la ropa que ha dejado para ella en el respaldo del sofá y la meto bajo el brazo mientras camino por el pasillo hacia los dormitorios.

Nunca he estado tan agradecido por mi propia paranoia como ahora. No sé adónde habríamos ido si no tuviéramos este lugar donde escondernos. La necesidad de resolver el acertijo y arreglar el

problema me pica bajo la piel. Pero antes de poder sumergirme de nuevo, tengo que ver cómo está mi chica.

Al entrar en el dormitorio frente al de Alaina, dejo el montón de ropa de Wolf en el sillón y voy a mi cómoda. Todos dejamos aquí suficiente ropa y artículos básicos como para aguantar un mes.

Le cojo una de mis camisetas negras y un par de bóxers negros. Sé que le quedarán grandes, pero no puedo negarme la oportunidad de verla con mi ropa. Alimenta algo primitivo en mi interior. Algo que nunca he tenido realmente que analizar.

No quiero crear tensiones con mi hermano—con ninguno de los dos—, pero no puedo negar la necesidad que me golpea de hacerla mía. De protegerla y proveer para ella.

Necesito ceñirme al puto plan. Hay una razón por la que no me he acercado a ella en todo el tiempo que la he visto dejarse el corazón en el escenario del O'Malley's. Para que todo funcione, solo tengo que ceñirme al plan.

Inhalo hondo para centrarme. Me está costando pensar con claridad sabiendo que ella está sufriendo.

Con mi ropa en la mano, cruzo el pasillo hacia el dormitorio en el que ella se queda. La ducha sigue corriendo y la puerta está abierta, así que me cuelo dentro con la intención de dejar la ropa en el lavabo e irme.

Pero entonces oigo sus sollozos. Esos sollozos ahogados, entrecortados por hipidos, que desgarran hasta el mismo tejido de mi ser. Siento que late el hueco donde debería estar mi corazón, y me froto la zona sin pensar.

La mampara de la ducha está completamente abierta, así que avanzo hacia ella con cautela. —¿Alaina?

Su única respuesta es otro sollozo, más fuerte esta vez, y el punto de mi pecho late de nuevo, con más fuerza y dolor que antes.

—Soy yo, pajarito. Voy a entrar —le digo mientras llevo la mano a la nuca para agarrar la camiseta y quitármela por la cabeza—. Ya he dejado mi equipo en el salón cuando hemos terminado la ruta. Dudo un segundo antes de quitarme las botas, los calcetines y los vaqueros, dejándome puestos los bóxers negros.

Entro en la ducha y cierro la puerta a mi espalda, atrapando el poco vapor que queda. El agua se ha enfriado, así que subo rápido la temperatura en el panel antes de ponerme en cuclillas delante de mi preciosa ave herida.

No, no está rota.

Nunca rota.

Solo doblada.

Al ponerle la mano en el brazo, levanta la cabeza. La mirada en sus ojos me deja clavado en el sitio.

—¿Dec? —Su voz se quiebra y sus ojos chispean. Asiento una vez, sin apartar los ojos de ella. Se incorpora bruscamente desde su posición postrada en el suelo y se lanza contra mí.

Tengo justo el tiempo suficiente para sacar las manos y atraparla antes de que ya esté en mis brazos. El culo me golpea el suelo y el hombro da contra el banco a mi lado, pero cambiaría eso y más solo por volver a sentirla. El agua le cae en la espalda, pero ella no titubea mientras me rodea el cuello con los brazos y pega la cara a mi cuello. Sus piernas me quedan a ambos lados cuando se deja caer en mi regazo.

Mi polla se endurece con la atención en contra de mi voluntad, pero en cuanto su cuerpo tiembla en el mío, capta el mensaje de que ahora no es el momento. La acuno contra mí, hipnotizado por las pequeñas chispas que saltan allí donde nuestros cuerpos se tocan.

Libero un brazo, manteniendo el otro firmemente apretado alrededor de ella, y alargo la mano detrás de mí, donde sé que está el gel corporal de coco. Echo un poco en la esponja aún seca que reposa en el banco y empiezo a pasarla por su piel despacio.

Por un momento me planteo tirar la esponja para poder sentir su piel contra la mía. Me imagino que sería suave. Pero sé que no es eso lo que ella necesita. Ahora mismo necesita a alguien que la cuide, no que se la folle.

Poco a poco, noto cómo sus músculos se relajan cuanto más tiempo pasa en mi regazo. No tengo prisa, vuelvo a recargar el gel una vez más antes de sentir que los sucesos de la cabaña ya no la mancillan... al menos no físicamente.

Se estremecen sus facciones cuando paso la esponja por las costillas, y me hago una nota mental para vendarle esa zona después de la ducha.

Alaina retira la cabeza y afloja el abrazo que tiene en torno a mi cuello. Tiene la cara tan cerca que no acabo de distinguir bien su expresión, pero lo bastante lejos para que sus labios no rocen los míos cuando habla.

—Gracias, Dec —me susurra, rozando con un beso la comisura de mi boca—. Por esto. —Otro beso en la comisura contraria—. Y por venir a buscarme. —Un tercer beso en el centro de mi boca—. Y por estar aquí.

La dejo llevar la iniciativa, sin forzar en ningún momento para reclamarla como llevo casi un año deseando hacer.

Va depositando besos ligeros como plumas por mi cara, con las palmas apoyadas sobre la parte alta de mis hombros. Me cuesta la vida no empujar hacia ella y darle lo que me está ofreciendo con tanta tímida inseguridad. En vez de eso, aprieto la mano en su cadera y espero que entienda el mensaje silencioso que le estoy enviando.

Me pongo en pie con ella en brazos y salgo de la ducha. Agradezco que Wolf nos convenciera para reformar los baños de este sitio. Cogimos un lugar simplemente aceptable y lo convertimos en un auténtico refugio seguro en el que podríamos vivir cómodamente durante mucho tiempo.

Siento a Alaina en el mármol entre los dos lavabos y alargo la mano detrás de mí para coger la toalla del suelo. Alguien debe de haberla tirado sin querer, pero es raro que yo no haya oído a nadie. Claro que es totalmente posible que simplemente no lo oyera por culpa de la ducha. Aunque normalmente mis sentidos captan este tipo de cosas.

Es una bendición y una maldición saber cuándo alguien va a ir a conocer a su creador. La mayoría de los días sigo sin tener claro cómo es que yo aún respiro, pero sí sé que estoy dispuesto—que ruego—soportar la maldición si eso significa que ella sigue a salvo.

Los pensamientos sobre lo que habría podido pasar si hubiéramos llegado tarde o si no hubiéramos podido encontrarla me

persiguen, y tengo la sensación de que van a retorcer mis pesadillas hasta volverlas insoportables durante muchísimo tiempo, quizá para siempre.

Ella no protesta cuando le envuelvo el cuerpo con la toalla y cojo otra para el pelo. Cierra los ojos cuando le estrujo el pelo con suavidad desde la toalla, tirando un poco de los mechones. Sus pestañas son manchas oscuras contra su piel suave, un contraste con el morado del cardenal que rodea su ojo.

El miedo me aprieta el pecho. No es una emoción nueva para mí, pero es una que he sentido pocas veces. Y nunca así. Nunca había sentido este pánico asfixiante y este terror a perder el control como en el último día y medio.

—Estás goteando —dice ella, con los ojos cerrados.

—No te preocupes. Vamos a llevarte a la cama. Wolf te va a traer algo de comer primero, y luego podrás dormir.

DOCE

ALAINA

DESPUÉS DE QUE Rush me seca el pelo con la toalla y me ayuda a vestirme con ropa prestada, me siento prácticamente en coma. Entre las palabras calmantes que me susurra y el vapor del baño, estoy luchando por no quedarme dormida.

Rush me ayuda a meterme en la cama gigante que hay en medio del dormitorio. Estoy demasiado agotada para apreciar el lujo de la cama con plataforma. Debe de ser una California king extralarga, y está cubierta con un edredón mullido que parece que debería de sentirse como las nubes.

En cuanto me acomodo en el centro de la cama, Wolf entra en la habitación con un plato de comida. Mi estómago ruge en el acto, y me pregunto de verdad cuánto tiempo hace que no como.

—¿Qué día es?

—Domingo por la mañana —responde Rush mientras se inclina para rozar mi frente con un beso—. Tengo que ocuparme de un par de cosas ahora que estamos aquí, pero Wolf se quedará contigo. — Me aparta de la cara un mechón de pelo húmedo, con una expresión indescifrable pero intensa aun así.

—Júrame que no te vas.

—Sí. Estaré en mi despacho.

Asiento y lo observo mientras cruza la habitación, volviéndose a mirarme cuando llega al umbral. Wolf se desliza en la cama a mi lado, me tiende el plato cubierto de papel de aluminio con una mano y, con la otra, dos pastillas blancas.

—¿Qué es esto?

—Te he hecho gofres de arándanos. Y tienes que tomarte esto. Ayudará con el dolor —dice Wolf.

—Me encantan los gofres de arándanos —murmuro. Me sorprende sentirme tan complacida. Como si estuviera mal de algún modo... sentir tanta alegría justo después de haber acabado con la vida de alguien.

—Lo sé —dice Wolf con una sonrisilla cómplice.

Me apoyo en el cabecero, al lado de Wolf, y ataco mi plato de comida. Hay algo tan reconfortante en un gofre grande y esponjoso; casi nostálgico. Los gofres están deliciosos: crujientes por fuera pero blanditos por dentro, con un toque de canela y vainilla. Suspiro, satisfecha.

Miro a Wolf por debajo de las pestañas mientras mastico otro bocado. —¿Dónde has aprendido a hacer esto?

Rompe un trozo de gofre y se lo mete en la boca. —Sarah, sobre todo. Quería poder hacerme de comer si ella no estaba, así que un día le pedí que me enseñara a preparar un par de platos sencillos. Luego se lo enseñó también a Rush y a Sully. No soy ni de lejos tan bueno como ella, pero me apaño.

—¿Cuántos años tenías?

Se frota la barba incipiente de la barbilla mientras desvía la mirada. —Unos doce, probablemente.

Asiento mientras me llevo otro bocado a la boca. —Yo aprendí más o menos a esa edad también. Acabábamos de mudarnos a una residencia nueva y, aunque teníamos acceso al comedor, yo quería hacernos galletas con pepitas de chocolate en nuestra pequeña cocina americana para celebrarlo —sonríó al recordar cuando saqué la bandeja del horno—. Quemé tanto esa primera hornada que se parecían más a discos de hockey que a galletas.

Wolf suelta una risita. —No me das la impresión de ser el tipo de chica que se rinde tan fácilmente.

Sus palabras, tan sencillas, me recuerdan lo que ha pasado antes, en la cabaña. No quiero pensar en lo que podría haber ocurrido si me hubiera rendido. Es un camino oscuro del que no estoy segura de poder salir una vez empiece a recorrerlo.

Me vuelvo hacia él. —No lo soy. Aquel día hice decenas de galletas hasta que me salieron perfectas.

Debe de oír el cambio en mi voz, porque me mira enseguida y la sonrisa se le borra del rostro.

—Estás bien, pequeña. Estás aquí; yo estoy aquí. Y estás a salvo. —Su voz es baja y pausada; es el bálsamo perfecto para mis nervios hechos jirones.

Asiento varias veces y vuelvo a centrarme en mi plato de carbohidratos reconfortantes. Nos quedamos en silencio mientras como despacio. Sabe más dulce, de algún modo, sabiendo que Wolf lo ha hecho para mí.

Me relamo los labios, saboreando los restos del sirope pegajoso y dulce. —¿Wolf? —pregunto, girando la cabeza para mirarlo. Tiene los ojos cerrados, las manos cruzadas sobre el pecho, y está reclinado contra el cabecero.

—¿Hmm?

—¿Qué va a pasar con ese tipo? El de... ya sabes.

Los ojos de Wolf se abren de golpe y vuelve la cabeza para mirarme. —No tienes por qué preocuparte por eso. Nos hemos ocupado.

—Ah. —Dejo el plato y el tenedor en la mesilla de noche a mi lado para darme tiempo a procesarlo.

¿Quiero saber qué significa eso?

¿Me lo contaría siquiera?

—Yo... no estoy segura de necesitar saber qué significa, pero una pequeña parte de mí quiere saberlo. Siento... siento que estamos empezando algo. —Hago una pausa y lo miro. Cuando él continúa mirándome, sigo hablando—: Estamos empezando algo, y tengo la corazonada de que va a ser increíble y aterrador y un montón de adjetivos más que ahora mismo no se me ocurren porque me duele la cabeza. —Le dedico una sonrisa de disculpa—. Así que no sé si debería saberlo para que podamos empezar esto con honestidad.

Él asiente. —Lo respeto. ¿Te acuerdas de lo que dije aquella noche que pediste pizza con piña?

Me doy golpecitos en el labio inferior con el dedo. —Dijiste muchas cosas.

Alarga el brazo, me rodea los hombros con la mano y me atrae hacia su costado. Me acurruco contra él y huelo a sándalo. Dentro de poco voy a empezar a asociar ese olor solo con él en lugar de con una de mis velas favoritas.

—No tienes que preocuparte, pequeña. Nunca te salpicará; no dejaríamos que pasara. Te prometí que te protegería, ¿verdad?

Asiento. —Lo sé. Solo que... tengo miedo. —Las palabras salen despacio, mientras el sopor se extiende por mi cuerpo como una manta.

—Lo sé, Pelirroja. —Deposita un beso suave en la coronilla—. Duerme. Estaré aquí cuando te despiertes.

ME DESPIERTO SOBRESALTADA, pero, sorprendentemente, no me muevo de mi posición tumbada. Tardo más de unos segundos en darme cuenta de que no estoy en casa, y un par de segundos más en recordar que estoy en la casa segura con Wolf, Rush y Sully.

El primero aprieta el brazo que tiene ceñido a mi estómago, con mi espalda encajando perfectamente delante de él. Estar así, tumbados lado a lado, me trae a la memoria cuando nos quedamos dormidos juntos en Summer Knoll.

Dios, parece que haya pasado años desde aquella noche, y no menos de dos semanas.

—Pingüinos en el cactus... —exhala Wolf, y su aliento cálido me alborota los mechones que se han escapado del moño deshecho en la nuca.

Se me curvan las comisuras de los labios ante sus desvaríos somnolientos. Uno de estos días voy a despertarlo para preguntarle por sus sueños. Las dos veces que le he preguntado, ha dicho que nunca se acuerda de lo que sueña por la mañana.

Suelto un suspiro y muevo las piernas para aliviar la presión sobre la vejiga. No me sorprendería que eso fuera lo que me ha despertado. Wolf me hizo beber un montón de Gatorade y agua cuando me desperté poco después de quedarme dormida.

—El delfín... barcas guitarra... —murmura Wolf antes de hundir la cara en mi cuello.

Es extraño cómo cosas tan nuevas me reconfortan. Lo conozco desde hace menos de un mes y, aun así, su presencia me calma de una forma que nunca había experimentado. Me siento... a salvo.

Me remuevo un poco y aparto el brazo de Wolf de encima de mí. Sorprendentemente, afloja lo suficiente ese agarre de pitón como para que pueda maniobrar fuera de la cama. Estiro de las mantas para mantener mi lado caliente y que no le entre ninguna corriente a Wolf, aunque no estoy segura de que nada pudiera despertarlo cuando está tan profundamente dormido.

Voy descalza hasta el cuarto de baño, agradecida por la tenue luz que se filtra en la habitación y me permite esquivar las pocas cosas que amueblan este espacio. Juraría que conté cuatro dormitorios cuando me enseñaron esta habitación ayer, pero me cuesta recordar con claridad algunas cosas, así que es posible que lo haya confundido.

Una vez aliviada la vejiga, me planto delante de uno de los lavabos del tocador y me lavo las manos. Había evitado mirarme al espejo antes, y no estoy segura de querer empezar ahora.

Hay algo profundamente íntimo en mirarte fijamente a los ojos y permitir que tus inseguridades ardan sin filtros.

Siento las emociones como si me las hubieran exfoliado: están rojas, en carne viva, y todas mis impurezas han salido a la superficie. Cada cosa horrible que hice en esa cabaña del bosque se reproduce una y otra vez ante mis ojos. Cada puñalada, cada agresión, cada oportunidad que tuve de hacer algo distinto. Pero no lo hice.

Todo el mundo tiene elección. Yo tuve una elección en esa habitación húmeda y anticuada. Podría haber dejado que me llevara a algún sitio, pero no lo hice. Lógicamente entiendo que, si no

hubiera intentado al menos escapar, ahora no estaría aquí. Lo sé, de verdad que lo sé.

Es solo que ayer yo era simplemente Alaina. Estudiante de sobresaliente, cantante de bar, profesora particular de menores.

Y hoy soy una asesina.

Hago rodar la palabra *asesina* en mi lengua. Sabe a ceniza y a cosas muertas. Pero una parte de mí —y no es ni de lejos tan pequeña como creo que debería ser— no está tan destrozada por eso. Fue una elección nacida de la necesidad. Del deseo humano más primitivo de *sobrevivir*.

Y si algo soy, es superviviente.

Cuando te ves prácticamente obligada a criarte sola en una ciudad desconocida llena de millones de extraños, te adaptas para sobrevivir.

Y eso es exactamente lo que tengo que averiguar cómo hacer ahora.

Fuera ya es de día, pero el cansancio me pesa sobre los hombros. Salgo del baño y vuelvo a meterme en la cama. Wolf farfulla algo demasiado bajo para que pueda oírlo, pero alarga la mano y vuelve a rodearme con el brazo. Me acurruco contra su pecho e inspiro su olor. La tensión de mi cuerpo se va deslizando lentamente por mis extremidades, dejándome en un estado de calma agradable.

Apoyo la cabeza justo encima de las golondrinas tatuadas en su pecho y escucho el ritmo de su respiración.

No tarda en adormecerme la melodía.

TRECE

ALAINA

LA LUZ de la tarde entra a raudales por las cortinas y envuelve la cama en un cálido sol dorado. Tardo un momento en darme cuenta de dónde estoy. Las paredes de color gris suave y las cortinas de color marfil me ayudan a recordar que sigo en el dormitorio de la casa de seguridad.

El cuerpo detrás de mí está caliente y el aroma a sándalo llena el aire.

Wolf.

Estoy lo bastante a gusto como para quedarme acurrucada junto a Wolf, pero mi estómago tiene otros planes. Un rugido seguido de una punzada de hambre toma la decisión por mí. Me deslizo fuera de la cama y me aseguro de no despertar a Wolf. Se le ve tan tranquilo mientras duerme... parece más joven. Es, de lejos, el más juguetón de mis chicos... ese pensamiento me detiene en seco.

Siento que frunzo el ceño mientras miro a Wolf sin verlo realmente. *¿Mis chicos?* ¿Por qué demonios he pensado eso? Quiero decir, claro, me atraen los tres. ¿A quién no?

Y definitivamente los he besado a los tres —incluso antes de esos besos de «oh, Dios mío, pensé que iba a morir»— y a mí... me gustó. Me gustan *ellos*.

Oh, *mierda*.

Me gustan.

—Tarántulas en el jardín... —balbucea Wolf mientras se da la vuelta para ponerse sobre su estómago y hunde la cara en mi almohada.

Sus palabras aleatorias en sueños me sacan del principio de la espiral de pánico en la que me encontraba, y una pequeña sonrisa curva las comisuras de mi boca. Suspiro, un sonido un tanto melancólico, mientras contemplo al dios sin camiseta que hay en mi cama.

Si los dioses estuvieran cubiertos de tatuajes, grabados en la oscuridad y rebosantes de una violencia lista para ser desatada en cualquier momento.

Mi estómago vuelve a rugir, y doy un paso adelante para subir las mantas y tapar a mi novio, cubriendo a regañadientes todos esos hermosos tatuajes de su espalda.

Diseños celtas, varios pájaros, tatuajes clásicos de estilo Sailor Jerry y algunas cosas siniestras cubren aproximadamente la mitad de su torso, por delante y por detrás. Tiene diseños de tinta en la mayor parte del pecho y casi dos mangas completas. Es una obra de arte andante.

Sinceramente, los tres lo son. Creo que Rush es el que tiene más tatuajes, pero no he tenido oportunidad de fijarme bien. Y la ducha juntos no cuenta. No estaba con el estado de ánimo adecuado para nada de ese estilo.

Aunque no veo el momento de recorrer sus tatuajes... con la lengua. Visiones de los dos en esta ducha pasan por mi mente, y luego la fantasía cambia a la gigantesca ducha de Summer Knoll. Y los cuatro bajo esa ducha de tamaño prácticamente industrial.

Vale, está claro que hoy me siento mejor, al menos mentalmente. Mi padre me decía que todo se veía mejor por la mañana. Una mirada a la ventana me indica que no es de mañana, pero se aplica lo mismo. Creo que es el factor del sueño, de todos modos.

Dios, cómo echo de menos a mi padre.

Ahora que los pensamientos sobre mi padre han enfriado mi libido, mi cuerpo decide recordarme que necesito comida.

Salgo del dormitorio de puntillas y cierro la puerta en silencio al marcharme. Me tomo un momento para mirar a mi alrededor. No tuve mucha oportunidad de explorar este lugar ayer, así que voy a aprovechar ahora. No estoy segura de cuánto tiempo estaremos aquí, pero no quiero perder ni un solo segundo de oportunidad para indagar información sobre mis chicos.

El pasillo está vacío a excepción de dos fotos enmarcadas de tres niños pequeños. Me acerco para verlas mejor y no puedo evitar que una sonrisa se apodere de mi rostro. Un niño de pelo negro sonríe con los brazos rodeando a otros dos niños: uno pequeño rubio con hoyuelos y otro de pelo oscuro con una sonrisa de suficiencia. Veo una noria al fondo y me pregunto si estarían en Coney Island.

Fui allí con Maddie y Mary varios veranos. Siempre es divertido comerse un funnel cake y observar a la gente. Me pregunto si habremos coincidido allí en alguna ocasión.

Observo otras cuatro puertas en el pasillo mientras me muevo para mirar la otra foto. Si había alguna duda sobre quiénes eran los niños de la primera foto, no hay duda de quiénes aparecen en esta. Rush, Wolf y Sully me devuelven la mirada desde la imagen. Están en una posición similar: Wolf en el medio y los otros dos a cada lado. Pero las sonrisas y la noria han desaparecido hace mucho tiempo. Los tres tienen los brazos cruzados sobre pechos anchos y ninguno sonríe; ni rastro de una sonrisa. Están de pie frente a una especie de garaje, pero aparte de eso, no hay nada más en la foto. Es una foto curiosa para enmarcar, eso seguro, y me pregunto cuál es la historia que hay detrás. Quizá algún día se lo pregunte.

Con una última mirada a la foto, abandono el pasillo y cruzo el salón hasta llegar a la cocina. Es un diseño de planta abierta, así que se puede ver todo fácilmente: la cocina, el salón, la sala de estar — que en realidad es solo una extensión del salón— y dos pasillos. Un pasillo, del que acabo de salir, conduce a los dormitorios, y el otro pasillo lleva a una zona de la casa que aún no he visto.

Una estantería empotrada recorre la pared directamente frente a la cocina con algunos libros, un montón de discos de vinilo, unas cuantas velas y un par de videoconsolas en los estantes.

Esos vinilos definitivamente despiertan mi interés.

Una mesa rústica con seis sillas se encuentra en medio del comedor. Parte del equipo táctico de los chicos está sobre la mesa, pero por lo demás, la habitación parece un poco falta de uso.

Me dirijo hacia la cocina. Es enorme para los estándares de cualquiera, pero parece pequeña comparada con la de Summer Knoll.

Encimeras de mármol blanco cubren todo el espacio de trabajo de la cocina, incluida la isla. Cuatro taburetes de madera clara con respaldo encajan perfectamente bajo la isla.

Este parece el lugar donde pasarían el tiempo y harían sus comidas.

Una elegante cafetera, un microondas y un frutero vacío son las únicas cosas sobre la encimera.

Diviso una botella de ron y un par de latas de Coca-Cola en la isla, tres vasos vacíos, dos de ellos con un cerco de condensación en la base. Wolf me dijo una vez que el vodka es para los secretos, el tequila para perder las inhibiciones y el whisky para hacer que las cosas sucedan. Pero nunca me contó su filosofía sobre el ron. Me pregunto qué ocasión requiere ron.

Me siento un poco rara sirviéndome comida sin preguntar, pero mi estómago vuelve a rugir, recordándome que necesito comer.

Diez minutos y un sándwich después, llevo mi plato al fregadero y lo lavo rápidamente. Es uno de esos fregaderos profundos de estilo rústico, lo bastante grande como para lavar ollas y sartenes en él. Después de enjuagar el plato y dejarlo en el escurridor junto al fregadero, me doy la vuelta y me apoyo contra la encimera. La cocina no se parece en nada a la de Summer Knoll. Esta es más pequeña —obviamente—, pero siento que se parece más a ellos.

Pongo los ojos en blanco por mis propios pensamientos. Apenas conozco a estos tipos y aquí estoy actuando como si conociera su estilo.

Aunque supongo que hay ciertos sucesos que pueden ocurrir y que pueden unir a dos personas. O en mi caso, a cuatro. Y creo que los acontecimientos de los últimos dos días son suficientes para unir incluso a extraños. Y difícilmente somos extraños, los chicos Fitzgerald y yo.

La botella de ron me llama la atención y decido que si alguna vez ha habido un momento para servirme una copa cargada, es ahora. Cogiendo uno de los vasos de la isla, echo unos cuantos cubitos de hielo en él. Me sobresalto por el sonido antes de poder evitarlo.

Tras una profunda inhalación y exhalación, cojo la botella y me la acerco a la nariz. Una sola bocanada y se me aguan los ojos.

Perfecto.

Quiero algo que duela un poco, que me ayude a enterrar las emociones que noto burbujeando de nuevo hacia la superficie. Mantengo el pulso firme mientras vierto un chorro en el vaso y me lo bebo de golpe inmediatamente. Hago una mueca cuando el licor golpea mis papilas gustativas, pero rápidamente se suaviza a medida que el ron se asienta en mi vientre. El calor se extiende por mi cuerpo, empezando por los dedos.

—Bueno, pues ya está —murmuro mientras vierto otro chorro generoso en el vaso, esta vez añadiendo un poco de Coca-Cola. Dejando la botella en su sitio, sostengo el vaso a la altura del hombro mientras giro sobre mí misma y observo el espacio.

El diseño de planta abierta hace que este espacio parezca grande pero acogedor. Los techos altos y los ventanales del suelo al techo hacen que el espacio parezca mucho mayor de lo que es en realidad. Camino por la habitación y paso mi mano libre por la parte superior del sofá modular de cuero gris. El sillón mullido a juego está en el rincón de la habitación, ambos frente al televisor colgado en la pared. A diferencia del pasillo, aquí no hay fotos. Unos cuantos mandos de consola en la mesa de centro son las únicas señales de que esta habitación ha sido utilizada recientemente.

Un ruido capta mi atención y me quedo helada un momento antes de recordar que nadie puede alcanzarme aquí. Y si por alguna casualidad alguien entrara en la casa, no tengo dudas de que los tres estarían aquí en un instante.

Cuando oigo el zumbido bajo de lo que parecen ser las noticias, decido curiosear un poco más. Si tengo suerte, podré observarlos durante unos minutos antes de que se den cuenta de que estoy ahí.

Con el máximo silencio posible, camino de puntillas por el salón y la cocina, y sigo el murmullo bajo de la televisión por un pasillo que

sale de la cocina. No recuerdo haber visto esta parte de la casa cuando llegamos, pero eso no dice mucho. Gran parte de los últimos días parece un sueño: demasiado inverosímil para ser real, pero demasiado doloroso para ser solo un sueño.

Tengo cuidado con cada paso sobre los suelos de madera gris, procurando no hacer demasiado ruido. Tres puertas más parten de este pasillo, y de repente me doy cuenta de que esta pequeña casa de refugio es mucho más grande de lo que pensaba originalmente.

Dos puertas están cerradas, pero una tercera está abierta a medias. Una luz suave se derrama en el pasillo, iluminando el esmalte rosa descascarillado de mis pies descalzos. Me asomo al interior y veo a Rush sentado frente a una mini estación de mando.

CATORCE

ALAINA

—ENTRA, pajarillo.

Su voz me sobresalta y doy un pequeño respingo, golpeándome el hombro con el marco de la puerta.

Empujo la puerta despacio y doy un paso al interior. La cierro de un golpe con la cadera y me apoyo en ella mientras paso la mirada de su ancha espalda a todo lo demás que hay en la habitación. Es más o menos del tamaño del cuarto donde me quedo yo, pero está equipada como una miniestación de mando.

—¿Necesitas algo? —me pregunta sin darse la vuelta, y un rubor de vergüenza me calienta las mejillas.

Maldita sea. Quizá esto ha sido una mala idea. Pero sé que no he alucinado cuando me ha ayudado —casi con ternura— en la ducha. Ha sido inesperado pero no inoportuno. Y yo... yo quiero ver qué hará después. ¿Volverá a besarme? ¿Me dirá que me vaya? ¿Se lo dirá a Wolf?

Mierda. *Wolf*.

La vergüenza me cubre como una manta al darme cuenta de que he dejado a mi novio acurrucado en mi cama para venir a hacer ¿qué? ¿Besar a Rush?

Me muerdo el labio mientras reflexiono sobre mis motivos. *¿De verdad venía aquí para liarme con Rush? ¿O solo quería verle, hablar*

con él?

No soy tan ingenua como para no darme cuenta de que, si se presenta la oportunidad, sin duda besaré a Rush, y más cosas. Entonces se me ocurre una idea. Quizá sea la cosa más disparatada que se me hubiera podido ocurrir, pero después de mi estancia en la cabaña, creo que... creo que podría estar lista para salirme de mis planes cuidadosamente trazados.

Y hacer algo atrevido.

Ser valiente.

Y salir con los dos.

No estoy segura de si debería sentirme tan emocionada ante la perspectiva de tenerlos a ambos. Son muchas suposiciones.

Saldrías con los tres si Sully te diera la más mínima señal, dice una voz monótona en mi mente. La voz me recuerda tanto a Maddie que duele. Sé que no ha pasado mucho tiempo, pero echo de menos a mis primas con locura. Me hago una nota mental para llamarlas a ella y a Mary en cuanto pueda.

—¿Pajarillo? —No hay impaciencia en su tono, solo curiosidad.

Me saca de mis reflexiones y me tomo un momento para mirar alrededor. Cuatro monitores de ordenador ocupan la mayor parte del espacio en su gran escritorio blanco. Lo único que hay aparte de eso es un teclado y tres teléfonos móviles. Un sofá azul marino está apoyado contra una pared, con una manta de felpa de color crema echada sobre un brazo. Es esa manta lo que me atrae, lo que me hace ablandarme aún más con Rush.

Hay dos televisores montados en la pared en la que estoy apoyada, con el zumbido de fondo de algún canal de noticias diciendo que hoy volveremos a alcanzar temperaturas récord. Con una claridad asombrosa, me doy cuenta de que no tengo noción del tiempo.

—¿Qué día es? —le pregunto, sabiendo que ahora mismo no seré capaz de encajar todas las piezas. No mientras se me permite contemplar a Rush sin límites. Como todavía está de espaldas, no tengo que apartar la mirada ni conformarme con verle solo de pasada.

Rush es el más misterioso de todos los chicos Fitzgerald. No estoy segura de si su misterio es intencionado o si es simplemente parte del lote que es Declan Fitzgerald. ¿Cuál será su segundo nombre? Probablemente algo regio como Edmund. Tiene ese aire: importancia, refinamiento y dinero de cuna.

Recorro con la mirada sus anchos hombros, los tatuajes que le suben por el cuello. Me mueren las ganas de rozar esos tatuajes, de explorar todos sus tatuajes y ver hasta dónde bajan por su cuerpo. Afloran vagos recuerdos de sus tatuajes bailando y guiñándome el ojo, y los ahuyento. Esos sueños con alucinaciones son lo peor.

—Pajarillo —dice mientras teclea unas cuantas veces. Rush gira en su silla con un movimiento fluido. En un hombre menos impresionante quedaría ridículo, pero no creo que Rush haya resultado ridículo ni un solo día de su vida. Unos ojos gris tormenta se encuentran con los míos y se me corta la respiración. ¿Cómo puede una sola mirada tener tanta fuerza?

Juro que esos ojos suyos atraviesan algo muy profundo dentro de mí, algo que nadie había traspasado antes.

Le estudio el rostro; ni siquiera estoy segura de qué busco exactamente, pero sé que lo necesito. Y lo necesito de él.

—Quería darte las gracias. —Hago una pausa y me lamo los labios—. Por lo de antes. En la ducha.

Mi corazón late con más fuerza ante su silencio, así que me despego de la puerta y doy un paso hacia él, aferrada a mi valentía con ambas manos. Mis pies descalzos no hacen ruido sobre el suelo de madera, y juraría que él puede oír los latidos de mi corazón. Me detengo justo delante de él, lo bastante cerca como para tocarle si extendiera la mano.

—Y por venir a buscarme. —Exhalo en cuanto las palabras salen de mis labios; la sensación de unión me envuelve los músculos y se entrelaza en mis venas.

Rush vino a por mí; todos vinieron a por *mí*. Esa idea da vueltas en mi cerebro hasta que mi corazón late con cada palabra.

—¿Por qué? —La palabra es una súplica arrancada de mi propio ser. ¿Por qué vinieron a por mí? ¿Qué tengo yo de especial? ¿Qué hizo que volviera semana tras semana para oírnos cantar?

Rush me escudriña el rostro un momento mientras se mantiene muy quieto en su silla—. Creo que ya sabes por qué.

Doy otro pequeño paso adelante hasta que mis piernas rozan las suyas. Él baja la mirada hacia donde se tocan nuestras piernas y observo fascinada cómo le recorre un estremecimiento. La forma en que me mira después solo puede describirse como hambre.

—Creo que necesito que me lo expliques, porque yo... —Niego con la cabeza, interrumpiéndome.

—¿Cómo te encuentras? —Sus palabras son graves y su brusco cambio de tema me confunde. Me cuesta concentrarme en ellas mientras se inclina hacia delante, rodeando con las manos la parte posterior de mis pantorrillas y subiéndolas lentamente por mi pierna. Sus dedos tatuados y callosos rozan mi piel, dejando un rastro de vello erizado.

Todavía llevo la ropa que me ha traído Rush después de ducharme: una camiseta y unos calzoncillos tipo bóxer. La camiseta es tan grande que el cuello casi se me cae por el hombro, y los bóxers tienen varias vueltas en la cinturilla.

Se me entrecorta la respiración cuando llega a la parte posterior de mi muslo y se detiene—. Estoy bien. —Las palabras salen de mí atropelladamente cuando me aprieta con suavidad, y rectifico mi respuesta—. Me duele el cuerpo y las costillas me dan pinchazos cada vez que giro o me muevo demasiado rápido.

—Buena chica —murmura.

Mis pezones se endurecen como respuesta y tengo medio segundo para preguntarme por qué he tenido esa reacción antes de que sus manos continúen su exploración. Doy otro sorbo a mi bebida antes de dejar el vaso en el borde de su escritorio.

Me lamo los labios y el corazón me late con fuerza—. ¿Qué, eh, qué estás haciendo?

—Creo que es bastante obvio lo que estoy haciendo —dice Rush mientras sus manos suben suavemente por la parte posterior de mis muslos hasta llegar a la curva de mi culo. Su aliento me acaricia los muslos mientras se inclina unos centímetros más. Resisto la tentación de pasarle los dedos por el pelo revuelto mientras otra imagen se superpone a la escena que tengo delante.

Se me corta la respiración mientras dejo que la fantasía se desarrolle en mi mente. Los fuertes dedos de Rush enganchados en la cinturilla de mis pantalones prestados, bajándolos lentamente por mis piernas. El contacto de su aliento contra mi muslo mientras desliza sus labios por mi piel hasta que no puedo soportar ni un segundo más de sus toques provocadores. Me imagino introduciendo mis dedos entre sus mechones —son lo bastante largos como para saber que podría agarrarlos bien— y sujetándolo justo donde quiero durante el tiempo que quiera.

Rush acerca su rostro hacia mi coño y contengo el aliento involuntariamente, interrumpiendo mi fantasía. No puedo evitar el escalofrío que me recorre ni la forma en que se me acelera el corazón. Mentalmente le insto a que siga, a que deje de provocarme.

En un movimiento lento y tortuoso, desliza las palmas de las manos por mis caderas y sube por mis costillas, teniendo cuidado de no ejercer demasiada presión sobre ellas, y va subiendo el rostro por la parte delantera de mi cuerpo. Puedo sentir su aliento a través del fino material que separa su boca de mi piel, y un deseo incontenible me invade.

—¿Por qué no le contaste a nadie nuestro beso, pajarillo? —susurra contra mi pezón derecho, poniéndolo casi dolorosamente erecto—. ¿Ni sobre todas aquellas noches de viernes?

Utilizo toda la contención que no sabía que tenía o que llegaría a necesitar y me quedo quieta ante él. Soy lo bastante lista para darme cuenta de que este enigmático rey oscuro que se inclina ante mí sigue teniendo el poder. Solo me está dejando creer que tengo algún tipo de control aquí.

—N-no lo sé. —Se me corta la respiración cuando me roza el pezón con los dientes. Parece una advertencia. Cuando lo hace por segunda vez, me doy cuenta de que eso es exactamente lo que ha sido—. No quería —digo apresuradamente—. M-me siento egoísta y... n-no quiero elegir. —Las palabras salen de mi boca en un susurro y cierro los ojos mientras la vergüenza y la lujuria luchan entre sí.

Rush desliza sus labios hacia arriba hasta que aterrizan en la piel expuesta de mi hombro, con sus manos posándose suavemente

sobre mis costillas—. No te pido que elijas, pajarillo.

Ladeo el cuello para darle más espacio para explorar—. ¿Pero qué hay de tus hermanos? Yo no... —Mis palabras se interrumpen con un gemido cuando Rush succiona ese punto donde mi cuello se une con mi hombro. Siento como si fuera una descarga directa hacia mi coño, y mi clítoris late al ritmo de la boca de Rush.

Se separa lo justo para hablar contra mi piel—. ¿Qué pasa con ellos, nena?

Echo la cabeza hacia atrás y él reanuda su exploración de toda la piel expuesta alrededor de mi hombro y mi cuello. Soy vagamente consciente de que me está obligando a explicárselo todo.

Como Wolf.

—No quiero ser el sucio secretito de nadie, Rush —digo mientras le hundo los dedos en el pelo, deteniendo sus movimientos.

Levanta la cara hacia la mía y soy testigo de la sonrisa de suficiencia que se extiende por su rostro. Es una clase de sonrisa sexy que promete malas intenciones y un placer infinito. La lujuria impregna el aire y es suficiente para empañar toda la habitación. La aspiro y atrapo sus promesas en mis pulmones.

—Oh, nena. Nunca te mantendría en secreto... pero te mantendré sucia. Mi pajarillo sucio. —Sus ojos se oscurecen hasta adquirir el color del mar antes de una tormenta, y me estremezco de anticipación—. Dime qué quieres.

Sus palabras son firmes y escucho la determinación de acero tras ellas. Es un hombre acostumbrado a salirse con la suya, pero no me está presionando; me está cuidando. No sé qué demonios me está pasando cuando me encuentro anhelando asentir con la cabeza, aceptar cualquier cosa que diga con tal de que mantenga sus labios sobre mi piel.

—Quiero tus palabras, nena.

Me lamo los labios y abro los ojos—. Te quiero a ti. A los tres. —Mi voz suena clara.

Las comisuras de su boca se curvan lentamente hasta que asoman sus hoyuelos—. No te preocupes por Wolf. Ni por Sully. Sabemos lo que hacemos.

—¿Pero qué hay de mí? ¿Y si no sé qué demonios estoy haciendo yo?

—¿Es esto lo que quieres? —Rush puntúa sus palabras con un movimiento de sus caderas.

Se me escapa un gemido cuando siento su polla dura justo donde más la necesito—. Sí —La palabra sale de mi boca en un siseo mientras todo en mi cuerpo se tensa.

—Buena chica —dice contra mis labios y ya no puedo contenerme más. Acorto la distancia entre nuestras bocas y estrello mis labios contra los suyos.

QUINCE

RUSH

UNAS PALMADAS lentas resuenan en el aire y, por instinto, aplasto mi cuerpo contra el de Alaina, empujándola contra la pared. Gruño por encima del hombro al ver a mi hermano de pie en el umbral, con esa sonrisita engreída que me pone los nervios de punta.

—¿Pero qué coño, Sully? —suelto entre dientes.

Él se encoge de hombros y se cruza de brazos sobre el pecho, fingiendo inocencia.—¿Qué?

—¿Qué coño quieres? —sigo pegado a Alaina, pero físicamente no soy capaz de apartarme todavía.

El pecho se me agita, y no es solo por ella. Estoy jodidamente descolocado. No me creo que no le haya oído o, joder, al menos sentido. ¿Dónde coño está ahora ese puto sexto sentido?

—Pensé que habías dicho que haríamos el informe en cuanto se despertara —dice Sully, alzando una ceja.

Se esfuerza demasiado en aparentar indiferencia, pero le he conocido toda su vida. Capto el tic en su mandíbula y los puños apretados. Darme cuenta de que está luchando en realidad me hace sonreír. Sabía que ese cabrón no podía hacerse el indiferente para siempre.

Me vuelvo para apoyar la frente en el hombro de Alaina, en ese punto entre el cuello y el hombro que sé que la vuelve loca. Exhalo y

cuento los segundos mentalmente.

Uno, dos, tres.

Tirita justo a tiempo. Ese pequeño movimiento, su reacción a mí, me calma lo suficiente como para poder recomponerme.

Hay algo en ella que me desarma. Se me quita el peso constante de mis obligaciones y la presión de ser el presidente del consejo juvenil.

Solo espero no perderme por completo. Es una sirena disfrazada de mujer inocente y de ojos de cervatillo, y la seguiría de buen grado hasta las profundidades del océano solo por otro beso de sus labios.

—¿Informe? —pregunta Alaina, con las manos aún aferradas a mis hombros.

Me echo hacia atrás para no aplastarla contra la pared. Me cuesta físicamente separarme de ella, pero lo hago. Sus manos se deslizan por mis hombros y se posan en mis muñecas; sigo sujetándola contra mí.

Sully tiene razón: ahora que está despierta, tenemos que averiguar qué ha pasado de una vez.

—Cuanto antes averigüemos quién te ha secuestrado, antes podremos eliminarlo —mi voz suena baja, solo para sus oídos—. ¿Vale?

Sus ojos, muy abiertos por el pánico, me mantienen cautivo.— Solo necesitamos que nos cuentes qué pasó tal como lo recuerdas, ¿de acuerdo?

Asiente, pero sus dedos se cierran con fuerza alrededor de mis muñecas.

—Necesito tus palabras, pequeña —busco su mirada, esperando.

Sé que llegará, pero necesito que lo haga por sí misma. Si la empujo demasiado, demasiado rápido, saldrá corriendo y probablemente no volvamos a verla.

Quiero decir, puedo encontrar prácticamente a cualquiera, así que seguro que *la vería*, pero nunca llegaría a verla así. Lujuriosa un minuto, vulnerable al siguiente.

—Vale, Rush —dice en un suspiro.

Doy un paso atrás, cojo su mano en la mía y me dirijo hacia el sofá rinconera al otro lado de la habitación. Sully se ha acomodado en un extremo. Noto cómo se le tensa la mandíbula y cómo le tiembla la pierna, y la llevo al extremo opuesto. Para que tenga una mejor vista de nuestra chica en mis brazos.

Me siento en el sofá, tirando de ella conmigo por las manos entrelazadas.

—Vaya. Eso debe de ser algún tipo de récord, ¿eh, Alaina?

—¿Y eso qué se supone que significa?

—Primero Wolf, ahora Rush.

—No te olvides de añadirte a ti mismo a esa lista. ¿O se te ha olvidado que yo también te tuve a ti hace ya tiempo?

—Sí. Me acuerdo muy bien —dice Sully entre dientes.

Me pregunto si se da cuenta de que él está vibrando de celos. Supongo que su mandíbula tensa, los brazos cruzados y el pie que no deja de golpear el suelo podrían confundirse con rabia; y seguro que también está furioso, pero además está celoso de cojones.

Siento bastante curiosidad por dejar que esto que hay entre ellos se desarrolle sin interferir demasiado. Solo intervendré si alguno de los dos está a punto de tomar una decisión que les cambie la vida. Por lo demás, puede que esto sea justo lo que él necesite para arreglar su mierda con Alaina.

Lo haya reconocido ya o no, no cambia el hecho de que esto está ocurriendo, y con ella. Nunca obligaría a nadie a algo con lo que no se sintiera cómodo y, si no supiera ya que él sigue enamorado de ella... No soy tan ingenuo como para no darme cuenta de lo que siente él, de lo que sienten los dos, pero sí estoy lo bastante loco como para empujarle a actuar en consecuencia.

Me vuelvo hacia mi hermano.—¿Dónde está Wolf?

—Aquí, estoy aquí —dice Wolf entre bostezos. Se pasa una mano por el pelo mientras entra en la habitación. Parece que literalmente se ha caído de la cama y ha bajado por el pasillo: sin camiseta, con pantalones cortos de gimnasio y el pelo hecho un desastre.

Noto el momento exacto en que ve a Alaina sentada a mi lado y, un segundo después, cuando se da cuenta de que estamos cogidos de la mano.

Un destello de celos le cruza la cara en una fracción de segundo antes de que lo reprima. Wolf ocupa el asiento justo en medio de los dos, y mentalmente me lo apunto para ponerle nombre más tarde.

—¿Cómo has dormido? —pregunta Wolf, y es evidente que se dirige a Alaina. El cabrón no puede apartar los ojos de ella.

—Bien —le dedica una pequeña sonrisa, de broma interna, y lucho contra el impulso de gritar que era *mi* lengua la que estaba en su garganta. Mis propios celos me escuecen, y me digo que me relaje de una puta vez.

—¿Por qué no me has despertado? —Wolf se recuesta en el sofá, estirando los brazos por el respaldo. Lanza una mirada fugaz a Sully con una media sonrisa.

—Me ha entrado hambre, así que he venido a buscar un tentempié... y lo he encontrado —me mira, con las arruguitas de la risa junto a los ojos guiñándome.

No la he visto reír mucho con nosotros, si es que lo ha hecho alguna vez. Quizá podamos aprovechar este tiempo en la casa segura para algo más que pasar desapercibidos.

Una idea empieza a tomar forma en mi mente: en lugar de quedarnos solo unos días, podríamos quedarnos una o dos semanas. Nos dará el tiempo que necesitamos para conocernos. Y aquí también podemos seguir haciendo lo que hay que hacer y aclarar algunas cosas.

—¿Hacemos esto o qué? —Sully se inclina hacia delante, apoyando los antebrazos en las piernas.

Lo observo un momento, pero no levanta la vista del suelo. La tensión le marca los hombros, y puedo imaginar la tormenta que le hierve por dentro; siempre ha sido un cabrón cambiante. Nunca ha querido hablar las cosas como Wolf y no da nada gratuitamente. Lleva un chip en el hombro desde que era un crío. La única vez que le he visto diferente fue hace unos años, el verano que pasó en la ciudad, cuando apenas le vimos.

Estoy convencido de que hay más en la historia de Sully y Alaina. Basta con mirarlos para leer la angustia y la tensión que los une. No he tenido tiempo de indagar a fondo en su pasado, pero no me

importa ir a ciegas en esta situación. Sobre todo si ayuda en esta situación... y a ellos.

—Empecemos por O'Malley's. ¿Te acuerdas de lo que pasó? —me giro hacia Alaina.

Inspira hondo.—Y-yo... Pensé que había visto a Wolf dirigirse a los baños, así que le seguí. No fue hasta que estaba allí atrás cuando se dio la vuelta y me di cuenta de mi error.

—¿Te acuerdas de cómo era? ¿Algo que llamara la atención? —pregunta Wolf, con voz suave.

—Allí atrás está oscuro, así que no puedo describirlo del todo. Pero tenía los ojos rojos, lentillas, y era alto. No dijo mucho, y lo siguiente que recuerdo es despertar dentro de una furgoneta en llamas.

Aspiro aire y lo exhalo despacio, con cuidado. Hago una promesa silenciosa de venganza contra todos los implicados.

Alaina mira hacia un lado, con la vista perdida mientras rememora los acontecimientos de esa noche. Cuando termina de detallar todo lo que recuerda o ha logrado reconstruir, por fin me mira.

Su mirada es inquisitiva, cuestiona. No sé qué es lo que pregunta, pero en respuesta la atraigo hasta mi regazo.

Se sienta atravesada sobre mis piernas y me rodea el cuello con los brazos, enterrando la cara en mi camiseta.

—Pensé que iba a morir en esa cabaña. Pensé que iba a morir y que nunca haría todas esas cosas que tenía planeado hacer. Pensé que nunca volvería a ver a mis primos ni a mis amigos ni a mi familia ni... a vosotros.

Su angustia se palpa en el aire, y me siento sin recursos para frenarla. Puedo hackear los sistemas más complicados y seguros que la mayoría ni siquiera podría imaginar, y puedo prever posibles resultados para casi cualquier escenario. Pero no tengo ni puta idea de consolar a nadie; nunca lo he necesitado. Pero la pelirroja que se deshace lenta y silenciosamente en mis brazos me está haciendo replanteármelo todo.

—Shh, ya está. Estás aquí, estás a salvo —le paso la mano arriba y abajo por la espalda, despacio.

No tengo ninguna duda de que la quiero aquí, con nosotros. Pero es una variable con la que, estúpidamente, no había contado. No de forma adecuada. Tenía previsto presentarla a la Hermandad, a esta vida, poco a poco. En vez de eso, la han lanzado al centro de la tormenta antes de que hayamos tenido un momento para simplemente respirar juntos.

Yo sabía que esto podía pasar; debería haber tenido más planes de contingencia. Ella no forma parte de esta vida, y eso es precisamente parte del atractivo. Es inexperta, pero no incapaz. Sus actos en la cabaña lo demostraron.

Llevo un año observándola los viernes por la noche, pero era más un reconocimiento informal que otra cosa. Todavía recuerdo la primera vez que la vi.

—¿Te quedas a tomar una pinta? Esta noche tenemos unos cuantos pajarillos cantores —dice Jack O'Malley desde detrás de la barra de su pub.

—¿Sigue fuerte lo del karaoke?

—Sí. Ya van un par de años. Tenemos gente que viene solo para ver a los habituales —Jack se encoge de hombros mientras seca una jarra de pinta.

Tengo un rechazo a punto de salir de mi boca cuando el sonido más dulce me golpea los oídos: una risa. No sabría decir qué tenía para destacar entre el gentío, pero algo llamó mi atención.

Alegría. El ruido suena como si la alegría pudiera embotellarse en forma de sonido. Es un concepto tan interesante: la alegría. En teoría, debería ser feliz. Tengo a mis hermanos y a la Hermandad, mi casa, mis coches, mi tecnología... no me falta de nada. Y, sin embargo, no estoy seguro de haber sentido nunca lo que se siente con ese sonido.

Le doy la espalda a Jack mientras recorro con la mirada el bar abarrotado en busca del origen.

Un pelo ondulado de un rojo intenso es lo primero que veo. Luego, el resto de ella aparece nítidamente. Una camiseta rota de los Ramones, minifalda negra plisada, Vans blancas. Es un maldito sueño erótico con curvas en todos los lugares adecuados. Echa la

cabeza hacia atrás y ese sonido alegre brota de sus labios y se posa en la multitud que la rodea.

Está de pie junto a dos chicas que se parecen mucho a ella, que también se ríen, pero no oigo esos sonidos. Solo el suyo.

Una brasa de algo extraño comienza en mis entrañas. Me recuerda al calor que sientes frente a una hoguera, lento al principio, y luego crece hasta que casi te quema y estás seguro de que vas a arder en cualquier momento.

Una cosita tan inocente para provocar una ola tan feroz de necesidad en mí. Doy un paso lejos de la barra cuando las luces se atenúan.

—¡Oí! ¡Es jueves y nuestras aves cantoras han vuelto! —grita Jack desde detrás de la barra.

La multitud se calla y se gira hacia el escenario. Observo junto con ellos cómo el objeto de mi fascinación y las otras dos que se parecen a ella suben los pocos escalones del escenario rectangular al otro lado de la barra.

—¡Gracias, Jack! Soy Maddie, y estas son mis chicas, Alaina y Mary. Tenemos un par de canciones nuevas para vosotros esta noche. ¡Espero que os gusten!

No puedo apartar la mirada de la chica del medio. Me muero por oír cómo suena su voz envuelta en notas musicales.

Me obligo a quedarme quieto y no actuar según mi impulso de llevármela del escenario y esconderla en mi ala de la casa. El impulso territorial es suficiente para hacerme dudar, pero entonces abre la boca y canta.

Y, joder, Jesús, cómo canta.

El corazón me late con fuerza y me sudan las palmas de las manos, y me siento como un puto idiota. Ayer mismo vi a mi hermano impartir justicia sobre un cabrón que intentaba traficar con menores en la parte trasera de nuestro puerto. Ni siquiera parpadeé.

Y aquí estoy, sudando joder, por una pajarilla con una camiseta de un grupo llena de agujeros.

¿Qué cojones está pasando?

Una mano me golpea el hombro y apenas consigo frenar a tiempo el impulso de echar mano a mi pistola. —Jesús, Jack.

¿Quieres seguir respirando? —gruño—. Entonces no te acerques por sorpresa a un hombre de esa manera. —Respiro con dificultad mientras lo fulmino con la mirada.

Jack levanta las manos en señal de rendición y da medio paso atrás. —¿Estás bien, Rush?

Hago rodar el cuello y respiro hondo. Estaba tan absorto en su interpretación de (Love is Like A) Heat Wave que bajé la guardia y Jack, de entre toda la gente, se me acercó sigilosamente. Ese tío es un exboxeador pelirrojo de casi dos metros; no se le acerca sigilosamente a nadie.

—Sí. Estoy bien. —Las palabras son cortantes. Un rubor empieza a subirme por el cuello. Lo veo asentir por el rabillo del ojo.

—Esas son las aves cantoras. Vienen casi todas las semanas.

Asiento y mantengo mi atención en las tres pelirrojas del escenario.

—Son buenas, ¿eh? —pregunta mientras se para a mi lado. Las chicas han empezado a cantar una canción de Taylor Swift, y todo el bar se ha unido al estribillo. Es jodidamente raro... y extrañamente entrañable.

—Sí, son buenas —murmuro—. ¿Me haces un favor, Jack? Llámame siempre que estén aquí, ¿vale?

Siento sus ojos en mí, pero no aparto la mirada de la del medio. Él asiente aceptando y luego no hablamos durante el resto de su actuación.

Me marchó de O'Malley's justo cuando mi pajarilla baja del escenario. No puedo evitar la sonrisa que se extiende por mi rostro. Tengo planes que hacer.

Me ofrecí a pasar por O'Malley's de nuevo el viernes siguiente. Y el siguiente. Y antes de darme cuenta, estaba contando los días, los minutos, hasta que volviera a verla.

Despertó mi curiosidad aquella noche, pero cada vez que la veía, me atraía un poco más. Me cautivó, y yo estaba totalmente centrado en ella.

Realmente no pensé más allá de meterla en el círculo con mis hermanos. No podía pensar más allá de eso: era mi objetivo a largo

plazo y, lo reconozco, no me preparé para *esta* parte de la relación. Y no me refiero al puto secuestro.

—¿Qué pasa ahora? —Sus labios rozan mi camisa con cada palabra.

Sigo deslizándole la mano por la columna y siento que se relaja. —Ahora nos mantendremos discretos un tiempo. Nos quedaremos aquí dos semanas...

—¿Dos? ¿Pensaba que solo nos quedaríamos aquí unos días? —Sully me interrumpe. Lo miro por encima de la cabeza de Alaina, pero no deja traslucir mucho.

Asiento. —Así era, pero luego me di cuenta de que tenemos unas cuantas cosas diferentes que resolver, y este es el lugar más seguro para que lo hagamos. —Lanzo una mirada intencionada a mis dos hermanos, esperando que lean entre líneas: tenemos que averiguar quién se llevó a Alaina, qué está tramando Da y quién cojones ordenó matarla—. Además, quiero que Alaina reciba algo de entrenamiento en defensa personal.

—Sí. Es una buena idea. Yo me encargaré de las armas —dice Wolf con un asentimiento.

Miro a mi otro hermano. Su postura rígida y su ceño fruncido no me asustan.

—Bien —dice Sully entre dientes—. Todas las mañanas, estará conmigo para defensa personal.

—Y yo le explicaré algunos aspectos... más técnicos.

—¿De verdad vamos a hacer esto entonces? ¿Simplemente la vamos a meter en el círculo así como así? —Sully alterna su mirada fulminante entre Wolf y yo—. ¿Qué va a decir Da de esto? Joder, ¿qué va a decir la Hermandad?

Levanto una ceja ante su desafío. —Ese fue siempre el plan, ya lo sabes, Sully.

—Entrar en Summer Knoll fue suficiente para incitar una guerra, pero ¿llevarnos a nuestra chica de esa manera? —Wolf levanta una ceja mientras mira a Sully—. Lo están pidiendo a gritos. Y yo se lo voy a dar.

La sonrisa maníaca de Wolf coincide con la mía. La gente suele juzgarme mal porque la violencia física no es mi primer recurso

cuando estoy destruyendo a alguien. No es que esté por encima de ello, porque no lo estoy. Pero prefiero dismantelar a una persona sistemáticamente, paso a paso: finanzas, ahorros, propiedades, integridad, credibilidad, reputación, etc.

El resultado es mucho más dulce que un tiro en el pecho y otro en la cabeza. Aunque he hecho ambas cosas muchas veces.

—Sí —dice Sully con un asentimiento—. Pero estás hablando de revelar secretos de la Hermandad, y no puedo evitar preguntarme qué pensará Da de este movimiento.

—Él siempre ha sabido que esto era una posibilidad: que sentáramos la cabeza. Además, deberíamos estar más preocupados por lo que cojones ha estado tramando. No por si aprueba o no a nuestra chica.

Sully asiente un par de veces y une las puntas de los dedos, apoyando los brazos en las piernas. —Cruzaremos ese puente juntos.

Algo dentro de mi pecho se afloja ante sus palabras. Esa es la mejor rama de olivo que voy a recibir por su parte.

—Juntos —murmuramos Wolf y yo al unísono.

Alaina se aclara la garganta. —No es la primera vez que me habéis llamado *vuestra chica*. Y siento que... tal vez es algo de lo que todos deberíamos hablar. Juntos. —Mira a Sully cuando habla.

Él se pasa una mano por la cara antes de mirarme sacudiendo levemente la cabeza.

Me pellizco el puente de la nariz cuando siento que empieza a formarse un dolor de cabeza. No he dormido mucho desde que llegamos aquí y me está pasando factura ahora.

—Vamos a ir día a día, Pelirroja, ¿vale?

—Vale, Wolf. Día a día —dice ella, mirando a los tres.

Sully exhala y se tamborilea los labios con las yemas de los dedos. —¿Y cómo vamos a encontrar a los cabrones que están detrás de esto?

—Tengo algunas pistas. Y Ro King ya ha empezado a investigar.

—¿Quién es Ro King? —me pregunta Alaina.

La miro, con la mano aún rodeando su muslo. —Un amigo que nos ayudará a descubrir quién te hizo esto.

—¿Cómo? ¿Pensaba que no sabíais quién estaba detrás de esto?
—Su mirada va de un lado a otro, conectando con los tres.

Después de un momento, decido lanzarme de cabeza. —Es un hacker. Todos los King han aceptado ayudarnos y, aparte de nosotros —nos señalo a mis hermanos y a mí—, son los mejores en lo suyo. Y lo que es más importante, confiamos en ellos.

Me escudriña la mirada antes de asentir. —Vale. ¿Qué puedo hacer yo para ayudar?

Oigo el suave bufido de Sully, pero Alaina está demasiado ocupada mirándome para notarlo; menos mal. Parece que él necesitará un empujón mayor. Tendremos que ver cómo va el entrenamiento con Alaina.

—Nada más allá de lo que ya hemos hablado, cielo. —Puntualizo mis palabras apretándole el muslo—. Tenemos trabajo que hacer, hermanos. Contactad también con vuestros enlaces. Tal vez tengamos suerte y alguien se haya ido de la lengua. Hay móviles desechables en la isla de la cocina.

—¡Oh, dios! Tengo que llamar a mis primas.

—Imaginé que querías hacerlo. Hay de sobra en la cocina. Coge uno y llámalas. —Indico con la cabeza hacia la isla de la cocina.

Alaina se inclina y me planta un suave beso en la mejilla. —Gracias.

DIECISÉIS

ALAINA

COJO UN MÓVIL de prepago de la isla y vuelvo a mi habitación. Aunque tenía mi móvil conmigo y probablemente podría haber sacado sus números de ahí, Rush lo ha desactivado para que no se pueda rastrear.

Estoy muy agradecida por haberme aprendido de memoria los números de teléfono de mis dos primas en el instituto. Me tomaban el pelo por ello, ya que todo se guarda en el móvil, eliminando la necesidad de memorizar nada.

Me subo a la cama gigantesca y marco el número de Maddie. Contengo la respiración mientras el tono de llamada me llena los oídos.

—¿Diga?

La suave voz de Maddie me llega al oído y se me corta la respiración. —¿Maddie?

—Hostia puta. ¿Alaina?

Me aclaro la garganta mientras las lágrimas me llenan los ojos inesperadamente. —Soy yo, Maddie.

—¡Oh, Dios mío, Lainey! ¡Mary, es Lainey! ¡Ven aquí! —se le ha olvidado apartar el móvil de la boca antes de llamar a Mary—. Vale, ya estás en altavoz.

—¡Lainey! ¿Dónde estás?

—Hola, Mary —digo con una risa ahogada—. Dios, qué alegría volver a oír vuestras voces.

—¿Qué ha pasado, Lainey? Un tipo con pinta de motero vino a recogernos a O'Malley's. Jack respondió por ellos, dijo que Wolf los enviaba para protegernos. ¿De qué coño necesitamos protección?

Suspiro. Tanto Rush como Wolf me han instruido sobre lo que no puedo o no debo decir —ya sea por mi seguridad o la suya—, pero el peso de lo sucedido se me cala hasta los huesos y, de repente, no deseo nada más que contárselo todo. Han sido mis confidentes —mis pilares— durante más de media vida, y me siento como si les estuviera mintiendo un poco.

Sé que es para mantener a todo el mundo a salvo, y la idea de que una de ellas esté en una cabaña como yo lo estuve es lo único que me impide contárselo todo.

—Es una larga historia, y no creo que pueda contaros la mayor parte. Todavía no. Pero algún día lo haré.

Hay silencio al otro lado, y sé que acabo de dejarlas de piedra.

—Creía que no teníamos secretos, Lainey.

La acusación de Maddie da en el blanco, y me estremezco.

—Lo sé, pero esto es por vuestra protección, y la mía. No soporto la idea de que os hagan daño por mi culpa.

—¿Dónde estás? —pregunta Mary en voz baja.

—Estoy... a salvo. Estoy con Wolf y Rush... y Sully. ¿Dónde estáis vosotras? ¿Estáis bien?

—Vale... vale. Estamos bien. Hemos vuelto a nuestro apartamento de la residencia por ahora, pero tenemos varios guardias de seguridad con nosotras las veinticuatro horas del día —dice Mary.

—Sí. Varios tíos enormes, cachas y buenos nos siguen a todas partes. Si no supiera que están aquí porque te ha pasado algo malo, sería mi fantasía hecha realidad.

Me río a pesar de mis ojos llorosos. Típico de ella, ponerle un toque de humor a una conversación seria. —Ay, Maddie, te he echado de menos.

—Y yo a ti, cariño. —Se queda callada un momento—. Pero en serio, ¿estás bien? ¿Puedes contarnos qué ha pasado?

Suelto el aire con un sonido que es pura descarga de emociones.
—A mí... eh... me secuestraron. Me llevaron del pasillo trasero de O'Malley's.

—Oh, Dios mío, Lainey —dicen ambas a la vez.

—Me encanta cuando hacéis vuestra cosa de gemelas.

—Deja de desviar el tema, tía. Cuéntanos qué pasó; lo que puedas, quiero decir. —La voz de Maddie es severa, pero no cruel.

—Vale. —Tomo aire y me lanzo a la versión resumida de los hechos.

Les hablo del tío con el que me peleé, pero no les digo que lo maté; omito toda la parte de la pistola. Todavía estoy lidiando con los sucesos de los últimos no sé cuántos días, y quiero a mis primas —de verdad—, pero no estoy segura de cómo reaccionarían a ese tipo de noticia.

La verdad es que no me siento la misma persona, y no estoy segura de cómo explicárselo. Estoy segura de que me apoyarían y serían amables. Es que son así. Pero ahora siento que hay un abismo entre nosotras. Es pequeño y poco profundo, pero tiene el potencial de ser tan grande que ni siquiera el puente de amor que nos une podría salvarlo.

Incluso sabiendo eso, no creo que pueda volver a ser quien era. No creo que quiera hacerlo.

—Joder, Lainey. Yo... yo... no sé ni qué decir a eso —dice Maddie con la voz tomada.

—Lo sé. Es mucho que asimilar, yo todavía lo estoy asimilando.
—Asiento aunque no puedan verme.

—¿Estás bien? Quiero decir, ¿físicamente? ¡No puedo creer que te pelearas con un tío! ¡Podrían haberte matado!

—Estoy bien, Mary. Tengo unos cuantos golpes y moratones serios, y sigo sintiendo como si alguien me hubiera dado un hachazo en la cabeza. —Me toco con cuidado la línea del pelo junto a la sien—. Por suerte, todo se curará. Me están cuidando muy bien.

—Mmm, ya me imagino que sí. —Puedo oír la sonrisita de suficiencia en la cara de Maddie solo por su tono—. ¿Y exactamente cómo de bien te están cuidando? ¿O debería preguntar quién?

—Me alegro mucho de hablar con vosotras. —Me río, un sonido suave y lleno de calidez.

—Deja de escaquearte, tía, y desembucha. No creas que hemos olvidado la pequeña bomba que soltaste en tu cumpleaños. Ya sabes, esa de que tu *exnovio* es el hermano de tu novio *actual* y tu posible *hermanastro*.

La voz de Maddie es tan seca que una carcajada me pilló por sorpresa. Típico de Maddie, pasar del secuestro y sacar a relucir el dramita amoroso. Aunque, ¿es un dramita amoroso? Quiero decir, a todos les pareció extrañamente bien todas las muestras de afecto en público.

Me doy unos golpecitos en el labio inferior con la yema del dedo índice. Siento que probablemente hay algo que se me escapa, pero me gusta poder besarlos a todos cuando quiero... Bueno, eso no es del todo cierto. Creo que el beso con Sully fue más bien del tipo «gracias a Dios que no estás muerto». En cualquier caso, no tengo muchas ganas de ponerle etiquetas a nada ahora mismo.

Me aclaro la garganta. —Pues, sobre eso. Los he besado a todos, más o menos. Recientemente. Y, eh, quizás algo más con Rush..., y ya sabíais lo de Wolf.

Siento que se me calienta la cara y contengo la respiración mientras espero sus juicios.

—Joder, tía. —Maddie silba—. Bien por ti. —Se oye un crujido por la línea, y me la imagino acomodándose en el sofá—. Vale, desembucha. ¿Quién besa mejor?

Una sonrisa se dibuja en la comisura de mi boca.

—Sully me besa como si temiera que fuera a desaparecer si se detiene. Me besa como si el destino del mundo dependiera de ese único beso... de todos y cada uno de ellos. Wolf me besa como si intentara consumirme, y está jodidamente *hambriento*. Y Rush..., Rush me besa como si yo fuera la respuesta inesperada a todas sus plegarias.

—Vaya, Lainey, parece que... te gustan.

Es difícil de decir, y probablemente sea mi imaginación o mi inseguridad por estar con tres tíos a la vez, pero juraría que oigo cierto juicio en el tono de Mary.

Me esfuerzo por reprimir la vergüenza que se desliza por mi garganta. No permitiré que me hagan sentir mal, como si mi *lo que sea que es esto* con los tres fuera vergonzoso. Porque no lo es.

—Bueno. —Miro a un lado de la habitación mientras juego con la funda del edredón—. Sí que me gustan, Mary.

—¡Sí, tía! ¡Lo sabía! —Puedo oír la sonrisa en la voz de Maddie.

Mary se aclara la garganta. —Entonces, genial. Es que estoy sorprendida, eso es todo. Quiero decir, recuerdo lo que pasó hace un par de años, cuando Sully te dejó sin más y Maddie y yo tuvimos que secarte las lágrimas. Así que no entiendo muy bien por qué de repente os estáis besando o lo que sea.

La acidez de su voz me pilla por sorpresa. Necesito un segundo para responder. —Es justo, supongo...

—No, no es justo. Mary, ¿qué coño? Si ella quiere cometer un error, nuestro trabajo es secarle las lágrimas. Para eso están las mejores amigas. Y que quede claro, Lainey, no creo que esto sea un error. Solo intento demostrar algo.

Mis cejas se disparan hacia el nacimiento del pelo. Siento que esto ya no va realmente de mí, y me pregunto si está pasando algo más.

—Si tienes algo que decirme, hermana, dilo. —El desdén en la voz de Mary es palpable.

—Sí, vale. Lo diré. Es una absoluta gilipollez que lleves *meses* viéndote a escondidas con un tío y no nos hayas dicho nada a ninguna de las dos. Soy tu *hermana gemela*. Así que o te avergüenzas de ese tío —lo que ya sabes que significa que ni siquiera deberías estar con él— o te avergüenzas de *mí*. ¿Cuál de las dos es?

Silbo por lo bajo. Vale, así que no va realmente de mí. Eso es bueno, supongo. Ojalá hubiera podido hacerles una videollamada. Hay silencio al otro lado durante unos segundos antes de que se oigan crujidos en la línea.

—Adiós, Lainey. Me alegro de que no estés muerta. Disfruta de tus tres novios. —La voz de Mary baja con cada palabra, y la última queda remarcada por el portazo de una puerta.

—¿Se ha... se ha ido sin más?

—Sí —masculla Maddie—. Lleva así los últimos días. No entiendo qué le pasa, pero ¡es como si no fuera la misma persona!

Un enjambre de avispas me revuelve el estómago y me muerdo el labio. Mierda, ¿cómo va a reaccionar entonces a la nueva versión de mí? Ahogo la inquietud. Ya lidiaré con eso la próxima vez que la vea.

—No sé, Maddie. ¿Te ha dicho si estaba saliendo con alguien? Recuerdo que dijiste que no paraba de mandar mensajes mientras estabais en Europa, aunque algunos de esos detalles todavía están algo borrosos.

—Joder, Lainey, ¿de verdad estás bien?

Su preocupación se filtra a través del teléfono y se me clava en el corazón.

—Estoy bien. —Suspiro—. O lo estaré.

—Vale. Pero me llamas si necesitas que vaya a buscarte a donde sea que estés. —Se oye el crujido de un envoltorio, y suena como si acabara de abrir una bolsa de patatas fritas—. Y volviendo a mi querida hermana, no sé. Quiero decir, no me lo dijo directamente, pero lo insinuó, que es su forma de prácticamente gritarlo a los cuatro vientos.

Me río. —Es verdad. Vale, bueno, avísame si consigues su nombre. Haré que Rush lo investigue o lo que sea. Es muy bueno con la tecnología.

—Claro, claro. «Haré que Rush lo investigue» —me imita con un tono de voz exagerado—. «Rush, ¿puedes ayudarme? Haré lo que quieras». —Su voz es aguda y ridícula, y termina con ruiditos de besos.

—Dios mío, eres ridícula —digo entre risas.

—He estado viendo muchas comedias románticas cursis. —Maddie se ríe—. Oh, mierda. Tengo que irme. Llego tarde a comer con un viejo amigo.

—¿Conozco a ese viejo amigo? —pregunto con una ceja arqueada.

—Probablemente. Hace unos años que no lo veo. ¡Te pondré al día la próxima vez que hablemos!

—¡Vale, diviértete y ten cuidado! ¡Llévate a un guardaespaldas!

—Las palabras salen disparadas.

—¡Hecho! ¡Te quiero, tía! Adiósos.

Maddie cuelga antes de que pueda despedirme, pero no me importa. Estoy tan agradecida de haber podido hablar con ella y Mary, aunque Mary se haya comportado de forma un poco extraña.

Espero que Maddie consiga un nombre, porque apuesto a que Rush podría averiguar todo tipo de cosas sobre él. El tío tiene como un millón de ordenadores y cachivaches, de los que solo entiendo una mínima parte.

Pero imagino que Rush es un buen profesor, apuesto a que todos lo son. Y estoy deseando descubrirlo de primera mano.

DIECISIETE

ALAINA

LA LUZ entra a raudales por la ventana y crea zonas de sol en mi dormitorio... Vaya. El pensamiento me detiene en seco.

¿Cuánto tiempo llevamos aquí para que haya empezado a llamar a este dormitorio *mi habitación*? No sé si debería alarmarme por lo rápido que ha sucedido o consolarme por sentirme tan como en casa aquí... al menos, de forma inconsciente.

Sigo sintiendo que piso huevos alrededor de cierto hermano Fitzpatrick. Y uno de estos días, vamos a tener la bronca del siglo. Lo presiento.

Se está formando una borrasca en el interior de esta casa, y con cada día, cada hora que pasamos sin hablarnos, gana velocidad. Antes de que nos demos cuenta, será de categoría cinco, y me temo que ninguno de los dos sobrevivirá.

Y si soy sincera conmigo misma, me muero de ganas de que vuelva a mi vida... de verdad. Lógicamente, sé que no podemos volver a como era hace dos años. Pero la romántica idealista que hay en mí todavía ve al macarra resentido que siempre se ablandaba con ella. Y ella quiere ayudarle desesperadamente.

Pero ya no somos esas personas, y no estamos en la Biblioteca Pública de Nueva York. Estamos en un piso franco en medio de... ni siquiera sé dónde, y hace unos días maté a un tío.

Joder, he *matado* a alguien.

Claro, fue en defensa propia, pero nunca pensé que sería capaz de hacer algo así. Todavía me cuesta asimilar el hecho de no sentirme peor al respecto. Creo que es porque todo se reduce a una pregunta: ¿él o yo? Y en cuestiones de vida o muerte, voy a elegirme a mí antes que al tío cualquiera que me ha estado acosando y, al parecer, planeando nuestra vida juntos. Siempre.

Estiro el brazo y me sorprende que el sitio a mi lado esté vacío. Todavía está ligeramente cálido, así que Wolf no puede llevar mucho tiempo fuera.

Durante los últimos días, hemos tenido una especie de rutina, y ha sido... sinceramente, agradable. Muy agradable. Esta casa hace honor a su nombre, y me siento segura.

Normalmente, uno de los chicos prepara el desayuno; aún no sé de dónde ha salido la compra. No les he visto salir, y nadie ha subido por el camino de tres kilómetros de largo. Wolf me enseña a manejar armas —principalmente una pistola—, pero ayer me hizo ponerme creativa con una situación hipotética en una cocina.

Uno de los primeros días aquí, Rush me explicó algunas cosas en su minicentro de mando. Una de ellas era un sofisticado sistema de seguridad que él mismo había fabricado. En cuanto alguien entra en el camino de acceso, se envía una alerta a todos los dispositivos de seguridad, muy parecidos a los de Summer Knoll. Al parecer, Rush también los hizo. Si alguien se acerca a menos de ochocientos metros de la casa, la alarma resuena por toda la vivienda.

Sully se ofreció a enseñarme defensa personal, pero hasta ahora solo hemos hablado de escenarios hipotéticos. Hoy por fin me va a enseñar algunos movimientos que puedo usar.

Hemos pasado las tardes juntos —los cuatro—, en el salón, jugando a videojuegos, escuchando discos, riendo.

Pero mis noches le pertenecen a Rush. Me ha estado enseñando a moverme por su centro de mando, de una manera muy elemental. Pensaba que se me daba bien la tecnología hasta que vi a Rush en acción. Tiene un don.

Es surrealista y agri dulce. Me siento un poco culpable por lo mucho que estoy disfrutando de estar en esta burbuja solo con ellos

tres. Me está metiendo estas... ideas en la cabeza sobre nosotros cuatro. Juntos. En una relación.

Lo cual es una idea completamente loca, lo sé.

No ha habido demasiadas muestras de afecto explícitas cuando estamos todos juntos, aparte de cogernos de la mano y besos castos en la coronilla. Pero cuando estamos solos, la cosa cambia.

Y una parte de mí fantasea con cómo sería tenerlos a todos... juntos.

Cierro los ojos y deslizo las manos por debajo del edredón y las sábanas. Sigo las curvas y valles naturales de mi cuerpo hasta llegar a los calzoncillos bóxer prestados que he estado usando para dormir.

Me rozo el clítoris a través de la tela mientras imagino cómo sería aquello.

Estamos todos en este dormitorio, pero en lugar de la cama «California king», es una cama de plataforma hecha a medida en la que cabemos cómodamente los cuatro.

Wolf es el más impaciente, así que me coge en brazos, me deja caer sobre la cama, se tumba encima de mí y me besa hasta dejarme sin aliento. Frota su polla contra mi coño y yo gimo en señal de aprobación.

Sully cierra la puerta de una patada y se apoya en ella; todavía se está castigando a sí mismo. Y Rush se recuesta contra el cabecero, contento de esperar hasta poder tenerme para él solo.

Wolf me baja los calzoncillos bóxer prestados, con las yemas de sus dedos callosos clavándose en mi piel. Una vez me los ha quitado, arrastra su nariz desde mi tobillo hasta arriba, dejando pequeños besos por el camino.

Su aliento cálido roza mi coño y...

—Joder, rojita.

La voz de Wolf me sobresalta, y aparto los dedos de mi clítoris con un chillido vergonzoso. Abro los ojos y veo a Wolf de pie a mi lado, con una mirada hambrienta.

—¿Necesitabas algo? —pregunto, y enrosco los dedos en el borde del edredón, pero lo dejo subido hasta la barbilla.

—Sí, nena, necesito algo.

El corazón se me acelera por la intención que esconden sus palabras. La avidez de su mirada reaviva el fuego que se había apagado prematuramente.

Me humedezco los labios y bajo el edredón hasta la cintura. Mi camisa ancha se ha movido mientras dormía y ahora se ha deslizado por un hombro.

—¿Qué necesitas, Wolf?

Sus ojos grises ahumados se oscurecen mientras se lleva una mano a la nuca y agarra el cuello de su camiseta. En un movimiento increíblemente sexi, se quita la camiseta, dejando al descubierto toda esa piel tatuada. Sus músculos se flexionan y siento un calor que se extiende por todo mi cuerpo.

Wolf lanza su camiseta a algún lugar detrás de él, pero se deja puestos los pantalones cortos de deporte. Apoya una rodilla en la cama y se inclina sobre mí. —A ti —dice contra mi boca.

Entonces me besa como si yo fuera el oxígeno que necesita para sobrevivir. Hay algo tan inquietantemente similar a la fantasía que *acabo* de tener con Wolf que me da vueltas la cabeza. Casi espero ver a Rush a mi lado, masturbándose mientras mira, y a Sully sujetando la puerta hasta que termine de castigarse.

Nuestras lenguas luchan por el dominio mientras hundo mis manos en su pelo. Aprovecho mi agarre para atraerlo aún más cerca de mí. Wolf gime en mi boca mientras frota su polla contra mí a través de las mantas. Pero no es suficiente.

Tardo unos preciosos segundos en apartar el resto de las mantas y abrir las piernas. Wolf no pierde el tiempo en acomodarse entre ellas, gimoteando de placer cuando solo dos finas capas de tela nos separan.

Quiero prenderle fuego a las pocas capas de algodón que hay entre nosotros para poder sentirlo contra mí. He fantaseado con este momento más de lo que me gustaría admitir, y prácticamente estoy salivando ante la promesa de placer de sus manos... de su polla.

Mi lujuria se calienta rápidamente hasta que puedo sentirla latir como el corazón. Muevo las caderas hacia arriba, y él gime mi nombre cuando deslizo mi coño caliente a lo largo de su polla cubierta de algodón.

Me pregunto durante medio segundo si he dejado una mancha de humedad en mi ropa interior, o en la suya. Pero entonces Wolf se aparta unos centímetros y sus dedos comienzan su exploración. Y ya no tengo tiempo para pensar en nada.

—Tan suave, rojita —dice Wolf contra mi boca mientras desliza una mano por mis costillas, subiendo mi camiseta prestada en el proceso—. Tan dulce.

Juguetea con mi pezón con el pulgar antes de bajar la boca. Su lengua rodea mi pezón, y cuando utiliza los dientes para tirar suavemente, lo siento directamente en el clítoris.

No he hecho esto muchas veces, pero aunque lo hubiera hecho, no creo que nada se sintiera como esto.

Se me nubla la mente cuando alterna su atención entre mis dos pezones. Sus dedos, su boca... sus *dientes*.

Arqueo la espalda e intento mantenerle la cabeza ahí, pero él tiene otras ideas.

—Me pregunto si eres suave y dulce en todas partes, nena. — Wolf murmura contra mi piel mientras desciende lentamente por mi cuerpo. Me mira por debajo de sus espesas pestañas, y juro que me corro un poco solo con esa mirada.

Su pelo negro, revuelto por mis dedos, le cae sobre la frente y su sonrisa es la cosa más carnal que he visto en mi vida. Envía un disparo de lujuria zumbando por mis venas.

La boca de Wolf deja un rastro de fuego hasta que llega al vértice de mis muslos. Me provoca, rozando sus labios carnosos contra la piel sensible de la cara interna de mis muslos. Desliza los labios justo por encima de mi clítoris y, a través de la tela de mis calzoncillos prestados, succiona. *Fuerte*.

Mis piernas se tensan y mi espalda se arquea cuando la sensación me golpea como un rayo. Me lame el coño a través de la tela, y estoy desesperada por sentirlo en mi piel.

Wolf aparta su cara de mí, y yo gimo mi protesta. No estoy segura de poder formar palabras que no fueran *más y quédate y por favor*.

—Una verdad por una verdad, nena.

La sonrisa de Wolf solo puede describirse como malvada, y arranca un ruido de frustración de mi garganta.

—¿Q-qué?

Con un dedo, aparta los calzoncillos bóxer hacia un lado, lo suficiente para pasar la punta de la lengua justo por el borde de mi coño. Antes de que pueda hacer nada más, se retira y me mira a través de sus pestañas.

—Ah, vale. —Me aclaro la garganta y miro al techo para ordenar mis pensamientos. Todo está revuelto y cubierto por una neblina de lujuria—. Yo, eh... no he hecho esto antes.

Trago saliva mientras siento que mis mejillas se calientan. Mis músculos se contraen al prepararme para el rechazo.

Debería haberlo sabido. Como no responde de inmediato, bajo la mirada hacia él, con los ojos entreabiertos.

Acaricia ligeramente con un dedo el centro de mi sexo. —¿Me estás diciendo que este coño no ha sido comido antes?

Me muerdo el labio y niego con la cabeza una vez.

—Oh, nena —dice Wolf entre risas—. Será un placer y un honor comerme este bonito coño en cada comida.

Sus palabras directas encienden mi excitación, y aprieto los muslos, estrujando sus hombros.

—Ah, a mi chica le gusta cómo suena eso, ¿verdad? —Su sonrisa burlona es obscena y arrogante. Y ahora sé con certeza que he cambiado, porque es todo lo que puedo hacer para no empujar su cara hacia abajo y hacia mí.

—Sí, sí, quiero eso —digo con un asentimiento.

Aparta mis calzoncillos bóxer, exponiendo mi coño a su mirada hambrienta. Puedo sentir su mirada en mí y, en lugar de sentirme cohibida como pensaba, me siento empoderada.

Abro más las piernas, y ese es todo el incentivo que Wolf necesita antes de zambullirse. Me lame, me mordisquea y me succiona hasta que soy un desastre sudoroso y retorcido.

En poco tiempo, mis piernas empiezan a temblar y me hormiguean los dedos. Cierro los ojos, expectante.

—Wolf, yo... yo... —No termino la frase antes de que mi orgasmo me recorra, robándome las palabras y el aliento.

Mi pecho sube y baja, y mi cuerpo suspira mientras relajo lentamente mi agarre mortal sobre la cabeza de Wolf.

Wolf pasa suavemente sus dedos arriba y abajo por mis piernas, murmurando sus alabanzas contra mi piel.

—Dios mío. —Mis palabras terminan en una risa incrédula—. Ha sido increíble. Ven aquí.

Wolf se acerca lo suficiente para que pueda cogerle la cara y llevar sus labios a los míos. Me saboreo en sus labios mientras nuestras lenguas se entrelazan.

Dejo que mis dedos vaguen por su duro pecho, sobre músculos tatuados que juro trazar con mi lengua, y me sumerjo en la cinturilla de sus pantalones cortos.

Él gime, un ruido largo y prolongado cuando envuelvo mis dedos alrededor de su polla.

Lo acaricio, y un pequeño goteo de preocupación atraviesa mi lujurioso aturdimiento postorgásmico. Es grande... muy grande.

¿Cómo coño voy a...?

Pierdo el hilo de mis pensamientos cuando oigo un crujido. Girando la cabeza hacia un lado, rompo el beso y Wolf aprovecha la oportunidad para deslizarse sus labios por mi cuello, pero no es eso lo que me deja sin aliento.

Sully está en la entrada, con la mano en el pomo y la puerta entreabierta.

Sus ojos arden de avidez mientras se deleitan con la escena que tiene ante sí: mis rodillas abiertas, la camiseta por encima de las tetas y la mano en los pantalones cortos de Wolf. La sorpresa me mantiene inmóvil, pero a medida que pasan los segundos, algo más me mantiene en silencio.

Los músculos de Sully se contraen y aprieta la mandíbula. Está librando una guerra contra sí mismo, y no estoy segura de qué bando saldrá victorioso.

Un calor se acumula en la parte baja de mi vientre mientras mi fantasía cobra vida. Decido ser valiente y tentarlo aún más. Saco la mano de sus pantalones cortos, la paso por sus duros músculos y le empujo el hombro. Él se retira a regañadientes.

—Quiero probarte.

Wolf cae de espaldas en la cama con una sonrisa que hace honor a su nombre. —Lo que quieras, rojita.

Le bajo los pantalones cortos, liberando su polla. No me doy más tiempo para intimidarme por su tamaño, y le lamo la punta, rodeando el glande con la lengua.

Lo provoqué, chasqueando la lengua en el punto sensible de debajo hasta que sus gemidos se hicieron más bajos y largos. Lentamente cogí más de él, mirando a Wolf y sosteniendo su mirada.

Lo veo morderse el labio, oigo su respiración entrecortada y siento su cuerpo tensarse: sus señales revelan lo que le gusta. Encuentro un buen ritmo, la combinación de mi boca y mi mano, y empiezo a trabajar a Wolf.

Sus gemidos solo aumentan mi propio deseo, y ahueco las mejillas. Él desliza sus dedos por mi pelo, apoyándolos en la parte de atrás de mi cabeza.

—Me voy a correr, nena —gime.

Chupo aún más fuerte, más profundo, y se me llenan los ojos de lágrimas, pero no me detengo. Mantengo mi mirada en él mientras se deshace. Con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados con fuerza, cada músculo de su cuerpo se detiene y se tensa. Es una de las cosas más hermosas que he visto en mi vida.

Cuando baja del clímax de su orgasmo, se sienta y me levanta con él. Sus labios se encuentran con los míos en un beso intenso que hace que un hormigueo recorra mi columna vertebral.

Paso un brazo alrededor de su cuello y profundizo el beso. Wolf rompe el beso para recorrer mi garganta con sus labios. Giro la cabeza justo a tiempo para ver a Sully estremecerse y retroceder hasta salir de la habitación. Cierra la puerta suavemente, y un segundo después, la golpea con el puño.

—Vamos, princesa. Llegas tarde.

Wolf gime en mi cuello antes de girar la cabeza para gritar: —Vete a la mierda, Sully.

Sully vuelve a golpear la puerta. —No voy a esperar todo el día. Y si no vienes ahora, volveremos a las lecciones meramente instructivas.

Wolf se aparta de mí, salta de la cama y se dirige furioso a la puerta del dormitorio. La abre de golpe y apunta a Sully a la cara. — Deja de joderme el rollo, gilipollas.

Me aseguro de que la camiseta me cubra las tetas, pero por lo demás no me muevo.

Sully levanta una ceja, pero su mirada inocente necesita mejorar. —¿Cómo iba a saber que estabas ahí? Pensé que simplemente me estaba dando plantón.

Wolf baja la mano, echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Es un sonido seco e incrédulo. —Oh, vete a la mierda. No actúes como si no acabaras de quedarte en la puerta viendo a rojita chuparme la polla durante cinco minutos.

Sully se burla. —¿Cinco minutos? Por favor. Fue como un segundo.

—¡Ja! ¡Así que lo admites!

Sully le enseña los dientes a su hermano. —No admito nada. — Me mira por encima del hombro de Wolf—. Tienes dos minutos para llegar al gimnasio, o me largo.

Me muerdo el labio y asiento. Me pregunto cuánto más puedo pinchar y provocar a Sully antes de que finalmente explote.

Solo hay una forma de averiguarlo.

DIECIOCHO

ALAINA

DESPUÉS DE QUE Wolf le cierre la puerta a Sully en la cara, se gira hacia mí con las manos en las caderas, pero yo solo puedo concentrarme en su impresionante polla marcándose contra sus pantalones cortos de gimnasia negros.

Los pantalones cortos de gimnasia negros ocupan un reñido segundo puesto tras los pantalones de chándal grises.

Wolf se pasa las manos por el pelo mientras exhala. —No me puedo creer que sea yo el que diga esto, pero tienes que levantarte y llevar ese culito dulce al gimnasio. Sully es un capullo a veces, y sé que te mueres de ganas de aprender más técnicas de defensa personal.

Me centro en su cara cuando estiro los brazos por encima de la cabeza. Su gruñido de respuesta aviva mi fuego, y no puedo evitar que una pequeña sonrisa burlona asome a la comisura de mi boca.

—Venga, pequeña, no me mires así —dice Wolf mientras se recoloca la polla.

Me doy la vuelta y me incorporo hasta quedar sentada antes de gatear por la cama.

—Maldito gilipollas egoísta de mierda —murmura Wolf en voz baja, pero lo bastante fuerte para que lo oiga. Su voz suena torturada, y sí que me siento un poco mal por dejarlo a medias.

Salgo de la cama y me dirijo al baño. Cuando llego a la puerta, miro por encima del hombro. La mirada de Wolf está pegada a mi culo.

—¿Vienes a buscarme después del entrenamiento?

—Sí. Vendré después del entrenamiento.

Sus palabras suenan como una promesa, y un escalofrío de excitación me recorre la espalda.

ENTRO en el gimnasio del sótano de la casa de seguridad. Es un espacio enorme que ocupa más o menos la mitad de la longitud de la casa. La otra mitad está terminada con varias habitaciones, ninguna de las cuales he visto. Sin embargo, Rush me ha dicho que aquí abajo hay otra sala de armas y algo de almacenamiento.

Espejos de suelo a techo recubren dos de las cuatro paredes una frente a la otra. El suelo es de madera gris clara y las paredes son de un blanco suave, y junto con los techos altos y la iluminación brillante estratégica, no parece para nada un sótano. Parece que acabo de entrar en un gimnasio de lujo a pocas manzanas de mi residencia en la ciudad.

El equipo de gimnasio estándar ocupa un lado del espacio: cinta de correr, elíptica, press de banca y máquina de sentadillas. Un estante de pesas completo está en la esquina más alejada, junto a un par de balones de ejercicio y unos juegos de bandas de resistencia.

La otra mitad de la sala está mayormente vacía, solo con un suelo de espuma negra suave sobre la madera. Ahí es donde encuentro a Sully de pie, con los brazos cruzados y el ceño fruncido dirigido hacia mí. Sigue mis movimientos mientras camino hacia él, sin perder en ningún momento su postura rígida.

Y entonces es como si se me encendiera una bombilla en la cabeza.

—Ah. Ya lo entiendo —murmuro mientras me detengo frente a él.

Él arquea una ceja y el músculo de su mejilla da un tic. —¿El qué, princesa?

—Tu nombre. Es porque siempre estás enfurruñado, ¿verdad? — Pierdo la batalla conmigo misma y la sonrisa pícara que estaba conteniendo se escapa.

Sully descruza los brazos y suelta un bufido. —¿En serio? ¿Por eso crees que me llaman Sully?

—Para mí tiene sentido. No recuerdo que estuvieras tan huraño hace un par de años —digo mientras le doy la espalda. Estoy forzando la situación, lo sé, pero aun así, no puedo parar.

Estoy suplicando una reacción por su parte. Que pierda el control de nuevo.

—¿En serio? ¿Eso es todo? ¿Alguna chorrada sobre mi nombre? ¿No vas a preguntarme qué estaba haciendo esta mañana?

Tuerzo los labios hacia un lado e inclino la cabeza siguiendo mi corazonada. —Sep. Eso es todo.

Me giro para dirigirme a la cinta de correr para calentar los músculos, tal como él ha ordenado los últimos días. Pero hoy, por fin podré *hacer* algo en lugar de limitarme a ver cómo hacen cosas los demás.

Siento como si tuviera un picor persistente justo bajo la piel, y la única vez que se sacia es cuando estoy con uno de ellos o haciendo algo proactivo, como aprender a defenderme.

Sully da dos pasos adelante y alarga la mano para detenerme con una mano en mi hombro. Espero a que hable, todavía mirando hacia adelante, pero puedo ver su reflejo en el espejo frente a mí. Los héroes torturados parecen menos atribulados de lo que parece mi exnovio ahora mismo.

Casi siento lástima por él... casi. Quizá si entendiera por qué está luchando tanto contra esto, contra mí, sería más fácil. Pero hasta que no esté listo para contarme qué pasó realmente aquella noche hace dos años cuando me dejó de repente, no estoy muy segura de cómo ayudarlo.

Tal vez no debería presionar tanto. Tal vez estoy siendo codiciosa... joder, *definitivamente* estoy siendo codiciosa.

Wolf y Rush son tan increíblemente atractivos y amables y maravillosos y me cuidan y...

—Sully es el diminutivo de O'Sullivan. —Cuando me quedo mirándolo a través del espejo con expresión inexpresiva, suspira—. Como en James Edmond O'Sullivan Fitzpatrick.

Siento que frunzo el ceño mientras intento encajar todos los pequeños fragmentos de información que conozco.

—Cormac me adoptó cuando era un bebé.

—Así que realmente os criasteis como hermanos —reflexiono mientras me doy la vuelta para mirarlo—. ¿Dónde están tus padres?

—Muertos o desaparecidos, no me importa en absoluto de ninguna de las dos formas. —Sully se encoge de hombros, pero no me lo trago. Nadie queda tan impasible tras perder a sus padres, ya sea por elección o por las circunstancias.

—Sé lo que estás pensando, y te equivocas. Cormac es mi padre; siempre lo ha sido.

Levanto las manos. —No estaba pensando eso. —Hago una pausa y miro alrededor antes de preguntar—: Pero me preguntaba por qué no te cambió el apellido cuando eras un bebé. Ya sabes, ¿por qué no quitó el O'Sullivan?

Sully se encoge de hombros. —No sé, se lo pregunté una vez. Dijo que el nombre de un hombre tiene poder, y que le corresponde a Dios quitar ese poder, no a él.

Me muerdo el labio mientras lo miro. Contemplo qué preguntar a continuación. Él está de un humor sorprendentemente generoso, y quiero aprovecharlo.

—Sobre aquella noche, hace dos años...

Sully se da la vuelta, interrumpiendo mi hilo de pensamiento. Se aleja de mí y me trago todo lo que quería decir. Por ahora.

—Empecemos con el agarre de muñeca. ¿Crees que puedes con eso, princesa? Voy a poner algo de música mientras te pones en posición. —El escarnio gotea de sus palabras, apagando los primeros inicios de deseo que surgieron cuando me dijo que *me pusiera en posición*.

No sé qué me pasa, pero siento que desde que llegamos aquí, he desbloqueado una parte de mí que nunca antes había visto... no del

todo.

Si pienso en hace un par de años, en aquel verano que compartí con Sully, puede que encuentre algunos paralelismos, pero no suelo tener por costumbre recorrer ese camino de recuerdos. El resultado final sigue siendo doloroso de recordar. Tuve unos cuantos días oscuros después... y sinceramente pensé que nunca volvería a verlo.

Pero el destino tiene una forma curiosa de funcionar, ¿verdad?

Me ha dado la oportunidad de explorarme... a mí misma. Quién soy cuando me despojas de todos mis galardones y logros. Quién soy cuando dejo de permitir que las relaciones pasadas me tengan como rehén.

Y quién soy cuando me doy permiso para explorar mi corazón... y mi libido.

Observo a Sully mientras trastea con el equipo de música en la esquina de la sala. No me había fijado en los altavoces hasta ahora, ya que están integrados casi a la perfección en las paredes y el techo. «Hateful» de The Clash llena el gimnasio, y arquea una ceja.

Vale, así que quiere jugar sucio. Bueno, por suerte para él, me encanta sacarlo de sus casillas.

Sully vuelve y se para frente a mí. —¿Lista?

—Lista.

Sully me agarra lentamente la muñeca, dándome tiempo de sobra para colocar mi mano libre sobre la suya. Giro mi brazo —el que él está sujetando— hacia arriba y hacia afuera para agarrar su muñeca. Su brazo queda ahora retorcido por detrás de él, y el ángulo es deliberadamente incómodo. Todo lo que tengo que hacer es aplicar un poco de presión, y él se dobla hacia el suelo.

Lo suelto y doy unos saltitos, con el corazón acelerado y mi sonrisa ensanchándose. —¡Sí! Lo he hecho.

Sully se levanta del suelo y se gira hacia mí. —Bien. Otra vez. Esta vez un poco más rápido.

Mi sonrisa flaquea ante su falta de elogios, pero no le doy importancia. Empieza con el mismo movimiento, agarrándome la muñeca, pero esta vez es más rápido y da un paso invadiendo mi espacio.

Completo los mismos movimientos y lo obligo a ir al suelo de nuevo. Repetimos este movimiento docenas de veces hasta que puedo hacerlo sin pensar conscientemente.

—Bien. Pasemos al siguiente.

Mis respiraciones son rápidas por el esfuerzo y, para ser sincera, por la proximidad. Nunca he hecho algo así antes, así que no puedo decir con seguridad si tendría la misma reacción con cualquier otra persona que me enseñara esto. Pero mi instinto me dice que no sería así. Es todo por Sully.

Hay algo eléctrico en el aire y, con cada roce de nuestros cuerpos, chisporrotea un poco más. El ambiente está cargado de tensión y la anticipación crece en mi interior.

Sully se coloca detrás de mí y rodea mi cuello con sus brazos como si fuera a estrangularme. En un solo movimiento, le agarro las muñecas y tiro, me agacho en una sentadilla y giro la cara hacia un lado. Esta siguiente parte es más difícil y no soy tan rápida. Inclino mi cuerpo hacia él y doy un paso por detrás de él, de modo que su pierna queda ahora entre mi rodilla y mi codo, doblada en lo que debería ser una posición incómodamente baja. Agachándome aún más para mantener mi peso bajo y mi centro de equilibrio estable, le agarro por detrás de las rodillas y tiro hacia arriba. Pierde el equilibrio e inmediatamente me suelta el cuello al caer sobre las colchonetas.

—Bien. Más rápido. Este es importante, Lainey.

El uso de mi apodo en sus labios es suficiente para que me detenga. Solo me ha llamado así unas pocas veces, siempre cuando estábamos teniendo un momento serio.

Ese pequeño desliz suyo riega la semilla de esperanza que crece lentamente.

No respondo mientras él se coloca en posición y repetimos los movimientos. No aprendo este tan rápido como el anterior, pero voy mejorando.

Después de una docena de intentos más, pasamos a otro movimiento. Dedicamos casi el mismo tiempo a tres movimientos más antes de llegar al último.

He estado temiendo este movimiento más que ningún otro, y no por razones obvias. Hace una semana estaba en esta exacta situación: inmovilizada por un hombre mucho más grande y fuerte que yo. Doy gracias al universo cada día por haber sobrevivido relativamente ilesa, y ni siquiera he empezado a procesarlo todo todavía, pero sé que si hubiera conocido estos movimientos, puede que para empezar nunca hubiera acabado en aquella cabaña. Al menos, podría haber sido capaz de detener al demonio de ojos rojos en la parte de atrás del O'Malley's el tiempo suficiente para correr y pedir ayuda.

No, temo este movimiento porque coloca a Sully entre mis muslos. Y estoy bastante segura de que mi cuerpo no ha recibido el aviso de que esto es un entrenamiento serio.

Respiro hondo e intento centrarme, pero noto que el calor me tiñe el cuello y las mejillas.

—¿Qué pasa? —pregunta Sully justo delante de mí.

—¿Mm? No pasa nada.

—¿Por qué estás tan sofocada?

—Hace... calor aquí. Tengo calor —digo mientras agito la mano para señalar el espacio. Juraría que puedo ver feromonas chispeando por todo su cuerpo.

Me recoloco el tirante de mi camiseta de tirantes para ganar algo de tiempo y calmarme. Es una de los Ramones, blanca y negra y con espalda de nadador, y es casi perfecta. La he combinado con unos pantalones cortos deportivos negros. Tiro del dobladillo y pregunto —: Llevo tiempo queriendo preguntártelo: ¿esto es cosa tuya?

Un ligero rubor tiñe sus mejillas. —No puedes llevar nuestras camisetas y calzoncillos para siempre. —Se encoge de hombros—. Solo son unas cuantas camisetas y mierdas de esas.

Una calidez burbujea en mi pecho al imaginar a Sully eligiendo ropa para mí.

—Vale, bueno, vamos a ponernos en posición —dice mientras se arrodilla en el suelo.

—Vale, Sully. —Mi voz es baja mientras me tumbo de espaldas con las rodillas dobladas.

Sully se sube encima de mí, entre mis piernas, e imita que va a estrangularme. Su cara está lo suficientemente cerca como para que pueda ver el tic de su mandíbula y cómo aprieta los labios.

—Repasa estos movimientos despacio, ¿vale? Son más complicados que los anteriores.

Asiento y, cuando él se inclina hacia delante para ejercer un poco de presión, rodeo su cintura con mis piernas y entrelazo los tobillos. Su miembro roza contra mí y se me corta la respiración.

La sensación de su erección contra mí desata un enjambre de mariposas en mi vientre. Parpadeo varias veces para volver a concentrarme.

—¿Estás bien, Lainey? —La preocupación en su voz hace que se me encoja el corazón.

—Estoy bien. —Mi voz suena mucho más entrecortada de lo que me gustaría, pero la sensación de él frotando su miembro contra mí me cortocircuita el cerebro. Con esfuerzo, me concentro en mi siguiente movimiento.

Subo los brazos cruzados y le agarro los codos, creando casi una barra con mis antebrazos. Luego empujo hacia abajo contra mi pecho con todas mis fuerzas. Sully murmura sus elogios desde más cerca que antes, pero no me permito distraerme con el tono bajo de su voz ni con la forma en que encaja tan perfectamente entre mis piernas.

En un movimiento fluido, inclino las caderas y subo las piernas hasta sus hombros, alineándonos durante un solo instante antes de aplicar presión con las piernas. Sully casi se desploma encima de mí e inmediatamente lo suelto.

—Buen trabajo. Otra vez. Un poco más rápido esta vez —dice mientras se impulsa desde el suelo, con sus bíceps tensándose a ambos lados de mi cabeza.

Repetimos el movimiento tres veces más antes de que cometa un error. Se me resbala el agarre en su codo y la sujeción se rompe. Las manos de Sully siguen ligeramente alrededor de mi cuello mientras presiona hacia delante, como haría cualquier atacante real. Sus labios están a centímetros de los míos y su cuerpo presiona el mío contra la colchoneta bajo nosotros.

Y por un solo instante, me quedo helada. Luego me recuerdo que debo ser valiente.

No hago los movimientos de contraataque que me ha enseñado; no, hago algo mucho más efectivo.

Arqueo la espalda, inclino la cabeza hacia arriba y sello mis labios con los suyos. Recibo como recompensa por mi valentía un gemido bajo y largo mientras él separa los labios y desliza su lengua contra la mía.

Sabe a menta dulce y me besa como si pudiera cambiar el destino del mundo. Retira las manos de mi cuello y me agarra las muñecas, colocándolas sobre la colchoneta junto a mi cabeza.

Invade cada uno de mis sentidos y es embriagador. Si estar con Sully me deja mareada y sin aliento, viviré encantada en ese estado de éxtasis.

Empieza un frotamiento lento, y la forma en que su miembro roza mi clítoris hace que mis dedos de los pies se curven dentro de las zapatillas. Suelto un gemido entrecortado mientras él profundiza el beso, tragándose mi placer.

La cabeza me da vueltas y flexiono los dedos, desesperada por aferrarme a algo, a lo que sea, mientras él me arrastra más hacia mi orgasmo. Es como si me leyera la mente, porque al instante siguiente, desliza su mano en la mía y entrelaza nuestros dedos.

Continúa su ritmo lento y tortuoso mientras balancea y gira las caderas, con su miembro presionando y arremolinándose contra mi clítoris con un ritmo de lo más delicioso.

Le aprieto los dedos cuando el orgasmo me asalta de improvviso, apoderándose momentáneamente de mis sentidos. Abro la boca mientras un gemido silencioso se escapa y Sully traslada sus labios a mi cuello.

Estoy flotando en algún lugar por encima de las nubes, donde todo es suave y de ensueño, cuando Sully se separa de mí y se sienta sobre sus talones. Abro los ojos para ver cómo se pasa el dorso de la mano por la boca. Siento que se me frunce el ceño ante la expresión de desprecio pintada en su hermoso rostro.

Mi sonrisa de ensueño desaparece de mi cara. —¿Qué pasa?

Sully se burla. —Lo que sea, Alaina. ¿Ya estás contenta?

Me apresuro a incorporarme y retrocedo arrastrándome, poniendo un par de pies de distancia entre nosotros.

—¿De qué estás hablando? —pregunto mientras me recojo el pelo y me aseguro de que mi camiseta esté en su sitio.

—Has conseguido lo que querías, ¿no? —Me lanza una mirada de desprecio y miro detrás de mí para asegurarme de que no haya nadie más en la habitación.

—N-no entiendo.

Se mofa. —Venga ya, princesita. Ni siquiera tú eres tan despistada. Llevas semanas —años— queriendo montarte en mi polla. Así que ahora que has probado un poquito, ya puedes dejarme en paz de una puta vez, ¿no?

Para mi horror absoluto, se me llenan los ojos de lágrimas de rabia e indignación. —¿*Queriendo montarme en tu polla?* ¡¿Estás loco de remate?! ¡Y yo no... no he *probado un poquito* de nada!

Él se levanta y se arregla la ropa, riéndose de mí. Es ese sonido terrible y cruel que envuelve mi corazón con alambre de espino. Pensaba que estábamos progresando, pero ahora, ahora no sé qué demonios hacer.

—Ah, has dicho *puto*. ¿Te lías con mis hermanos unas cuantas semanas y de repente ya eres una chica dura? Por favor. Deja de fingir, *princesa*. ¿Y te has corrido o no te has corrido con mi polla hace un momento? —Levanta una estúpida y perfecta ceja, y siento que me sube la tensión.

Me levanto para enfrentarme a él cara a cara, con la ira recorriéndome la espalda y cerrando mis puños. —¿Sabes qué? Que te jodan, Sully. Yo no he ido buscando nada.

—Nah. Paso.

—No era una oferta, capullo. —Estoy echando chispas, me tiemblan las manos y el impulso de hacerle entrar en razón a golpes me martillea en las sienes. Giro sobre mis talones mientras «There's No 'I' In Team» de Taking Back Sunday suena por los altavoces, burlándose de mí.

Llego a la puerta cuando la claridad me golpea como un rayo. Miro por encima del hombro a mi exnovio. Su mirada azul brillante está clavada en mí y cada uno de sus músculos está tenso.

—Ambos sabemos que yo no he empezado nada ahí. —Señalo con la cabeza hacia la colchoneta—. Y cuando dejes de ser un cobarde, ya sabes dónde encontrarme.

Salgo del gimnasio antes de que pueda responder, aunque no creo que lo hiciera.

DIECINUEVE

ALAINA

DOS DÍAS DESPUÉS, bajo por el pasillo a media tarde con dos vasos de té helado hacia el despacho de Rush. Después de aquella mañana en el gimnasio, no volví a ver a Sully en todo el día. A la mañana siguiente, me aseguré de presentarme temprano en el gimnasio, dispuesta a zanjar el asunto; quizá incluso a hablar de lo que pasó hace un par de años. Pero él actuó como si nada fuera mal.

Como si no acabara de hacerme correrme solo por frotar su polla contra mí.

Volvió a su enfoque de «no tocar» al enseñarme defensa personal, pero ahora es incluso peor. Solo me habla cuando es absolutamente necesario y, por lo demás, me ignora. No me resulta tan fácil aprender los movimientos, pero voy a pedirles a Wolf o a Rush que bajen mañana para poder practicar con ellos.

Dudo seriamente que alguno de los dos —especialmente Wolf— se oponga a que les ponga las manos encima durante un par de horas. De hecho, puedo imaginarme que la cosa termine con nosotros enredados y besándonos.

Se lo pediré a ambos en la cena de esta noche y que decidan entre ellos. O quizá bajen los dos y pueda revivir otra de mis fantasías.

No estoy segura de si es por la experiencia cercana a la muerte o por algo que habría pasado de todos modos, pero estar rodeada de ellos sin parar durante la última semana ha hecho que mi imaginación vuele libre.

Me quedo en el umbral y me tomo un momento para observar a Rush en su salsa. Como cada vez que entro aquí, la televisión frente al sofá está encendida, con algún canal de noticias nacionales de fondo con el volumen bajo.

Está en su escritorio, vestido con una camiseta negra y pantalones cortos de gimnasia también negros. Todos sus monitores están encendidos, mostrando varias pantallas, la mayoría de las cuales sigo sin entender.

Apoyo el hombro contra el marco de la puerta y observo cómo se flexionan sus músculos mientras escribe y dos pantallas cambian a las imágenes de las cámaras de seguridad de la casa.

—¿Vas a quedarte ahí todo el día? —pregunta, y noto la sonrisa socarrona en su voz.

Me separo de la puerta y camino hacia su escritorio, colocando un vaso empañado por el frío frente a su cara. Sin darse la vuelta, rodea el vaso con los dedos, rozando los míos.

—¿Qué es esto?

Me encojo de hombros, aunque todavía no me está mirando. —Quería verte, pero no quiero interrumpir.

—Nunca interrumpes, pajarillo. —Pulsa unas cuantas teclas en su teclado y se gira, quitándome el vaso. Choca suavemente su vaso con el mío. —¿Y a qué debo el placer?

Me encojo de hombros y miro hacia un lado, intentando encontrar valor por lo visto.

—Es solo que... tengo curiosidad.

—¿Sobre qué?

—Sobre ti, principalmente. —Vacilo y me muerdo el labio. —Wolf ya me ha contado mucho, y Sully y yo... tenemos un pasado. Y quiero saber más sobre ti.

Rush me sostiene la mirada mientras inclina la cabeza y repite mis palabras. —Quieres saber más sobre mí.

—¿Sí? —Levanto un hombro cuando mi afirmación me suena más a pregunta. —¿No crees que deberíamos? Quiero decir, ni siquiera sé cuál es tu color favorito. O tu grupo. O tu tipo de comida. O tu serie de televisión.

—Negro. Demasiados. Italiana. *The Walking Dead*.

Responde tan rápido que tardo un momento en recordar lo que le he preguntado.

—Espera. ¿*The Walking Dead* es tu serie favorita? Esperaba algo menos... de zombis. —Arrugo la nariz mientras añado esta pieza al rompecabezas que es Rush en mi mente.

—Ahora mismo lo es. —Rush asiente y recorre con la punta del dedo el borde superior del vaso. —Me gusta la idea de estar preparado si nuestro mundo llegara a degenerar en algo parecido.

Siento que las cejas se me suben hasta el nacimiento del pelo y doy un paso hacia él. —Eso tiene cierto sentido. Pero no crees de verdad que eso pudiera pasarnos, ¿verdad? Quiero decir, en los tiempos que corren.

Incluso con él sentado en una silla de oficina, solo soy apenas una cabeza más alta que él, y yo sigo de pie.

Me mira desde debajo de esas pestañas color azabache, y decido que debe ser algo genético, porque los tres chicos tienen las pestañas más oscuras y largas que he visto nunca. Aunque Sully no es técnicamente pariente de sangre, así que quizá simplemente tienen suerte. Conozco a un montón de chicas en mi antiguo colegio que pagarían un dineral por unas postizas así de bonitas. El pensamiento me hace sonreír.

—Creo que, teóricamente, nuestro mundo tal como lo conocemos podría colapsar. Ya sea por un ataque dirigido o por algo más.

—¿Algo más? —Mi interés se despierta. Me encantan los buenos debates teóricos sobre el fin del mundo.

—Claro. Quizá pase algo como en esas películas de terror: la rabia resurge y convierte a todo el mundo en zombis. O quizá sea un ataque tecnológico.

—¡Ah! ¡Como una liquidación total de *La jungla de cristal*! —exclamo.

Se ríe entre dientes mientras toma otro sorbo. —¿Cuánto ron le has echado a este té helado, pajarillo?

Levanto un hombro en un intento poco entusiasta de indiferencia. —Un chorrito... más o menos.

Toda la cara de Rush se ilumina cuando se ríe. Sus ojos relucen de verdad mientras la sonrisa se extiende por su rostro. Ni siquiera me importa si es a mi costa; lo haría todo de nuevo y más solo por verle reír así.

—Oh —susurro.

Su risa se apaga, pero su sonrisa permanece. Me contempla con una ceja levantada y sé perfectamente, sin que diga una palabra, que quiere que dé más detalles.

No sé cuándo ha pasado, pero de algún modo he aprendido a interpretar algunas de sus señales. El pensamiento es suficiente para enviar una descarga de placer por mis venas.

—Nunca te había visto reír así. Es... agradable. Muy agradable.

—Mmm-jam.

Le miro un momento más, dejando que me atrapen sus ojos grises. Se ven claros hoy, como el cielo en invierno.

—Entonces, ¿es como en *La jungla de cristal*? Pensaba que todo eso era ficción —le pregunto antes de dar un sorbo a mi propio té helado con ron.

—Sí y no. Teóricamente, un ciberataque en tres fases podría ocurrir en la infraestructura informática de cualquier país.

—Transportes, finanzas y sistemas públicos, ¿verdad?

Su sonrisa se ensancha. —¿Eres fan de *La jungla de cristal*, ¿eh?

Mi sonrisa imita la suya mientras cierro los dedos alrededor del vaso, frotando la condensación con el pulgar. —Me gustan las películas de acción. Y tenía curiosidad por la logística de una liquidación total, ya que vivo en Nueva York.

—Qué interesante —murmura. —Y sí, la banca y la bolsa, los semáforos y los aeropuertos, la electricidad, el gas y las telecomunicaciones se verían afectados. Pero la probabilidad de que ocurra aquí —con éxito— es escasa.

—¿Por qué? —pregunto mientras tomo otro sorbo. La suavidad del ron y el toque frutal del té helado negro combinan muy bien, por

suerte. Era todo lo que había podido encontrar en la despensa de arriba, así que era mi única opción.

—Bueno, la película acertó en una cosa. Necesitarías un equipo no solo para crear los sistemas comprometidos, sino que luego necesitarías otro equipo para implementarlo en momentos muy concretos. Y quizá la razón más probable: todos tendrían que guardar el secreto. Y hay gente que no puede guardar un secreto ni para salvar su vida. Así que no lo hacen. —Hace una pausa y me mira directamente, con el rostro cuidadosamente neutral. —¿Sabes guardar un secreto, pajarillo?

Hay algo en la forma en que hace la pregunta que se siente cargado de intención. Como si quizá hubiera otro significado detrás de su pregunta aparentemente inocente.

Me sorprendo asintiendo antes incluso de haberlo pensado conscientemente.

La mirada de Rush me recorre entera, y se siente como una caricia física. La tensión chisporrotea en el aire entre nosotros y me inclino hacia él.

—Sé que sabes. Ven aquí. —Inclina la cabeza hacia un lado. —Quiero enseñarte algo.

Cruzo la habitación en unos pocos pasos, bebiendo los últimos restos de té helado de mi vaso. El ron me calienta las venas, dándome el valor justo para sentarme en su regazo.

—Buena chica —murmura en mi oído mientras gira la silla para que quedemos frente a la hilera de monitores.

—¿Recuerdas lo que te dije sobre las cámaras de seguridad de por aquí?

—Sí. Cómo acceder a ellas y cómo cambiar los ángulos.

Me aparta el pelo hacia un lado y su aliento cálido acaricia la piel sensible detrás de mi oreja.

—Manos en el escritorio, ojos en las pantallas. Enséñame.

Trago saliva y miro los monitores en blanco. Todo lo que he sabido en mi vida sale volando de mi cerebro mientras la sensación de él deja una huella imborrable.

Tecleo un par de cosas y navego por el ordenador con más facilidad que el primer día, pero me queda un largo camino por

recorrer para llegar a ser tan buena como Rush.

Las señales de las cámaras de seguridad aparecen en los cuatro monitores, cada uno dividido en cuatro pantallas. Dieciséis cámaras situadas alrededor de la propiedad no es algo tan descabellado como pensé en un principio.

El refugio está en una gran parcela de tierra en medio del bosque, en algún lugar. Todavía no sé realmente dónde estamos, y no lo he preguntado. Confío en que ellos me mantendrán a salvo.

—¿Qué ves? —Las yemas de los dedos de Rush avanzan a pequeños pasos por la parte exterior de mis muslos, y se me corta la respiración.

—¿Q-qué estás haciendo?

—Shh. Céntrate. Dime qué ves. —Su aliento agita el pelo de la nuca y un escalofrío me recorre la espalda.

Me humedezco los labios y le presto atención a las cuatro pantallas. Dos de las cuatro muestran solo el exterior, así que empiezo por ahí.

—Ocho cámaras enfocan posibles puntos de entrada, la garita y la parte trasera de la propiedad. —Me quedo mirando las pantallas un segundo más, buscando movimiento, antes de teclear un comando que muestra el historial de movimiento. Ningún movimiento detectado en las últimas diez horas.

Vuelvo a la retransmisión en directo y la observo un par de minutos más, intentando ignorar la forma en que sus dedos se arrastran por mi piel. Mi atención se desplaza hacia él y, como el hombre intuitivo que he llegado a descubrir que es, lo nota.

Así que deja de tocarme porque, como también he llegado a darme cuenta, puede ser un cabrón muy cabezota.

—Las pantallas, pajarita. Dime qué ves.

Suspiro, soltando frustración y deseo a partes iguales, y vuelvo a fijarme en la retransmisión del patio trasero.

—Vale. Ahí —señalo la pantalla—, esas hojas no se mueven en un patrón en bucle.

—¿Y qué significa eso? —Desliza los labios por mi cuello, deteniéndose en la curva del hombro.

El aire se me traba en los pulmones.

—Eh, significa que no nos han comprometido.

—Eso es.

Bajo la mirada y veo sus manos tatuadas extendidas sobre la parte superior de mis muslos. Una pizca de lujuria empieza a arremolinarse lentamente en la parte baja de mi vientre.

Rush desliza esos dedos cálidos y tatuados arriba y abajo por la parte superior de mis muslos, subiendo mi falda rosa fosforito un poco más con cada pasada. Sus movimientos son ligeros, lentos, deliberados.

—Ahora haz lo mismo con las otras.

Le echo la culpa a las hormonas que se me salen por los poros por la imagen sucia que me estalla en el cerebro: yo *follándome* a Wolf. Y a Sully. Y a Rush.

Antes de dejarme arrastrar demasiado y, con un esfuerzo hercúleo, vuelvo a centrarme en el resto de las cámaras de seguridad. No hay cámaras en los dormitorios propiamente dichos, pero cubren prácticamente todo lo demás.

—Wolf está en el salón jugando a videojuegos.

Se pone tan expresivo cuando juega que, por cómo está levantando los brazos y gesticulando como un loco, diría que va perdiendo al juego que tenga entre manos.

Ese pensamiento hace que se me levante una comisura de la boca. Le viene bien que lo bajen de la nube de vez en cuando. Un intento de mantenerlo humilde, por lo menos.

Rush juguetea con el dobladillo de mi falda; sus dedos se deslizan por mi piel de la forma más deliciosa y mis músculos se tensan en anticipación.

Esta es rosa fosforito, corta y con vuelo. La encontré ayer en mi cajonera junto con un puñado de ropa nueva. La he combinado con una camiseta blanca desgastada, caída de un hombro.

—¿Y Sully?

Arqueo la espalda al sentir la boca de Rush en mi cuello, pegando el culo a su regazo. Su gruñido en respuesta es bajo y prolongado, y me vibra contra la espalda.

Revoloteo la mirada por las pantallas hasta que encuentro a mi rey oscuro desaparecido. Tecleo los comandos para agrandar una

pantalla y luego se me para la respiración mientras el corazón me late al doble de velocidad.

—¿Sabías que estas cámaras tienen sonido?

Niego con la cabeza, hipnotizada por la imagen de mi exnovio convertido en *algo* en el gimnasio.

Rush quita las manos de mis muslos para teclear algo en el teclado. Estoy segura de que debería estar prestando atención, pero no consigo apartar la vista de Sully.

Solo lleva un pantalón corto de deporte, sentado en la máquina de press de banca. Devoro con la mirada toda esa piel tatuada al descubierto, y todos esos malditos músculos. No sé si llegaré a acostumbrarme alguna vez a poder mirar *y tocar* libremente a cualquiera de estos hombres.

Mi mirada recorre su cuerpo, incapaz de centrarse en nada concreto. Hasta que entra el sonido, y entonces ya no puedo apartar los ojos de una parte muy específica de su cuerpo.

Un gemido grave llega a través de los altavoces mientras Sully desliza la mano por su estómago y se la mete dentro del pantalón corto.

Me había olvidado de Rush detrás de mí, tan absorta en el espectáculo que Sully está dando sin darse cuenta, que doy un respingo cuando vuelve a posar las palmas sobre mis muslos.

El aire me sale en un bufido cuando arrastra las manos por la parte interior de mis muslos.

—¿Deberíamos... eh... deberíamos estar mirándolo así?

Sus dedos siguen el borde de mi tanga, jugueteando con la piel sensible de allí.

—Hace esto todos los días después de tus sesiones de entrenamiento con él. Se castiga de más de una manera. Pero sabe que estás aquí dentro. —Desliza los dedos sobre el triángulo de tela que separa nuestra piel—. Conmigo. —Aprieta mi clítoris—. Trabajando hoy en seguridad. —Empieza a dibujar círculos lentos y tortuosos sobre mi clítoris, y maldigo el algodón que hay entre nosotros.

Estoy desesperada por sentir su piel. Me humedezco los labios y echo la cabeza hacia atrás, sin perder a Sully de mi campo de visión.

—Entonces, ¿sabía que íbamos a estar mirándole?

—Sí, lo sabía. —Rush aparta mi tanga a un lado y dibuja suaves espirales con el dedo sobre mi clítoris. Un gemido se me escapa de los labios antes siquiera de que me dé cuenta.

La cabeza de Sully se gira bruscamente hacia la cámara, y me quedo helada, sobresaltada porque nos esté mirando directamente.

—¿No te había comentado que este sistema puede conectarse a los altavoces de varias habitaciones? —murmura Rush contra mi piel, sin despegar los labios de mi cuello.

—No —resoplo—. No, no lo habías hecho.

El deseo se me dispara con la idea de que Sully me escuche correrse por culpa de los dedos de Rush mientras lo ve.

El brazo de Sully se flexiona con cada embestida, y mi mirada se queda pegada a la verga que tiene en la mano. No la veo con el nivel de detalle que me gustaría, pero tiro de imaginación para rellenar lo que no alcanzo a ver.

Rush me separa más las piernas, empujando mi culo contra su polla. Mi tanga se estira para dejar sitio a su mano, pero, por lo visto, no es suficiente, porque lo siguiente que oigo es el desgarrar de la tela. Y luego el aire frío acaricia mi coño al descubierto.

—¿Has oído eso, Sully? Acabo de arrancarle el tanga del cuerpo —se burla Rush. Pasa un dedo alrededor de mi clítoris antes de hundirlo en mi interior y luego vuelve a subirlo para torturarme. Una y otra y otra vez.

—Hijo de puta —escupe Sully, pero no suena precisamente destrozado. De hecho, diría que suena excitado sabiendo que Rush y yo estamos aquí haciendo cosas que él solo puede oír.

Echo la cabeza hacia atrás y la apoyo en los hombros de Rush, sin apartar nunca la vista de la pantalla en la que Sully se pajea con movimientos rápidos y furiosos.

Rush mete un dedo, luego dos en mi coño, sincronizando el ritmo con las embestidas de Sully.

Y yo estoy jadeando como una perra.

La otra mano de Rush sube para rodearme la garganta, suave pero firme. Arranco la mirada de Sully para mirar nuestro reflejo en la pantalla negra y apagada que tenemos delante. La imagen de los

dedos tatuados de Rush rodeando mi cuello, la cabeza echada hacia atrás de puro placer, basta para lanzarme en picado hacia un orgasmo.

—Rush, yo... —Gimo, cortándome cuando el placer se dispara.

—Eso es, cariño. Dámelo. —Me inclina la cabeza hacia atrás con su agarre en mi cuello, y miro por encima de la nariz a Sully, que trabaja su polla cada vez más rápido, gruñendo y gimiendo de placer.

Rush mantiene dos dedos dentro de mi coño y presiona la palma de la mano contra mi clítoris, y veo estrellas.

Todo se contrae, y lucho por mantener los ojos abiertos, desesperada por ver a Sully cuando se corra, pero Rush es implacable en su búsqueda de mi orgasmo.

Me rindo a las exigencias de mi cuerpo y cierro los ojos, dejando escapar un gemido lo bastante alto como para oírse en todas las habitaciones de la casa.

Al cabo de unos momentos, abro los ojos a tiempo de ver a Sully acariciarse la polla con pereza, los ojos clavados en mí y una sonrisilla en su jodidamente guapo rostro.

—¿Estás bien, pajarita?

Asiento, demasiado agotada como para usar palabras.

Rush se inclina hacia delante, coge una servilleta del escritorio y dice—: Nos vemos en la cena, tío. —Apaga la cámara de seguridad y se recuesta en la silla—. Vale, cariño, deslízate un poco hacia delante. Tengo que hacer algo de limpieza.

Tengo los músculos como si fueran gelatina, pero hago lo que me pide y me levanto de su regazo, dándome la vuelta para apoyar el culo en el escritorio y poder mirarlo de frente. ¿Limpieza?

—Ajá. No me había pasado nunca, pero has conseguido que me corra en los pantalones como un chaval que ve su primer par de tetas. —Me guiña un ojo—. Será nuestro pequeño secreto, ¿eh?

Algo cálido se despliega en mi interior, y no me refiero a otro orgasmo, aunque eso también estaría bien.

—Me gusta darte una primera vez, Dec. —Me inclino hacia delante y susurro las palabras contra su boca antes de posar un beso suave en sus labios.

Sus ojos brillan cuando me mira—. Te lo daré todo, pajarita.
Todo.

VEINTE

ALAINA

—MMM. Qué bueno, como siempre. Gracias, Wolf.

Estoy ante el fregadero, lavando y enjuagando los platos que hemos usado para la cena. Wolf ha preparado espaguetis a la boloñesa, y han sido de los mejores que he probado nunca. Sigo sin entender muy bien cómo se las han apañado para conseguir comida estas últimas dos semanas; no los he visto salir y nadie ha traspasado el perímetro.

—«Dreams», del álbum *Rumours* de Fleetwood Mac, suena por los altavoces del salón. Descubrí el tocadiscos escondido en un cajón hace unos días, mientras fisgoneaba.

En mi defensa diré que los tres estaban sentados en el sofá jugando a un videojuego, así que no estaba espiando demasiado. Más bien estaba ojeando sus estanterías, mirando los títulos de los libros, buscando en general algo más de información sobre mis tres hombres misteriosos.

Cada uno de los tres es un pequeño misterio en sí mismo; me dan pinceladas con total libertad, pero como ocurre con la mayoría de las cosas en la vida, tengo que descifrar casi todo por mi cuenta.

Sigo esperando respuestas sobre qué es la Hermandad y qué significa eso para ellos.

Enjuago el último plato y se lo paso a Rush para que lo seque.

—¿Xbox o PS4 esta noche? —pregunta Wolf mientras salta por encima del respaldo del sofá, aterrizando en el cojín central con un golpe sordo.

—Depende. ¿En qué juego quieres que te dé una paliza? —Rush lanza la burla con una sonrisa socarrona, y me muerdo el labio en el último segundo para reprimir la risita.

Rush se inclina y acerca la boca a mi oreja. —¿Te hace gracia algo, pajarito?

Ladeo la cabeza y lo miro por encima del hombro, pero Wolf salta del sofá fingiendo indignación, impidiéndome decir nada.

—¡Adelante, hermano! ¡Voy a barrer el suelo contigo! —Wolf me señala con el dedo índice—. Y me pido a Roja en mi equipo.

Me doy la vuelta por completo y mi brazo roza el pecho de Rush. Dejo que una pequeña sonrisa se extienda por mi rostro, contenta de dejar que esto siga su curso. No estoy segura de si llegaría a admitirlo alguna vez, pero me gusta que se peleen así por mí. Ese tipo de burlas que me dicen que me desean. Pero no el tipo de discusión en la que uno quiere imponerse a los otros dos; no es que esto haya pasado y, sinceramente, no creo que pase. Es decir, ya le dije a Rush que los quería a los tres. Pero ¿quizá valga la pena tener una conversación con todos ellos?

—Te la puedes quedar. Es la peor compañera de equipo —gruñe Sully mientras guarda los platos en el armario.

—Pajarito, la verdad es que no se te da muy bien. —Rush suena arrepentido, como si temiera herir mis sentimientos con su valoración. Casi hace que me sienta mal por lo que hice; casi.

Wolf se ríe y la sonrisa que yo contenía se ensancha.

—¿Qué? Lo es. ¡Ha matado a mi personaje más veces que el enemigo! —Sully frunce el ceño y se cruza de brazos—. Así que esta noche voy solo.

Rush asiente. —Es verdad. Anoche revisé las estadísticas después de jugar. Ha hecho más fuego amigo cuando ha estado en nuestro equipo que todos nosotros juntos. En años.

—Tenías que revisar las estadísticas, por supuesto. —Wolf se mofa—. Tío, se ha quedado con vosotros —dice Wolf entre risas.

Sully da un paso atrás y ladea la cabeza, mirándome. —¿Eso es verdad, Alaina?

Imito su postura y me encojo de hombros. —Sí y no. —Veo por el rabillo del ojo cómo Rush se tapa la sonrisa con la palma de la mano. Estoy segura de que está recordando esas mismas palabras que me dijo hace unos días.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunta Sully mientras se separa de la encimera en la que estaba apoyado y avanza hacia mí.

Doy unos pasos hacia un lado, de modo que la isla de la cocina queda firmemente entre nosotros. Lo que empezó como una broma se ha transformado rápidamente en el juego del gato y el ratón. Solo que Sully no se da cuenta de que soy un gato disfrazado de ratón. Pero lo hará. Y pronto.

El aire en la cocina se carga de tensión y oigo hablar a Wolf y a Rush, pero no aparto los ojos de mi oponente, o de mi premio, según se mire. Y me gustaría mucho mirar a Sully como un premio. De hecho, me gustaría repetir lo que pasó en el gimnasio, pero quizá con menos ropa y menos hostilidad.

Algo en mi cara debe de delatar mis pensamientos, porque Sully deja de moverse y apoya las manos en la isla, frente a él.

El corazón me late con fuerza al ver la lujuria que brilla en sus ojos azul océano.

Instintivamente retrocedo con una sonrisa maliciosa en el rostro. En lugar de dirigirme al salón, tomo una decisión rápida y camino a paso ligero hacia Rush. Sigue de pie junto al fregadero, con los brazos cruzados y los músculos marcados bajo su característica camiseta negra. Está más cerca de Sully, pero su sonrisa socarrona me indica que sabe lo que planeo hacer.

Y ahí es donde me doy cuenta de mi error. Me he centrado demasiado en Sully y he olvidado que Rush era una amenaza igual de grande.

Él es un depredador más silencioso, de los que se cuelan sin ser detectados. Solo sabrás que está ahí si él quiere que lo sepas.

Sully avanza hacia mí en cuanto comprende mi intención, con la determinación y la posesividad grabadas en cada rasgo.

Me sitúo en el espacio entre Rush y el fregadero dos segundos antes de que Sully llegue hasta nosotros.

Los chicos se miran fijamente durante un segundo y yo me muerdo el labio con expectación.

—¿Hermano? —La voz de Sully es ligera, divertida. Asomo la cabeza por encima del hombro de Rush y veo a Sully con una sonrisa de suficiencia.

Mierda.

Esa sonrisa es letal.

Estoy a punto de salir de mi escondite detrás de Rush para poner fin a lo que sea que esté a punto de suceder, cuando Rush se aleja dos pasos de mí y se sitúa junto a Sully.

Las sonrisas idénticas que se extienden lentamente por sus rostros solo pueden describirse como carnales y retorcidas. No creo haber pensado nunca en esas dos palabras juntas, pero es la mejor descripción para ellos.

Están a contraluz por las lámparas del comedor, que proyectan sombras sobre sus rostros. Como si estuviera coordinado, ambos se cruzan de brazos sobre sus impresionantes pechos y tengo que recordarme a mí misma que debo respirar.

Me dejan sin aliento tan a menudo que empiezo a preguntarme si habré desarrollado asma sin darme cuenta.

—Hermano. Parece que necesitas algo de aquí de nuestro pequeño pajarito. —Rush asiente hacia mí, pero Sully no aparta la mirada de la mía.

—¿Me estás tomando el pelo, Lainey?

Se me corta la respiración al oír mi apodo, y el corazón me late con fuerza cuando ambos se acercan a mí, colocando cada uno un brazo a uno de mis lados, con las palmas apoyadas en la encimera. Echo la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual, pero es imposible mirarlos a los dos a la vez.

—Yo no diría *tomar el pelo* exactamente —me cubro—. Más bien... ¿suerte del principiante?

Rush inclina la cabeza hacia mí, lo suficientemente cerca como para que sus labios rocen los míos con sus siguientes palabras. —Explícate. Ahora.

Un escalofrío me recorre la espalda ante su orden y abro la boca para obedecer casi sin pensar. En el último segundo, prefiero mordirme el labio. Rush siempre tiene tanto control que me pregunto qué pasará si lo desafío un poco.

Me pongo de puntillas y le digo contra los labios: —Oblígame.

A juzgar por las risas que surgen, no soy la única que se divierte en este momento.

La mandíbula de Rush se tensa y su cuerpo está rígido por la tensión. Siento cada deliciosa y tensa línea de sus músculos presionada contra mí, y mis venas empiezan a zumbar de anticipación.

Entreabro los labios, segura de que va a besarme, cuando la voz de Wolf hiende el aire, cortando la tensión como un cuchillo.

—¡Eh! Por mucho que me guste veros... hacer lo que sea que estéis haciendo, yo estoy listo para repartir leña. ¿Así que vamos a jugar o qué?

Rush suspira, agachando la cabeza un segundo antes de separarse de la encimera. Gira sobre sus talones y camina hacia el salón.

Rodea el extremo del sofá y se sienta con pesadez. Wolf le lanza un mando y los dos empiezan a jugar a algún juego, actuando como si Rush no hubiera estado a un milímetro de besarme hace dos segundos. Delante de ambos.

—Vamos, pajarito —llama Rush desde el salón—. Esta noche vas conmigo.

Sully me da un toquecito con el hombro.

Me sobresalto un poco y siento que me arden las mejillas. —Lo siento. No te había visto.

—No pasa nada. Vamos a darles una tunda. La próxima partida vas conmigo. —Sully señala el salón con la cabeza, indicándome que lo siga.

—Sabéis que solo fue suerte del principiante, ¿verdad? No se me dan bien este tipo de juegos —digo entre risas mientras caminamos hacia el salón.

—Oh, me di cuenta después de la quinta vez que mataste a mi personaje anoche.

Me río pero no lo niego.

—Y hacia la décima vez, sé que comprendiste lo que estabas haciendo y seguiste haciéndolo —dice Rush mientras rodeamos el sofá. Me agarra la mano y entrelaza nuestros dedos, tirando de mí para que me siente en su regazo.

Empiezo a pensar que Rush tiene una fijación con que me siente en sus rodillas. Mentiría si dijera que no me gusta.

Me encojo de hombros y lo miro con un pestañeo inocente. —Eso nunca lo diré.

HE SUGERIDO que hiciéramos algo diferente después de cenar. No me importa jugar a videojuegos, pero he pensado que un poco de karaoke con vinilos sería divertido. Como era de esperar, a Wolf le ha parecido una idea estupenda y se ha ofrecido voluntario para ser el primero. Ha sacado una guitarra de alguna parte, ha tocado y ha cantado «Here Comes Your Man» del *Doolittle* de los Pixies.

He mantenido el mismo disco y, a continuación, he cantado «Hey» con él. Y entonces Rush me ha sorprendido al saltar del sofá para elegir la siguiente canción. Sabía que le gustaba oírme cantar —es imposible que viniera a verme todas las semanas si no le gustara escucharme—, pero no sabía que a él también le gustaba cantar.

Poco después, nos hemos puesto a turnarnos para elegir una nueva canción o un nuevo disco, pero todos cantábamos a coro. A veces, uno de nosotros no se unía, y Wolf se equivocaba con la letra a propósito, pero ha sido divertido. Muy divertido.

Sonríó al mirar las tres caras sonrientes que me rodean. Se ríen y cantan «My Body Is a Cage» de Arcade Fire —la elección de Sully— y nunca han parecido más en su salsa que ahora mismo.

El hilo de oscuridad sigue tejido en el interior de cada uno, uniéndolos aún más, pero esta noche no está tan presente como

otras veces. Esta noche solo son tres mejores amigos que pasan el rato con su chica, riendo y comiendo pizza en el sofá.

Es perfecto.

Rush me mira por encima de la cabeza de Sully y pone los ojos en blanco, con una sonrisita irónica asomándole por el lado de la boca.

Siento que mi propia sonrisa se ensancha mientras imagino el próximo día, la próxima semana, el próximo mes —incluso el próximo año— que pasaré así. Con ellos.

Un calor se extiende desde mi pecho y hago algo que me prohibí a mí misma hace mucho tiempo.

Tengo esperanza.

Espero que este sentimiento, aquí y ahora, dure. Espero poder conservarlos, que ellos *quieran* conservarme a *mí*.

Wolf interrumpe mis cavilaciones cuando me atrae hacia él, me pasa un brazo por los hombros y me abraza.

—Tengo una canción para que la cantes, Roja. Estoy bastante seguro de que la conoces.

Envuelvo este sentimiento de ahora, lo rodeo con metros y metros de plástico de burbujas para conservarlo para siempre.

Apoyo la cabeza en su hombro. —Venga, Wolf, sorpréndeme.

—¡Oí! Roja va a cantar para nosotros ahora —grita Wolf. Sully y Rush dejan de cantar bruscamente—. Prepáralo, Sully.

Los tres comparten una sonrisa conspiradora y siento que puede que esté cayendo en algún tipo de trampa.

Las primeras notas lentas de «Earned It» de The Weeknd suenan por los altavoces, y definitivamente sé que los tres me la han jugado. Decido divertirme un poco a su costa.

Me deslizo para quitarme el brazo de Wolf de encima, me levanto y cruzo la habitación hasta el equipo de música. Subo el volumen y reinicio la canción.

Canto con The Weeknd y balanceo las caderas. Para cuando llego al estribillo, he encontrado el ritmo sensual que la canción exige, contoneándome y girando. Deslizo mi dedo índice por sus hombros mientras están sentados en el sofá como tres patitos en fila.

Con los labios entreabiertos y las miradas hambrientas, se están dando cuenta rápidamente de que su pequeña broma les ha salido por la culata.

Canto la tercera estrofa, mirando directamente a Rush mientras cada palabra se escapa de mis labios. Y antes de que pueda cantar el estribillo final, los teléfonos de los tres vibran sobre la mesa de centro con un mensaje entrante.

Me detengo a media palabra, sorprendida por la coincidencia. Pero cuando vuelvo a mirar a Rush, actúa con normalidad. Bueno, normal para él.

Desbloquea su teléfono y dice: —Lláname, hijo. Es importante. Tenemos un zorro.

Los tres intercambian una mirada, con los rostros inexpresivos. El cambio es tan repentino, comparado con las sonrisas de hace un minuto, que mi cerebro tarda un momento en procesarlo y darse cuenta de que es algo malo.

Sully para el disco con un chirrido, y Wolf saca un móvil de usar y tirar del cajón de la cocina. Marca un número y pone el teléfono en la mesa de centro antes de sentarse en el sofá. Rush me coge la mano y tira de mí con suavidad para que me siente entre él y Wolf.

RUSH

EL TELÉFONO suena dos veces mientras intento controlar el torbellino de mi cabeza.

¿El zorro está relacionado con quienquiera que entrara a robar?

¿O con quien se llevó a Alaina?

¿Están relacionados ambos hechos?

Hay demasiadas preguntas y demasiadas variables. He estado investigando eso —y la orden de matarla, que puede o no estar relacionada con el secuestro en sí—, pero no he indagado lo suficiente.

La vergüenza me revuelve las tripas, aceitosa y agria. He estado disfrutando de mi tiempo aquí, pasando más tiempo con mi chica y mis hermanos que haciendo mi puto trabajo. Se supone que debo protegerla, proteger a la Hermandad. En lugar de eso, he estado jugando a la Xbox y haciendo el gilipollas.

Estas últimas dos semanas han sido mejores de lo que podría haber esperado. Cuando empecé a planificar cómo sería la vida con una sola mujer, era algo abstracto. Luego encontré a Alaina, y empezó a tomar forma en mi mente. Sabía que mis hermanos necesitarían tiempo para ser guiados con cuidado por este camino, al menos al principio. Y este tiempo juntos nos ha dado justo eso.

El teléfono suena dos veces antes de que alguien responda.

—Da.

—Ven a casa, muchacho. Tenemos que hablar —dice Da. Su voz suena resignada, e intercambio una mirada con mis hermanos.

—¿De qué va esto? —Wolf se inclina hacia delante, manteniendo una mano apoyada en el muslo de Alaina.

Da suspira, el sonido es audible a través del teléfono—. Aidan Gallagher.

Alaina se queda completamente quieta, pero Wolf está demasiado ocupado lanzando miradas asesinas al teléfono en medio de la mesa de centro. La reacción de ella activa algún instinto primitivo dentro de mí, y siento que inconscientemente me aísla de todo lo demás para poder concentrarme en la amenaza y eliminarla.

—¿Se supone que ese nombre debe significar algo para nosotros? —pregunta Sully mientras mira al techo, con la cabeza apoyada en el respaldo del mullido sillón.

Estaba notablemente relajado esta noche, incluso sonreía y bromeaba con nosotros. Ha sido la vez que más se ha parecido a sí mismo en semanas.

Pero antes de eso, no había mirado a Alaina más de dos segundos seguidos desde el programa de la cámara de seguridad. Mi hermano es muchas cosas, pero un cobarde no es una de ellas. También es jodidamente obvio ahora mismo: gasta tanta energía en *no* mirarla que, aunque no estuviéramos en una casa con solo cuatro personas, podría sentir su angustia y torpeza desde el estado vecino.

—Sí. Aidan era mi mejor amigo. —Hace una pausa—. Y el padre de Alaina.

Hay una sensación que crea la ausencia de movimiento, este peso que se asienta sobre todos y todo en la habitación. Durante diez segundos, nadie dice una sola palabra, luego Sully y Wolf hablan a la vez.

—¿Qué coño, Da?

—¿Cómo coño conoces al padre de Alaina?

Pero solo tengo ojos para mi chica, y ella no habla ni se mueve ni hace mucho más que mirar el teléfono como si contuviera secretos de estado.

Si he de ser sincero, sí que conozco algunos secretos de estado, pero nunca sería tan descuidado como para dejarlos en mi teléfono.

Y supongo que para ella, esta pequeña bomba que ha soltado Da se sentirá como un secreto de estado.

Las ramificaciones de esta verdad se arremolinan en mi cerebro.

¿Cuánto tiempo lleva Da sabiendo lo de Alaina?

¿Conoce a Lana?

Esto, más que cualquier otra cosa, da más peso a nuestra teoría de que el compromiso de Lana y Da es una farsa. De ninguna manera mi padre, que ha inculcado la lealtad en sus tres hijos, coge y se casa con la mujer de su mejor amigo de la infancia.

Entonces me golpea como un tren de mercancías.

Era... Aidan era mi mejor amigo.

—¿Dónde está Aidan ahora, Da? —Mi voz es baja, pero atraviesa las disputas como el estruendo de un trueno.

Alaina aparta su atención del teléfono y me la concede a mí. Me mira fijamente, con la mirada inquebrantable y cuidadosamente inexpresiva.

—Muerto. Aidan está muerto, muchacho. Y tienes que volver a casa. Trae a tu chica.

La brusca inhalación de Alaina es el único ruido que hace.

—¿Roja?

—Estoy bien. —Su respuesta es demasiado rápida.

La llamada termina y, aun así, Alaina no aparta su mirada de mí. Por el rabillo del ojo, veo a Wolf y Sully mirándola, pero ella no se ha

movido ni un centímetro.

Así que tomo una decisión. Quizás sea la decisión más importante de mi vida, pero la tomo con facilidad, aunque no a la ligera. Sé en lo más profundo de mi alma ennegrecida que ella es la indicada para mí, para nosotros. Pero no sería justo para ella atarla a nosotros de por vida sin al menos darle un poco más.

—Creo que es hora de que le contemos a Alaina sobre la Hermandad.

El silencio me recibe mientras mis dos hermanos me miran con rostros igualmente inexpresivos. Wolf es el primero en llegar a la misma conclusión. Lo veo en sus ojos antes de que diga nada.

—Sí. Es la hora —dice Wolf asintiendo.

—¿Sully?

Entonces me mira y me deja ver la vulnerabilidad bajo su endurecido exterior. Me transporta a cuando éramos niños. Sully siempre me buscaba cuando tenía miedo. Y como era el más joven, siempre asumí la responsabilidad de cuidarlo.

Asiento una vez, diciéndole con la mirada que todavía puede confiar en mí.

Sully suspira y mira a Alaina. —Está bien. Contémosle la versión resumida. Yo traigo el alcohol.

Exhalo, y algo dentro de mi pecho se afloja. No me había dado cuenta de lo preocupado que estaba por que Sully se subiera al carro.

Alaina se vuelve para ver a Sully ir a la cocina antes de encararme. —¿Necesitamos alcohol para esta conversación?

—Sí, pajarillo. Esta conversación es mejor tenerla con vodka.

Alaina asiente. —¿Para soltar secretos, no, Wolf?

—Sí, nena. Es hora de soltar algunos secretos. —Se recuesta y reajusta su mano en el muslo desnudo de ella.

Nunca me di cuenta de lo seductora que podía ser una mujer con mis calzoncillos; no, cualquier mujer no, Alaina. Es preciosa y tentadora todos los días, pero ¿cuando lleva mi ropa? Es jodidamente irresistible.

Sully regresa con cuatro vodka-tonics y los reparte. Sostiene su vaso en el aire y dice: —Por soltar secretos.

Chocamos nuestros vasos y cada uno da un sorbo. Alaina acuna su vaso contra el pecho, y yo tomo otro buen sorbo antes de dejar mi vaso en la mesa.

Me aclaro la garganta y la miro, sus ojos color whisky amables y acogedores.

—Bueno, voy a darte una visión general, ¿vale? Ya sabes que hay dos consejos en las filiales de la Hermandad: el consejo júnior, como el de Wolf, Sully y yo, y el consejo normal. Somos parte de una red más grande que tiene su base en Irlanda.

—¿Como el IRA? —interrumpe.

—Algo así. Más bien primos del IRA —explico—. Tenemos una especie de... acuerdo con varias familias de esta zona del país.

Da un sorbo a su bebida y se lame los labios. —¿Qué, como la mafia italiana? —Cuando la miro fijamente, se encoge de hombros—. He estado viendo *Los Soprano*.

—De hecho, sí. Tenemos lazos con algunas familias italianas de la ciudad, entre otras. Pero también tenemos a varios cargos electos y gente poderosa en el bolsillo —explica Wolf.

—¿En el bolsillo? —ladea la cabeza Alaina.

—Sí. Un acuerdo, por así decirlo. Ayudamos a mantener los puertos más limpios, y ellos hacen la vista gorda con nosotros... —doy un golpecito con el dedo en mis labios mientras pienso cómo expresar esta parte— otros acuerdos comerciales poco recomendables.

—No entiendo, ¿cosas ilegales?

—Sí, nena, cosas ilegales. —Espero a que reaccione. Si va a largarse, será ahora que acabo de decirle que nos dedicamos a mierdas ilegales.

El orgullo me calienta el pecho cuando simplemente me mira expectante, tomándose la noticia con calma.

—Esta vida, ser parte de la Hermandad, conlleva riesgos. Y nosotros... —hago un gesto hacia mis hermanos y hacia mí— pensamos que no sería justo pedirte que te quedaras con nosotros sin saberlo. —Subo la palma de mi mano por su muslo y me inclino hacia ella, con nuestras caras a un par de centímetros—. No te equivoques, nena, no te dejaría ir ni aunque te asustaras.

—No quiero que me dejes ir —susurra contra mis labios.

—Sí, ya lo sé. —Le planto un beso en sus labios carnosos, deseando poder profundizarlo, pero ahora jugamos contrarreloj. A regañadientes, me aparto y la miro—. Lo que hacemos puede ser peligroso. Por eso te hemos estado entrenando en algunas cosas estas últimas semanas.

—¿Para protegerme de vuestros enemigos?

—Sí, y para que puedas protegerte a ti misma en cualquier situación —dice Sully.

—La Hermandad ha acumulado una buena cantidad de enemigos a lo largo de los años. Por eso todavía no sabemos quién está detrás de tu secuestro...

—O del robo —me interrumpe.

—Sí, o del robo. Por eso necesitarás continuar entrenando cuando volvamos a Summer Knoll.

—¿De verdad tenemos que volver? —exhala—. En cierto modo me encanta esto, sea donde sea. Es agradable, pacífico. Se siente como nuestra propia burbuja segura. Y yo... tengo miedo de volver.

—No pasa nada, Roja. Estaremos contigo en todo momento. —Wolf se inclina para besarle el hombro desnudo—. No te va a pasar nada ahora que nos tienes.

VEINTIDÓS

ALAINA

RUSH CONDUCE el coche hasta delante del garaje de Summer Knoll y aparca. El aire del coche está cargado de algo a lo que no acabo de ponerle nombre. Un escalofrío de aprensión me recorre la espalda mientras las nubes tapan el sol, sumiendo la casa en la penumbra. Solo falta que un cuervo grazne a lo lejos y ya estaríamos en el comienzo de una película de terror.

Aunque ya he tenido suficientes situaciones de película de terror para toda una vida.

—Vamos a ello. —Sully abre su puerta y salta del todoterreno.

—Pase lo que pase, nos encargaremos, ¿vale? —dice Wolf mientras entrelaza nuestros dedos. Rush ha conducido casi todo el camino a casa hoy, y Wolf se ha sentado detrás conmigo.

Desvío la mirada de nuestras manos unidas a su cara; la imagen de nuestros dedos entrelazados todavía me da escalofríos.

—De acuerdo, Wolf.

Le dejo que me saque del coche tirando de mi mano. No me la suelta mientras seguimos a Rush y a Sully al interior de la casa.

Con cada paso que doy, siento que las paredes se encogen centímetro a centímetro. Para cuando llegamos a la cocina, me siento como Alicia en el País de las Maravillas cuando crece tanto

que no cabe en la habitación. La mano de Wolf sobre la mía me sirve de ancla, y se la aprieto en señal de gratitud antes de soltarla.

Recorro los últimos pasos hasta el rincón del desayuno al final de la enorme cocina; cada pisada resuena como un cántico.

Muerto. Muerto. Muerto.

Anoche me resultó fácil ignorar esta verdad demoledora y centrarme en lo que me estaban contando sobre la Hermandad. Esas eran algunas de las respuestas que había estado buscando.

Y, simplemente, no podía hacerme a la idea de que mi padre estuviera muerto. Todavía no. No sé si alguna vez seré capaz de pensar en ello.

Mantengo la cabeza alta mientras camino hacia ellos, intentando canalizar a mi prima Maddie. A ella se le dan genial esas jugadas de poder con las que consigue lo que quiere.

Me detengo al final de la mesa. Cormac está sentado frente a mí, en la cabecera, y mi madre está sentada justo a su derecha, en el banco. La disposición de los asientos es similar a la de la primera noche que estuve aquí, y me pregunto ociosamente si ha sido accidental o no.

—Sentaos —dice Cormac, señalando con la cabeza las sillas que rodean la mesa.

—No, gracias. —Me cruzo de brazos y refuerzo mentalmente mi coraza.

He pasado las cuatro horas de viaje hasta aquí añadiendo capas y capas de ladrillos alrededor de mi corazón. Sé que lo que sea que salga de esta conversación no va a ser bueno. Y sé que solo tengo que ser lo bastante fuerte para sentarme y escuchar.

Sí, solo siéntate y escucha cualquier basura que salga por la boca de mamá, porque nada justifica que oculte ese tipo de información sobre papá. Nada, dice la voz que sospechosamente suena como la de Maddie.

Cormac me mira fijamente, pero yo no vacilo. Más que verlos, siento a los chicos colocarse detrás de mí, desplegándose en abanico. Ninguno me toca, pero siento de todos modos su protección.

Cormac asiente. —Muy bien. Seguro que tienes preguntas...

—Las tengo —le interrumpo—. Pero, primero, quiero saberlo todo.

Cormac suelta una risa sin humor. —Ah, ahora lo entiendo. Ya veo por qué mi chico está tan encaprichado contigo.

Asiento varias veces. —Mmm. Desde el principio, entonces.

Se alisa la barba con una mano mientras me mira. Otra vez. Aunque estoy empezando a ver de dónde saca Rush su atención al detalle.

—De acuerdo, muchacha, desde el principio, entonces. —Cormac suspira—. Conocí a Aidan cuando éramos críos. Nuestros padres estaban en la Hermandad, y, aunque éramos demasiado jóvenes para unirnos a las filas, aun así queríamos formar parte de algo. Avanzamos unos años, y ambos somos miembros de la Hermandad. Durante un tiempo, fue como si nada hubiera cambiado. Éramos uña y carne, pero entonces nuestros caminos empezaron a llevarnos por dos direcciones diferentes.

—Te convertiste en el Carnicero —interrumpe Wolf.

Cormac asiente hacia él. —Sí. Me convertí en el Carnicero. Y Aidan, bueno, él se convirtió en el Viajante.

Solo puedo imaginar la cara que debo de estar poniendo ahora mismo: los ojos como platos, las cejas en la raíz del pelo, negando con la cabeza para intentar entenderlo.

—¿Qué significa eso? —le pregunto.

Cormac mira a sus chicos; no estoy segura a cuál, ya que todavía no me he girado. Darle la espalda a Cormac se parece mucho a darle la espalda a una serpiente de cascabel. Y no, gracias, no quiero que me muerda hoy, ni ningún otro día.

—¿No le dijisteis quién era yo... quiénes sois vosotros? —Las cejas de Cormac casi le llegan a la raíz del pelo.

—Sabe lo suficiente —dice Rush justo detrás de mí.

Cormac mira a Rush por encima de mi hombro un momento antes de dirigir su atención hacia mí. —Tu padre era un sicario.

Mi mirada vuela hacia mi madre, y me quedo absolutamente de piedra al ver su reacción; o, mejor dicho, su falta de reacción.

—¿Un sicario? —Tengo los ojos como platos y siento que me mareo—. ¿Por qué ahora? ¿Por qué me lo contáis ahora?

—Yo..., yo... —Mamá se encoge de hombros con los brazos en alto, en la clásica postura de «no sé».

—¿Qué? ¿Por fin has decidido preocuparte después de diez años? —resoplo—. Por favor. —Pongo los ojos en blanco—. Seguro que llevas años follando con tíos que no son mi padre, ya que está muerto. No hace falta...

Cormac golpea la mesa con la palma de la mano, y el ruido suena como un trueno en la cocina. —No le hables así a tu madre.

Me cruzo de brazos y dejo que una sonrisa que sé a ciencia cierta que es sarcástica se extienda por mi cara. Estoy un poco impresionada conmigo misma: acabo de soltar un taco como si nada.

—¿Qué? ¿Vas a ser mi nuevo papi ahora?

Mamá se levanta de un salto, con la rabia saliéndole prácticamente por las orejas. —¡Alaina Murphy McElroy!

—Ah, ah, ah —chasqueo la lengua—. ¿No querrás decir Gallagher, mamá? —Su nombre sabe a ácido en mi lengua—. Además, si quiero un nuevo papi, sé dónde duerme. —Ladeo la cabeza hacia los tres chicos que montan guardia a mi espalda.

Wolf se ríe entre dientes y ni siquiera se molesta en disimularlo con una risa falsa.

—Sí, bueno, sobre eso. Creo que es hora de que tengamos una pequeña charla. ¿No crees? —pregunta mamá, ignorándome por completo.

—¿Sobre qué exactamente?

Mamá se endereza y se pasa las manos por el pelo, alisando cualquier mechón suelto para volver a meterlo en su apretada coleta baja. —Sobre ti. Y tu relación con tu hermanastro.

Mi corazón da un vuelco y mi mueca de desdén vacila por un momento. No hay forma de que sepa lo de todos, ¿verdad? Miro a Wolf por el rabillo del ojo, pero no delata nada.

Las primeras punzadas de pánico me recorren el cuerpo, empezando por los dedos. Mi reacción instintiva es obedecer cualquier cosa que diga mamá para conseguir su aprobación, su atención..., su amor..., pero no creo que pueda seguir haciendo eso.

No debería tener que esforzarme *tanto, joder*, por su amor. Dicen que las madres nacen con él: un instinto maternal que supera todo lo demás en sus vidas para proteger a sus bebés.

No creo que mi madre tenga ese instinto. Ni siquiera estoy segura de que tenga la capacidad.

Y esa es la parte que me rompe el corazón, una fisura tan profunda que no sé si alguna vez se cerrará.

Así que hago lo que cualquier chica en mi situación haría: le planto cara a mi madre por primera vez en mi vida.

—No.

Ella echa la cabeza hacia atrás y me mira como si me hubiera salido un tercer ojo. Por otro lado, pasé por una especie de despertar en ese bosque. Así que quizá sí que tengo un tercer ojo.

—¿Sabías que me secuestraron? —Estoy orgullosa de lo serena que suena mi voz, y siento que los tres se acercan más a mí.

Mamá contiene el aliento y mira a Cormac. —¿Es eso cierto?

El hecho de que mi madre mire a un tipo cualquiera con el que supuestamente está prometida en lugar de a mí cuando le cuento *mi* verdad me parece una broma cósmica. No puedo evitar que se me escape una risa. Tiene un sabor amargo y suena a incredulidad.

Cormac me mira a mí cuando le responde. —Sí.

Las manos de mamá aletean en el aire durante unos segundos antes de que vea visiblemente cómo cambia su comportamiento. Se alisa el pelo reflexivamente *otra vez* y juguetea con el collar que lleva en el cuello.

Se aclara la garganta antes de mirarme a los ojos. —Vale. Bueno, podemos hablar de eso más tarde...

Se ve interrumpida por un trío de gruñidos y bufidos detrás de mí. Su indignación en mi nombre me hace sentir melosa por dentro.

—¿Tu hija te dice que la secuestraron y quieres hablar de ello *más tarde*? —dice Rush. Sus palabras son bastante agradables, pero su tono es un gruñido amenazador.

—Bueno, yo..., yo... —Mamá mira a Cormac, pero él no la rescata. En su lugar, observa cómo sus hijos se agrupan a mi alrededor. La veo echar los hombros hacia atrás y mirarme a los ojos

una vez más—. Estábamos hablando de tu relación con tu hermanastro. Sabes que no me gusta que desvíes el tema, Alaina.

—De nuevo, digo que *no*.

—¿Cómo que *no*? —Mamá ladea la cabeza.

Me inclino hacia delante, apoyándome en la mesa, y digo: —Quiero decir que no, que no vamos a hablar de eso. —Me la quedo mirando un momento, dejando que parte de la angustia y el desengaño se filtren a través de mi mirada. He estado pensando en lo que le diría a mi madre desde que Cormac llamó anoche. Contemplo la posibilidad de decirle que no es uno de ellos, sino todos, pero decido no hacerlo—. Además, es un tema irrelevante.

—Así que vas a romper con él. Bien, bien. —Sus hombros se hunden y exhala.

Suelto una risa, un sonido sarcástico y mordaz. —¿Qué? No. Quería decir que es un tema irrelevante porque ahora es obvio para mí... lo que es esto —señalo entre ella y Cormac—. Vosotros dos no estáis enamorados, y dudo que os vayáis a casar.

—La gente se casa por todo tipo de razones, Alaina —me espeta mamá.

Enarco una ceja. —¿Y por qué razón os casáis vosotros?

Ella se eriza y, compulsivamente, se alisa el pelo de nuevo. —Eso no es asunto tuyo.

Resoplo y ella me lanza una mirada dura. Quizá si me hubiera educado durante un solo día, o una semana, o cualquier cantidad de tiempo, habría tenido más impacto. Pero no lo hizo, así que puedo ignorarla fácilmente.

—Pero nos vamos a casar. Y no está bien... que estés con tu hermanastro. ¡Piensa en lo que diría Page Six! —grita, desesperada, con las mejillas enrojecidas.

Una pequeña parte de mí reconoce que su reacción será la norma, y eso sin saber toda la historia. Temo que su cabeza explote de verdad cuando descubra que estoy con los tres hermanos.

Bueno, quiero decir, creo que estoy con los tres. «Salir» parece una palabra demasiado juvenil para este vínculo que estamos forjando. Definitivamente con Rush y Wolf. Y si me hubieras preguntado ayer, también habría dicho que sí con Sully. Pero eso fue

bajo la protección de nuestra casa segura. No teníamos que preocuparnos por este tipo de cosas, o quizá sí nos preocupábamos, pero lo dejábamos de lado de todos modos.

—Solo estoy cuidando de ti —dice, y casi la creo. Casi.

Las lágrimas en sus ojos y la súplica en su mirada son lo bastante buenas como para influir en Cormac, pero conmigo no funcionan.

—Vamos, mamá. Ambas sabemos que haces esto por ti, no por mí. No intentes empezar a ejercer de madre conmigo ahora. ¡No has estado presente durante diez años! ¿Dónde estabas cuando di mi discurso de graduación? —grito mientras golpeo la mesa con la mano.

Se cruza de brazos con fuerza y frunce el ceño. —Ya te conté lo que pasó, Alaina. No voy a repetirme.

—¿Y en el tercer año de instituto, cuando gané el campeonato estatal de baile? ¿O en las reuniones de padres y profesores, ALGUNA VEZ? —Alzo una ceja en son de burla.

Se descruza de brazos, aprieta los puños y grita: —¡Me mantuve alejada para protegerte! ¡Estaba intentando protegerte!

Me río. El sonido es cáustico y chirriante para mis oídos. —¿Protegerme? —resoplo—. ¡No necesitaba que me protegieras! ¡Solo necesitaba que estuvieras ahí! Y tú..., tú..., tú no estabas ahí. Nunca estuviste ahí. —Mi pecho sube y baja mientras miro fijamente a la mujer que es madre solo de nombre. No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que siento la humedad gotear de mi barbilla temblorosa.

La miro y dejo que vea toda la desolación que se ha enconado durante una década. —Yo quería a mi madre.

—Te estaba protegiendo, Alaina. No tienes ni idea de lo que le pasó realmente a tu padre. —Frunce los labios, pero no se me escapa el ligero temblor de su voz.

—Dímelo. Dime qué le pasó a papá —suplico.

Mamá se hunde en la silla que tiene debajo y hay algo en esa acción que hace que algunos de mis muros también se derrumben. Me aterra que cualquier respuesta que me dé no sea suficiente para exonerarla, ¿y entonces adónde iré a partir de ahí?

Asiente varias veces mientras junta las manos sobre la mesa. Se mira las manos mientras habla. —Vale. Formaba parte de la Hermandad desde que lo conocí, pero nunca dejó que nos afectara. Solía decir que tú eras lo mejor que le había pasado; no yo, solo *tú*, y que no quería tentar a la suerte teniendo otro bebé. Así que me conformé con vivir mi vida como madre de una sola hija, casada con un hombre que tenía esta... esta otra vida de la que yo no formaba parte. —Hace una pausa de un minuto, y, sin pensarlo realmente, me encuentro hundiéndome en la silla que tengo delante.

Creo que la odio un poco en este momento, por esperar tanto para contarme lo de papá y por el resentimiento que puedo oír en su voz.

—A veces se iba y volvía el mismo día, y otras veces, se ausentaba un par de días. Solo un puñado de veces en la década que estuvimos juntos se fue durante una semana o más, pero en esas ocasiones, siempre me decía que no lo esperara durante un tiempo. —Mamá me mira mientras pregunta—: ¿Recuerdas cuando se fue esa última vez?

Niego con la cabeza. —No, la verdad es que no. Tengo estos vagos recuerdos de que papá se había ido y luego de irnos a una de tus aventuras. Recuerdo tener miedo de que no pudiera encontrarnos. Y luego ya estaba en Santa Rita.

—Tu padre podía encontrar una aguja en un pajar. Nos habría encontrado en cualquier parte. Pero nunca nos encontró.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Recuerdo el día como si fuera ayer. Habían pasado dos semanas desde que se fue, y me dijo que volvería en un día o dos como mucho. Sabía que tendría que hacer lo que habíamos practicado, lo que me había inculcado que hiciera. —Se encoge de hombros—. Pero estaba en negación. Si seguía su plan, significaba que él ya no estaba aquí. Y yo... yo no estaba preparada para enfrentarme a eso todavía. Así que esperé, y luego esperé un poco más. —Exhala y vuelve a mirarse las manos—. Pero entonces trajiste a casa un trabajo del colegio con nuestro árbol genealógico. Nuestros nombres estaban escritos claramente, y supe que Dios me estaba dando el empujón que necesitaba para hacer caso a Aidan.

—No lo entiendo. ¿Por qué querría papá que me enviaras a un internado en medio de Nueva York? —Frunzo el ceño.

Niega con la cabeza. —Ese no era el plan. Primero tenía que ir a casa de mis padres durante dos semanas, luego comprar billetes de avión a Florida, pero en realidad conducir hasta Canadá. Él tenía una casa segura allí arriba solo por esta razón.

—Pero entonces murieron la abuela y el abuelo. —Las piezas del puzle están cambiando de forma y arremolinándose en mi mente. Todavía no estoy segura de lo que van a revelar, pero no estoy segura de que sean las respuestas que he estado buscando.

Asiente. —Sí. Entonces murieron en un extraño accidente de camino a recogerlos del aeropuerto. Y entré en pánico. —Suelta el aire, y la acción es tan pequeña, pero puede que sea la cosa más humana que le he visto hacer jamás—. No sabía qué hacer ni en quién confiar, así que nos cambié los apellidos y nos separé. Pensé... pensé que si me encontraban a mí, al menos tú estarías a salvo.

«Pasmada» no es una palabra que suela asociar conmigo misma, pero es la mejor palabra para lo que estoy sintiendo ahora mismo.

—No sé qué decir a eso. Es... —trago saliva— mucha información. ¿Por qué ese colegio?

—Pensé en esconderte a plena vista, pero manteniéndote protegida, y Santa Rita ofrecía eso. Además, moví algunos hilos y conseguí que tus primas también fueran allí.

—Vale. —Asiento—. Vale. Pero eso sigue sin explicar cómo acabasteis juntos tú y Cormac.

—Sí que lo conocí por casualidad un día, y de verdad que congeniamos. De verdad que nos vamos a casar, Alaina, eso es cierto. —Inspira profundamente y se limpia bajo los ojos por si hay alguna mancha—. Motivo por el cual necesito que rompas con tu novio ahora mismo. No permitiré que mi propia hija me deje en ridículo saliendo con su hermanastro.

Me recuesto en la silla y la miro. Es casi asombroso cómo puede saltar de una emoción a otra tan rápidamente. Estoy un poco impresionada.

Estoy agotada emocional y mentalmente, pero no me dejaré mangonear con esto. Ni por ella ni por nadie.

Así que reúno un poco de angustia adolescente clásica y me preparo para lanzarme contra ella.

—¿Con cuál de ellos? —Sonrío con suficiencia.

Mamá balbucea y la cabeza de Cormac gira bruscamente hacia los hombres que están detrás de mí. No puedo verlos, pero imagino sus sonrisas arrogantes y socarronas plasmadas en sus caras, y mi sonrisa se ensancha.

—No importa, la respuesta sigue siendo no. —Me aparto de la mesa para levantarme—. Gracias por la información, mamá. —Me doy la vuelta y salgo de la cocina, con la intención de ir directamente a la ducha para lavar este día.

VEINTITRÉS

RUSH

—RUSH.

Mis hermanos y yo nos detenemos en seco, a mitad del pasillo, tras seguir a nuestro pajarito. Como uno solo, nos damos la vuelta y caminamos hacia Da. Lana palidece visiblemente al vernos marchar hacia ella, y yo sonrío con sorna para rematar. No me importa cuál sea su razonamiento, no me gusta.

—Sentaos, chicos. Tenemos que charlar un poco. —Inclina la cabeza hacia tres sillas—. ¿Nos das un minuto, Lana?

Ella asiente y se levanta de la mesa sin decir palabra.

—¿Qué pasa con el pájaro? —Da nos clava su característica mirada de «no me vengas con tonterías».

—¿Con cuál? —se mofa Wolf—. ¿Con la nuestra o con la tuya? Porque tengo unas cuantas palabras bien elegidas sobre tu pájaro, Da.

—Cuida tu tono, muchacho. No olvides quién es tu presidente. — Señala a Wolf con el dedo a modo de advertencia.

—Oh, ¿es con él con quien estoy hablando ahora? Porque pensaba que hablaba con mi padre, no con mi presidente. —Wolf hace una mueca de desprecio y Da levanta una ceja en son de advertencia.

—Frena esa falta de respeto, ¿vale? Os lo pregunto como ambas cosas.

—¿Qué pasa con ella? —pregunto. No necesito que estos dos se enfrenten ahora mismo. Wolf está con la mecha muy corta; todos lo estamos.

Da desvía su atención hacia mí. Su intensidad es de sobra conocida, casi se habla de ella con reverencia. Se rumorea que un tipo se cagó encima solo con la mirada de Da. Por supuesto, se ha ganado sus galones como el Carnicero de la Hermandad.

Pero cuesta casar esos rumores con el hombre al que vi con unas zapatillas peludas de Chewbacca las Navidades pasadas. Afirmó que no quería herir los sentimientos de Sarah por no ponerse su regalo de Navidad, pero lo pillé luciéndolas hasta bien entrado el año nuevo.

—¿Vas en serio con ella? —Junta las puntas de los dedos frente a su cara.

—¿Cuándo he reclamado yo a alguien?

Se acaricia la barba mientras nos examina. —¿Es oficial, entonces? ¿La habéis reclamado?

—Hemos estado un poco ocupados, pero extraoficialmente, sí. Lo haremos oficial muy pronto.

—Ah. ¿Y cómo os va a funcionar eso a los tres? Supongo, por vuestra pequeña exhibición de poder aquí —hace un gesto hacia los tres que estamos sentados—, ¿que estáis todos involucrados con el pajarito?

—Eso déjanoslo a nosotros. Nosotros no estamos preocupados, así que tú tampoco deberías estarlo —dice Wolf mientras se reclina en su silla, ensanchando su postura.

Da arquea las cejas ante el tono despectivo de Wolf. —Pero sí me preocupo por vosotros. Como vuestro padre y como vuestro presidente. —Mira a Sully—. Estás terriblemente callado, chico.

Sully mira fijamente a Da y se encoge de hombros. El movimiento es forzado. —Alaina es nuestra, Da, ¿qué más necesitas oír?

—Ah, así que tú también estás con el pajarito. Interesante. No te veo rondar a su alrededor tanto como tus hermanos. —Da nos echa

un vistazo a los tres, pero estoy demasiado tenso para pararme a descifrar su mirada prácticamente inexpresiva.

—Esa es solo tu percepción de una interacción con los cuatro. Alaina era mía mucho antes de que tú la conocieras, Da, así que, con todo el respeto, no tienes ni puta idea de esto.

Da se echa hacia atrás y se cruza de brazos sobre el pecho. — Eso no es del todo cierto.

Me inclino hacia adelante. —Explícate.

—Conocí a vuestro pajarito cuando era un bebé. Aidan la trajo un par de veces. Pero Lana nunca estaba con él, y él nunca hablaba de ella. Sin embargo, estaba jodidamente orgulloso de Alaina. Era una cosita diminuta, apenas balbuceaba palabras y correteaba de forma inestable. La metíamos en el parque con vosotros en el jardín trasero.

La sorpresa me deja inmóvil un momento. —¿Por qué nos cuentas esto?

Da me mira, y las líneas de su rostro se acentúan por la reflexión. —Una parte de mí se siente... responsable de la chica. Aidan fue mi amigo durante mucho, mucho tiempo. Y la Hermandad... ellos no fueron tan amables con él como lo fueron conmigo, como lo son con otros. —Suspira y clava la vista en el jardín—. Lo que le pidieron... no estaba bien. Y no se tomaron muy bien su negativa. Nada volvió a ser igual. Conoció a Lana poco después y empezó a alejarse de la Hermandad. Seguía presentándose en las reuniones del consejo, pero la camaradería había desaparecido.

Asiento, archivando mentalmente esa información para investigar a Aidan y lo que hizo dentro de la Hermandad.

—¿Es por eso por lo que te casas con Lana? ¿Como una especie de honor mal entendido hacia tu amigo muerto?

Los ojos de Da centellean hacia Wolf, pero este, como de costumbre, no se inmuta. Sostiene la mirada de Da con firmeza. Y también como de costumbre, intervengo para frenar su mierda.

—Cuéntanos sobre vuestra reunión familiar al otro lado del charco —interrumpo su concurso de ver quién la tiene más larga.

—Cillian Kelly anunció a su sucesor: su sobrino, Quinn Kelly.

Los tres asentimos al unísono. Quinn está tan loco como su tío. Supongo que hay que estarlo en su posición.

La gente suele hablar de aquella vez que Cillian decapitó a media sala. He oído docenas de rumores sobre por qué lo hizo, pero él nunca lo confirmó. En cualquier caso, palidece en comparación con la vez que vimos a Quinn incendiar sistemáticamente la casa de cada persona que estuvo en un pub la noche anterior. Al parecer, alguien se burló de la madre de Quinn, algo sobre que ella calentaba algo más que la cama de Cillian, y un grupo de personas se rió. Ese fue su error fatal.

Quinn ni siquiera estaba en el pub cuando ocurrió esa supuesta broma. Es retorcido, astuto y un auténtico comodín. Sería un gran aliado para nosotros cuando yo ascienda, pero es tan probable que nos masacre como que nos felicite.

—¿Tan pronto? Cillian no es mucho mayor que tú.

Da mira a Sully. —Ya. Quién sabe cómo funcionan estas cosas. Quizá Cill solo quería que se corriera la voz de que tiene un sucesor preparado. O está planeando algo y quiere un sistema de seguridad para la Hermandad. Es difícil saberlo con Cill, ya lo sabéis.

—Ya. Al menos has vuelto entero.

Los cuatro nos quedamos en silencio ante el recordatorio de lo fácil que le resulta a Cillian apretar el gatillo.

—Represalia.

Da levanta una ceja y se gira hacia mí. —¿Qué pasa con eso?

—¿Cómo que *qué pasa con eso*? Entraron en nuestra casa en mitad de la noche como ladrones comunes...

—¡Y se llevaron a nuestra puta chica en nuestro propio pub! —me interrumpe Wolf con tono gélido.

—Parece que la habéis recuperado bien, sin embargo —dice Da, observándonos a todos.

Siento que frunzo el ceño y se me revuelven las entrañas. —¿Estás sugiriendo que dejemos que un ataque así quede impune?

Niega con la cabeza y se tira de la barba, alisándola. —No. Solo dadle algo de tiempo.

—¿Tiempo? —Wolf golpea la mesa con el puño y se pone de pie en un movimiento explosivo—. El tiempo podría matarla.

—¿No se trataba esto de Summer Knoll? —se mofa Da.

—Sabes de sobra que esto también trata sobre ella. —A Wolf le tiembla la mandíbula.

—Si no más —añado con voz dura—. Para mí, se trata más de ella que de Summer Knoll.

—Mientras vosotros estabais por ahí haciendo quién sabe qué con vuestro pajarito, yo hice unas cuantas llamadas y organicé algunas cosas. Ahora estoy esperando a que den resultado antes de que hagamos un movimiento.

Miro a Wolf, luego a Sully, y sé solo con esa mirada que ninguno de nosotros está satisfecho con esa respuesta. Asiento un par de veces, más para mis adentros que para otra cosa. Llevo semanas con mis sospechas, pero el supuesto *plan* de Da me dice todo lo que él no confesó: o sabe quién está detrás y no planea tomar represalias, o sabe quién está detrás y no puede tomarlas. Sin embargo, solo hay un puñado de razones por las que no podría tomar represalias: alianzas, personas protegidas, los pocos intocables de la ciudad, o que fuesen órdenes de Cillian.

—Me sorprende que no tengáis ya a alguien colgado en las cocheras por esto —reflexiona Da, interrumpiendo mi espiral de pensamientos.

—Tuvimos a gente. No a la adecuada. Nos topamos con algunos... obstáculos inesperados. El que lo planeó tuvo ayuda. Fue algo preparado y con múltiples frentes. Cortaron la luz en O'Malley's pero no en los edificios circundantes; las cámaras públicas en un radio de veinte millas estaban en un bucle de sesenta minutos, pero las de residencias privadas fueron inhibidas, lo que significa que dejaron a alguien atrás para asegurarse de que siguieran así; y la furgoneta accidentada y calcinada era inidentificable, abandonada en una carretera secundaria en medio de la nada. Sin cámaras. Sin testigos.

—¿Así que os habéis rendido? Eso no suena propio de mi hijo.

La rabia que siempre fluye en mi interior burbujea ante su insinuación. —No soy un puto *cobarde*.

Él sonríe, con esa curva lenta de sus labios como diciendo *¡Te cace!* Siempre le ha gustado apretar ese botón mío en particular.

Aprieto la mandíbula, frustrado por haber caído en su mierda otra vez.

Todo el puto mundo sabe que yo consigo que las cosas se hagan, y no tengo que demostrar ni una mierda.

—Me he ganado mi lugar en la Hermandad. Todos lo hemos hecho —hago un gesto hacia mis hermanos—, así que a menos que haya algo más, esta conversación ha terminado. —Mis palabras son bajas, apenas conteniendo el gruñido que siento atrapado en mi pecho.

Le doy la cortesía de cinco segundos para responder, y cuando no lo hace, empujo mi silla hacia atrás y me levanto. Mis hermanos hacen lo mismo, y todos nos damos la vuelta y salimos de la cocina.

—Una cosa más.

Nos detenemos en el umbral de la cocina, pero ninguno de nosotros se da la vuelta.

—Estaré fuera unos días. Lana también. Estamos trabajando en algo para Cillian.

Asiento y me alejo. Wolf y Sully me siguen hasta mi centro de mando, como le gusta llamarlo a Alaina, y cierro la puerta tras ellos.

Sully ya está pasando el escáner por la habitación en busca de micrófonos, y Wolf está revisando los lugares obvios buscando una cámara. Hemos estado fuera semanas y no tengo ni idea de quién estuvo en Summer Knoll, y mucho menos en esta parte de la casa.

Cuando estamos seguros de que es seguro, todos empezamos a hablar a la vez.

—Voy a llamar a los King.

—Tenemos que irnos.

—Está planeando algo.

—Vale —grito—. Hablemos de esto rápido. No quiero dejar a Alaina sola ahora mismo, y alguien tiene que revisar su habitación.

—Uno de nosotros debería quedarse en su habitación por la noche. Me siento jodidamente expuesto aquí, y me pone nervioso.

—Wolf se estremece, subrayando su punto de vista.

—Sí, estamos de acuerdo en eso, y uno de nosotros debería estar con ella tanto como sea posible durante el día también —dice Sully mientras se apoya en la pared junto a la puerta. Estoy seguro

de que su atención está dividida entre nosotros y el esfuerzo por oír algún movimiento en la habitación de Alaina. Estamos demasiado lejos para eso, pero no voy a ser yo quien se lo diga.

—Y voy a llamar a Maeve ahora. Creo que es hora de que dejemos de hablar de reunir a nuestros propios aliados y empecemos a consolidarlos. —Se me revuelve el estómago. Siento que esto roza la línea de la traición, y tenemos que tener cuidado de no caer al otro lado. Temo que no habría vuelta atrás de eso, ni con Da ni con la Hermandad.

—Me pondré en contacto con Diesel y lo pondré al día. Estoy seguro de que estará de acuerdo —dice Wolf mientras mete la mano en el bolsillo para sacar su teléfono.

—Yo veré qué tal con Matteo. Nunca viene mal tener a los italianos de nuestro lado —ofrece Sully.

—Sí. Quizá O'Malley y sus chicos. También tengo a algunas otras personas a las que tantear. Es un buen comienzo. Hagámoslo mientras el viejo no está.

—Sí, suena bien. Haré una llamada y luego entraré con Roja —dice Wolf, marcando ya.

Me siento en el extremo de mi sofá y saco el teléfono del bolsillo. Llamo a Maeve y ella responde al primer tono.

—He estado esperando tu llamada.

—Sí. ¿Sigues dispuesta a pasarte? Nos estamos moviendo más rápido de lo que pensaba. —Me froto la mandíbula, y la barba de varios días me raspa las yemas de los dedos.

—Estaremos allí mañana sin falta —dice ella, y cuelga la llamada.

—Jesús, ¿le costaría mucho decir *adiós*? —murmuro mientras me pellizco el puente de la nariz. Acabamos de volver y ya quiero marcharme.

No quiero dejar que el cansancio me venza, así que arrastro un portátil desde mi mesa de centro hasta el regazo y lo abro para revisar los paneles en busca de nueva información.

VEINTICUATRO

ALAINA

DESPUÉS DE PASAR una cantidad de tiempo ridícula en mi ducha favorita, me pongo unos bóxers y una camiseta ancha. Los cogí del piso franco antes de que nos fuéramos. Le he cogido el gusto a dormir con la ropa de los chicos.

Me inclino y me seco el pelo con el secador, marcando las ondas con los dedos sin pensar y dejo que mi mente divague.

Lógicamente, sabía que la probabilidad de que mi padre estuviera vivo era escasa, por no decir nula. Lo *sabía*. Pero eso no impidió que tuviera la esperanza de que lo estuviera. De alguna manera.

Cuando era pequeña, solía acostarme convencida de que estaría allí por la mañana. Tras el paso de los días, las semanas, los meses —los años—, me iba a dormir con un poquito menos de esperanza en el corazón. Y en algún momento del camino, guardé bajo llave la poca esperanza que me quedaba y la enterré a dos metros bajo tierra, jurando no dejarla resurgir jamás.

La verdad es que no sé mucho sobre mi padre. Tengo algunos recuerdos muy vivos de cuando era más joven y fragmentos que he oído a lo largo de los años. Pero no es mucho.

He aprendido más de él en una sola conversación de lo que podría haber esperado. Ahora solo tengo que encontrar la manera

de darle sentido a todo.

Me pregunto si cambiará algo con mi madre, en nuestra relación. Se me encoge el pecho al pensar en poder hablar libremente de mi padre. Quizá Cormac comparta algunos recuerdos que tenga de mi padre: cómo era de joven, cómo se metió en la Hermandad. Sinceramente, a estas alturas me conformaría con cualquier cosa.

Para cuando mi pelo está casi seco, un enorme agotamiento se apodera de mí. Recojo el baño con movimientos lentos.

Me duele el corazón y tengo la cabeza hecha un lío. Es temprano, pero la cama grande y mullida del dormitorio me está llamando. Entro en el dormitorio, y no me sorprende ver a Wolf repantingado en mi cama sin camiseta, exhibiendo sus intrincados tatuajes en espiral como el rey oscuro que es.

—Ven aquí, nena. —Wolf da una palmadita en el colchón a su lado.

Me meto en la cama y me tumbo a su lado. Me siento extrañamente ligera, casi ingrávida, cada vez que estoy cerca de uno de ellos.

—¿Estás bien, pelirroja?

Asiento y me acurruco más, apoyando la cabeza en su pecho. —Estoy... procesándolo. Pero me alegro de que estés aquí.

—No hay ningún otro lugar en el que preferiría estar. Cierra los ojos, estaré aquí cuando te despiertes.

—Vale, Conor —digo entre un bostezo. Dejando que mis ojos se cierren, siento cómo me arropan con las mantas y me duermo con una pequeña sonrisa en la cara.

ME DESPIERTO CON UN GEMIDO, asándome de calor. Hace tanto calor aquí que estoy sudando. Con los ojos cerrados, intento quitarme las mantas de una patada, pero me topo con resistencia. Abriendo un ojo, veo a Wolf delante de mí, tumbado de espaldas, con los ojos cerrados y soñando.

Si Wolf está aquí, ¿quién está detrás de mí?

Mirando por encima del hombro, me llevo una grata sorpresa al ver a Rush. Se había acostumbrado a colarse en mi cama por la noche en el piso franco, pero solo en las noches en las que Wolf no estaba ya allí. No estaba segura de cómo se desarrollaría esto entre todos nosotros una vez que dejáramos el piso franco, y que aparezca así en mi cama es una buena señal.

Me doy la vuelta para mirarlo, sin sorprenderme cuando abre los ojos de golpe. Parpadea, y esos ojos grises y límpidos me guñan un ojo a la luz de la mañana.

—Shhh. Vuelve a dormirte para que pueda observarte —susurro con una sonrisa.

Su sonrisa le ilumina la cara, y siento un revoloteo de mariposas en el estómago. Sin decir palabra, vuelve a cerrar los ojos, todavía mirándome.

Me tomo unos momentos para admirarlo, para memorizar todas las líneas de su cara y la curva de sus labios.

—Siento tu mirada sobre mí —murmura sin abrir los ojos.

—¿Ah, sí? ¿Y qué se siente? —Mis palabras son silenciosas. No quiero despertar a Wolf.

—Como el cielo y el éxtasis. —Abre los ojos y se inclina para atrapar mis labios. Intento apartarme en señal de protesta —los besos con aliento mañanero no son lo ideal—, pero él no me deja.

Enreda su lengua con la mía, aplicando presión, y abandono mi decisión y rápidamente me muevo para acercarme más.

Él gime, un sonido bajo que aviva la llama de la lujuria que crece por segundos. Levanta la mano para colocarla en la base de mi garganta, sus dedos tatuados se enroscan suavemente alrededor de mi cuello.

Arqueo la espalda, me aprieto más y levanto la pierna para enroscarla sobre su cadera. Su polla se presiona contra mi coño y me estremezco mientras la lujuria me recorre la espina dorsal.

Rush ahonda el beso, gimiendo de placer en mi boca. Una sensación de agitación se inicia en mi pecho cuando recuerdo que Wolf está durmiendo a un par de metros de nosotros.

¿Se despertará?

Si lo hace, ¿se unirá a nosotros?

Ese último pensamiento enciende aún más mi lujuria, y deslizo una mano por el pecho cincelado de Rush hasta sus pantalones de deporte. Envuelvo mis dedos alrededor de su polla y aprieto.

El enjambre de mariposas cae en picado mientras las inseguridades toman el protagonismo. No he estado con muchos hombres antes —joder, la mayoría están en esta casa— pero he leído lo suficiente y he oído lo suficiente como para saber que Rush es más grande que la media. Mucho más grande.

Me preocupa un poco que no me quepa dentro, aunque no estoy diciendo que quiera que lo intente con Wolf durmiendo a nuestro lado.

Quiero decir, si Wolf quiere tumbarse a nuestro lado mientras *no está durmiendo*, no diría que no.

Acaricio la polla de Rush entre nuestros cuerpos, tragándome sus gemidos. El placer me recorre la espina dorsal al pensar en poner a Rush de rodillas de esta manera. La sensación de poder que me da es absurda pero adictiva.

Rush intenta deslizar sus dedos dentro de mis pantalones cortos y en mi coño, pero me aprieto contra su cuerpo, atrapando su mano.

—Quiero hacer que te corras —susurro contra sus labios—. Y luego tú puedes hacer que me corra yo.

—Sí, pajarito, es el mejor plan que he oído en todo el día —dice Rush en mi boca.

Acaricio, aprieto y cambio el ritmo hasta que está al borde del orgasmo, sudoroso, con los ojos vidriosos y los labios entreabiertos.

Dos caricias más, y se corre. Su pecho sube y baja mientras junta nuestros pechos, aniquilando absolutamente mi boca. Me pregunto qué más aniquilará con esa hermosa boca suya.

—Las cebras solo bailan la Macarena —murmura Wolf.

La nebulosa de lujuria se despeja con sus tonterías de sonámbulo, y se me escapa una risita.

—Vale, de acuerdo. Llémoslo al baño, ¿vale? Te voy a poner guarra y luego te limpiaré.

Asiento en cuanto dice «baño». Nos levantamos de la cama en silencio, con cuidado de no molestar a nuestra Bella Durmiente, y caminamos de puntillas hacia el baño.

Bueno, yo voy de puntillas, Rush de alguna manera camina normalmente, pero no hace ni un solo ruido. Estaría más impresionada si no estuviera tan excitada en este momento.

Rush cierra la puerta y echa la cerradura. —Desnúdate y métete en la ducha, nena.

Me estremezco ante la orden y hago lo que me dice. Cuando está satisfecho con la temperatura del agua, se baja los pantalones cortos.

Su impresionante polla se balancea con el movimiento, y me lamo los labios.

Rush me hace un gesto con un dedo y me inclino para darle un beso en los labios. Aprovecha la oportunidad para profundizar el beso de nuevo. Y entonces me elevo, sin ninguna preocupación por el mundo exterior a sus dedos en mis partes más sensibles.

DESPUÉS DE QUE Rush cumpla su promesa de ponerme guarra antes de limpiarme, lo echo de la ducha para poder hacer mi rutina habitual.

Estoy terminando de aplicarme el rímel cuando oigo voces en el pasillo.

Una voz femenina.

Varias voces femeninas.

Guardo el maquillaje y entro en mi dormitorio, sorprendida de encontrar mi cama vacía. Me muerdo el labio inferior, preocupada de que Wolf haya visto a Rush y a mí y se haya... no sé, enfadado. O puesto celoso. Realmente debería tener esa conversación con todos ellos pronto.

La curiosidad me pica, sigo el sonido de las voces hasta el final del pasillo, al centro de mando de Rush.

Abro la puerta de un empujón y se me corta la respiración al ver a cinco hermosas mujeres abrazando a mis tres hombres.

Dos morenas, una rubia y dos pelirrojas, todas altas y delgadas. Cada una va vestida de forma diferente a las demás, pero todas

tienen el mismo aire. Parecen unas tías duras de cojones, y si no estuvieran encima de mis hombros, querría ser su amiga.

A pesar de los diferentes colores de pelo y ropa, hay algo similar en ellas. Creo que podrían ser familia.

Una de ellas —una pelirroja— me ve en la puerta. —¡Eh! ¿Es esa tu chica, Rush?

Los ocho pares de ojos se giran en mi dirección y hago un esfuerzo consciente por permanecer quieta bajo sus miradas.

Rush ya se está moviendo cuando nuestras miradas se encuentran. Extiende una mano hacia mí, y entrelazo mis dedos con los suyos.

—Esta es Alaina. Alaina, estas son las hermanas King. —Señala primero a la chica de la izquierda—. Fiona, Keira, Maeve, Ava, y la ruidosa del final es Roisin.

—¡Eh! No soy ruidosa, mis hermanas son inusualmente silenciosas —dice la última, Roisin.

—¡Oh, no me jodas, Ro!

—¡Menuda sarta de gilipolleces!

Dos de las hermanas, creo que Fiona y Keira, hablan al mismo tiempo, y luego las cinco se disuelven en una discusión amistosa.

Me inclino hacia Rush y le susurro: —¿Quiénes son?

Él gira la cabeza hacia mí, rozando mis sienes con sus labios. —Son aliadas. Han venido a ayudarnos a averiguar quién está detrás de tu secuestro.

Wolf se acerca a nosotros, pasando su brazo por mis hombros.

—¿Dónde están tu padre y mi madre?

Antes de que pueda responder, Maeve chasquea los dedos, llamando mi atención. —Es verdad. Sois todos hermanastros. Y os estáis liando —dice con regocijo—. Qué pervertido.

—Es un tecnicismo que probablemente ni siquiera ocurra. Con nuestros padres, me refiero. —No sé por qué, pero siento que necesito defendernos.

Maeve levanta las manos en el aire, con las palmas hacia nosotros. —Eh, eh. Sin juzgar. Solo estaba siendo descarada.

Me muerdo el labio y asiento.

Roisin da una palmada. —Vale. Rush, ¿por qué no me enseñas en lo que has estado trabajando, y luego te doy una paliza como suelo hacer? —Suelta su pulla con una sonrisa en la cara.

Rush le sonríe con suficiencia. —Ya te gustaría, Ro. Yo te enseñé todo lo que sabes.

—Sí, lo hiciste. Y ahora el maestro se ha convertido en el alumno.

Probablemente es solo un par de años más joven que yo, pero tiene suficiente desparpajo como para pensar que se llevaría muy bien con Maddie.

Rush suelta lentamente mi mano. —Tengo que poner al día a Ro y Maeve. No vayas a ningún sitio sola, ni siquiera dentro de esta casa, ¿vale? Y antes de que se me olvide, Da y tu madre se han ido de la ciudad por unos días.

Asiento y lo veo cruzar la habitación hacia su enorme escritorio lleno de ordenadores y equipo informático.

Fiona y Keira se acercan a nosotros y empiezan a hablar de varias cosas de las que no tengo prácticamente ni idea: armas, círculos de lucha clandestina, atracos.

En algún momento de la conversación, Wolf quita su brazo de mi hombro para demostrar algún movimiento de MMA que un tipo hizo recientemente, y los tres se mueven a la zona del sofá y la mesa de café de la habitación.

Miro hacia Ava, pero está charlando animadamente con Sully. Y entonces ese idiota se ríe, una carcajada en toda regla, y no puedo controlar los celos que recorren mis venas.

Siento un rubor que me sube por el pecho y, de repente, me siento muy pequeña.

Insegura y no deseada.

Los sentimientos se arremolinan en mi estómago, y estoy desesperada por salir de aquí.

—Voy un momento... a la cocina. —Mis palabras no son silenciosas, pero nadie se da cuenta de que me doy la vuelta y salgo de la habitación.

Me dirijo a la cocina, con la intención de prepararme algo de comer. Quizá solo estoy de mal humor por el hambre.

Uf, probablemente sea eso.

Saco los ingredientes para hacerme una tortilla cuando mi móvil vibra con una llamada entrante. Cogiendo el móvil de la encimera, chillo al pulsar el botón de aceptar.

Las caras sonrientes de Maddie y Mary llenan la pantalla.

—¡Lainey! —dicen al mismo tiempo.

—¿Y cómo están mis gemelas favoritas hoy? —digo con una risa.

—Cariño, ¡estoy mucho mejor sabiendo que estás por aquí *más o menos* ahora! ¿Cuándo puedes volver a la ciudad? ¡Te echamos mucho de menos! —dice Maddie, exagerando bastante el drama.

—Es verdad, Lainey. ¡Te hemos echado de menos!

—Sería maravilloso ver esas caras tan bonitas pronto. Hablaré con los chicos a ver si alguno planea algún viaje a la ciudad pronto —les digo mientras bato los ingredientes.

—¡Uh! ¿Qué tal en dos días en nuestra cafetería favorita? Sirven las mejores hamburguesas con queso allí —sugiere Mary.

—¡Sí! —Maddie aplaude—. ¡Hagámoslo!

Asiento y me río de su entusiasmo. —Claro. Seguro que puedo arreglármelas.

—¡Genial! Mándanos un mensaje luego. Tenemos que irnos —dice Maddie con una cara de pena exagerada—. He quedado con un amigo, y Mary también ha quedado con alguien. ¿Verdad, Mary?

—Sí. De hecho, tengo que irme. Voy a llegar tarde. ¡Adiós, Lainey! Me alegro mucho de que hayas vuelto —dice Mary antes de levantarse y salir de la habitación en la que están.

—Vale, cariño. Mándame un mensaje luego, ¿vale?

—Lo haré. —Asiento—. Y quiero que me mandes un mensaje con los detalles de esa cita a la que estás a punto de ir, porque sé que es lo que estás haciendo —digo con una sonrisa—. No eres tan discreta como crees. ¡Pero aun así te quiero!

—Vale, vale. ¡Luego, cariño!

Maddie termina la llamada, y yo vuelvo a preparar mi tortilla. Hablar con ellas siempre me pone de buen humor, me recuerda que soy una *jefa de la hostia*, como diría Maddie, y que puedo hacer cualquier cosa que me proponga.

Estoy tarareando «Out of the Woods» de Taylor Swift con una sonrisa en la cara y comiendo un delicioso desayuno. Por este

momento, todo parece estar bien.

VEINTICINCO

ALAINA

LAS HERMANAS KING llevan aquí dos días. Y durante dos días, me he sentido casi invisible. Rush está trabajando sin descanso con Roisin —resulta que es una máquina con la tecnología, como él— y con Maeve, que tiene *una mente brillante*, según Wolf.

Sully ha estado por ahí haciendo... lo que sea que haga, y ayudando a las chicas con lo que necesiten. Ah, y volviendo a ignorarme. Sus idas y venidas me están crispando los nervios.

Wolf está en la gloria cuando *habla de lo suyo*, como le gusta llamarlo, con Fiona y Kiera. Ayer las oí hablar durante sesenta minutos seguidos sobre dos tipos diferentes de armas y la probabilidad de usar cada una en cada situación que se les ocurría.

Ava habló —largo y tendido— sobre lo que hizo cuando la secuestraron el año pasado. Y eso desató toda una conversación sobre cuántas veces las chicas habían frustrado intentos de secuestro.

Principalmente, me deja demasiado tiempo para quedarme atrapada en mis pensamientos. Para examinar conversaciones que he tenido con mi madre a lo largo de los años con otras gafas, unas que saben que mi padre está... muerto.

Dios. Qué palabra tan pequeña para algo tan monumental. Solo cuatro letras no parecen abarcar el agujero que su ausencia ha

dejado en mi alma.

Una mañana me pongo especialmente existencial y me pregunto cuál es mi propósito aquí: aquí en la Tierra y aquí en esta casa.

Mary y Maddie han estado ocupadas, así que no he hablado mucho con ellas, salvo para aplazar nuestra comida unos días. Estoy bastante segura de que ambas están saliendo con alguien, pero ninguna lo ha confirmado todavía.

Es la tarde del tercer día y creo que he llegado a mi límite. Me siento tan rematadamente tonta que apenas puedo soportarlo. Ahora mismo, todo el mundo está reunido en la cocina, recordando viejos tiempos. Todos ríen y bromean, y lo que es peor es que nadie está siendo desagradable.

Es solo que... yo no siento que encaje.

Y me está hundiendo en la miseria.

Maeve y Rush han estado inseparables todo el día. Al menos todavía se acurruca conmigo por la noche.

Suspiro. Hasta mis pensamientos me deprimen hoy. Me siento como si estuviera atrapada en un ovillo de lana y, cada vez que intento abrirme paso, se vuelve más grueso y apretado.

Me he disculpado hace treinta minutos y desde entonces he estado de pie en el pasillo. Ha habido un cambio desde que llegaron las King. Y, de algún modo, mis chicos ya no parecen *míos*. No del todo, al menos.

No estoy lista para renunciar a Rush, a Wolf o a Sully, pero no puedo negar que soy muy diferente de las hermanas King.

Me duele el pecho solo de pensar que pertenezcan a otra persona. Aunque no sé cuántas horas o días más puedo quedarme sentada mirando.

La melancolía me envuelve, posándose sobre mis hombros como una manta. Visto desde fuera, tiene sentido: Rush, Sully y Wolf con las King. Están en el mismo mundo, les gustan y conocen las mismas cosas... así hasta pueden detener sus propios intentos de secuestro, por el amor de Dios!

Me seco la nariz con el dorso de la manga y parpadeo varias veces, sorprendida al sentir una lágrima rodar por mi mejilla.

Lo sabía.

Joder, lo sabía.

Había empezado a tener esperanzas. Dejé que esa pequeña semilla creciera y creciera y creciera, y ahora mira dónde estoy. Como si mis pensamientos negativos lo hubieran invocado, Rush sale de la habitación.

Frunce el ceño mientras me evalúa. —¿Qué pasa? ¿Estás herida?

—No sé si puedo hacer esto, Rush. —Las palabras parecen arrancadas de mi alma.

—¿Hacer qué? —Ladea la cabeza.

—Esto —digo, señalando el espacio entre nosotros—, lo nuestro. Todo.

Sus ojos parecen el mar en medio de una tormenta y su mirada es igual de imponente. —No, quieres decir que *no quieres* hacer esto. ¿De qué va esto en realidad?

Niego con la cabeza y una lágrima se desliza por mi mejilla. —No estoy... no estoy hecha para esta vida. No soy como *ella...ellas*. —Desvío la mirada hacia la derecha, donde se encuentra el objeto de mi inseguridad. Está sentada en la isla limpiando sus armas y bebiendo café como si fuera una mañana normal, y está jodidamente espectacular.

¿Cómo puedo competir con eso?

Rush resopla. —Venga ya, Birdie. Si vas a intentar marcharte, al menos suéltame alguna mentira creíble. Tú no eres celosa. —Sus labios se curvan en una sonrisa cruel y se balancea sobre los talones.

Una chispa de ira me recorre la espalda. —No me conoces lo suficiente para hacer esa clase de suposición.

Enarca una ceja, y esa maldita sonrisa arrogante se extiende por su rostro. Podría haber sido modelo con esos pómulos. —¿Ah, no?

Me cruzo de brazos con fuerza sobre el pecho; la corriente del aire acondicionado me enfría la piel sobrecalentada, y aparto la vista de su mirada inquisitiva. —Pues sí que lo soy. —Las palabras suenan bajas en el silencio de la noche—. Estoy tan increíblemente celosa de ella que quiero arrancarle los putos ojos por el mero hecho de mirarte. —Aprieto la mandíbula mientras lo miro por debajo de las pestañas.

El autodesprecio y la posesión luchan por el dominio dentro de mí. La vergüenza me humedece la nuca. Sé que es hipócrita: aquí estoy yo no con uno, sino con dos chicos... tres, si cuentas a Sully.

Y siempre cuento a Sully.

Y le estoy montando un pollo a Rush por tener a una amiga de la infancia de visita, aunque hayan estado pasando la mayor parte del tiempo juntos. Su amiga de la infancia, que es la versión femenina de él: guapísima, letal, inteligente a más no poder. Es como si el universo hubiera empaquetado todo lo que no soy y a lo que aspiro, y lo hubiera convertido en ella: Maeve King.

Uf, hasta su nombre es la hostia.

No hay nada de brutal en la discreta Alaina McElroy. Hasta este verano, daba clases particulares a niños, trabajaba en una cafetería y cantaba en un karaoke glorificado los fines de semana por diversión. Y desde que me mudé a Boston, no hago gran cosa *más que* estorbar. Al menos, esa es la sensación que tengo.

Apuesto a que Maeve nunca se siente como si estorbara con su pelo precioso y su piel perfecta... Uf. Detengo ese tren de pensamiento.

Yo no soy *esa* persona.

No soy el tipo de chica que va a ser una arpía con otras por un tío... incluso si creo que podría estar enamorada de ese tío.

El hecho es que Maeve representa todo lo que no soy: es fuerte, astuta y maneja un arma como si lo hubiera hecho desde que nació. *Como mis chicos.*

Y sé que *a ella* no necesitarían rescatarla si alguien la secuestrara en la parte trasera de un bar. Quiero taparme la boca con la mano por siquiera *pensar* en semejantes ridiculeces.

Estoy agradecida, muy agradecida, de que vinieran a por mí.

Sonríe, y una risa queda se escapa de su boca. Sus ojos me miran con un brillo especial y tengo la funesta sospecha de que mis pensamientos se han estado reflejando en mi cara todo este tiempo. Realmente necesito trabajar en mi cara de póker.

Suspiro. —No soy ella. Ni ninguna de ellas. Yo... no sé si alguna vez lo seré, Rush.

—Sí. No lo eres.

Sus palabras escuecen, pero son la verdad. Él siempre me da la verdad. Wolf me envuelve sus palabras en bonitos lazos y Sully me ignorará sin más si no le apetece. Pero Rush siempre me lo dice directamente, sin importar el escozor.

Olas de decepción me recorren, hundiéndome. Asiento un par de veces. —Vale, bueno... me voy a... —Señalo por encima de mi hombro con el pulgar.

Lo miro y encuentro su mirada clavada en mí, inquebrantable. —¿Has terminado, pajarito? —Su tono es suave, pero sus palabras se sienten duras al caer entre nosotros sobre las baldosas de mármol.

Dejo caer los hombros ante el apodo.

—No la quiero a ella ni a nadie más. Te quiero a ti. —Se acerca a mí y estampa su boca contra la mía. Libra una guerra contra mí —por mí— y no ofrece clemencia.

Rush me agarra la pierna por debajo del muslo y la sube para que descansa contra su cintura, sin romper nunca nuestro beso. Gimo en su boca cuando se pega a mí, empujándome contra la pared.

Estamos en medio del pasillo y la idea de que alguien pase y nos vea me envía una punzada de excitación directa al clítoris.

El bulto de su polla presiona contra mi pierna, y gimo. Siento calor, como si no pudiera respirar. Pero haría falta un desastre natural para que separara mi boca de la de Rush. Enrosco los dedos en su nuca y arqueo la espalda, desesperada por algo de fricción.

—¿Qué necesitas, pajarito? —dice contra mis labios, sin apartarlos del todo.

—Más —le susurro en la boca. El placer recorre mi cuerpo desde las puntas de mi pelo hasta los dedos de los pies, y no quiero que esta sensación se detenga nunca. Nuestras caderas se mueven a la vez, balanceándose y restregándose. La tela de sus vaqueros golpea mi clítoris a través del trozo de encaje que nos separa, y no puedo reprimir un gemido. Estoy persiguiendo la euforia y no me importa suplicar para alcanzarla ahora mismo. Por favor, Rush.

Sus dedos se flexionan en mi muslo mientras me aprieta más contra él. Se ríe contra mi boca, una vibración que va más allá de mis labios, antes de deslizar su boca por mi cuello. Chupa mi cuello

con suavidad y es un disparo directo a mi coño. Echo la cabeza hacia atrás y mantengo los ojos cerrados para poder concentrarme en cómo me está haciendo sentir.

—Quiero tus palabras.

Se me corta la respiración. —Tócame.

Me muerde el cuello antes de lamer la zona con la lengua, y me doy cuenta de mi error.

—Quiero que me comas el coño, Dec. —Siento viejos destellos de vergüenza empezar a desplegarse en mi vientre, pero enciendo una cerilla y les prendo fuego. No hay lugar para ellos aquí. Mi lujuria ha crecido hasta un tamaño incontrolable y solo hay una forma de domar a esa bestia.

—Ah, ahí está. Buena chica.

Su elogio me envía otra ola de placer y, como respuesta instintiva, enrosco los dedos, olvidando que todavía los tengo en su pelo. Gruñe antes de lanzarse hacia adelante.

—Haces que pierda el control, Birdie, y no sé si podré contenerme.

—Pues haz algo al respecto. —El desafío es claro.

Siento que se aparta de mi cuello, así que abro los ojos y lo miro. Su mano deja mi pierna y sube hasta mi hombro. Con un rápido movimiento de muñeca, me baja los tirantes de los hombros, relajando la tela que cubre mis tetas. Mi pecho sube y baja mientras traza un dibujo sobre mi piel, y siento mis pezones endurecerse a través de la camiseta.

Rush se arrodilla. Sus ojos azul tormenta se oscurecen hasta el color del mar por la noche. Echa mi pierna sobre su hombro y encaja sus anchos hombros entre mis piernas. No puedo apartar los ojos de esa imagen.

Mi vestido se ha subido hasta mi cintura, así que Rush se encuentra cara a cara con mi coño cubierto de encaje. No me avergüenzo ni un poco de la mancha húmeda.

Desliza lentamente un dedo por el centro de mi sexo. —Negro. Interesante elección.

—Yo... eh... —Desliza su dedo bajo la tela de encaje y la sensación de su piel contra la mía en mi punto más sensible me

provoca un escalofrío por todo el cuerpo. Cuando se detiene, continúo—: No las compré yo. —Las palabras me salen de golpe, desesperada por que continúe su exploración.

—¿Birdie?

No me había dado cuenta de que había cerrado los ojos hasta que me llamó por su apodo. Abro los ojos y me encuentro con su mirada, de una intensidad que nunca antes había visto.

—¿Mmm? —Eso fue lo más elocuente que pude decir en ese momento.

—Prepárate para cantar, nena —dice Rush con una sonrisa de Cheshire. Con eso como advertencia, se sumerge.

Y se da un puto festín.

Con los pulgares, me abre mientras hace girar su lengua alrededor de mi clítoris.

—Rush. —Su nombre suena como una súplica y una plegaria en mis labios—. Para de provocarme, por favor.

Hace algo con la lengua y los dedos que me hace jadear, y mis ojos se abren de par en par por el placer.

Una figura en el umbral de una puerta en el pasillo a nuestra izquierda llama mi atención. No tengo miedo ni estoy preocupada; Rush no dejaría que cualquiera me viera así. Así que tiene que ser uno de mis chicos.

Otro jadeo se me escapa cuando el hombre da un paso adelante, quedando solo parcialmente oculto en la sombra. Me quedo helada por un momento al ver el reconocible perfil de Sully.

Pero lo que me corta la respiración es el movimiento bajo su cinturón. Tiene los vaqueros desabrochados, la polla en la mano, y se la está meneando al mismo ritmo que Rush hunde sus dedos en mí.

No puedo verle bien los ojos, pero los siento sobre mí. Muevo la mirada entre su polla y su cara; estoy desesperada por verlo correrse, pero está demasiado en la sombra.

Como si me leyera la mente, da otro paso para salir de las sombras. Su rostro queda a la luz, y la expresión que tiene es suficiente para derretir mantequilla. Una gota de sudor me resbala por el cuello.

Deslizo la mano hasta el pelo de Rush y lo agarro con fuerza, justo como había fantaseado. El tirón de sus mechones lo pone en marcha y redobla sus esfuerzos. Siento la ola subir a mi alrededor, así que hago lo único que puedo hacer.

Miro directamente a los ojos de Sully y me preparo.

He puesto a este rey oscuro de rodillas. No, eso no es correcto: se arrodilló *voluntariamente*.

Este hombre que no se doblega ante nadie se ha puesto de rodillas *por* mí.

Y me ha dado estrellas.

VEINTISÉIS

ALAINA

A LA MAÑANA SIGUIENTE, me despierto temprano y me escabullo de la cama. A pesar de mi pequeño arretrato de ayer, Rush no apareció anoche. No estoy segura de si estuvo ocupado trabajando o qué pasó.

Decido ir a la cocina para hacerme un café. Las mañanas son lo bastante frescas como para que tomarse un café en el porche mientras sale el sol sea la forma perfecta de empezar el día.

ME ACOMODO en una tumbona del patio y pongo el teléfono boca arriba junto a mi taza de café.

Afortunadamente, Rush pudo hacer su magia y cambiarme la pantalla. Cuando llegamos aquí, me explicó que cuando no estuviéramos en el piso franco, podíamos usar nuestros teléfonos habituales.

Suena mi teléfono y el ruido me sobresalta.

—¿Mamá? —respondo a la llamada y pongo el manos libres. El sonido de una respiración llena la línea, pero no oigo nada más. El corazón me late con fuerza y la adrenalina me recorre las venas—. ¿Mamá? ¿Estás bien? ¿Dónde estás? —Agarro el teléfono con fuerza.

Solo hay una razón por la que mi madre me llamaría tan temprano por voluntad propia.

Hay algo de estática al otro lado antes de que oiga su voz. —Estoy bien, Alaina. Pero tengo noticias.

—Vale. Dios, por un momento me has asustado —digo con el corazón en un puño. Como un mal presagio de la vida real, un cuervo cruza volando el patio trasero, graznando todo el camino.

—No seas tan dramática. Escucha, la cosa no va a funcionar con Cormac, así que... tenemos que irnos. Bueno, yo ya me he ido. Así que tú también deberías hacerlo. De hecho, ¿por qué no vienes a quedarte conmigo aquí? —Sus palabras son rápidas pero no atropelladas, y la desesperación se filtra en cada una de ellas.

—¿Qué? Mamá, no. Eso es una locura. ¿Qué está pasando? —Tengo los ojos muy abiertos y siento que no me llega el aire.

—Lo que pasa es que me he marchado y tú también deberías hacerlo. —Su tono es firme, y se oyen cláxones de fondo.

El recelo aguijonea mi conciencia y se me eriza el vello de la nuca—. ¿Dónde estás?

—No te preocupes por eso todavía. Estoy de camino a mi nuevo sitio. —Parece distraída—. Necesito que vengas conmigo.

—¿Qué? No me voy a marchar. ¿Tienes algún tipo de problema? Sea lo que sea, mamá, ellos pueden ayudar...

—¡Oh, por Dios, Alaina! Despierta —me espeta, interrumpiéndome—. A esos chicos no les importas, no puedes creer de verdad que les importes. Fuiste un capricho pasajero, como mucho. Por eso te dije que no lo aprobaba. —Hace ese ruido en la parte posterior de la garganta y casi puedo imaginar su cara arrugada como si hubiera chupado un limón—. Pero tú tenías que salir con tu hermanastro solo para fastidiarme. —Resopla.

La vergüenza me calienta la piel, y tengo que aclararme la garganta un par de veces antes de poder hablar.

—No sabes de lo que estás hablando —digo con los dientes apretados—. Solo vuelve, mamá. Estoy segura de que puedes arreglar las cosas con Cormac.

—No. De esto no se vuelve —dice.

Gimo—. ¿Qué has hecho que sea tan grave como para no poder volver?

—Escucha, Alaina, no quería contarte esto, de verdad que no, pero creo que deberías saberlo. Cormac me ha estado mintiendo, Rush te ha estado acosando, Sully está casado y Wolf solo fue a por ti por una apuesta.

Me río. No puedo evitarlo. Es todo tan ridículo, un intento descarado de que haga su voluntad. —No me lo trago, mamá, lo siento, pero no. Ninguna de esas cosas es verdad. Y me quedo. Pero, por favor, dime qué está pasando. Quiero ayudarte.

Suspira, un sonido húmedo directamente al altavoz. —Recuerda, yo no quería hacer esto. Esto es cosa tuya, ¿vale?

—¿Vale? —Frunzo el ceño mientras miro el teléfono, tratando de dar sentido a lo que está pasando.

La voz de Rush llena el aire, y tardo un momento en darme cuenta de que sale de mi teléfono.

—¿Qué es esto, mamá?

—Shhh. Escucha. Los oí hablar la noche antes de que nos fuéramos. Ahora escucha —me hace callar.

—*¿Quieres decirme qué está pasando, muchacho? —dice Cormac.*

—*¿A qué te refieres, padre? —pregunta Rush.*

Algo golpea una mesa, ¿un cuaderno o un montón de papeles, tal vez?

—*¿Qué es esto? —pregunta Rush, tan frío como siempre.*

—*Recibos de la seguridad que instalaste en la Academia Femenina de Santa Rita y en las calles circundantes el año pasado. ¿Quieres contarme algo de eso?*

Cormac no parece enfadado, pero hay algo en su voz que no consigo identificar.

—*Nada que contar, padre. Solo... protegía una inversión.*

Hay una pausa y oigo un crujido a través de la línea.

—*¿Una inversión? ¿Así es como lo llaman los chicos hoy en día?*

—*¿Y qué? ¿Acaso no puedo tener una chica, o es que eso tampoco está permitido ya?*

Algo golpea con fuerza una superficie dura, y me los imagino sentados en su cocina teniendo esta conversación.

—Más vale que cuides tu puto tono conmigo, muchacho. Soy tu maldito presidente, ¿o se te ha olvidado?

Rush se ríe; es una risa cáustica y sin pizca de gracia.

—No te preocupes, padre. No se me ha olvidado. Pero que yo sepa, con quién me acuesto no es asunto de la Hermandad.

—Lo es si se trata de Maeve King —escupe Cormac.

El corazón me da un vuelco al oír su nombre, y no me doy cuenta de que estoy conteniendo el aliento para oír lo que dice Rush.

—No lo es. —Rush dice las palabras entre dientes.

—Seguro, muchacho, pero solo espero por tu bien que no sea otra Maeve.

—El mundo no está preparado para dos Maeves. No te preocupes tanto, viejo, ella no se parece en nada a Maeve.

Ella no se parece en nada a Maeve.

Ella no se parece en nada a Maeve.

Ella no se parece en nada a Maeve.

La inseguridad me abruma, pero oír a Rush decir que no me parezco en nada a Maeve aniquila los pedazos rotos de mi corazón. Ya estaban toscamente cosidos, pero con cinco simples palabras, Rush les ha lanzado una bomba de relojería.

Lo malo es que... no le falta razón.

No me parezco en nada a ella.

Ella puede desactivar una bomba y yo puedo hacer un café con leche. Ella es fuerte, guapísima y... y *agradable*. ¿Y no es esa la peor parte? Es jodidamente agradable.

La vergüenza me calienta las mejillas al darme cuenta de que, en este momento, me he convertido en una de *esas* chicas. De las que dejan que las emociones se impongan a la lógica y arremeten contra los demás.

Pero, Dios mío, no puedo evitar que mis pensamientos y emociones entren en una espiral. Esto está sacando a la luz cosas viejas que creía haber enterrado hace tiempo, cosas en las que no había pensado conscientemente en años.

Creo que anoche pude haber abierto la caja de Pandora y ahora no puedo cerrarla, y toda esa mierda de hace siglos está aflorando.

Ni siquiera consigo que mi propia madre *me vea*, que me elija a mí. ¡Y aquí estoy yo esperando que no uno, sino tres de los hombres más atractivos que he visto en mi *vida* me elijan a mí... *por encima de ellas, las increíblemente hermosas y talentosas hermanas King!* Sinceramente, no veo que eso vaya a suceder.

Reconozco que mis inseguridades me están asfixiando, pero no puedo detener la espiral descendente.

Lógicamente, sé que tengo muchas cualidades buenas, pero la verdad es que Rush encajaría mucho mejor con una chica como Maeve.

Y probablemente ni siquiera tendría que compartirla.

Tengo un dolor en el pecho que se irradia hacia fuera, y te juro que puedo verlo ondular en el aire, llenando toda la habitación.

¿Qué derecho tengo yo a ser egoísta y a que estos hombres me compartan cuando hay alguien como Maeve —a la que conocen desde hace siglos, que literalmente patea traseros, que forma parte de esta vida— justo aquí? Les estaría privando de una vida plena.

Simplemente... no puedo. No puedo hacerles eso.

—¿Ves? ¿Lo ves, Alaina? Te dije que no podías confiar en esos chicos —dice mi madre, sacándome de mis pensamientos melancólicos.

Suspiro, con el sonido de mi corazón resquebrajándose. —¿Por qué me has puesto eso?

Ella chasquea la lengua. —Te lo dije: no puedes confiar en ellos y no les importas. Te he ahorrado el resto de la conversación en la que Rush le dice a Cormac que eras algo para pasar el rato. —Olfatea—. He hecho eso porque eres mi hija y me importas. Y a nadie le importas tanto como a mí.

—Yo... ni siquiera sé qué decir a eso, mamá. —Mis palabras suenan vacías. ¿Cómo puede una madre decirle cosas así a su hija?

No estoy segura de si llegaré a entender nunca a mi madre, pero tengo la certeza de que ella nunca me entenderá a mí. Ni a la antigua yo —la de antes de que me secuestraran— y definitivamente tampoco a la nueva.

Si estuviéramos teniendo esta conversación hace un año —o incluso hace seis meses—, puede que me la hubiera creído ciegamente. Habría recogido mi espíritu quebrado y mi corazón goteante y me habría marchado sin decir palabra a nadie. Habría curado mi corazón roto a solas.

Pero algo cambió en mi interior aquella noche en la cabaña. La antigua yo ha desaparecido —se quemó en las llamas— y he vuelto a ser creada.

—Bueno, ya he cumplido con mi parte. No puedo obligarte a marcharte, pero realmente creo que deberías hacerlo. Llámame cuando lo hagas. —Corta la llamada antes de que pueda decir nada más.

Coloco el teléfono boca abajo sobre la mesa, golpeando la funda con el dedo índice unas cuantas veces.

Exhalo y me quedo mirando las vetas del mármol, debatiendo mi próximo movimiento.

Después de otro momento, sé lo que tengo que hacer.

Miro por encima del hombro y veo tres figuras en el arco que lleva al pasillo. Rush tiene los brazos cruzados sobre el pecho, con los bíceps hinchados por la tensión. Sully está demasiado quieto, con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros. Y Wolf está apoyado contra la pared con una falsa apariencia de calma, con un pie apoyado en la pared detrás de él.

Los tres tienen diversas expresiones de determinación en el rostro. Con sus ceños fruncidos a juego, el parecido es evidente. Me esfuerzo por ocultar mi sonrisa ante la bonita estampa que forman todos ellos así alineados. Parecen sacados de una sesión de fotos de chicos malos que huelen a problemas. Con el pelo revuelto, vaqueros rotos y expresiones peligrosas.

Son un maldito sueño erótico.

Después de haberme recreado la vista —por ahora, pues creo que nunca tendré suficiente de ellos—, pregunto: —¿Habéis oído todo eso?

Rush es el primero en hablar. Da un paso hacia mí y dice: —Puedo explicarlo. —Su expresión es ilegible como de costumbre, pero no tenemos tiempo para esto.

Levanto la mano para detener su avance. —Tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos ahora mismo, como lo que está pasando con mi madre.

Los tres caminan hacia mí y yo giro en mi asiento para quedar de frente a ellos. Resulta abrumador cuando uno de ellos pone sus miras en mí de esta manera, pero cuando son los tres juntos, me roban el aliento.

Con la forma en que me miran, no estoy segura de necesitar volver a respirar nunca más.

—Ya llegaremos a eso, Pelirroja, pero primero tenemos que asegurarnos de que sigues con nosotros —dice Wolf arrastrando las palabras, con la mirada intensa.

Rush se me acerca y los otros dos lo flanquean. Echo la cabeza hacia atrás para sostenerle la mirada y un escalofrío me recorre la espalda. Me enderezo y gano un par de centímetros, pero sigue elevándose muy por encima de mí; todos lo hacen.

Y me gusta.

Rush se coloca entre mis piernas mientras desliza la mano por entre mis pechos hasta posarla en la base de mi garganta. Sus dedos tatuados rodean suavemente mi cuello y mi pulso se acelera un poco más.

—No sé a qué juego está jugando ella, pero esa conversación no fue así. —Rush roza con el pulgar mi punto de pulso y tengo que concentrarme para no cerrar los ojos ante la sensación de sus manos sobre mí.

—Sí, yo estaba allí. No fue exactamente así —coincide Sully.

Le miro y le sostengo la mirada mientras le pregunto: —¿Entonces cómo fue, Sully?

—Eso no importa —dice Rush, apartando mi atención de mi primer amor—. Lo único que importa es que no hay nadie más.

—Nunca habrá nadie más —dice Wolf, mucho más cerca de lo que estaba hace un momento.

—Jamás —susurra Sully.

Es suficiente para llamar mi atención por la sorpresa. Eso ha sonado muchísimo a una promesa. Pero eso no puede ser correcto; mi exnovio convertido en hermanastro y luego en héroe

atormetado juró una vez que nunca me perdonaría. Esa minúscula semilla de esperanza que había estado alimentando en secreto se aviva. Solo un poco; lo suficiente para reavivar las brasas.

—Te queremos a ti. No a Maeve ni a ninguna otra —dice Rush, apretando brevemente su mano en mi cuello.

Mis ojos echan chispas de celos. —No lo hagas —le espeto.

—Ah, ya veo que mi pajarito sigue celoso —Rush exhala las palabras contra mis labios mientras desliza la mano por mi cuello—. ¿Lo de ayer en el pasillo, fuera de donde ella estaba sentada, no fue suficiente para ti?

Se me separan los labios e inclino la cabeza aún más hacia atrás. El desmentido está en la punta de mi lengua, pero apenas vale la pena intentarlo. Verán a través de la mentira antes de que las palabras salgan de mi boca.

Así que intento algo diferente: lo acepto.

—Tienes toda la puta razón —digo entre dientes—. Pienso salir con otros tíos medio desnuda y junto a la piscina, y ya veremos cómo sobrellevas tú los celos. —La sonrisa que le dedico me resulta extraña en la cara. Y, sin embargo, el retorcimiento malicioso de mis labios es perfecto.

Me resulta doloroso ir en contra de mi naturaleza —siempre he sido alguien que busca complacer a los demás—, pero la sensación de satisfacción que siento al ver a Rush perder el hilo de su control compensa cada sensación incómoda causada por unas pocas frases.

Arqueo la espalda mientras él presiona su cuerpo contra el mío, con una mano en mi cadera y la otra todavía en mi cuello. Mi corazón se acelera y tengo que esforzarme por controlar mi respiración.

Sus pérdidas de control siempre me ponen muy caliente.

—Nuestro pajarito quiere desplegar las alas, hermanos. ¿Qué pensamos de eso? —Sus palabras parecen bastante sencillas, pero el matiz siniestro yace justo bajo la superficie.

—Yo digo que le recordemos en qué jaula está —murmura Sully. Puedo verle por el rabillo del ojo. Tiene las pupilas dilatadas mientras se acomoda la polla a través de los pantalones.

—El verde es tu color, nena —dice Wolf justo a mi lado antes de girarme la cabeza y reclamar mi boca en un beso demoledor.

Wolf me gira de modo que mi espalda choca contra algo duro, y cuando una mano sube por mi pecho hasta posarse en el hueco de mi garganta, sé que es Rush.

Enrollo mis dedos en la tela de la camiseta de Wolf, anclándolo a mí mientras me pierdo en su beso. Rush arrastra sus labios por mi cuello mientras su otra mano se enrosca posesivamente alrededor de mi cadera.

Apenas queda aire entre los tres, de lo apretados que estamos. Y justo cuando estoy a punto de romper el beso para buscar a Sully, siento su calor a mi lado. Rush y Wolf se desplazan el uno hacia el otro, sin dejar de sujetarme —labios o manos— para hacer sitio a Sully. Él ocupa el espacio que han creado. En un movimiento, Wolf se retira y Sully entra, reclamando mis labios como propios.

Rush nunca afloja su agarre, y parece que no soy la única que se siente cómoda dejando que sea él quien mueva los hilos.

Las manos de Wolf comienzan su exploración por cada centímetro de piel disponible, y yo aprieto el agarre sobre su camiseta para mantenerle cerca.

Sully desliza sus manos por mis costillas mientras inclina la cabeza para conseguir el ángulo perfecto. Nuestras lenguas bailan juntas, y estoy a dos segundos de exigirles que se quiten algo de ropa.

Alguien se aclara la garganta y es como si se hubiera disparado un tiro. Los tres se giran al unísono para protegerme de la amenaza percibida, escudando mi cuerpo con los suyos y sacando una pistola de algún sitio. Rush saca una de la parte trasera de su pantalón, Sully se agacha para coger una de debajo de la mesa de centro antes de levantarse rápidamente, y Wolf agarra una del cajón de la mesa auxiliar.

El calor se extiende por todo mi cuerpo, diferente del potente sentimiento de lujuria. Este parece más suave, menos denso. Me siento protegida y segura.

Tardan un segundo en darse cuenta de que no es una amenaza, pero una vez que lo hacen, bajan las armas. Dave, su jefe de

seguridad en Summer Knoll, está al borde del patio, con los brazos a la espalda. Para que tres tíos acaben de apuntarte con sus pistolas, está sorprendentemente tranquilo.

Me pregunto si este tipo de cosas pasan a menudo por aquí. Me apunto mentalmente para preguntarlo más tarde.

—Siento interrumpir, pero Rossi y los Blue Knights han llegado.

—Mierda —gruñe Rush. Se gira hacia mí, con los músculos tensos y una intensidad que emana de él en oleadas—. No hemos terminado, nena.

Mis labios se entreabren y lo único que puedo hacer es asentir con la cabeza. No, no, no hemos terminado. Ni de lejos.

VEINTISIETE

ALAINA

SIGO a mis chicos al interior de la casa y bajamos al sótano, a una sala de conferencias. Las hermanas King ya están allí, ocupando una esquina de la habitación. Wolf estira el brazo hacia atrás para agarrarme la mano, entrelaza nuestros dedos y tira de mí para que me ponga a su lado. Seguimos a Rush hasta la parte delantera de la sala, junto a la cabecera de la larga mesa. Me quedo entre Rush y Wolf, y Sully se sitúa al otro lado de Rush.

Los tres lucen expresiones severas, un gran contraste con lo de hace cinco minutos, cuando tenían sus manos y sus bocas por todo mi cuerpo.

Me estremezco de solo pensar en lo que habría pasado de no haber aparecido Dave. Con lo a menudo que me interrumpen, estoy empezando a pensar que el universo intenta decirme algo. Pero no estoy segura de qué.

—Presta atención, nena. Estás a punto de formar parte de los asuntos de la Hermandad —me susurra Wolf al oído.

Levanto la vista de golpe y me sobresalto al ver a toda la gente que llena ahora la sala. Noto una o dos caras conocidas, pero la mayoría son nuevas para mí.

Rush espera a que todos estén dentro antes de asentir, y Dave cierra la puerta desde el pasillo.

—Gracias a todos por venir. Sé que para algunos de vosotros es un viaje largo. Como seguramente sabréis, mis hermanos y yo somos el consejo junior de la Hermandad, lo que significa que ascenderemos pronto. Puede que incluso sea antes de lo que cualquiera de nosotros imagina. —Se detiene para mirar alrededor de la sala—. Estáis aquí porque sois amigos, aliados o ambas cosas. Y parece que tenemos un enemigo común. Quienquiera que irrumpiera en Summer Knoll, incendiara lo de Mama Rosa, ordenara un tiroteo contra las *esposas*, diera el chivatazo a la policía sobre los lugares de reunión... quienquiera que secuestrara a *nuestra chica*... probablemente sea la misma persona.

Murmullos de asentimiento flotan por la sala y siento el cambio; la anticipación y la expectativa flotan en el aire.

—A partir de ahora, la Hermandad ha decidido no perseguir a este... enemigo común nuestro. Pero yo, por mi parte, no me quedaré de brazos cruzados mientras unos hijos de puta se llevan lo que nos hemos ganado con sangre y por derecho.

Se me pone la piel de gallina cuando estallan los vítores. Saboreo la promesa de violencia en el aire y me maravillo ante el rey oscuro que tengo al lado. Ha encendido a esta gente y va a darles rienda suelta.

Una sonrisa ladeada asoma en la comisura de mis labios ante la idea de cobrarme mi deuda de sangre de la gente que orquestó mi secuestro.

Hace seis meses, ese pensamiento jamás habría pasado por mi mente. Así que supongo que, si necesitaba más pruebas de que estoy cambiando, evolucionando, me las acabo de dar a mí misma.

Rush concluye después de eso, coordinando quién hace qué y cuándo. La sala se despeja rápidamente hasta que solo quedamos nosotros y las King.

A regañadientes, suelto la mano de Wolf y camino hacia ellas. Las cinco me observan con diversas expresiones de curiosidad.

Echo los hombros hacia atrás y mantengo la barbilla alta, a pesar de que la intensidad con la que me miran es suficiente para hacerme querer huir.

—Necesito un favor.

—¿Para la reina? Claro. —Maeve enarca una ceja y se encoge de hombros.

Ladeo la cabeza mientras la observo. Es la hermana mayor y la que más habla, así que centro mi atención en ella. Es a ella a quien tengo que convencer. —¿Reina?

—Sí. ¿No te estás tirando a los tres hermanos? —pregunta Roisin con una sonrisa burlona.

Mi primer instinto es aclarar que aún no nos hemos acostado, pero me detengo a tiempo. No les debo nada y, de todos modos, no es asunto de nadie más que nuestro.

Examino a estas cinco chicas espectaculares en busca de celos o indignación. Al no encontrar ni rastro de ninguno de los dos, me encojo de hombros. —No cuento mis intimidades.

Roisin echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Ava y Keira se unen a ella y las otras dos sonrían divertidas.

—Me preguntaba cuánto tardarías en salir de ese caparazón con el que te envuelves tan apretado —dice Maeve con mirada evaluadora.

—Sí, bueno... estoy pasando por algunas cosas.

—Me he enterado de tu secuestro. He oído que mataste a uno de tus atacantes —dice Ava con las cejas levantadas.

—Lo hice. —Asiento y lucho por mantener una postura casual—. Eso es parte de mi favor. Necesito que me enseñéis lo que sabéis.

El silencio recibe mi petición y cambio el peso a la otra pierna.

—Los tienes a ellos —Keira señala con la cabeza detrás de mí—, ¿por qué no te enseñan ellos?

—Lo están haciendo. Pero Sully se pasó casi una semana obligándome a ver vídeos de instrucción sobre defensa personal antes de dejarme hacer algo realmente... y eso duró un día. Y con los otros dos... bueno, suelen distraerse. —Siento que el calor me sube a las mejillas.

Keira se ríe. —¿No puedes simplemente decirles que esperen hasta después de que te enseñen alguna mierda?

Cruzo los brazos sobre el pecho y ladeo la cabeza. —En realidad no. ¿Tú lo harías si fueras yo?

Miro por encima del hombro a los sujetos de nuestra conversación, sin sorprenderme al encontrar a los tres parados uno al lado del otro, murmurando y observándome. Un rubor se extiende por mi cuerpo bajo su mirada.

—Sí, ya veo a qué te refieres —dice Keira.

Vuelvo a centrar mi atención en las chicas que tengo delante. —Entonces, ¿me ayudaréis?

—Sí, te ayudaremos. Estaremos aquí un par de días más. Veamos qué podemos hacer. Reunámonos en el gimnasio en veinte minutos —dice Maeve.

—Gracias. —Capto su mirada y la sostengo. Ella asiente una vez antes de levantarse de su silla y salir de la habitación. Sus hermanas la siguen una a una.

Cruzo la sala y me detengo frente a los tres, con la piel calentándose bajo su mirada colectiva.

—¿De qué iba eso? —Wolf señala con la cabeza a la última hermana King que sale de la sala.

Me encojo de hombros. —Van a enseñarme todo lo que saben durante los próximos dos días. Empezando ahora mismo.

No puedo reprimir una risita ante sus idénticas expresiones de asombro.

Rush es el primero en recuperarse, su rostro se relaja en una sonrisa fácil mientras se inclina hacia delante y deposita un beso casto en mis labios. —Eso es bueno, nena.

Wolf se ríe. —Vaya, estoy impaciente por ver qué tipo de mierdas te enseñan. Asegúrate de venir a buscarme a mí primero, Pelirroja. Quiero ver si te enseñan algún movimiento de lucha en el suelo. Puedes demostrármelos a mí. —Mueve las cejas.

—Muy bien. Voy a ir a cambiarme por algo con lo que pueda moverme. Os veo luego. —Salgo de la habitación y me dirijo a la tercera planta, donde está mi dormitorio.

Sé que Sully me sigue, y no es porque tenga algún sexto sentido como Rush. Su energía —frustración y lujuria teñidas de desesperación— emana de él, rebotando en las paredes y ocupando cada centímetro disponible de espacio en el pasillo.

Logro entrar en mi dormitorio antes de que él actúe. Me agarra el brazo justo por encima del codo, cierra la puerta de una patada y me hace girar para pegarme la espalda contra ella.

—¿En qué estás pensando, princesa? ¿Haciéndote amiga de las King así como así?

—Van a enseñarme algunas cosas, cosas que necesitaré para sobrevivir en este mundo. Y no van a meterme videotutoriales por los ojos durante días, *de verdad me van a enseñar* —digo, acercándome a su cara y desafiándolo.

—No tienes ni idea de qué clase de personas son. No son como las mosquitas muertas a las que estás acostumbrada. Estas chicas no se lo piensan dos veces antes de rematar a alguien si les apetece.

—Son tus amigas, ¿no? —pregunto con una ceja levantada.

—Sí. Pero no tienes ni idea de en qué te estás metiendo. Este no es lugar para ti, princesa. —Su tono es sincero, pero sus palabras tocan una fibra sensible en mi interior.

Me inclino hacia su rostro con los ojos endurecidos. —Ya no me conoces, James. E incluso si lo hicieras, ¿aquella chica de hace dos años? Se ha ido. Dejó este mundo en el suelo sucio de una cabaña destartada en el bosque. —Me lamo los labios, con el corazón latiendo con fuerza, y lo miro fijamente a los ojos—. He sido rehecha, James.

—¿Ah, sí? ¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Empezar a hackear programas del gobierno por diversión, robar mierdas y venderlas en el mercado negro, infiltrarte en sociedades secretas o convertirte en francotiradora? Porque ese es el tipo de cosas que hacen ellas. —Respira con dificultad.

Levanto la barbilla. —Quizá. Quizá haga esas cosas.

—¡Esto no es un juego, Lainey! —dice mientras golpea la puerta con las manos a cada lado de mi cabeza—. Este es el mundo real, donde nuestras acciones tienen consecuencias nefastas.

La indignación surge en mi interior, rápida y caliente, y veo rojo. Me despego de la pared, con el pecho agitado y los puños apretados. —Ya lo sé, Sully.

Estamos a una pulgada de distancia, quizá menos, lo suficientemente cerca como para compartir el mismo aliento.

Él exhala y yo inhalo.

Sus ojos se vuelven salvajes y baja la cabeza para apoyar su frente contra la mía. La acción suave contrasta con sus músculos tensos.

—¿Qué me estás haciendo, princesa? —Sus palabras suenan torturadas, pero ni siquiera puedo pensar en eso todavía porque esta es la primera vez que me llama princesa sin que el sarcasmo o el desprecio recubran cada sílaba.

Me empuja contra la puerta y tengo que echar la cabeza hacia atrás para sostenerle la mirada.

Pero lo hago. Le sostengo la mirada con determinación.

Toda ella llena de oscuras promesas y rabia apenas contenida.

¿O es odio?

Maddie me dijo una vez que el amor y el odio eran las dos caras de la misma moneda. Y que hay una línea muy fina entre ambos. Nunca lo había entendido de verdad hasta ahora.

Hasta Sully.

Mantiene sus emociones tan embotelladas que es difícil saber qué siente realmente. Te hace ganártelo.

Levanto la barbilla aún más y dejo que la sonrisa cruel que aprendí de él se extienda por mi rostro cuando suelto mi verdad. —Lo que me dé la gana.

—¿Ah, sí? —Se echa un poco hacia atrás para darme un lento repaso de arriba abajo—. ¿Crees que puedes chasquear tus dedos y que yo haré lo que tú digas? ¿Eh, princesa? —Su sonrisa es demasiado amplia y condescendiente.

Aprieto la espalda contra la puerta, sacando pecho. El escote de mi camiseta de tirantes se tensa sobre mi pecho. Entonces, lenta y deliberadamente, subo la mano entre los dos.

Y chasqueo los dedos.

Observo con un regocijo apenas contenido cómo la paciencia de Sully se esfuma.

—Eres. —Da el único paso que nos separa, agarrándome la muñeca y apretando nuestros pechos—. Una. —Empuja mis

muñecas contra la puerta por encima de mi cabeza—. Princesa. —Se inclina tan cerca como puede sin llegar a tocarme, con nuestras narices a un pelo de distancia—. Mimada.

Nuestras respiraciones se aceleran y siento que el corazón me va a estallar.

Estamos al borde del precipicio, Sully y yo. Físicamente estamos en mi habitación, pero bien podríamos estar en el borde del Gran Cañón.

Es emocionante y aterrador, pero no tengo miedo, no realmente.

Estoy eufórica. Me siento viva de una forma que no había sentido antes de que los hermanos Fitzgerald irrumpieran en mi vida.

Estoy a punto de saltar por ese precipicio y me voy a llevar a Sully conmigo.

Acorto la distancia, uniendo nuestros labios, y me lanzo al vacío.

—Y me quieres de todos modos.

Antes de que la última sílaba salga de mi boca, aplasto mis labios contra los suyos. Él no duda ni un segundo. Me agarra por debajo de los muslos y me levanta para apretarme contra la puerta, estampando sus labios contra los míos.

Nuestras lenguas luchan por el dominio. Enredo mis dedos en su pelo, amando lo mucho que se lo ha dejado crecer. Si no se lo corta pronto, podrá recogerse, y entonces tendré algo a lo que aferrarme de verdad.

Algo para anclarlo a mí.

Él gruñe cuando le tiro del pelo y, lo juro por Dios, me mojo más solo con ese sonido torturado saliendo de esos labios perfectos.

Podría pasarme el resto de mi vida besando a Sully y nunca sería suficiente.

Nunca tendré suficiente de él, ni de Rush ni de Wolf. Estoy descubriendo poco a poco lo que eso significa: para mí, para cada uno de ellos, para nosotros.

Sus manos se flexionan sobre mis muslos, dejando sin duda hematomas con la forma de sus dedos. Sin separar su boca de la mía, cambia su forma de sujetarme. Una mano sigue en mi pierna, pero la otra se desliza por el interior de mi muslo, exactamente como me gusta. Sigue el mapa de mis zonas erógenas sensibles con

familiaridad, pero no me sorprende tanto. Él fue quien lo trazó originalmente en mi piel.

Todos esos momentos robados en la Biblioteca Pública de Nueva York y esas largas tardes robando besos en el parque.

Pero no soy la misma chica que era hace dos años; no soy la misma chica que era hace dos semanas. Tengo nuevos lugares en ese mapa con su nombre y me muero por que los explore.

Gimo en su boca y arqueo mi cuerpo contra el suyo, amando la forma en que su miembro presiona contra mi clítoris con cada vaivén de sus caderas.

Separa bruscamente su boca de la mía, con nuestros pechos agitándose al unísono. Y si fuera una mujer de apuestas, diría que nuestros corazones también lo hacían.

De repente, me suelta y se pasa el dorso de la mano por la boca mientras da un paso atrás. Algo parecido al autodesprecio brilla en sus ojos mientras me mira. —Esto ha sido un error.

Me siento aturdida y sacudo la cabeza para despejarme. —¿Un error?

—No perteneces a este mundo, princesa, y no importa cuántas veces nos comamos la boca —o la polla—, eso no va a cambiar.

Intento que sus palabras no me afecten, pero se hunden en las pequeñas grietas de mi alma rota y recién arreglada.

Y empiezan a pudrirse.

—Sabía que eras muchas cosas, James, pero no pensé que fueras un mentiroso.

—No me conoces en absoluto.

—Tu rutina de una de cal y otra de arena me está cansando. Avísame cuando estés listo para actuar como el hombre que pensé que eras —le espeto, caminando hacia mi cuarto de baño.

—No esperes sentada, princesa.

Esas son las últimas palabras que oigo antes de que salga furioso de mi habitación, dando un portazo. Imito su frustración y doy un portazo al entrar en el baño.

Me quito la ropa y me meto en una ducha de agua caliente, con la esperanza de lavarme la decepción.

VEINTIOCHO

ALAINA

DOS DÍAS DESPUÉS, Rush hace que Sully me lleve de vuelta a la ciudad para comer con Maddie y Mary. Tiene que verse con alguien de la reunión improvisada de hace unos días. Me puse los cascos y escuché un audiolibro durante el trayecto, y las únicas palabras que intercambiamos fueron cuando me preguntó qué quería tomar en una cafetería.

Ni siquiera estoy segura de lo que estoy haciendo, pero lo único que sé es que tiene que ser él quien tome la decisión de seguir adelante con esto conmigo, con nosotros. No puedo seguir provocándolo, por muy divertido que sea. Así que, por ahora, me conformo con dejar que luche solo contra sus demonios en su cabeza. Y, cuando esté listo, voy a hacer que me lo suplique.

Las hermanas King también se han marchado esta mañana. Ha sido sorprendentemente divertido estar con ellas estos dos últimos días. Como prometieron, me dieron un curso intensivo de todas las cosas que hacen; básicamente, lecciones sobre cómo ser una tía dura. He intercambiado el número de teléfono con todas ellas y, aunque no creo que lleguemos a estar tan unidas como mis primas y yo, creo que podríamos ser amigas.

Llego a la cafetería que Mary ha elegido para comer unos minutos antes. Sully ha aparcado al final de la calle y me ha

acompañado hasta la puerta. Tras charlar brevemente con un tipo que no he visto en mi vida detrás del mostrador, me hace un gesto con la cabeza y se da dos golpecitos en la muñeca.

Volverá en treinta minutos, tal y como habíamos planeado.

No me sorprende su silencio absoluto, pero sí me decepciona. Había pensado que estábamos empezando a avanzar en nuestra... especie de relación. Pero entonces hace una de las suyas, como en mi dormitorio, y es como si hubiéramos vuelto a la casilla de salida otra vez.

Diviso el inconfundible pelo de Mary en el reservado del fondo y voy derecha hacia ella.

Antes siquiera de que mi culo toque el asiento de cuero agrietado del reservado del fondo de la pizzería, Mary empieza a hablar.

—He hecho una estupidez muy grande. Una gilipollez, vaya. No estaba pensando y ahora estoy muy jodida —se le quiebra la voz y sorbe por la nariz.

En un solo movimiento, me deslizo en el reservado; las piernas se me pegan al asiento por la humedad. El verano en Nueva York puede ser un verdadero coñazo. Me paso la correa del bolso por la cabeza y lo dejo en el asiento a mi lado. Es entonces cuando me fijo bien en mi prima.

Tiene el pelo sucio y recogido en una coleta, lo cual es inusual; no la coleta, sino el pelo sucio. Nunca le ha gustado el champú en seco como a Maddie y a mí, así que se lava el pelo todos los días, sin falta. Lleva la ropa arrugada y gafas de sol.

—Vale. Sea lo que sea, podemos arreglarlo. A Maddie se le da genial arreglar cosas —saco el móvil para ver si tengo algún mensaje suyo que se me haya pasado—. Por cierto, ¿dónde está? No suele llegar tarde.

Mary rompe a llorar; es un sonido horrible, quebrado, que me pone los pelos de punta.

—Se va a enfadar mucho conmigo, Lainey. M-muchísimo.

—Vaya —niego con la cabeza—. Empieza de nuevo. ¿Qué está pasando?

Mary asiente varias veces mientras se seca las lágrimas de debajo de los ojos.

—Pensé que era un encanto, ¿sabes? —mira hacia un lado del restaurante—. Pero —niega con la cabeza y se vuelve para mirarme de nuevo— era todo mentira. Todo era mentira. Ni siquiera sé cuántos años tiene o dónde fue realmente a la universidad. ¡Mierda, ni siquiera sé si ese es su verdadero nombre o no!

—¿Quién, Mary? —Su pánico empieza a contagiarse.

Me mira a los ojos y dice:—Mi novio.

Las cejas se me disparan hasta la raíz del pelo.—¿Novio?

Asiente.—Max. Nos conocimos por internet en una sala de chat de los colegios privados. ¿Sabes los folletos que están colgados por toda la cafetería de St. Rita?

Niego con la cabeza. No recuerdo haber visto folletos de algo así, pero claro, tampoco miro mucho esos tablones.

—Bueno, pues empieza de forma sencilla. Es como una especie de Facebook, pero para la red de colegios privados... y es solo un perfil con la opción de chatear —suspira—. Entonces, un día, un chico me envía un mensaje, dice que soy mona o lo que sea. Dijo que iba al St. Joseph y, como la prima de Pam fue allí el año pasado, le pedí que le preguntara a su prima por él. Quería asegurarme de que era de fiar antes que nada, ¿sabes? —los ojos se le llenan de lágrimas mientras me mira directamente—. Quería asegurarme de que no estaba haciendo una estupidez.

—Vale. ¿Y qué pasó?

Mary se aclara la garganta.—Bueno, la prima de Pam dijo que se acordaba de este chico, que era un buen tío. Así que le respondí al mensaje.

—¿Cuándo fue eso? —me recuesto en el reservado, intentando adivinar a dónde va a parar esta historia.

—En marzo —contesta en voz baja, mirando a la mesa.

—¿Y luego?

Se encoge de hombros y me mira de reojo, con la cara pintada de dolor y culpa.

—Luego empezamos a chatear. Al principio eran cosas sin importancia. Como nuestras películas y aficiones favoritas. Luego la cosa se puso un poco más profunda y, antes de darme cuenta, estábamos hablando todo el tiempo. Cada vez que le pedía hacer

una videollamada o quedar para cenar, estaba ocupado o tenía planes. Me pareció raro, pero entonces me enviaba flores o hacía que me trajeran el almuerzo o me mandaba un mensaje bonito — hace una pausa para servirse más agua en el vaso de la jarra que hay en la mesa y bebe un trago—. Pero entonces, eh, entonces me pidió algunas fotos. Ya sabes, fotos sexis —me mira fijamente con las cejas levantadas.

—¿Le enviaste fotos desnuda a un tío que no conoces de nada? —siento que ambas cejas se me disparan hasta la raíz del pelo—. No te estoy juzgando. Solo estoy sorprendida.

Se le sonrojan las mejillas y vuelve a mirar la superficie de la mesa.—Me siento tan estúpida, pero en ese momento, yo... no sé qué pensé. Me sentía sexi, más madura, más... no importa.

—Eh —le tiendo la mano y se la cojo—. Te prometo que no te estoy juzgando. Estoy segura de que últimamente he hecho algunas cosas que a ti también te sorprenderían. Así que, no te preocupes, ¿vale?

Sorbe por la nariz y asiente varias veces.—Vale.

—¿Qué pasó después?

Me mira con los labios temblorosos.—Empezó a hacer preguntas. Al principio, eran cosas pequeñas, como siempre. Pero luego... luego empezó a hacer preguntas sobre Maddie... y sobre ti. Pedía fotos de todas nosotras, tonterías como selfis. Yo pensaba que quería conocerme, ya que vosotras sois las personas más importantes de mi vida. Pero entonces empezó a ponerse insistente con sus preguntas. Exigiendo saber dónde estaba... y dónde estabais tú y Maddie. Así que, eh, le dije que necesitaba un poco de espacio.

—¿Qué tipo de preguntas?

Se encoge de hombros y otra lágrima le resbala por la mejilla.— Al principio, cosas sin importancia, como vuestros grupos de música favoritos, y luego cosas más serias como... vuestros horarios.

Me quedo boquiabierta y sin palabras.—Mary, eso es...

—Lo sé, lo sé —dice entre sollozos.

—Pero ¿por qué se lo diste? La información, las fotos.

Con la boca temblorosa, dice:—No lo sé. Era tan encantador, tan guay y tan amable... Dios, me *colmaba de atenciones*, Lainey. Y me

hacía sentir guapa e importante y *deseada*. Y estaba tan... tan desesperada por un afecto que fuera únicamente mío que tenía miedo de lo que pasaría si dejaba de dárselo.

Aparto mi mano de la suya y me la paso por el pelo con una profunda exhalación. Siento como si mi cerebro diera vueltas en torno a la información, incapaz de asentarse lo suficiente como para entender lo que está pasando realmente.

—He sido una gemela toda mi vida, siempre en segundo lugar después de Maddie. Y quiero a mi hermana, de verdad que sí, pero esto era solo mío. Y no quería perderlo.

—Así que le contaste cosas sobre Maddie, sobre mí —saco el móvil del bolsillo y abro un mensaje de texto con Wolf—. Vale. Pues se lo diré a Wolf. Probablemente él sea el más indicado para llevar esto. Él puede ser el más... persuasivo. Se asegurará de que ese tal Max olvide todo lo que sabe de nosotras.

—Espera —dice, con unas palabras que restallan en el aire como un látigo.

Me detengo con el pulgar sobre el teclado.

—Hay más —dice mientras aparta la mirada—. Después de un tiempo, fue demasiado, y le dije que necesitaba espacio.

—Y déjame adivinar: ¿te amenazó con publicar tus fotos?

Mary asiente, con el rostro contraído por el dolor.

—Menudo capullo.

—Entré en pánico. No sabía qué hacer, así que fui a O'Malley's a buscar a Jack para pedirle ayuda.

—¿Has hecho *qué*?! ¿Por qué no me llamaste?

Mary se echa hacia atrás y se cruza de brazos con fuerza sobre el pecho.—Era mi problema, Lainey. Estaba cansada de que Maddie y tú siempre tuvierais que arreglarlo todo por mí. Quería encargarme yo de mi propio lío esta vez.

—Lo entiendo. Pero esto era muy gordo. Y había más gente implicada que tú. ¡Jesús, Mary, le enviaste fotos nuestras, de todas nosotras!

Asiente lentamente, una única lágrima le resbala por la mejilla.—Lo sé. Por eso fui a pedirle ayuda a Jack. Pero no estaba, así que acabé esperándolo un rato —se humedece los labios y mira a un

lado—. Me tomé una copa y se me soltó la lengua —vuelve a mirarme—. Acabé contándoselo todo a Benny y me prometió que me ayudaría.

—¿*Benny*? ¿El Benny portero de O'Malley's?

—Sí. Ese mismo.

—Vale —me froto las sienes.

—Bueno, pues Benny me ayudó con Max. Dijo que le dio una paliza y borró las fotos del móvil de Max, de la nube y de las copias de seguridad. Y no he vuelto a saber nada de Max.

—Qué... caballeroso por parte de Benny.

—No exactamente... Le prometí una cita contigo —dice mientras cierra los ojos con fuerza.

La miro parpadeando, sintiendo cómo la ira y la incredulidad se arremolinan en mi interior.—¿Por qué has hecho eso? Sabes que estoy saliendo con alguien. Con más de un alguien.

—Lo sé, y se lo dije a Benny. Pero dijo que tendría que convencerte, o que se cobraría su cita de una forma u otra. Y supuse que a Wolf no le importaría o algo así. Ya sabes, como es para ayudarme.

Niego con la cabeza antes incluso de que termine de hablar.—¿No has escuchado nada de lo que te he contado sobre ellos? Son unos gilipollas de machos alfa que están más predispuestos a disparar primero y no preguntar nunca —resoplo.

Mi móvil vibra con un nuevo mensaje de texto antes de que pueda decir nada más. Le echo un vistazo, pensando que es Maddie con su hora de llegada. Pero es de un número desconocido y hay una miniatura en la vista previa.

Abro el mensaje y veo que es un chat de grupo entre el número desconocido, Wolf, Sully, Rush y yo.

Tardo tres intentos en leer el mensaje porque no puedo dejar de mirar la foto.

NÚMERO DESCONOCIDO: He pensado que deberíais saberlo.

ME TIEMBLAN las manos y forcejeo con el móvil. Cae con estrépito sobre la mesa y Mary alcanza a ver el mensaje y la foto.

—¡Dios mío, Lainey! ¿E-es Maddie? ¿Dónde está? ¡¿Crees que esto es culpa mía?! —empieza a llorar, y unos lagrimones enormes le resbalan por las mejillas y gotean sobre la mesa—. ¡Dios mío! ¡Tenemos que ir a la policía! —Mary se levanta de un salto.

—Siéntate, Mary. Yo solo... No sé qué pensar, pero sé que no podemos ir a la policía —miro fijamente la foto de una de mis mejores amigas, mi prima, mi hermana en todos los sentidos, y el pecho se me parte en dos.

Maddie está atada y amordazada, sujeta a una silla metálica con bridas. Tiene la cabeza desplomada hacia delante y un reguero de sangre le nace en la raíz del pelo.

Rush me dijo una vez que estaba dispuesto a prenderle fuego a la ciudad para recuperarme, y creí que entendía lo que quería decir con eso.

Pero no era así. En realidad, no.

No podría haberlo entendido, por muchas veces que lo hubiera supuesto o hablado en teorías.

Pero ahora lo entiendo.

Porque la rabia que se ha estado cociendo a fuego lento muy, muy dentro de mí desde aquella fatídica noche en que cumplí dieciocho años empieza a crecer. Lentamente al principio, como si despertara tras haber hibernado toda mi vida.

Luego fluye más fácil y más rápido, y sé que estoy a punto de estallar.

Mi móvil suena, la vibración es fuerte contra la superficie de la mesa.

Rush.

Por supuesto, debe de haber visto la foto.

—Tengo que coger esto —le murmuro a Mary mientras salgo del reservado y de la cafetería. Cada paso se siente como el redoble de un tambor que solo yo puedo oír. Un grito de guerra que estoy golpeando contra la tierra.

Me apoyo en el árbol junto al escaparate y contesto a su llamada.

VEINTINUEVE

ALAINA

—¿HOLA?

—Espéranos. Estaremos allí en una hora —dice sin un saludo en condiciones.

—¡No puedo esperar, Rush! ¡Alguien tiene a Maddie! ¡Es mi familia y no sé qué le están haciendo! ¡N-no sabemos qué le están haciendo! —grito, con la angustia y el miedo desgarrándome por dentro.

—¡Somos tu maldita familia! —ruge Rush.

Siento a través del teléfono la rabia que tanto se esfuerza por ocultar, y me duele el corazón por él. Odia perder el control.

Asiento, aunque no puede verme, mientras me doy la vuelta y contemplo la ajetreada calle de la ciudad. La gente se mueve a mi alrededor en la acera, ajena al estado de miedo, rabia y pánico en el que me estoy ahogando. Aunque supongo que ese podría ser el caso de cualquier persona en Nueva York en un momento dado.

—Tienes razón. Sois mi familia. Pero ella también lo es. Y no sé por qué se la llevaron, ¡pero siento que es culpa mía! Alguien sacó esa foto y nos la envió a todos. Y ella..., se parece tanto a mí... —la voz se me quiebra y tengo que parar para aclararme la garganta—. No puedo dejarla allí, sin más.

—Solo te pido que nos esperes..., que me esperes a mí, nena. Por favor —suplica Rush, prácticamente.

Suspiro, y el sonido es audible incluso en medio del ruido de la multitud que me rodea. —Vale, pero daos prisa, por favor.

Rush exhala al otro lado de la línea; su alivio es palpable. —¿Vale? ¿Vale? Tú espérame, ¿sí? Vuelve a entrar en esa cafetería. Wolf y yo ya estamos de camino. ¿Y dónde coño está Sully?

Me doy la vuelta y esquivo a unas cuantas personas para volver a la cafetería.

—No lo sé. Me dejó aquí hace una hora, dijo que tenía que resolver un asunto rápido. —Aparto el móvil para mirar la hora—. Pero tendría que haber vuelto hace veinte minutos.

La preocupación se me instala en el estómago al pensar en todo lo que dijo antes de dejarme.

—Alaina, escúchame. —Las palabras de Rush son duras pero no crueles, y me disparan la adrenalina. Me detengo en medio de la acera, mirando los escaparates de la cafetería—. Wolf acaba de intentar llamar a Sully de nuevo y no ha contestado. Su localización de Find My Phone está desactivada —o su móvil está apagado—, así que voy a intentar saltármela. Pero eso significa que tengo que coger mi portátil, ¿vale? Quiero que entres en la cafetería, te sientes en la mesa más alejada y no te muevas un puto pelo hasta que yo llegue. ¿Entendido?

—¿Qué está pasando, Rush? —Mi voz sale más baja de lo que pretendía, pero no puedo evitarlo. Siempre dijo que tiene un sexto sentido para las cosas malas que están a punto de suceder, y no puedo evitar pensar que este es uno de esos momentos. Pero no estoy segura de si es por mí, por ellos o por Sully. El pecho se me oprime ante la idea de que les hagan daño.

—No estoy seguro. Tú haz lo que te pido, ¿sí? Estaremos allí pronto. —Rush suena distraído y oigo a Wolf de fondo pidiendo un favor—. Ten cuidado, Alaina.

Sus palabras suenan ominosas en mi oído cuando la llamada termina. Abro los ajustes de ubicación y me aseguro de que sigo compartiendo mi localización con mis tres chicos mientras espero a

que se despeje el camino hacia la cafetería. Veo un hueco y doy un paso adelante, pero una mano en mi hombro me detiene en seco.

Miro por encima del hombro, esperando ver a Sully. El corazón se me acelera cuando veo a mi madre. Mi mirada se posa en todas partes de ella, incapaz de centrarse en una sola cosa. No sé si alguna vez le he visto el pelo suelto así, con ondas sueltas enmarcando su rostro. La máscara de pestañas cubre sus pestañas; por lo demás, su cara está al natural. Me doy cuenta con una sacudida de que mi madre tiene las mismas pecas que yo. O yo tengo las mismas pecas que ella, supongo.

El pensamiento me deprime por más de una razón: no veo a mi madre lo suficiente como para darme cuenta de que tenemos similitudes como esa, y ella nunca se presenta ante mí sin ir completamente maquillada.

Repaso a mi madre con la mirada y me fijo en el resto de su aspecto. Vestida con una camiseta blanca de Blondie y unos shorts vaqueros rotos, me doy cuenta con una sacudida de que va vestida como yo.

Literalmente.

Llevo una camiseta blanca del grupo Florence + The Machine que me compré en su concierto del año pasado, unos shorts vaqueros claros y unas Vans. Exhalo al ver las Chuck Taylor negras que lleva en los pies.

El corazón me martillea y siento la boca seca mientras observo a mi madre.

—Mamá, ¿qué demonios está pasando? ¿Qué haces aquí? —pregunto mientras me doy la vuelta para encararla.

No me suelta el brazo y su mirada se desvía frenéticamente. —¿Dónde están esos chicos? Esos que te siguen a todas partes como perritos falderos.

Frunzo el ceño ante su suposición. No son para nada perritos falderos. —¿Por qué? ¿Qué está pasando?

La alarma me recorre la espina dorsal y el vello de la nuca se me eriza cuanto más tarda en responderme.

Me pilla por sorpresa cuando me zarandea al agarrarme por el hombro. —¡Maldita sea, Alaina! ¡¿No puedes hacer lo que se te dice

por una vez?!

Le sostengo la mirada e instintivamente doy un paso atrás ante la mirada enloquecida de sus ojos. Me cambia el agarre a la muñeca y yo gano otro paso más cerca de la cafetería.

Al más puro estilo de Nueva York, el torrente de gente simplemente se abre a nuestro alrededor y sigue caminando, sin que una sola persona se detenga.

—Creía que habías quedado con tus primas a las dos. —
Prácticamente gruñe las palabras, con acusación y sorna goteando de cada una de ellas.

Un sudor frío me cubre la piel y todos mis instintos me gritan que corra. Pero no puedo dejar a Mary dentro.

—Yo nunca te dije eso. —Mis palabras son tranquilas, medidas.

No sé qué demonios está pasando y no sé en quién confiar..., aunque eso no es del todo cierto. Sé que puedo confiar en Rush, Sully y Wolf.

Si nada más, al menos sé eso.

Vale, vale, así que solo tengo que retrasar... lo que sea que sea esto... durante una hora hasta que lleguen. Puedo hacerlo.

—Claro que no. Te pinché el teléfono. —Se burla y me lanza una mirada insufrible.

—¿Qué hiciste *qué*?!

—¡Shhh! —Me aprieta el brazo y me acerca más para sisearme el ruido en la cara—. ¡Deja de llamar la atención! ¡Fue algo temporal y lo quité, obviamente, o si no habría sabido que cambiaste de planes!

Tiro de mi brazo, con mi instinto de lucha o huida activándose. —
Suéltame —digo entre dientes—. ¿Qué más has estado haciendo a mis espaldas?

El ardiente sol de verano cae sobre nosotras, y siento como si me estuvieran cociendo en la acera en medio de una multitud.

—Cállate, Alaina. Jesús. O se llevarán a Mary y a ti también, y todo lo que he hecho no habrá servido de *nada* —me sisea mi madre en la cara—. ¿Sabes cuántas horas pasé uniendo fragmentos de sonido para que esa llamada pareciera creíble? ¡Y aun así no te fuiste!

Sus palabras me congelan más que su creciente agarre en mi brazo.

—¿De qué estás hablando? ¿Sabes quién se llevó a Maddie? ¿Y falsificaste esa grabación? —Mi voz es dura, y mamá levanta las cejas en respuesta antes de volver a bufar.

—Oh, Alaina, déjate de hacerte la dura. Deja que los adultos trabajen, ¿vale? No eres más que una princesa que ha escapado de su torre de marfil. —Mi madre pone los ojos en blanco—. Me he asegurado de eso a lo largo de los años, pero ahora me doy cuenta de que no fue la decisión correcta —murmura, más para sí misma que para mí.

Sus palabras cortan como ella pretendía; siempre se le ha dado bien. Pero hay algo en lo que ha dicho que hace que me hierva la sangre.

Es tan reminiscente de lo que Sully me escupió a la cara que no sé si esto es una señal del universo para que me sumerja de cabeza en mi nueva vida —y en la oscuridad que acecha— o para que vuelva arrastrándome a mi *torre de marfil*.

—No tenemos mucho tiempo. Necesito que te vayas. Y...

—Lana. Qué... interesante sorpresa —dice una voz masculina a mi espalda. El tenor bajo sería casi agradable si no fuera por el cosquilleo de alerta que se dispara.

El pavor se me acumula en el bajo vientre, y sé perfectamente que si me doy la vuelta, veré unos ojos rojos y un rostro tallado en mármol.

No necesito darme la vuelta para darme cuenta de que una de mis pesadillas se ha hecho realidad. Ahí, caminando despreocupadamente a mi alrededor como si estuviera inspeccionando un mueble nuevo, se encuentra el tío demoníaco de la trastienda del O'Malley's.

El miedo lame mis nervios, chispeando con cada latido del corazón, y me humedezco los labios repentinamente secos.

—Vamos, vamos, Lana. Este no era nuestro trato. —Chasquea la lengua.

Mi madre cambia, joder, se transforma ante mis propios ojos. Se yergue un poco más, echa los hombros hacia atrás y lo mira

fijamente con el rostro inexpresivo y perfeccionado que he llegado a conocer bien.

—La tienes, ¿verdad?

Contengo un jadeo ante la confirmación de que mi madre tuvo algo que ver en todo este asunto. En que se llevaran a Maddie.

El hombre de los ojos rojos lleva un pantalón de traje de color carbón y una camisa de botones de un blanco brillante con las mangas arremangadas hasta los codos. Unas Ray-Ban negras descansan sobre su pelo negro azabache y unas botas negras cubren sus pies. Es una elección interesante en pleno verano de récord.

Pasea lentamente a nuestro alrededor con los brazos entrelazados a la espalda, y el flujo de tráfico circundante se aparta sin dudarle un segundo.

—Qué interesante verte aquí, Lana. Y tu atuendo parece drásticamente diferente de lo que sueles llevar, ¿no? ¿Vas... —dirige su mirada hacia mí de forma deliberada— de sport hoy?

—Sí. De hecho, estoy haciendo recados con mi sobrina. —Mi madre me señala—. Y por si no te habías dado cuenta, hay una advertencia por calor hoy. Así que me he vestido en consecuencia —dice mientras señala su ropa.

Me cuesta todo mi ser reprimir mis emociones para que no se reflejen en mi cara. Pero, joder, qué difícil es.

Tengo tantas preguntas —y acusaciones, sinceramente— que no sé por dónde empezar. La cabeza me da un poco de vueltas, y no estoy segura de si es por esta conversación o por el calor.

El tío demoníaco camina a nuestro alrededor una vez más antes de pararse frente a mí, lo suficientemente cerca como para que pueda olerle: granos de café tostado. Es un olor extraño para asociar con una persona, pero es uno que nunca olvidaré.

—Mmm. ¿Sabías, Lana, que tu *sobrina* se parece notablemente a ti? —Su mirada recorre todo mi rostro, evaluándome.

—¿A dónde quieres llegar, Liam? Sabes que tengo una gemela. —Mi madre se burla, pero oigo el temblor en su voz—. Tienes a mi hija, así que deja a mi sobrina en paz. Tenemos que irnos. —Mi

madre me rodea con su brazo, acercándose a su lado y apartándose de su mirada directa.

La conmoción y la incredulidad me hacen doblegarme, y mi hombro choca contra mi madre. Mis labios se entreabren mientras la implicación de lo que acaba de decir cala en mí.

¿Mi madre participó en la desaparición de Maddie?

El tío demoníaco —Liam— chasquea la lengua y da un paso hacia mí. Extiende la mano y me traza el pómulos con el dedo índice. Un segundo después, le aparto la mano de un manotazo y sacudo la cabeza hacia un lado.

—Peleona. Me gusta. —La sonrisa de Liam parece la manía personificada. Gira todo su cuerpo para encarar a mi madre.

—Oh, Lana. Sabes lo que les hacemos a los mentirosos, ¿verdad?

Mi madre palidece visiblemente, pero mantiene los hombros erguidos y la cabeza alta. No sé qué hacer; no tengo suficiente información para tomar la mejor decisión.

Pero sé que necesito recuperar a Maddie.

—Yo no...

Liam levanta una mano. —Déjalo. No te creerá cuando la vea —dice inclinando la cabeza en mi dirección—. Verás, Lana, te has olvidado de una cosa muy importante. Tiene los ojos de los Gallagher.

TREINTA

ALAINA

—VEO que ya te das cuenta de la gravedad de tu error —dice Liam con una sonrisa un poco demasiado amplia—. Bien. Así el resto será mucho más agradable.

Liam se gira hacia mí y me tiende una tarjeta de visita.

—Ven a esta dirección dentro de una hora. Sola. No quiero ver a tus noviecitos por ahí, o la cosa no acabará bien para nadie. Y tu madre también puede venir. El jefe querrá verla, de todas formas. —Lanza esta última frase a mi madre con una mueca de desprecio—. Y, Lana, no me obligues a ir a buscarte. No seré tan amable.

Se inclina hacia delante y le da un golpecito en la nariz. Y si eso no es lo más siniestro de él, ya no sé qué puede serlo.

¿Qué clase de monstruo te suelta esas amenazas y luego te da un golpecito en la nariz como a un gatito mono?

Me estremezco bajo el sol abrasador, y el sudor de mi nuca se vuelve frío.

Al unísono, mi madre y yo nos giramos para verlo alejarse, silbando mientras se pierde entre la multitud, hasta que finalmente dejo de verlo. Solo entonces me vuelvo hacia mi madre.

—¿Qué coño has hecho?

—Alaina Murphy McElroy, cuida esa boca —dice mi madre, pero sin mucha convicción.

—Es Gallagher, ¿recuerdas? —La respuesta es automática, pero no le pongo mucha garra. Estoy demasiado perdida en mis pensamientos, tratando de ponerme al día.

—Siempre serás una McElroy. Pero de todas formas, ahora no tenemos tiempo para tus rabietas. Tengo que pensar en una forma de salir de este lío. Si hubieras hecho lo que se te dijo...

Me revuelvo hacia ella.

—*¿Qué hiciera lo que se me dijo?* ¿Qué tal si me explicas qué coño pasa de una vez? Lo único que sabía es que iba a comer con mis primas mientras Sully se ocupaba de unas cosas. Eso es todo. —Me paso la mano por el pelo, y los dedos se me enredan en algunas ondas sueltas—. Tengo que devolverle la llamada a Rush... Necesita saber lo que está pasando de verdad...

—No. De ninguna manera. ¿Cuál es la dirección?

—¿Qué? —pregunto, levantando las manos.

—En la tarjeta, Alaina. ¡En serio, espabila! —espeta mi madre, tendiéndome la mano.

Había olvidado la pequeña tarjeta rectangular que tengo en la mano. Es de color negro mate por ambas caras con una dirección impresa en dorado.

768 West High Street.

—Toma. No sé dónde está —le digo mientras le entrego la tarjeta.

Suelta el aire con fuerza, hinchando las mejillas.

—Vale. Vamos a entrar en esa cafetería diez minutos, y voy a pensar en un nuevo plan. —Camina hacia la cafetería y yo la sigo—. Deberíamos tardar unos cuarenta minutos en llegar... Necesitaremos un Uber... y probablemente dos estrategias de salida.

Sigo a mi madre mientras serpentea entre las mesas y se dirige al reservado del fondo, justo donde Mary sigue sentada.

—Mierda. Había olvidado que seguías aquí.

—Vaya. Muchas gracias, Lainey. —La voz de Mary tiembla, pero ahora mismo no tengo tiempo para preocuparme por eso.

Mi madre chasquea los dedos y le señala la cara a Mary.

—Puedes callarte o irte. —La boca de Mary se cierra con un chasquido audible—. Bien. Ahora, muévete. Alaina, siéntate al lado

de tu prima —ordena mientras levanta el brazo para llamar a una camarera y se desliza en el reservado, todo en un mismo movimiento.

Miro a esta mujer, sorprendida de apenas reconocerla.

—¿Quién eres? —Mis palabras salen entrecortadas y llenas de asombro.

—Soy tu madre. —Su tono es mordaz, y en realidad resulta reconfortante, lo cual es muy jodido de pensar—. Estupendo. Tráigame su café más grande, solo, por favor. Y un pastelito danés. Gracias.

Siento físicamente cómo se me descuelga la mandíbula.

—¿Pensaba que no comías donuts?!

—Alaina, no puedo llevarte de la mano en este lío que has montado...

—¡Yo no he hecho nada! Tú apuñalaste a todo el mundo por la espalda, y ella... —señalo a Mary con el pulgar— le contó todo a un tipo cualquiera. De hecho, soy la única que no ha estado guardando secretos... excepto Maddie.

La camarera regresa con el pedido de mi madre, y ella no pierde el tiempo en empezar a comer.

Diez minutos después, se lame las migas de las yemas de los dedos y se termina lo que queda de café. Mary y yo seguimos sentadas en silencio.

Miro el reloj en la esquina de la cafetería y calculo mentalmente cuánto tiempo falta para que lleguen Rush y Wolf. Me muerdo el labio, porque sé que no será lo bastante pronto.

Mi madre deja un billete de veinte en la mesa y se pone de pie.

—Mary, tú vuelve a la residencia. Ten el móvil a mano, pero no contestes a nadie que no seamos Alaina o yo. A nadie. Lo digo en serio.

Mary asiente y se levanta, con la cara pálida y las manos temblorosas.

—Vale, tita Lana. Vale. —Se vuelve hacia mí mientras me levanto—. Lo siento mucho, Lainey. —Está pálida y se muerde los labios con tanta fuerza que le empiezan a sangrar.

Suspiro. Estoy bastante segura de que está en estado de shock, y ojalá pudiera ayudarla, pero ahora la prioridad es Maddie.

—Lo sé, Mary. Vamos a... vamos a traer a Maddie a casa y luego hablamos, ¿vale?

Mary asiente varias veces, pero como nadie dice nada más, se da la vuelta y prácticamente sale corriendo de la cafetería.

Me vuelvo hacia mi madre con una ceja levantada.

—He pedido un Uber. Está fuera. —Coge su bolso, se lo cuelga del hombro y sale, despidiéndose de la camarera con la mano.

—¿Quieres ponerme al día sobre el plan? —le pregunto desde detrás.

Nos metemos en el asiento trasero del Uber, y ella se inclina hacia delante para hablar con el conductor. Es un hombre mayor, con el pelo canoso debajo de una gorra de los Mets.

—Dos paradas, ¿de acuerdo?

—Sí, señora, ya vi el pedido.

Mi madre se acomoda en el asiento y el conductor sube el volumen de la radio. La voz melosa de un cantante de jazz sale por los altavoces mientras se incorpora al tráfico, cerrando el paso al menos a tres coches, según mis cálculos.

—Mamá. ¿El plan? —insisto, pero sigue sin mirarme a los ojos.

Exhala, un gran suspiro que hace que su cuerpo se desplome hacia delante.

—Eras el cebo, Alaina.

Parpadeo varias veces, como si eso me ayudara a entender lo que está diciendo.

—Pasé tantos años escondiéndote de ellos. Y entonces, de alguna manera, te encontraron. —Hace una pausa—. Probablemente esos gilipollas de los Fitzgerald. Sabía que confiar en Cormac era un error —murmura mientras me mira una vez antes de volver a dirigir su atención a la ventanilla.

—¿Así que Cormac de verdad te estaba mintiendo? Aunque sé que lo otro que dijiste sobre Sully, Rush y Wolf no es verdad.

Ella se encoge de hombros.

—Me lo inventé.

—No lo entiendo.

—Unos meses después de que tu padre se fuera, y yo supiera que no iba a volver, alguien de la herencia me localizó. Todavía no sé cómo —un investigador privado especial o un comando entrenado o algo así—, porque pensaba que había borrado bien nuestras huellas. —Se encoge de hombros—. En fin, me informó de que serías la siguiente en la línea de sucesión de Gallagher Industries.

—¿Gallagher Industries? Nunca he oído hablar de ello.

—No, claro. Son una empresa de tecnología multimillonaria con sede en Irlanda. Se dedican principalmente a varios trabajos para gobiernos de todo el mundo y para los muy ricos que tienen demasiado tiempo y dinero. —Suspira y sigue mirando por la ventanilla—. Bueno, tu padre era el primero en la línea de sucesión para la empresa. Había pasado de padres a hijos durante muchas, muchas generaciones. Pero Aidan nunca la quiso. Era feliz con su vida aquí, con nosotras. Y la Hermandad. Así que se la cedió a su hermano pequeño.

—¿Tengo un tío?

Mi madre ignora mi pregunta y continúa con su viaje por el baúl de los recuerdos.

—Desafortunadamente para él, no fue tan fácil. No puedes cederla así como así. Está escrito en la propia constitución de la empresa la forma específica en que pasa al siguiente sucesor. Y la junta directiva requiere un heredero en todo momento.

—Qué arcaico —murmuro.

—Sí, bueno, tu tío no tenía hijos. Así que tu padre figuraba como heredero. Habían intercambiado los papeles. Y tú figurabas como heredera secundaria. Pero nos aseguraron que nunca se llegaría a eso. Tu tío dijo que adoptaría si era necesario.

—Entonces, ¿qué pasó? —pregunté cuando se detuvo más de lo normal. Estaba en ascuas, escuchando su relato de los acontecimientos que posiblemente llevaron a la desaparición de mi padre. Y, en última instancia, a su muerte.

—Tu padre murió. Tu tío murió. Yo huí. Y luego mis padres murieron. Así que cambié nuestros nombres y le pagué a alguien una cantidad exorbitante de dinero para que te borrara de todas las bases de datos conocidas. Todavía me quedaban algunos amigos en

el árbol genealógico de los Gallagher, y como todos son tan expertos en tecnología, uno de ellos nos ayudó.

La cabeza me da vueltas con esta información que acaba de soltar tan despreocupadamente, como si no cambiara todo lo que siempre había pensado sobre mi vida. Todavía estaba asimilando la idea de que soy una Gallagher y que mi padre está realmente muerto. ¿Y ahora descubro que soy la heredera de una empresa de la que nunca he oído hablar? Ah, ¿y que más gente quiere secuestrarme... o matarme?

—Vale. —Me humedezco los labios e intento procesar parte de esta avalancha de información que acaba de dejarme en el regazo—. ¿Le contaste a Cormac sobre esto?

Niega con la cabeza antes de que termine de hablar.

—No. Le quiero, pero no confío en él. —Me mira a los ojos—. No confíes en nadie, Alaina. En nadie.

—¿Ni siquiera en ti?

—Sí, ni siquiera en mí.

Me humedezco los labios y trato de averiguar cómo procesar eso.

—Así que, si no queda nadie en la lista de herederos o lo que sea, ¿quién dirige la empresa?

Se vuelve para mirarme.

—La verdad es que no lo sé. Cuando te borré...

Me estremezco ante sus palabras, no puedo evitarlo. Así es exactamente como me he sentido todos estos años, y oírlo mencionarlo tan a la ligera atraviesa algo dentro de mí que creía haber superado hace mucho tiempo.

Mi madre se aclara la garganta y vuelve a mirar por la ventanilla.

—Cuando te borré, básicamente corté todos los lazos con esa parte de mi vida. Con esa parte de mi familia. Quienquiera que sea, te necesita viva. Eso lo sé.

—Pero ¿cómo lo sabes?

—Hay un período de prueba de un año. Comienza en el momento en que cumples los dieciocho. Si algo te sucede durante ese año, los activos de la empresa se congelan hasta que la junta la disuelva. Así es como detuvieron el asesinato de los herederos. O eso me dijo Aidan. La mayor parte de esto es por lo que él me contó.

El coche reduce la velocidad en una calle residencial. Vuelvo a comprobar mi GPS y no estamos en West High.

Antes de que pueda preguntar, mi madre se vuelve hacia mí. Me mete un mechón de pelo detrás de la oreja y me mira con tanto amor que se me corta la respiración.

—Te quería muchísimo, ¿sabes? Y yo también te quiero. Nos rompería el corazón a ambas y te enviaría lejos de nuevo si pensara que eso salvaría tu vida. Pasé tanto tiempo llenando con hielo el agujero que dejaste en mi vida que había olvidado cómo ser tu madre. Y por eso, lo siento.

Se me llenan los ojos de lágrimas y me arden los senos nasales.

—Mamá...

—Chis, está bien. Solo quería que lo supieras, ¿vale? Ahora tengo que entrar aquí a por una cosa, pero te veré en West High. ¿De acuerdo?

El pánico me invade, rápido y violento. Agarro a mi madre por la muñeca y la retengo en el coche. ¿Por qué suena como si se estuviera despidiendo?

—No. Vamos juntas, ¿recuerdas? Un tipo quería verte... ese tal Liam lo dijo.

—Lo sé. Primero necesito coger una cosa de un viejo amigo. Te veré allí, te lo juro.

Mi madre se inclina y me da un beso en la frente antes de darse la vuelta y salir del coche. La veo subir las escaleras de una casa de varios pisos y llamar al timbre. La puerta se abre, pero quien contesta permanece oculto en las sombras. Mi madre entra en la casa, y se me revuelve el estómago.

¿Habrà sido esa la última vez que la vea?

TREINTA Y UNO

WOLF

EL DÉJÀ vu me golpea como un muro de ladrillos y suelto un gruñido. Me pellizco el puente de la nariz, intentando aliviar la sensación de caída libre que me recorre las venas.

—¿Qué pasa?

Le dedico a mi hermano una sola mirada. Es todo lo que puedo permitirme cuando conduzco a esta velocidad por carreteras secundarias. Un error y se acabó todo.

Sus dedos vuelan sobre el teclado de su portátil. Siempre le estamos tomando el pelo por eso, pero la verdad es que estaríamos perdidos si no tuviera ese trasto de ordenador. Lo ha modificado de tal forma que es prácticamente indestructible —inmune a hackeos, malware, virus— y puede entrar en casi cualquier sitio. Si le preguntas, te dirá que *no es su mejor trabajo* porque no puede vulnerar los servidores gubernamentales de alto nivel. Sus otros ordenadores sí pueden, pero esos no son tan cómodos para llevar en el coche como su portátil.

Ninguno de los dos estábamos dispuestos a esperar en casa mientras Rush buscaba a nuestro hermano... y a quien se llevó a Maddie.

—Nada. Solo un poco de déjà vu, eso es todo. —Niego un poco con la cabeza a medida que el vértigo empieza a desvanecerse.

—¿A qué te refieres?

—Es solo que el día del cumpleaños de Roja, estaba en este coche, conduciendo con Sully de camino a O'Malley's para recuperarla a toda costa, ¿sabes? Y un par de horas después, ella había desaparecido.

Mantengo los ojos en la carretera, pero veo por el rabillo del ojo que Rush se gira para mirarme. —Pero ella no ha desaparecido. Está en esa cafetería a pocas manzanas de O'Malley's. Estaremos allí en treinta minutos.

—Lo sé —digo mientras me acomodo en el asiento y ajusto el agarre al volante—. ¿Pero qué pasa si no está?

Rush mira por el parabrisas delantero conmigo. Sin duda, mira sin ver realmente, igual que yo.

—Estará allí, hermano. Ha aprendido mucho desde aquella noche.

—Pero no lo suficiente —murmuro—. Deberíamos haberle enseñado más.

—Sí. Tal vez deberíamos haberlo hecho. —La voz de Rush es queda, y estoy seguro de que está recordando todo lo que le enseñamos durante las últimas semanas.

Ninguno de los dos dice nada más mientras seguimos conduciendo.

—¿Has rastreado ya a Sully?

—Mmm. Fue a O'Malley's poco antes de la una, lo que coincide con lo que dijo Alaina. Se marchó después de quince minutos, pero he podido rastrear su teléfono y corroborarlo con las cámaras de tráfico y de seguridad de la zona. Parece que entró en una cafetería y, diez minutos después, sale con dos cafés.

—Me apuesto lo que sea a que uno de esos era para Roja. Ni de coña se habría ido a ver a una tía cualquiera en la ciudad *mientras* técnicamente estaba con ella ese día —intervengo.

—Sí. Eso es lo que yo también pienso. Y aquí es donde la cosa se jode. Creo que está volviendo hacia la cafetería, pero a eso de una manzana de distancia, en una zona oscura junto a una entrada para coches, simplemente... desaparece.

Frunzo el ceño. —¿Cómo que desaparece?

—No lo sé, hermano. Su teléfono deja de emitir señal y no vuelve a aparecer en ninguna de las cámaras circundantes. Es posible que se haya herido de alguna forma o que lo hayan asaltado y siga tirado en esa entrada. Estoy revisando los planos arquitectónicos municipales de los edificios de alrededor.

Suelto un silbido bajo. —¿Puedes encontrar esa mierda?

Él se encoge de hombros. —Todo el mundo deja algún tipo de rastro. Además, sabía que la ciudad debía tener los planos registrados para los permisos y demás. Espero que podamos averiguar de quién es esa entrada.

—Sí. ¿Y Alaina? ¿Sigue en la cafetería? —Tamborileo con el dedo en el volante siguiendo el ritmo de «Sweetness» de Jimmy Eat World.

—Joder —maldice Rush entre dientes antes de empezar a teclear al doble de velocidad.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Me siento más inquieto de lo normal y vuelve esa sensación de mal agüero del déjà vu.

—Llámalas. No está en la cafetería. —La voz de Rush es grave; el sonido del tecleo llena el coche.

—¿Dónde coño está?

—¡Solo llámala! —El pánico es palpable y le dedico otra mirada a mi hermano. Tiene la mandíbula apretada y el cuerpo tan tenso que temo que estalle al menor movimiento.

Pulso su número en mi lista de favoritos y escucho los tonos de llamada por los altavoces del coche. El corazón me late tan fuerte que siento como si acabara de correr un maldito maratón. —Cógelo, cógelo —murmuro, suplicando que responda.

—¿Wolf?

—Oh, menos mal, nena. ¿Dónde estás? ¡Creía que te había dicho que te quedaras en la maldita cafetería! —grita Rush antes de que yo pueda articular palabra.

—¿Estás bien, Roja? Háblame. —Yo no le grito, aunque mi miedo haga que me cueste no hacerlo.

—Yo... ya no sé nada.

—¿Dónde estás? —pide Rush casi suplicando. Su pierna no deja de temblar, agitando el ordenador sobre su regazo.

—Estoy en un Uber. He compartido mi ubicación con vosotros para que supierais que tenía que irme. Ha pasado algo extraño. Mi madre está aquí... o estaba aquí. El tipo ese, el demonio de ojos rojos —se llama Liam—, estaba aquí, y creo que fue él quien se llevó a Maddie. Ah, y Rush, tienes que investigar Gallagher Industries, ¿vale? Mi madre ha dicho algo de que soy la heredera o algo así. Y Mary le envió fotos desnuda a un tipo cualquiera, pero luego Benny la ayudó. Así que ahora se supone que tengo que salir en una cita con él. Le he dicho que a mis novios imbéciles y machitos alfa no les gustaría eso, así que probablemente tendréis que lidiar con ello.

—Quieta, quieta. Ve más despacio, no tiene sentido lo que dices. ¿De qué estás hablando, pajarillo?

Suspira a través del teléfono. El sonido es ruidoso y extrañamente reconfortante.

—Estoy en la parte de atrás de un Uber camino a donde está Maddie. Liam, el tipo que me llevó de O'Malley's, apareció fuera de la cafetería cuando os estaba esperando. Dio a entender que tenía a Maddie y me dijo que fuera a esta dirección sola y que la dejaría ir.

Nuestros teléfonos vibran al mismo tiempo. Rush levanta el suyo y dice: —¿Este es tu destino? ¿West High Street?

—Sí. Sé que puedo hacerlo, Rush. Lo sé. Puedo recuperar a Maddie, salvarla. Entonces podré ser de verdad una de vosotros, ¿sabéis?

—Nena, ya eres una de los nuestros. Por favor, espera —le ruego—. No sé de dónde has sacado la idea de que aún no lo eres, porque lo eres.

—Eres perfecta tal como eres, pajarillo. Y te pido, como tu hombre, que nos esperes. Estamos yendo a ciegas, y eso siempre significa problemas. —Los ojos de Rush están desorbitados mientras alterna la vista entre el nombre de ella en la pantalla táctil y el portátil que tiene delante.

Alaina suspira. —Lo intentaré, ¿vale? Pero si veo una oportunidad para sacarla de allí, voy a aprovecharla. Confío en que me cubriréis las espaldas. Os pido que confiéis en que puedo hacer esto.

—Escucha, escúchame, Alaina. —Oigo cómo contiene el aliento y sé que tengo su atención. He tomado la decisión calculada de usar

su nombre real, ya que rara vez lo hago—. Te quiero, nena, pero aún no estás lista para esto. No sola.

Oigo otra bocanada de aire, esta más profunda que la anterior. —¿Me quieres?

—¿Con eso es con lo único que te has quedado? Por supuesto que te quiere, todos te queremos —espeta Rush, con la paciencia agotada.

Nunca antes había visto a mi hermano perder el control por completo. Ha estado cerca muchas veces, pero no creo que haya llegado nunca al fondo de su pozo de autocontrol. Tengo el presentimiento de que pronto veremos al monstruo que habita en el fondo de ese pozo. Y me temo que no podré domarlo; estaré allí mismo incitándolo.

—¿M-me queréis todos? —El deseo de creerlo en su voz resulta doloroso—. Pero... solo han pasado unas semanas. No... no lo entiendo.

Esta chica no ha recibido ni de lejos suficiente amor en su vida y, aunque eso rompe lo poco que queda de mi corazón, una parte sádica de mí se regocija en el hecho de que seremos nosotros quienes le mostremos lo que significa de verdad el amor.

—No puedo creer que vaya a decir algo tan tópico como esto, pero es la verdad y no tengo tiempo para buscar algo más apropiado, así que escúchame, Alaina. Cuando lo sabes, lo sabes. Y créeme, todos lo sabemos —dice Rush, mirando su nombre en mi pantalla como si realmente pudiera verla.

—Yo... eh... creo que yo también os quiero. A todos. Solo que...

—Muy bien, ya hemos llegado —dice una voz masculina de fondo. Debe de ser el conductor del Uber. Joder, ya está allí.

—Ah, vale. Gracias. —Sus palabras suenan amortiguadas e imagino que está tapando el micrófono del teléfono por un momento.

—¿Cuál es nuestra hora estimada de llegada, Rush?

—Treinta minutos —murmura él, tecleando en su portátil en un frenesí de movimientos.

—Ven a buscarme, Wolf.

—Siempre, Roja. Siempre iremos a buscarte —le prometo, y ella corta la llamada sin decir nada más.

—Joder. Matteo me acaba de confirmar que Sully no apareció hoy. Y han quemado seis locales más. Algunos suyos, otros de terceros. Casi todos pertenecían a gente que estuvo en nuestra reunión del otro día. —Hace una pausa—. ¡Maldita sea! —ruge Rush.

—¿Tenemos otro puto topo? —Las palabras salen en forma de gruñido y el miedo me atenaza el corazón, apretando lo que queda de él con su puño cerrado.

Rush se pasa ambas manos por el pelo, echándoselo hacia atrás. —No lo sé. Simplemente no lo puto sé. —Se gira hacia mí—. No podemos ir a por los dos. West High está a cuarenta minutos de la cafetería y de donde vimos a Sully por última vez. Tal vez podamos tomar algunos atajos, pero no es tiempo suficiente para buscarlo a él y llegar hasta ella.

Asiento, sabiendo que podríamos llegar a este punto. —Así que tenemos que elegir.

—Sí. ¿Pero es realmente una elección? Ambos sabemos lo que diría Sully.

Sin decir una palabra, asiento, piso a fondo el acelerador y concentro toda mi energía en llegar hasta mi chica.

TREINTA Y DOS

ALAINA

—YO... eh... creo que yo también os quiero. A todos. Es solo que...

—Bueno, ya hemos llegado —dice el conductor del Uber, interrumpiendo mi torpe declaración.

Supongo que ya estamos aquí. Los nervios se apoderan de mi estómago al pensar en lo que encontraré dentro del ruinoso edificio.

—Ah, de acuerdo. Gracias —le digo, tapando el altavoz del móvil.

Oigo a Wolf preguntarle a Rush su hora de llegada, y creo que responde veinte minutos, pero estoy distraída por el conductor del Uber, que me está recitando titulares de noticias.

Destapo el altavoz. —Ven a por mí, Wolf.

Su respuesta es rápida, sin vacilar. —Siempre. Siempre iremos a por ti —promete.

Después de eso, cuelgo. ¿Qué más se puede decir ahora mismo? La melancolía me envuelve mientras contemplo el edificio en ruinas.

—¿Seguro que es aquí? Esta mañana he oído en la radio que esta manzana de edificios está programada para su demolición.

—¿Demolición? —Miro a mi alrededor. No sé qué esperaba ver, pero sea lo que sea, no lo encuentro.

—Ya sabes, ¿de demoler? Por lo visto, el ayuntamiento va a empezar de cero. Aunque, si me preguntas a mí, seguro que van a poner unos pisos de lujo y a venderlos por un dineral. También he

oído que van a empezar a poner zonas verdes por todos los distritos. ¿Qué pasa, que Central Park no es suficiente zona verde?

Hago un ruido evasivo, más que nada para ganar un momento o dos antes de salir de este coche. Porque tengo la sensación de que, en cuanto lo haga, las riendas del destino tomarán el control. Y no estoy segura de estar preparada para ceder el control de mi vida.

Me muerdo la mejilla mientras miro el edificio, imaginando a Maddie atada en algún lugar de su interior, asustada y sola.

Sacudo la cabeza para deshacerme de esa imagen y para recordarme que esto es lo correcto.

—¿Estás bien, chica?

Me vuelvo para mirarlo. Es un conductor de Uber bastante agradable —música suave, no ha tomado las curvas a ciento sesenta por hora como los taxistas de la ciudad y el coche estaba limpio—, pero últimamente no me siento especialmente confiada. Otra razón por la que siempre tengo activada la opción de compartir mi ubicación.

—Sí. Gracias por el viaje. —Tiro de la manilla y abro la puerta. El esmog me recibe, una manta de suciedad que encaja con cómo me siento ahora mismo.

Toda la situación me pone la piel de gallina, y no estoy segura de si es porque he dejado que mi madre se me meta en la cabeza o porque estoy mirando un edificio que parece sacado de una película de terror de serie B.

Camino unos pasos antes de sacar el móvil. Le envió un mensaje a mi madre para decirle que estoy aquí, y me aseguro de que mi enlace de ubicación sigue activo.

Reboto sobre las puntas de los pies y miro a mi alrededor. La calle está tranquila, lo que no es de extrañar. La mayoría de estos edificios no parecen habitados.

—Venga, mamá.

Vuelvo a mirar la hora en el móvil. Dijo que ya estaría aquí. Sabía la hora que dijo Liam y prometió que estaría aquí.

—Mierda. —Me doy cuenta con una claridad deprimente de que llevo toda la vida esperando que mi madre dé la cara por mí, y la

única vez que la vida de alguien depende de ello, no puede hacerlo. Ni siquiera puede hacerlo, joder.

El móvil me vibra en la mano y veo un número desconocido. Pulso «aceptar» y me lo llevo a la oreja.

—Entra, último piso —dice una voz desconocida antes de que la línea se corte.

Me guardo el móvil en el bolsillo y miro a mi alrededor, esperando ver a alguien detrás de mí. Satisfecha de que nadie me vaya a pillar por sorpresa, camino hacia la entrada. La puerta cruje cuando tiro de ella para abrirla y, después de entrar, se cierra de golpe a mi espalda.

El fuerte sonido retumba en el edificio, casi vacío. Parece que en su día fue una especie de almacén. Camino entre la basura y los viejos embalajes de cartón que ensucian el suelo hasta la escalera del lado izquierdo del edificio.

Subo las escaleras lentamente, girando la cabeza constantemente para ver todo lo que me rodea. Ava me enseñó ese pequeño truco.

Aguzo el oído en busca de cualquier ruido, pero lo único que oigo es el lejano arrullo de las tórtolas. Miro hacia arriba y veo algunos agujeros en el techo.

Ya no se construyen edificios de este estilo. Apuesto a que la madera en bruto y los materiales metálicos de aquí son originales, y seguro que se venderían por un dineral.

Las teorías aleatorias sobre este edificio me distraen de lo que estoy a punto de hacer, aunque solo sea momentáneamente. El estómago se me revuelve y las náuseas me suben por la garganta cuando todo el peso de lo que estoy haciendo me golpea.

Estoy entrando en un edificio abandonado, con la intención de rescatar a mi prima, yo sola y sin armas.

¿En qué coño estaba pensando?

Respiro hondo y me recuerdo que Rush y Wolf están en camino. Tienen la dirección y vendrán. Sé que lo harán. Nunca me decepcionarían.

La vida de Maddie está en juego. Y, visto desde esa perspectiva, no estoy segura de que haya algo que no haría.

Exhalo rápidamente por la boca y compongo una expresión cuidadosamente neutra.

Llego al rellano del último piso y camino en silencio, asomándome a cada habitación. La mayoría de las paredes están parcialmente rotas, así que puedo ver el interior con bastante facilidad.

En la habitación más alejada de la escalera, encuentro a Maddie. Está encorvada y atada a una silla con bridas, con sangre seca cubriéndole la frente.

—¡Oh, Dios mío, Maddie! —grito y corro hacia ella.

Antes de que la alcance, un brazo sale con fuerza y rapidez y me bloquea el paso. Levanto la vista y me encuentro con los ojos rojos de Liam.

Me mira de arriba abajo, una sonrisa malvada iluminando sus facciones. —Alaina. Estás aquí. ¿Dónde está tu madre?

—Yo..., eh...

—Estoy aquí mismo —dice mamá mientras entra en la habitación desde la esquina. Ni siquiera vi escaleras por ahí, así que no sé cómo ha llegado hasta aquí. Quizá ha trepado por una de esas paredes a medio hacer.

Liam se da la vuelta y aplaude. —Perfecto. Empecemos. Ahora, como nos has traicionado tan groseramente, el Jefe no va a estar aquí hoy. —Liam curva el labio y nos gruñe—. Me hace parecer un incompetente, y no me gusta que me hagan quedar como un idiota, Lana.

—Disculpa, Liam. Solo intentaba proteger a mi hija. Seguro que puedes entenderlo —dice mamá, dando otro paso adelante con los brazos en alto y las palmas hacia fuera.

Liam ladea la cabeza mientras evalúa a mamá. —¿Sacrificando a tu sobrina? Hasta a mí me parece cruel.

Me acerco lentamente al lado de Maddie y, con un ojo puesto en la tormenta que se está gestando entre mi madre y Liam, le doy unas palmaditas en las mejillas. —Despierta, Maddie.

—Ese no era el plan —gruñe mamá entre dientes.

—Espera. —Levanta la palma de la mano, una sonrisa loca y amplia se extiende por su cara—. ¿Acaso..., acaso pensabas que mis

hombres te llevarían a *tí*? —Recorre a mi madre de la cabeza a los pies y luego echa la cabeza hacia atrás y se ríe —una risa de verdad —, y decido que es lo más aterrador que he visto y oído nunca.

La violencia crepita en el aire, y un escalofrío me recorre la espina dorsal. No dejo de esperar ver a más gente u oír pasos o algo. Parece extraño que solo estemos él y Maddie en este sitio tan grande. Hay algo que no me cuadra, pero no sé si es porque nunca he estado en una situación así.

Liam simula secarse una lágrima de su ojo rojo sangre. —Oh, Lana. Esa es buena, de verdad. De hecho, contarle al Jefe ese chiste cuando le lleve vuestras cabezas cortadas para comparar podría incluso devolverme su favor. —Suspira con una sonrisa nostálgica—. Le encantan los buenos chistes.

El corazón se me acelera y un sudor frío me recorre el cuerpo. Me pongo en cuclillas detrás de Maddie y rebusco en mi pequeño bolso, buscando algo para cortar la brida.

—Deja ir a las chicas, y yo iré contigo a ver a los Gallagher. —Mamá se hace a un lado, alejándose de nosotras.

—Oh, dulce Lana. Los Gallagher no van detrás de Alaina. —Gira sobre sus talones para mirarme—. Bueno..., no debería decir eso...

Lo que fuera que iba a decir queda interrumpido por un estruendo sordo. Al principio, creo que son motos o coches sin tubo de escape, pero entonces lo oigo de nuevo. Y esta vez siento que el suelo tiembla un poco. El montón de cartón de la esquina se mueve, y el ruido atrae mi atención.

—¿Qué demonios es eso? —El pánico me dispara aún más la adrenalina, y siento la piel demasiado tirante. Reprimo el impulso de huir.

No hasta que tenga a Maddie.

Nadie me responde, y redoblo mis esfuerzos para buscar en mi bolso sin perder de vista el enfrentamiento. Mis dedos tocan algo frío y metálico, y saco un cortaúñas.

—Tienes que elegir, Liam. ¿Yo o las chicas? ¿Tu vida o tu muerte? —Mamá lanza el ultimátum con fría indiferencia, pero me doy cuenta de cómo le tiemblan las manos al apretarlas a los costados.

—¿Muerte, Lana? ¿En serio? —Liam se lleva la mano a la espalda y saca una pistola—. No estás en posición de negociar.

Abro el cortaúñas y lo encajo entre las bridas y la piel de Maddie. Y aprieto los mangos como si la mismísima Parca estuviera a mi espalda. Otra mirada a Liam, con su atuendo completamente negro y sus ojos rojos, y no estoy tan segura de que no lo sea.

Maddie gime y mueve la cabeza hacia un lado.

—Shh, intenta no moverte mucho, ¿vale? —siseo, echando un vistazo a Liam y a mi madre.

—¿Lainey? ¿Eres tú? —Su voz es pastosa, y su cabeza cuelga.

—Soy yo. Estoy intentando liberarte, así que aguanta.

—¿Estoy soñando o es la tía Lana? —pregunta Maddie mientras levanta la cabeza.

Desvío la mirada hacia mi madre de nuevo, que está mirando fijamente el cañón de la pistola de Liam cuando otro estruendo restalla en el aire. Este más fuerte y más cercano que los dos anteriores. El suelo tiembla, y oigo cosas que se estrellan en los pisos de abajo.

—Mamá, tenemos que salir de aquí —siseo, apretando frenéticamente. Solo he cortado la mitad del plástico, y el sudor me corre por la sien.

—Verás, Liam, la fortuna me ha sonreído un poco hoy cuando has elegido este edificio. Está en una manzana programada para ser demolida hoy mismo, lo que significa que hay C4 escondido por todas partes. —La sonrisa de mamá es demasiado amplia, demasiado triunfante para una mujer que se enfrenta al cañón de una pistola.

Liam mira a su alrededor antes de dar tres pasos hacia mamá, clavándole la pistola en el centro de la frente. La cabeza de ella se sacude hacia atrás por la fuerza, pero la sonrisa no abandona su rostro.

—Solo les he dado un empujoncito a un par —dice mamá con un encogimiento de hombros displicente.

—Mamá. —Esa única palabra está tan cargada de desesperación que me transporta al instante a cuando era más joven, cuando aún tenía a mis dos padres y eran superhéroes a mis ojos.

—Mamá. ¿Qué has hecho? —susurro a gritos, el miedo escapando de mis poros y arremolinándose a mi alrededor, ahogándome.

—Recuerda lo que te dije en el coche, Alaina —dice mamá mientras se gira para mirarme—. Recuerda lo que te dije.

Liam la mira fijamente, con las cejas levantadas y la cabeza ladeada. Y estoy tan preocupada por lo que está diciendo que casi me pierdo el movimiento. Aprieto el cortaúñas una vez más, y la brida se desliza de la mano de Maddie en el mismo instante en que mamá saca una pistola de la parte trasera de sus pantalones cortos vaqueros.

En un solo movimiento, levanta la pistola y da un paso atrás, apuntando al pecho de Liam con las dos manos.

Por un segundo, parece que el mundo se detiene. Un hormigueo recorre mi cuerpo y mi respiración se acelera.

Entonces otro estruendo agrieta el aire y el edificio se mueve. Las ventanas se rompen en algún lugar de abajo, las cosas se estrellan contra el suelo y, aun así, mamá y Liam no se mueven.

—Lainey, saca a tu prima de aquí.

—No lo creo... —empieza Liam, pero mamá le apunta a la cabeza con su pistola y él deja de hablar.

—Mamá, ven con nosotras —suplico.

El estruendo continúa, y tengo que cambiar mi agarre sobre Maddie cuando la pared que conecta esta habitación con otra se agrieta y empieza a caer.

—¡Ahora, Lainey! —grita mamá. Y por primera vez, quizá la única, oigo la desesperación en su voz.

Levanto a Maddie y empiezo a arrastrarla hacia la puerta. Tiene los ojos muy abiertos y las pupilas dilatadas, grabadas por el miedo. Bajamos el primer tramo de escaleras cuando parte del techo se derrumba, y ambas gritamos.

—¡Vamos, Lainey! —grita Maddie, y sorteamos unos escalones rotos.

Miro hacia atrás, esperando ver a mamá, pero todo lo que me recibe son más cosas estrellándose.

Maddie entrelaza sus dedos con los míos y bajamos corriendo al siguiente tramo de escaleras, deteniéndonos en seco ante la destrucción que nos rodea abajo. Hay hormigón, vigas de madera y tuberías de metal por todas partes. Escaneo la zona, intentando trazar mentalmente nuestra ruta de escape antes de tirar de la mano de Maddie.

—Sígueme y no te separes.

No espero a que responda y bajo las escaleras corriendo, trepando por encima de los escombros y poniéndome a la vista de la puerta. Me detengo y Maddie se estrella contra mi espalda.

—¿Qué pasa? ¡Vamos! —grita Maddie.

Miro la destrucción a mi alrededor, luego desvío la mirada hacia la escalera que lleva al tercer piso y, de nuevo, hacia Maddie.

—No. No, no, no, Lainey. No puedes volver —grita Maddie, con el miedo crispando su rostro.

—Tengo que intentarlo al menos. Es mi madre. —La voz se me quiebra al final, y tengo que carraspear antes de poder hablar—. Tengo que intentarlo al menos. Puedo ser rápida, y las paredes ya han dejado de temblar. —Maddie niega con la cabeza enérgicamente, las lágrimas cayendo de sus ojos—. Volveré enseguida. Sal y espera a Wolf. Llegaré pronto.

La empujo hacia la salida y, con una última mirada, corre hacia la puerta.

No me quedo a verla marchar. Me doy la vuelta y corro como nunca, esquivando basura y saltando sobre vigas caídas.

Es un plan estúpido, lo sé. Pero la idea de que mi madre esté arriba, herida, mientras yo estoy fuera, sana y salva, me carcome por dentro.

Nunca me perdonaría si no lo intentara al menos.

TREINTA Y TRES

RUSH

—A DOS MINUTOS —le digo a mi hermano sin apartar la vista de su punto en mi pantalla.

—¿Sigue ahí?

—Sí. No se ha movido.

—Eso es bueno, ¿verdad? Que siga allí. —Wolf se pasa una mano por el pelo. Tiene la cara como una piedra, la mandíbula tensa y los ojos entrecerrados. Juguetea con los botones del volante y el álbum vuelve a empezar. Es la banda sonora de Interstellar, de Hans Zimmer. Siempre la pone cuando necesita centrarse. «Cornfield Chase» suena por los altavoces.

—Dime que hemos hecho lo correcto. Que hemos tomado la decisión adecuada. Dime que no acabamos de condenar a nuestro hermano —dice Wolf sin mirarme.

Me froto la barbilla con la mano y suspiro. El peso de la carga de la culpa nos oprime a ambos.

—Era la mejor opción dadas las circunstancias. Sully nunca nos perdonaría si no hubiéramos ido a por ella.

—Sí. Jamás lo haría, por mucho que ese gilipollas finja lo contrario. —Wolf estira el cuello de un lado a otro y suelta un suspiro.

Aun así, la culpa me atosiga y el miedo me nubla los sentidos. No necesito ver la cara de mi hermano para saber que siente lo mismo.

Las sienes me palpitan al ritmo de los latidos del corazón. El pavor se enrosca alrededor de mi corazón negro, clavando puntas de alambre de espino en el órgano que apenas late.

Algo va mal.

Vuelvo a mirar el móvil; su punto no se ha movido. Intento llamar otra vez al móvil de Sully; sigue sin haber nada.

—¿Alguna novedad de Matteo? —pregunta Wolf.

Vuelvo a comprobar mi teléfono, aunque sé que no hay nada nuevo. No. Tiene a algunos de sus chicos buscando a Sully; de los que puede prescindir.

Wolf asiente con un movimiento entrecortado que delata su inquietud.

Una gota de sudor me resbala por el cuello y bajo las ventanillas.

—El aire acondicionado está puesto.

—Ya, pero necesito aire de verdad.

El aire que fluye hacia el interior del coche es denso por la contaminación y pesado por la humedad. No es de extrañar, teniendo en cuenta que estamos en el distrito industrial. Creo que todavía hay unas cuantas fábricas funcionando por aquí cerca, aunque no se diría por el aspecto de este barrio. Es un pueblo fantasma.

Hay aceras agrietadas, maleza descontrolada, baches del tamaño de un cráter y basura en cada manzana. Y con cada ventana rota y cada edificio grafitado que pasamos, mi corazón late con más fuerza y rapidez.

Wolf me lanza una mirada y sé que está tratando de decidir si debe volver a preguntarme por la ubicación de Alaina. Abro la boca para decírselo de todos modos, solo para aliviar un poco la ansiedad, cuando las sirenas rasgan el aire. Wolf mira por el retrovisor y yo me giro para mirar por las ventanillas de atrás.

Las luces rojas y azules parpadean a lo lejos mientras las sirenas se hacen más fuertes.

Se están acercando.

Wolf y yo compartimos una mirada y, sin necesidad de que le diga nada, pisa el acelerador, empujándome contra el asiento por la fuerza.

Wolf tamborilea los dedos en el volante, mirando obsesivamente por el espejo retrovisor cada dos por tres. —Creo que puedo darles esquinazo.

Golpeteo mis dedos contra mi pierna, sopesando las opciones.

—Si no puedes y acabamos arrestados, sabes lo que tendremos que hacer, ¿verdad? No podemos dejar así a Alaina.

—No lo haremos. Confía en mí —dice Wolf mientras me lanza una mirada.

—Sí. Llévanos con nuestra chica, hermano.

Sesenta segundos después, Wolf pega un frenazo y el coche patina hasta detenerse. No espero a que Wolf ponga la palanca en punto muerto. Lanzo mi ordenador al suelo y abro la puerta de un tirón, con el corazón en la garganta.

El 768 de West High está temblando.

El edificio de tres plantas parece una zona de guerra con las ventanas reventadas, las paredes exteriores desaparecidas y el polvo de hormigón flotando en el aire como si fuera niebla.

Un estruendo corta el aire y otra parte del exterior explota, lanzando fragmentos de hormigón y metal al aire.

¿Hemos llegado demasiado tarde?

—¡Pelirroja! —grita Wolf mientras rodea el coche. La palabra suena como si le hubiera sido arrancada del alma, maltrecha y sangrante.

Ese sonido es suficiente para reactivar mi corazón y corro hacia lo que queda del edificio con mi hermano a mi lado.

Todo lo demás se desvanece hasta que solo queda una cosa: Alaina.

Por el rabillo del ojo veo a su prima, Maddie. Le dedico una sola mirada, pero no me detengo. Está arrodillada en medio de la calle, sangrando por la cabeza y sollozando.

—¡Ha vuelto a entrar! ¡Ha vuelto a entrar ahí y yo... yo no he podido detenerla!

Estamos a metro y medio de la puerta cuando algo cambia. La energía llena el aire, pulsando hacia fuera un segundo antes de que medio edificio se derrumbe. Tuberías rotas, trozos de metal retorcido, vigas de madera y trozos de cemento salen volando; algunos hacia el interior del edificio, otros hacia la calle.

Wolf me agarra por el brazo y me aparta de un tirón dos segundos antes de que una viga de metal atravesase el hormigón donde yo estaba de pie.

Un estruendo sacude el aire, un ruido lo suficientemente fuerte como para reventar un tímpano, y sé lo que vendrá después. Un segundo más tarde, lo vemos. Parte del edificio derrumbado estalla en llamas.

Mi corazón negro se encoge, recordándome que ella es la razón por la que siquiera late.

Miro a mi hermano y sé que mi dolor es el reflejo del suyo. Frunce el ceño y aprieta los labios, pero son sus ojos los que lo delatan. La desesperación me devuelve la mirada a través de sus ojos marrones.

La devastación amenaza con ahogarme, pero la someto. No me he rendido ni un solo día en mi vida, y no voy a parar ahora ni de coña.

—Hermano.

Con esa sola palabra, él sabe lo que le estoy pidiendo.

—Siempre vamos a buscar a nuestra chica —dice Wolf con la mandíbula apretada.

Asiento y abro la puerta violentamente. Se desprende de las bisagras y cae al suelo con estrépito. No lo pienso dos veces mientras corro por entre los escombros del interior. Montones de basura, cemento roto, tablas de madera y algunos fuegos pequeños ensucian el suelo como una jodida carrera de obstáculos.

Toda la parte trasera derecha del edificio está cubierta por las llamas y oigo otra sirena rasgar el aire, pero no tenemos tiempo para esperar a que sean ellos quienes encuentren a Alaina. Estoy viviendo en tiempo de descuento.

Escaneo la zona buscando a mi pelirroja favorita mientras averiguo cómo subir a los pisos superiores.

No pararé hasta encontrarla.

Es nuestra, y nadie nos la quitará. Ni siquiera la propia muerte.

CONTINUARÁ . . .

UNA NOTA PARA LOS LECTORES

¡Muchísimas gracias por leer Rush! Espero que no estéis demasiado enfadados conmigo por haberos dejado así con la miel en los labios, ¡pero estad tranquilos, que el siguiente libro, Sully, ya está disponible! ¡Podéis conseguirlo en Kindle Unlimited hoy mismo! ¡Seguid leyendo para ver un adelanto!

No tengo palabras para agradeceros que hayáis dado una oportunidad a Alaina, Sully, Wolf y Rush... ¡y a mí! ¡Y me muero de ganar de que leáis lo que sucede a continuación!

Leed Sully, el tercer libro de la serie Brotherhood, aquí: books2read.com/brotherhood3

¡Sería un honor si tuvierais tiempo para dejar una breve reseña de este libro! Las reseñas son el alma de un libro y os lo agradecería muchísimo.

besos

—pen

¡No os perdáis nada!

Suscribíos a mi [boletín de noticias](#)

Uníos a mi [grupo de Facebook, Penelope's Black Hearts](#)

Seguidme en Instagram [@authorpenelopeblack](#)

TREINTA Y CUATRO

¿LISTO PARA MÁS?

Sully:
The Brotherhood libro 3
Ya disponible en Kindle Unlimited

CAPÍTULO UNO

SULLY

—Bésame, James, y dime que me quieres.

El sol brilla sobre nosotros mientras paseamos por Central Park. Los árboles forman una especie de túnel sobre nuestras cabezas, dándonos sombra frente al implacable sol del verano.

Me detengo y tiro de nuestros dedos entrelazados para acercarla. La mueca burlona de su rostro me provoca y, como la encantadora que es, me atrae con un rictus en los labios.

No puedo negarme... no *quiero* hacerlo.

Suelto nuestros dedos y rodeo la parte baja de su espalda con un brazo. Un pájaro cercano silba una melodía ligera y una brisa suave transporta el dulce aroma de unas peonías próximas. Deslizo la otra mano por la curva de su cuello hasta el cabello de su nuca.

Ella me rodea con sus brazos y me atrae más hacia sí. Es adictiva, mi princesa, y el órgano marchito que debería ser un corazón late con fuerza ante su afecto.

Solo ha latido por ella. Y tras su traición y su ausencia, prácticamente ha dejado de existir.

—Sabes que te quiero, princesa —le digo contra sus labios perfectos y carnosos. Su labio inferior es solo un poquito más grande que el superior, y no puedo resistirme a morderlo y tirar de él.

Alaina se aparta para presionar su promesa contra mis labios. —Y yo te quiero a ti. Siempre.

La adrenalina recorre mis venas ante esas sencillas palabras pronunciadas con naturalidad por esos labios perfectos. Solía pensar que el amor era para los tontos, y entonces ella irrumpió en mi vida y todo lo que creía que eran estupideces resultó ser cierto.

Por desgracia, se marchó de forma igual de espectacular y volví al punto de partida. Fui el tonto entonces.

La urgencia me martillea en las sienes, exigiéndome que haga algo para que nunca más pueda volver a dejarme. No sobreviviré una segunda vez.

—Esta podría ser nuestra vida, lo sabes. Paseando por Central Park, cogidos de la mano y llevándonos a casa nuestra pizza favorita.

—Y no olvides escaparte detrás de ese grupo de arbustos de ahí, hermano.

Presiono la mano contra la espalda de Alaina por instinto. En cuanto me doy cuenta de que es solo mi hermano, me relajo. Ella gira la cabeza y Wolf se acerca a ella. Cuando está lo bastante cerca, estira un brazo y la rodea por el cuello, atrayendo su rostro hacia el suyo para darle un beso que resulta un poco demasiado procaz para estar en pleno día en el parque.

—¿De dónde cojones has salido, Wolf?

Él se separa de nuestra chica para enarcar una ceja y sonreír con sorna. —Siempre he estado aquí.

—Yo también —dice Rush desde detrás de mí.

Siento el pecho apretado y mi mirada vuela a nuestro alrededor con alarma, activando mi adrenalina. *¿Por qué no sabía que estaban con nosotros?* Habría jurado que solo estábamos Lainey y yo.

—Joder, necesito dormir un poco o algo así. Se me está yendo la olla. —Me paso una mano por la cara mientras Rush se inclina para saludar a Alaina con un beso.

Ella se vuelve hacia mí, con una travesura familiar brillando en sus ojos.

—¿No sería estupendo? Todos nosotros juntos, todo el tiempo.

Observo a mi chica, la forma en que su camiseta de tirantes de los Ramones ondea con la brisa cálida. Cuando la miro a los ojos llenos de alma, olvido toda la mierda horrible de mi vida. Toda la porquería que aún me aguarda. Sé en lo más profundo de mi ser que ella es lo único bueno en mi vida.

—Sí. Creo que eso sería estupendo, Lainey. —Rozo mi boca por su mandíbula con cada palabra.

Sus dedos se curvan en mi camiseta y deja escapar un ruidito de satisfacción.

—Entonces, ¿por qué me torturas, James? ¿Por qué siempre me dejas?

Echo la cabeza hacia atrás, con el ceño fruncido. Su sonrisa se desvanece con la luz del sol. El mediodía se convierte rápidamente en el ocaso y la tristeza sustituye a su alegría.

—Vamos, Sully.

Giro la cabeza para mirar a mis hermanos. El pecho se me oprime de nuevo y mis pensamientos se traban. —¿Cuándo os habéis puesto ahí? —le pregunto a Rush.

Mi hermano se limita a mirarme y sus ojos grises se oscurecen hasta volverse negros como el carbón. Como no me contesta, vuelvo a centrarme en Alaina.

—¿Princesa? ¿A qué te refieres?

Sus hermosos ojos color whisky se llenan de lágrimas mientras se aleja un paso de mí, deslizando sus dedos por mi brazo.

—Vuelve conmigo, James. —Da otro paso atrás y las yemas de sus dedos apenas rozan las mías.

Doy un paso hacia ella, con el ceño fruncido por la confusión. Intento alcanzarla, pero hay una fuerza invisible que me retiene.

—¡Alaina! Espera. Vuelve. Estoy aquí mismo.

Empujo contra el muro invisible, el pánico tensa cada músculo de mi cuerpo y el miedo me envuelve el corazón. Ella se está alejando de mí... no, eso no está bien. ¡Parece que alguien la está arrastrando! Allí, alguien con una sudadera oscura y vaqueros oscuros la sujeta con fuerza por la parte superior de los brazos y se la lleva. Sus rasgos no están claros, casi como si estuvieran desenfocados de algún modo.

Los ojos de Alaina se abren con miedo y grita mi nombre. La rabia estalla en mis entrañas, ardiendo caliente y rápida.

—¡Quítale tus putas manos de encima, malnacido, o será lo último que hagas en tu vida! —Golpeo el muro con los puños, poniendo toda la fuerza que tengo en cada golpe.

Y aun así. No es suficiente.

Observo cómo alguien se lleva a la única chica que he amado — qué demonios, la chica a la que *sigo* amando— mientras una puta barrera invisible me atrapa en una especie de purgatorio infernal.

—¡Alaina! ¡Voy a por ti! —Las palabras salen desgarradas de mi garganta, nacidas de la desesperación y selladas con determinación. No sé cómo cojones voy a salir de aquí, pero lo haré.

Algo me sacude el hombro, con fuerza y hacia la derecha. Me doy la vuelta, esperando ver al tipo desenfocado, pero allí no hay nadie. Lo mismo ocurre en mi otro lado y giro hacia la izquierda. Nadie.

Levanto las manos para pasármelas por el pelo, pero algo las mantiene contra mi costado, apretándome con fuerza. Intento soltarme de este agarre forcejeando, pero es fuerte. Mi respiración se entrecorta en el pecho mientras la presión aumenta hasta que mi visión se nubla.

Y entonces no siento ni veo nada. Estoy atrapado en una negrura infinita, solo.

Siempre estoy solo.

Abandonado por aquellos que dicen quererme.

Sucumbo a la oscuridad, dejando que me envuelva.

OTRAS OBRAS DE PENELOPE BLACK

LA HERMANDAD

Wolf

Rush

Sully
